John Reed



10 DÍAS QUE ESTREMECIERON AL MUNDO

Escrito: En 1918 y 1919.

Primera edición: Editado e impreso en 1919 por Boni & Liveright, Inc. para International Publishers, editorial del Partido Comunista de los EEUU, del cual Reed era miembro.

Fuente de esta versión: Edicion emitida por el Instituto Cubano del Libro en homenaje al 50 aniversario de la Revolucion de Octubre.

Remaquetado y corregido: Demófilo, septiembre.2008

JOHN REED

DIEZ DÍAS QUE ESTREMECIERON AL MUNDO

ÍNDICE

PREFACIO de V. I. Lenin ………………………………………………. 5

PREFACIO de N. Krupskaya …………………………………...……… 5

PREFACIO del autor …………………………………………………. 6

NOTAS PRELIMINARES ………………………………………………11

I. Los orígenes ……………………………………………….. 18

II. La tempestad se acerca ……………………,…………………31

III. La víspera ……………………………………………………58

IV. La caída del Gobierno provisional ……………………………..81

V. ¡Manos a la obra! ……………………………………….....109

VI. El Comité de Salvación …………………………………….134

VII. El frente revolucionario ……………………….……………..150

VIII. La contrarrevolución ……………………….……………164

IX. La victoria …………………………………….…………183

X. Moscú ……………………………………………………..201

XI. El afianzamiento del poder …………………………..…….212

XII. El congreso campesino……………………….....………….241

PREFACIO DE LENIN

a la edición norteamericana

Después de haber leído, con inmenso interés e inalterable atención hasta el fin, el libro de John Ree, DIEZ DÍAS QUE ESTREMECIERON AL MUNDO, desde el fondo de mi corazón lo recomiendo a los obreros de todos los países. Quisiera que este libro fuese distribuido por millones de ejemplares y traducido a todas las lenguas, ya que ofrece un cuadro exacto y extraordinariamente útil de acontecimientos que tan grande importancia tienen para comprender lo que es la revolución proletaria, lo que es la dictadura del proletariado. Estas cuestiones son hoy objeto de discusión general; pero, antes de aceptar o rechazar las ideas que encarnan, es indispensable comprender toda la significación del partido que con relación a ellas se tome. El libro de John Reed, sin duda alguna, ayudará a esclarecer este fundamental problema del movimiento obrero universal.

V. I. LENIN

Finales de 1919

PREFACIO DE N. KRUPSKAYA

a la primera edición rusa

DIEZ DÍAS QUE ESTREMECIERON AL MUNDO es el título que John Reed ha dado a su asombrosa obra. Este libro describe, con una intensidad y un vigor extraordinarios, los primeros días de la Revolución de Octubre. No se trata de una simple enumeración de hechos, ni de una colección de documentos, sino de una serie de escenas vividas y a tal punto típicas, que no pueden por menos de evocar, en el espíritu de los que fueron testigos de la revolución, episodios análogos a los que ellos presenciaron. Todos estos cuadros, tomados directamente de la realidad, traducen de manera insuperable el sentimiento de las masas y permiten así captar el verdadero sentido de los diferentes actos de la gran revolución.

Se antoja extraño, a primera vista, que este libro lo haya escrito un extranjero, un americano que ignora la lengua del país y sus costumbres. Al parecer, tendría que haber caí-

do, a cada paso, en los errores más ridículos y omitido factores esenciales. No suelen escribir así los extranjeros sobre la Rusia soviética. O no entienden los acontecimientos, o generalizan los hechos aislados, que no siempre son típicos. Verdad es que casi ninguno fue testigo personal de la revolución.

John Reed no fue un observador indiferente. Revolucionario apasionado, comunista, comprendía el sentido de los acontecimientos, el sentido de la gigantesca lucha. De ahí esa agudeza de visión, sin la cual no habría podido escribir un libro semejante.

Tampoco los rusos hablan de otro modo de la Revolución de Octubre: o bien formulan un juicio general, o bien se limitan a describir los episodios de que fueron testigos. El libro de John Reed ofrece un cuadro de conjunto de la insurrección de las masas populares tal como realmente se produjo, y por ello tendrá una importancia muy particular para la juventud, para las generaciones futuras, para aquellos a cuyos ojos la Revolución de Octubre será ya historia. En su género, el libro de John Reed es una epopeya.

John Reed está inseparablemente unido a la revolución rusa. Amaba la Rusia soviética y se sentía cerca de ella. Abatido por el tifus reposa al pie de la muralla roja del Kremlin. Quien ha descrito los funerales de las víctimas de la revolución como lo hizo John Reed, merece tal honor.

N. KRUPSKAYA

PREFACIO DEL AUTOR

Este libro es un trozo de historia, de historia tal como yo la he visto. Sólo pretende ser un relato detallado de la Revolución de Octubre, es decir, de aquellas jornadas en que los bolcheviques, a la cabeza de los obreros y soldados de Rusia, se apoderaron del poder del Estado y lo pusieron en manos de los Soviets.

Se refiere, sobre todo, a Petrogrado, que fue el centro, el corazón mismo de la insurrección. Pero el lector debe tener en cuenta que todo lo que acaeció en Petrogrado se repitió, casi exactamente, con una intensidad más o menos grande y a intevalos más o menos largos, en toda Rusia.

En este volumen, que es el primero de una serie en la que trabajo actualmente, estoy obligado a limitarme a una crónica de los acontecimientos de que fui testigo y a los cuales me mezclé personalmente o conocí de fuente segura. El relato propiamente dicho va precedido de dos capítulos, donde expongo brevemente los orígenes y las causas de la Revolución de Octubre. Sé perfectamente que la lectura de estos dos capítulos es difícil, pero ambos son esenciales para comprender lo que sigue.

Buen número de preguntas se ofrecerá al espíritu del lector: ¿Qué es el bolchevismo? ¿En qué consiste la forma de gobierno implantada por los bolcheviques? ¿Por qué, estando los bolcheviques a favor de la Asamblea Constituyente, la disolvieron enseguida por la fuerza? ¿Y por qué la burguesía, hostil a dicha Asamblea hasta la aparición del peligro bolchevique, se entregó después a su defensa?

Estas preguntas no pueden tener aquí respuesta. En otro volumen, *De Kornilov a Brest-Litovsk*, donde prosigo el relato de los acontecimientos hasta la paz con Alemania inclusive, describo el origen y el papel de las diversas organizaciones revolucionarias, la evolución del sentimiento popular, la disolución de la Asamblea Constituyente, la estructura del Estado soviético, el desarrollo y el fin de las negociaciones de Brest-Litovsk.

Al abordar el estudio de la sublevación bolchevique, es importante tener en cuenta que no fue el 25 de octubre (7 de noviembre) de 1917, sino muchos meses antes, cuando se produjo la desorganización de la vida económica y del ejército rusos, término lógico de un proceso que se remontaba al año de 1915. Los reaccionarios sin escrúpulos que dominaban la corte del zar habían decidido, deliberadamente, el hundimiento de Rusia, a fin de poder concentrar una paz separada con Alemania. La falta de armas en el frente, que tuvo como consecuencia la gran retirada del verano de 1915; la escasez de víveres en los ejércitos y en las grandes ciudades, el cese de la producción y de los transportes en 1916, todo ello formaba parte de un gigantesco plan de sabotaje, que la revolución de febrero vino a contener a tiempo.

Durante los primeros meses del nuevo régimen, en efecto, a pesar de la confusión consiguiente a un gran movimiento revolucionario como el que acababa de liberar a un

pueblo de 160 millones de hombres, el más oprimido del mundo entero, la situación interior, así como la potencia combativa de los ejércitos, mejoraron sensiblemente.

Pero esta "luna de miel" duró poco. Las clases poseedoras querían una revolución solamente política que, arrancando el poder al zar, se lo entregara a ellas. Querían hacer de Rusia una república constitucional a la manera de Francia o de los Estados Unidos, o incluso una monarquía constitucional como la de Inglaterra. Ahora bien, las masas populares querían una verdadera democracia obrera y campesina.

William English Walling, en su libro *El mensaje de Rusia*, consagrado a la revolución de 1905, describe perfectamente el estado de espíritu de los trabajadores rusos, que más tarde, casi unánimemente, habrían de apoyar al bolchevismo:

Los trabajadores comprendían bien que, incluso bajo un gobierno liberal, se exponían a seguir muriéndose de hambre si el poder continuaba en manos de otras clases sociales.

El obrero ruso es revolucionario, pero no es violento ni dogmático ni falto de inteligencia. Se muestra presto al combate de barricadas, pero ha estudiado las reglas y, caso único entre los obreros del mundo entero, es en la práctica donde las ha aprendido. Está resuelto a llevar hasta el fin la lucha contra su opresor, la clase capitalista. No ignora que existen aún otras clases, pero exige que las mismas tomen claramente partido en el encarnizado conflicto que se aproxima.

Los trabajadores rusos reconocían nuestras instituciones pero no se preocupaban mucho por cambiar un despotismo por otro (el de la clase capitalista)...

Si los obreros de Rusia se han hecho matar y han sido ejecutados por centenares en Moscú, en Riga, en Odesa; si millares de ellos han sido encerrados en los calabozos rusos y desterrados a los desiertos y las regiones árticas, no es para comprar los dudosos privilegios de los obreros de los Goldfields y de Cripple-Creek...

Fue así cómo se desarrolló en Rusia, en el curso mismo de una guerra exterior e inmediatamente después de la revolución política, la revolución social, que terminó con el triunfo del bolchevismo.

Mr. A. J. Sack, director de la Oficina de Información rusa en los Estados Unidos y adversario del Gobierno soviético, se ha expresado, en su libro *El nacimiento de la democracia rusa*, de la manera siguiente:

Los Bolcheviques constituyeron un gabinete con Lenin como presidente del Consejo y Trotzki como ministro de Asuntos Extranjeros. Poco después de la revolución de febrero, su llegada al poder aparecía como inevitable. La historia de los bolcheviques, después de la revolución, es la historia de su ascensión constante.

Los extranjeros, los americanos particularmente, insisten, con frecuencia, sobre la ignorancia de los trabajadores rusos. Es cierto que éstos no poseían la experiencia política de los pueblos occidentales, pero estaban notablemente preparados en lo que concierne a la organización de las masas. En 1917, las cooperativas de consumo contaban con más de 12 millones de afiliados. El mismo sistema de los Soviets es un admirable ejemplo de su genio organizador. Además, no hay probablemente en la tierra un pueblo que esté tan familiarizado con la teoría del socialismo y sus aplicaciones prácticas.

William English Walling escribe sobre el particular:

Los trabajadores rusos, en su mayoría, saben leer y escribir. La revuelta situación en que se hallaba el país, de años atrás, le dio la ventaja de tener por guías, no sólo a los más inteligentes de entre ellos, sino a una gran parte de la clase culta, igualmente revolucionaría, que les aportó su ideal de regeneración política y social de Rusia...

Muchos autores han justificado su hostilidad al Gobierno soviético pretextando que la última fase de la revolución no fue otra cosa que una lucha defensiva de los elementos civilizados de la sociedad contra la brutalidad de los ataques de los bolcheviques.

Ahora bien, fueron precisamente esos elementos, las clases poseedoras, quienes, viendo crecer el poderío de las organizaciones revolucionarías de la masa, decidieron destruirlas, costase lo que costase, y poner una barrera a la revolución. Dispuestos a alcanzar sus objetivos, recurrieron a maniobras desesperadas. Para derribar el ministerio Kerenski y aniquilar a los Soviets, desorganizaron los transportes y provocaron perturbaciones interiores; para reducir a los Comités de fábrica, cerraron las fábricas e hicieron desaparecer el combustible y las materias primas; para acabar con los Comités del ejército restablecieron la pena de muerte y trataron de provocar la derrota militar.

Esto era, evidentemente, arrojar aceite, y del mejor, al fuego bolchevique. Los bolcheviques respondieron predicando la guerra de clases y proclamando la supremacía de los Soviets.

Entre estos dos extremos, más o menos ardorosamente apoyados por grupos diversos, se encontraban los llamados socialistas "moderados", que incluían a los mencheviques, a los socialrevolucionarios y algunas fracciones de menor importancia. Todos estos partidos estaban igualmente expuestos a los ataques de las clases poseedoras, pero su fuerza de resistencia se hallaba quebrantada por sus mismas teorías.

Los mencheviques y los socialrevolucionarios consideraban que Rusia no estaba madura para la revolución social y que sólo era posible una revolución política. Según ellos, las masas rusas carecían de la educación, necesaria para tomar el poder; toda tentativa en este sentido no haría sino provocar una reacción, a favor de la cual un aventurero sin escrúpulos podría restaurar el antiguo régimen. Por consiguiente, cuando los socialistas "moderados" se vieran obligados por las circunstancias a tomar el poder, no osarían hacerlo.

Creían que Rusia debía recorrer las mismas etapas políticas y económicas que la Europa occidental, para llegar al fin, y al mismo tiempo que el resto del mundo, al paraíso socialista. Asimismo, estaban de acuerdo con las clases poseedoras en hacer primero de Rusia un Estado parlamentario, aunque un poco más perfeccionado que las democracias occidentales, y, en consecuencia, insistían en la participación de las clases poseedoras en el gobierno. De ahí a practicar una política de colaboración no había más que un paso. Los socialistas "moderados" necesitaban de la burguesía; pero la burguesía no necesitaba de los socialistas "moderados". Los ministros socialistas se vieron obligados a ir cediendo, poco a poco, la totalidad de su programa, a medida que las clases poseedoras se mostraban lo más apremiantes.

Y finalmente, cuando los bolcheviques echaron abajo todo ese hueco edificio de compromisos, mencheviques y socialrevolucionarios se encontraron en la lucha al lado de

las clases poseedoras. En todos los países del mundo, sobre poco más o menos, vemos producirse hoy el mismo fenómeno.

Lejos de ser una fuerza destructiva, me parece que los bolcheviques eran en Rusia el único partido con un programa constructivo y capaz de imponer ese programa al país. Si no hubiesen triunfado en el momento que lo hicieron, no hay apenas duda para mí de que los ejércitos de la Alemania imperial habrían entrado en Petrogrado y Moscú en diciembre, y de que el zar cabalgaría hoy de nuevo sobre Rusia.

Aún está de moda, después de un año de existencia del régimen soviético, hablar de la revolución bolchevique como de una "aventura". Pues bien, si es necesario hablar de aventura, ésta fue una de las más maravillosas en que se ha empeñado la humanidad, la que abrió a las masas laboriosas el terreno de la historia e hizo depender todo, en adelante, de sus vastas y naturales aspiraciones. Pero añadamos que, antes de noviembre, estaba preparado el aparato mediante el cual podrían ser distribuidas a los campesinos las tierras de los grandes terratenientes; que estaban constituidos también los Comités de fábrica y los sindicatos, que habrían de realizar el control obrero de la industria, y que cada ciudad y cada aldea, cada distrito, cada provincia, tenían sus Soviets de Diputados obreros, soldados y campesinos, dispuestos a asegurar la administración local.

Independientemente de lo que se piense sobre el bolchevismo, es innegable que la revolución rusa es uno de los grandes acontecimientos de la historia de la humanidad, y la llegada de los bolcheviques al poder, un hecho de importancia mundial. Así como los historiadores se interesan por reconstruir, en sus menores detalles, la historia de la Comuna de París, del mismo modo desearán conocer lo que sucedió en Petrogrado en noviembre de 1917, el estado de espíritu del pueblo, la fisonomía de sus jefes, sus palabras, sus actos. Pensando en ellos, he escrito yo este libro.

Durante la lucha, mis simpatías no eran neutrales. Pero al trazar la historia de estas grandes jornadas, he procurado estudiar los acontecimientos como un cronista concienzudo, que se esfuerza por reflejar la verdad.

J. R.

Nueva York, 1 de enero de 1919.

NOTAS PRELIMINARES

Para el lector medio, la diversidad de las organizaciones rusas —partidos políticos, comités y comités centrales, Soviets, dumas, sindicatos y uniones— resulta en extremo dificultosa. Comenzaré pues, por ofrecer unas breves definiciones y aclaraciones.

PARTIDOS POLÍTICOS:

En las elecciones a la Asamblea Constituyente participaron en Petrogrado diecinueve listas, y este número alcanzó, en ciertas ciudades de provincia, hasta cuarenta. Pero, en esta rápida exposición de los fines y de la composición de los partidos políticos, no se han tenido en cuenta sino los mencionados a lo largo de la obra. No es posible dar aquí más que una característica general de cada uno de ellos, indicando lo esencial de sus programas.

1° Monárquicos (de diversos matices, octubristas, etc.).-Estas fracciones, antes poderosas, no existían ya abiertamente: o bien continuaban trabajando en la sombra, o bien sus miembros se habían unido a los kadetes, que cada vez se aproximaban más al programa monárquico. Están representados en este libro por Rodzianko y Chulguin.

2° Kadetes.-Se les denominaba así, de acuerdo con las iniciales del nombre del Partido Demócrata Constitucional (K.D. en ruso). Su nombre oficial era "Partido de la libertad del pueblo". Integrado bajo el zarismo por liberales pertenecientes a las clases poseedoras, era el gran partido de la reforma política, correspondiente, sobre poco más o menos, al Partido progresista de Norteamérica. Cuando en marzo de 1917 estalló la revolución, fueron los kadetes los que formaron el primer gobierno provisional. En abril fue derribado el ministerio kadete por haberse declarado favorable a los fines imperialistas de los Aliados, incluso a los del Gobierno zarista. A medida que se afirmaba el carácter social y económico de la revolución, los kadetes se hicieron más conservadores. Están representados en este libro por Miliukov, Vinaver y Chastki. Grupo de los hombres influyentes. Habiéndose hecho impopulares los kadetes por sus nexos con el movimiento contrarrevolucionario de Kornilov, se constituyó en Moscú el grupo de los "hombres influyentes". Algunos miembros de este grupo recibieron carteras en el último gabinete de Kerenski. El grupo se declaraba sin partido, aunque hombres como Rodzianko y Chulguin fuesen sus guías intelectuales. Estaba compuesto por los banqueros, negociantes e industriales más "modernos", bastante inteligentes para comprender que a los Soviets había que batirlos con sus propias armas, es decir, por medio de la organización económica. Representantes típicos: Lianozov y Konovalov.

3° Socialistas populares o *trudoviques*, laboristas (Partido del Trabajo). -Partido numéricamente débil, compuesto por intelectuales prudentes, jefes de las sociedades coopera-

tivas y campesinos conservadores. A pesar de llamarse socialistas, los trudoviques defendían, en realidad, los intereses de la pequeña burguesía: empleados, pequeños comerciantes, etc. Eran los herederos directos de la tradición conciliadora del Partido del Trabajo de la IV Duma imperial, formada, en gran parte, por delegados campesinos. Kerenski era el líder de los trudoviques en la Duma imperial cuando estalló la revolución de febrero de 1917. Los socialistas populares eran un partido nacionalista. En este libro, están representados por Piechejonov y Tchaikovski.

4º Partido Obrero Socialdemócrata ruso. -En sus orígenes, socialistas marxistas. En el Congreso de 1903, el partido se dividió, en torno a los problemas de táctica, en dos fracciones: la mayoría (bolshinstvo) y la minoría (menshinsvo). De ahí vienen los nombres de bolcheviques y mencheviques, ("miembros de la mayoría" y "miembros de la minoría"). Estas dos alas se convirtieron en dos partidos distintos, y ambos se daban el nombre de "Partido obrero socialdemócrata ruso" y se consideraban marxistas. Desde 1905, a pesar de hallarse en minoría, los bolcheviques conservaron su nombre, y hasta septiembre de 1917 no reconquistaron la mayoría.

a) Mencheviques. -Este partido está compuesto por socialistas de todos los matices, convencidos de que la sociedad debe progresar hacia el socialismo por evolución natural, y de que los trabajadores han de comenzar por conquistar el poder político. Es un partido nacionalista y el partido de los intelectuales socialistas, y, como la educación se halla totalmente en manos de las clases poseedoras, los intelectuales, obedientes a la formación que han recibido, abrazan, naturalmente, la defensa de estas clases. Representantes: Dan, Lieber y Tseretelli.

*b) Mencheviques internacionalistas. –*A la izquierda de los mencheviques. Internacionalistas, contrarios a toda coalición con las clases poseedoras, pero sin querer romper con los mencheviques conservadores. Se oponían a la dictadura del proletariado, preconizada por los bolcheviques. Trotzki fue, durante mucho tiempo, miembro de este grupo. Entre sus jefes: Martov y Martynov.

c) Bolcheviques. -Se dieron el nombre de Partido Comunista para subrayar su ruptura completa con la tradición del socialismo "moderado" o "parlamentario", que continúa dominando entre los mencheviques y los "socialistas mayoritarios" de todos los países. Los bolcheviques preconizaban la insurrección proletaria inmediata y la toma del poder del Estado para apresurar la realización del socialismo, que exige la posesión de las industrias, de la tierra, de las riquezas naturales y de las instituciones financieras. Este partido representa esencialmente a los obreros de las fábricas, pero también a una fracción importante de los campesinos pobres. La palabra "bolchevique" no debe traducirse por "maximalista": los máximalistas forman un grupo aparte (véase apartado 5° b).

d) Socialdemócratas internacionalistas unificados. -Denominados también "Grupo de la Nueva Vida", por el nombre del diario Novata Jizn ("Nueva Vida"), muy influyente, que era su órgano. Pequeño grupo de intelectuales, con algunos obreros solamente, entre ellos, los partidarios personales de Gorki, jefe del partido. Tenían estos intelectuales casi el mismo programa que los mencheviques internacionalistas, salvo que rehusaban siempre aliarse con ninguna de las dos grandes fracciones. A pesar de combatir la táctica de los bolcheviques, formaron parte del Gobierno de los Soviets. Están representados en este libro por Avilov y Kramarov.

e) Iedinstvo. -Pequeño grupo muy reducido y en vías de desaparecer, compuesto casi totalmente por los discípulos personales de Plejanov, uno de los pioneros del movimiento socialdemócrata ruso en los años 80 y su teórico más destacado. Anciano ya, Plejanov era extremadamente patriota y bastante conservador, incluso para los mencheviques. Después de la revolución bolchevique, el grupo Iedinstvo se hundió.

5º Partido socialrevolucionario. -A sus miembros se les llama corrientemente los "S.R.", según las iniciales del nombre del partido. En su origen, partido revolucionario campesino y partido de las organizaciones de combate, es decir, de los terroristas. Después de la revolución de febrero, afluyeron a él numerosos contingentes de afiliados, muchos de los cuales no habían sido antes socialistas. Por esta época, los S.R. reclamaban la supresión de la propiedad privada de la tierra, pero mediante indemnización a sus propietarios. El desarrollo del espíritu revolucionario entre los campesinos obligó pronto a abandonar esta cláusula de la indemnización, y los intelectuales más jóvenes y más combativos rompieron con el partido para formar otro nuevo, denominado "socialrevolucionario de izquierda". Los S.R., llamados en adelante por las agrupaciones de izquierda "socialrevolucionarios de derecha", adoptaron la actitud política de los mencheviques y trabajaron de acuerdo con ellos. Acabaron por representar a los campesinos acomodados, los intelectuales y las poblaciones sin educación política de los distritos rurales alejados. Había, sin embargo, mayor variedad de matices en sus opiniones políticas y económicas que entre los mencheviques. Sus jefes están representados en este libro por Avxentiev, Gotz, Kerenski, Chernov y Breshkovskaia, apodada "la Abuela".

a) Socialrevolucionarios de izquierda. -Aunque compartieran en teoría el programa de dictadura proletaria de los bolcheviques, al principio estaban poco inclinados a adoptar la táctica implacable de éstos. Sin embargo, permanecieron en el Gobierno soviético y aceptaron algunas carteras, especialmente la de Agricultura. Se retiraron muchas veces del gobierno, pero siempre volvían a él. Los campesinos, que desertaban cada vez más de las filas de los S.R., iban a engrosar el partido socialrevolucionario de izquierda, que se convirtió así en el gran partido campesino, favorable al Gobierno de los Soviets, a la confiscación sin indemnización de las grandes fincas y a un nuevo reparto efectuado por los campesinos mismos. Jefes: Spiridonova, Karelin, Kamkov y Kalagaiev.

b) Maximalistas.-Excrecencia del partido S.R. cuando éste, en la época de la revolución de 1905, era el alma de un poderoso movimiento campesino y reclamaba la aplicación inmediata del programa socialista máximo. Después, grupo insignificante de campesinos anarquistas.

PROCEDIMIENTO PARLAMENTARIO

Las asambleas y congresos se organizan en Rusia a la manera europea más bien que a la nuestra. La primera tarea es elegir un presidente, un secretario y un presidium.

El presidium es un comité de dirección, compuesto por delegados de los diversos grupos de la asamblea, en número proporcional a la importancia de cada uno de ellos. El presidium fija el orden del día y el presidente puede recurrir a los diferentes miembros del mismo para que presidan y dirijan provisionalmente los debates.

Cada cuestión se enuncia primero de manera general y luego se pone a discusión; al final del debate, cada una de las fracciones propone las resoluciones correspondientes y se vota separadamente por cada una de ellas. Puede ocurrir, y este caso es el más corriente, que el orden del día se altere desde la primera media hora. Bajo el pretexto de "cuestión de orden", admitido casi siempre por la asamblea, cualquiera puede levantarse y decir no importa qué sobre éste o el otro asunto.

Son los diputados mismos quienes vigilan el desarrollo de la reunión, y las funciones del presidente se reducen, prácticamente, a agitar la campanilla para mantener el orden y a conceder la palabra a los oradores.

Casi todo el trabajo efectivo se hace en las reuniones preparatorias de las diversas fracciones, las cuales tienen la costumbre de votar en bloque por medio de un delegado. Por esto, cada vez que se formula una cuestión importante sobre la cual hay que votar, la asamblea interrumpe sus sesiones para que las fracciones puedan reunirse. La multitud es extremadamente ruidosa: aclama o increpa a los oradores, y hace caso omiso de las previsiones del presidium. Los gritos que con más frecuencia se escuchan son: Prosim! (¡Por favor!), Pravilno! (¡Justo!), Eto vierno! (¡Cierto!), Dovolno! (¡Basta!), Doloi! (¡Fuera!), Pozor! (¡Qué vergüenza!) y Tije! (¡Silencio!).

ORGANIZACIONES PRINCIPALES

1º Soviets. -La palabra "Soviet" significa "Consejo". Bajo el zarismo, el Consejo Imperial de Estado se llamaba "Gosudarstvenny Soviet". Pero desde la revolución, el término "Soviet" se ha empleado para designar las asambleas de un tipo especial, elegidas por las organizaciones económicas obreras: los Soviets de Diputados obreros, campesinos y soldados. Por esta razón, he limitado el empleo de la palabra "Soviet" a estas últimas, traduciéndola en los demás cargos por la palabra "Consejo".

Además de los Soviets locales de cada ciudad y aldea y de los Soviets de barriada (rayón) de las grandes ciudades, existen los Soviets regionales (oblastnye) y provinciales (gubernskje), y con residencia en la capital, un Comité Central Ejecutivo de los Soviets de toda Rusia, denominado Tsik, de acuerdo con las iniciales de su nombre (ver más adelante Comités Centrales). En casi todas partes, los Soviets de diputados obreros y los de diputados soldados se fusionaron poco después de la revolución de febrero. Sin embargo, continuaron reuniéndose por separado para las cuestiones de orden particular. Los Soviets de diputados campesinos no se unieron a ellos hasta después de la revolución bolchevique. Los campesinos estaban organizados de la misma manera que los obreros y los soldados y tenían, igualmente, en la capital, su "Comité Ejecutivo de los Soviets campesinos de toda Rusia".

*2º Sindicatos***.** -A pesar de su nombre, estas organizaciones agrupaban casi siempre a todos los obreros de una misma industria, y no a los de un mismo oficio. En la época de la Revolución de Octubre, contaban de tres a cuatro millones de miembros. Estaban agrupados en una central de toda Rusia, especie de C.G.T., que tenía su Comité Central Ejecutivo en la capital.

3° Comités de fábrica. -Organizaciones creadas espontáneamente por los obreros en las fábricas mismas, con el fin de aprovecharse de la desorganización administrativa que

había seguido a la revolución y controlar la industria. Tenían como misión apoderarse de las fábricas por la acción revolucionaria y asegurar su funcionamiento. Los Comités de fábrica tenían también su organización para toda Rusia, con un Comité Central en Petrogrado, que cooperaba con los sindicatos.

4° Dumas. -La palabra "Duma" quiere decir, aproximadamente, "cuerpo deliberante". La vieja Duma imperial, que, bajo una forma democratizada, subsistió hasta seis meses después de la primera revolución, murió de muerte natural en septiembre de 1917. La Duma municipal, de la cual se trata en este libro, era el antiguo Consejo municipal reorganizado, y se le llamaba frecuentemente "gobierno municipal autónomo". Elegida por sufragio directo y secreto, si no acertó a mantener el control de las masas durante la revolución bolchevique fue sólo en razón del ocaso general de la influencia de todas las asambleas exclusivamente políticas, frente al poder creciente de las organizaciones basadas en los agolpamientos económicos.

5º Zemstvos. -Bajo el régimen zarista, organizaciones medio políticas, medio sociales, con muy escaso poder administrativo, creadas y dirigidas esencialmente por los liberales intelectuales de las clases poseedoras de la tierra. Su función más importante era la educación de los campesinos y el mejoramiento de su condición social. En el curso de la guerra, poco a poco los zemstvos llegaron a tener a su cargo el abastecimiento completo del ejército ruso, así como las compras en el extranjero. Al lado de los soldados desempeñaron un papel comparable al de la Y.M.C.A. norteamericana. Después de la revolución de febrero, se democratizó a los zemstvos, con objeto de hacer de ellos los órganos locales del gobierno de los distritos rurales. Pero como las Dumas municipales, no pudieron mantenerse al lado de los Soviets.

6° Cooperativas. -Eran las sociedades cooperativas de consumo de los obreros y los campesinos, y agrupaban en toda Rusia, antes de la revolución, a muchos millones de miembros. El movimiento cooperativo, fundado por los liberales y los socialistas "moderados", no fue apoyado en un principio por los grupos socialistas revolucionarios, que sólo veían en él un recurso para diferir la verdadera y total entrega a los obreros de los medios de producción y distribución. Después de la revolución de febrero, las cooperativas se desarrollaron rápidamente; bajo la influencia de los socialistas populares, de los mencheviques y de los S.R., se les utilizó hasta la revolución bolchevique como fuerza política conservadora. Sin embargo, fueron las cooperativas las que alimentaron a Rusia después del hundimiento del antiguo edificio económico y de los transportes.

7º Comités del Ejército. -Formados en el frente por los soldados para combatir la influencia reaccionaria de los oficiales del antiguo régimen. Cada compañía, regimiento, brigada, división y cuerpo de ejército tenía su comité. Todos estos comités elegían el Comité Central del Ejército que colaboraba con el Estado Mayor. El hundimiento del organismo militar que siguió a la revolución echó sobre los Comités del Ejército la mayor parte del trabajo del Gran Cuartel General y, en algunos casos, incluso el mando de las tropas.

8º Comités de la Flota. -Organizaciones correspondientes a la Marina.

COMITÉS CENTRALES

Durante la primavera y el verano de 1917, se reunieron en Petrogrado congresos, extensivos a toda Rusia, de todas las organizaciones: Congreso de los Soviets, de obreros, soldados y campesinos, congresos de los Sindicatos, congresos de los Comités de fábrica, de los Comités del Ejército y de la Flota (sin hablar de los Comités militares especiales), de las Cooperativas, de las Nacionalidades, etc. Cada una de estas asambleas elegía un Comité Central o un Comité Central Ejecutivo, encargado de defender sus intereses particulares cerca del gobierno. A medida que el Gobierno provisional se fue haciendo más débil, estos Comités Centrales tuvieron que asumir una parte cada vez más considerable del poder administrativo. Los comités más importantes mencionados en este libro son:

Unión de Asociaciones. -Durante la revolución de 1905, el profesor Miliukov y otros liberales fundaron asociaciones de miembros de las profesiones liberales, que se agruparon en una organización central llamada Unión de Asociaciones. En aquella época, la Unión de Asociaciones trató de llegar a un acuerdo con la democracia revolucionaria; pero en 1917 se opuso a la rebelión bolchevique y unió a los funcionarios para ir a la huelga contra la autoridad de los Soviets.

Tsik. -Comité Central Ejecutivo de los Soviets de Diputados obreros y soldados, llamado así de acuerdo con sus iniciales.

Tsentroflot. -Comité Central de la Marina.

Vikjel. -Comité Central, de toda Rusia, del Sindicato de Ferroviarios, así denominado por sus iniciales.

OTRAS ORGANIZACIONES

Guardias rojas. -Trabajadores de las fábricas en armas; las guardias rojas se constituyeron, por vez primera, durante la revolución de 1905 y reaparecieron en las jornadas de febrero de 1917, en las que se necesitaba una fuerza armada para mantener el orden en la ciudad. Habiendo recibido armas en esta última época, los esfuerzos que por arrebatárselas hizo el Gobierno provisional resultaron inútiles. En cada crisis grave de la revolución se veía aparecer en las calles a las guardias rojas, indisciplinadas, sin entrenamiento militar, pero llenas de ardor revolucionario.

Guardias blancas. -Voluntarios burgueses que aparecieron en escena en las últimas fases de la revolución para defender la propiedad privada contra los bolcheviques. En un crecido número, eran estudiantes.

Tekintsy. -Eran los famosos soldados de la "División salvaje", compuesta por musulmanes de las tribus del Asia Central y adictos a la persona del general Kornilov. Los Tekintsy eran conocidos por su obediencia ciega y su salvaje crueldad en el combate.

Batallones de la Muerte o Batallones de choque. -Se aplica generalmente el primero de estos nombres al célebre Batallón femenino; pero hubo otros muchos "Batallones de la Muerte", compuestos por hombres. Organizados por Kerenski durante el verano de 1917, tenían como misión contribuir a reforzar la disciplina y el ardor combativo del ejército, dando con ello un ejemplo de heroísmo. Los Batallones de la Muerte estaban

formados, esencialmente, por jóvenes y ardientes patriotas, reclutados, en su mayor parte, entre los hijos de la clase rica.

Unión de oficiales. -Organización que incluía a los oficiales reaccionarios y se proponían combatir políticamente el creciente poder de los Comités del Ejército.

Caballeros de San Jorge. -La cruz de San Jorge se otorgaba por alguna acción brillante en el campo de batalla. La asociación de los Caballeros de San Jorge tenía principalmente como fin la defensa de la idea militar.

Unión de los Campesinos. -En 1905, la Unión de los Campesinos era una organización campesina revolucionaria. En 1917 representaba el ideal político de los campesinos acomodados y combatía la creciente potencia y los fines revolucionarios de los Soviets de diputados campesinos.

CRONOLOGÍA

Hemos adoptado aquí el calendario occidental, en lugar del antiguo calendario ruso, que llevaba, con respecto a aquél, trece días de retraso.

FUENTES

Para la redacción de este libro he utilizado, como fuentes, gran parte de mis propias notas. Pero he recurrido también a centenares de periódicos rusos muy diversos, que forman una serie casi completa del período estudiado. Me he servido, asimismo, del diario inglés *Russian Daily News* y de los dos diarios franceses *Journal de Ruissie y Entente.* Mucho más útil y precioso me fue, sin embargo, el *Bulletin de la Presse*, publicado diariamente por la Oficina Francesa de Información en Petrogrado, el cual relata todos los acontecimientos importantes y cita los discursos y los comentarios de la prensa rusa. Poseo una colección casi completa que comprende desde la primavera de 1917 hasta finales de enero de 1918. Poseo, además, casi todas las proclamas, decretos o avisos fijados en los muros de Petrogrado desde mediados de septiembre de 1917 hasta el fin de enero de 1918, los textos oficiales de todos los decretos y órdenes gubernamentales y el texto publicado por el gobierno de los tratados secretos y otros documentos descubiertos en el ministerio de Negocios Exteriores, al ser ocupado por los bolcheviques.

CAPÍTULO I

LOS ORÍGENES

Hacia finales de septiembre de 1917, vino a verme en Petrogrado un profesor de sociología extranjero que visitaba Rusia. Algunos intelectuales y hombres de negocios le habían dicho que la revolución estaba declinando. Después de expresar esta opinión en un artículo, se dedicó a recorrer el país, visitando algunas ciudades industriales y «comunas» campesinas, donde, con gran asombro suyo, creyó percibir que la revolución iba desarrollándose. Corrientemente, escuchaba entre los trabajadores de las ciudades y del campo la consigna de reivindicar «la tierra para los campesinos, las fábricas para los obreros». Si el profesor hubiese visitado el frente, habría comprobado que el ejército entero no hablaba más que de paz.

El profesor sentía gran desconcierto: se había equivocado. Las dos observaciones eran exactas: las clases poseedoras se hacían cada vez más conservadoras; las masas populares, cada vez más radicales.

Para los intelectuales y los hombres de negocios, la revolución había ido ya bastante lejos y comenzaba a durar demasiado; era tiempo de que todo volviese al orden. Compartían este sentimiento los grupos socialistas «moderados», los oborontsi,[1] los mencheviques recalcitrantes y los socialrevolucionarios, que sostenían al Gobierno provisional de Kerenski.

El 14 de octubre, el órgano oficial de los socialistas «moderados»[2] decía lo siguiente:

El drama de la revolución tiene dos actos: la destrucción del antiguo régimen y la instauración del nuevo. El primer acto ha durado ya bastante. Es hora ya de pasar al segundo y de representarlo también lo más rápidamente posible. Como ha dicho un gran revolucionario: «Apresurémonos, amigos, a terminar la revolución; aquel que la prolongue demasiado no cosechará los frutos...»

Pero las masas obreras y los campesinos se resistían obstinados a creer que el primer acto hubiese terminado. En el frente, los Comités del Ejército tenían que luchar constantemente con los oficiales, los cuales no podían habituarse a tratar a sus hombres como a

---

[1] Partidarios de la guerra hasta el fin: oborontsi; literalmente, defensores. Nombre dado a todos los grupos socialistas «moderados», porque consentían continuar la guerra hasta el fin bajo la dirección de los Aliados, bajo el pretexto de que se trataba de una guerra de defensa nacional.

[2] J. Reed alude al periódico Izvestia del Tsík («Las Noticias del Tsík»), que estaba entonces en manos de los mencheviques y de los S.R.(Nota de la Edit.)

seres humanos. En la retaguardia se perseguía a los comités agrarios elegidos por los campesinos, porque trataban de aplicar los reglamentos oficiales concernientes a la tierra. En las fábricas, los obreros se veían obligados a luchar contra las listas negras y el lock-out.[3] Más aún: a los exiliados políticos, que acababan de regresar, se les desterraba

[3] Las siguientes cifras fueron compiladas en octubre de 1917 por una comisión compuesta por representantes de la Cámara de Comercio de Moscú y de la sección moscovita del ministerio del Trabajo, y se publicaron el 26 de octubre de 1917 en la Novaia Jizn:

Salario por días en Rublos y Kopecs

	Julio 1914	Julio 1916	Agosto 1917
Carpintero,	1,60 – 2	4 – 6	8,50
ebanista	1,30 – 1,50	3 – 3,50	8
Peón.	1,70 – 2,35	4 – 6	8
Albañil, yesero.	1,80 – 2,20	3 – 5,50	8,50
Pintor, tapicero..	1 – 2,25	5 – 5	7,50
Forjador.	1,50 – 2	4 – 5,50	9
Deshollinador.	1 – 1,50	3,50 – 6	8
Cerrajero.		2,50 – 4,50	
Jornalero.			

Contrariamente a muchas afirmaciones, según las cuales los salarios fueron aumentados en enorme proporciones inmediatamente después de la revolución de febrero de 1917, se ve por estas cifras, publicadas por el ministerio del Trabajo como válidas para toda Rusia, que los salarios no aumentaron bruscamente después de la revolución, sino que lo hicieron gradualmente. Por término medio, el aumento escasamente llegó a rebasar el 500%.

Paralelamente el rublo descendió a menos de una tercera parte de su valor y el costo de la vida aumentó considerablemente. El siguiente cuadro fue establecido por la Duma municipal de Moscú, donde los víveres eran más baratos y abundaban más que en Petrogrado:

Precio en Rublos y Kopecs

	Agosto 1914	Agosto 1917	% Aumento
Pan negro (libra de 410 g.)	0,02	0,12	330
Pan blanco (libra de 410 g.)	0,05	0,20	300
Carne de res (libra de 410 g.)	0,22	1,10	400
Carne de ternera (libra de 410 g.)	0,26	2,15	727
Carne de cerdo (libra de 410 g.)	0,23	2	770
Arenque (libra de 410 g.)	0,06	0,52	767
Queso (libra de 410 g.)	0,40	3,50	754
Mantequilla (libra de 410 g.)	0,48	3,20	557
Huevos (docena)	0,30	1,60	443
Leche (botella de 1 l. 229 el.)	0,07	0,40	471

Por término medio, el aumento de precios de los géneros alimenticios alcanzó el 556%, o sea el 51% más que el de los salarios. En cuanto al precio de los otros artículos, experimentó un alza tremenda.

He aquí una estadística levantada por la sección económica del, Soviet de los Diputados obreros de Moscú y aceptada como exacta por el ministerio de Suministros del Gobierno provisional: (en pág.sig.)

(*continúa en la página siguiente*)

de nuevo como «indeseables», y se llegó incluso a perseguir y encarcelar, en sus aldeas, a hombres que habían regresado del extranjero, por actos revolucionarios cometidos en 1905.

Para todas las manifestaciones de descontento del pueblo, los socialistas «moderados» sólo tenían una respuesta: «Esperad a la Asamblea Constituyente, que se reunirá en diciembre.» Esto no satisfacía a las masas. Lo de la Constituyente estaba bien, pero ¿olvidábanse los fines concretos por los cuales se había hecho la revolución y se pudrían sus mártires en el Campo de Marte? Con Asamblea Constituyente o sin ella, lo que se necesitaba era la paz, la tierra y el control obrero de la industria. Muchas veces se había diferido la convocatoria de la Constituyente y acaso se la aplazaría una o dos más: se esperaba que el pueblo acabara por calmarse y modificar sus exigencias. En todo caso, después de ocho meses de revolución, apenas si se vislumbraba tal cosa...

Sin embargo, los soldados trataban de resolver por sí mismos, desertando, la cuestión de la paz. Los campesinos quemaban las casas señoriales y se apoderaban de las grandes

---

Precio en Rublos y Kopecs

	Agosto 1914	Agosto 1917	% Aumento
Indiana (la arshina, 0,711 mt.)	0,11	1,40	1173
Tela de algodón (la arshina)	0,15	2	1233
Telas para vestido (la arshina)	2	40	1900
Paño (la arshina)	6	80	1233
Calzado para hombre (par)	12	144	1097
Cuero para suelas	20	400	1900
Zapatos de goma (par)	2,50	15	500
Ropa de hombre (traje)	40	400 –455	900–1109
Té (la libra)	4,50	18	300
Cerillos (la caja)	0,10	0,50	400
Jabón (el pud, 16 kg. 375)	4,50	40	780
Gasolina (el cubo, 12 l. 13)	1,70	11	547
Velas (el pud)	8,50	100	1076
Caramelos (la libra)	0,30	4,50	1400
Leña (la carga)	10	120	1100
Carbón vegetal	0,80	13	1525
Objetos metálicos diversos	1	20	1900

Por término medio, el alza de estos productos alcanzó 1.109% aproximadamente, o sea más del doble del aumento de los salarios. La diferencia, naturalmente, iba a parar a los bolsillos de los especuladores y traficantes. En septiembre de 1917, el salario medio por día de un obrero industrial especializado, por ejemplo, en el trabajo metalúrgico de la factoría Putilov, era de 8 rublos aproximadamente. Por los mismos días, los beneficios eran enormes. Uno de los propietarios de la fábrica de lanas «Thornton», establecimiento inglés de los suburbios de Petrogrado, me contó que sus beneficios habían aumentado al 900% en tanto que los salarios en sus fábricas no habían subido más que el 300%.

propiedades, los obreros saboteaban la industria y se declaraban en huelga... No hay que decir que los industriales, los grandes terratenientes y los oficiales empleaban toda su influencia para impedir cualquier compromiso democrático...

La política del Gobierno provisional oscilaba entre unas reformas ineficaces y una despiadada represión. Un decreto del ministro socialista del Trabajo prohibió reunirse a los comités obreros durante las horas de labor.[4] En el frente se detenía a los «agitadores» de la oposición, se suspendían los periódicos de izquierda y se castigaba con la pena de muerte a los propagandistas revolucionarios. Se hicieron algunos intentos para desarmar a las guardias rojas. Se envió a los cosacos a las provincias para mantener el orden...

Estas medidas contaban con la aprobación de los socialistas «moderados» y de sus jefes, que formaban parte del gobierno y que estimaban necesaria la colaboración con las clases poseedoras. El pueblo los abandonó pronto, para pasarse al lado de los bolcheviques, cuyo programa era la paz, la tierra, el control de la industria y un gobierno obrero. El conflicto se agravó en septiembre de 1917. Contra el sentimiento de la inmensa mayoría del país, Kerenski y los socialistas «moderados» consiguieron formar un gobierno de coalición con las clases poseedoras: el resultado fue que los mencheviques y los socialrevolucionarios perdieron para siempre la confianza del pueblo.

Un artículo del *Rabotcbi Put* («El Camino Obrero»), aparecido hacia mediados de octubre y titulado «Los ministros socialistas», expresaba claramente el sentimiento de las masas populares respecto de los socialistas «moderados»:

He aquí la lista de sus servicios:[5]

Tseretelli: Desarmó a los obreros con la ayuda del general Polovsev, degolló a los soldados revolucionarios e introdujo la pena de muerte en el ejército.

Skobelev: Comenzó con una veleidad, tasando en el 100 por ciento los beneficios de los capitalistas, y acabó... por un intento de disolución de los comités obreros de las fábricas y de los talleres.

---

[4] Una de las circulares «limitadoras» de Skobelev, del 28 de agosto de 1917.

[5] La historia de los esfuerzos hechos por los miembros socialistas del Gobierno provisional de julio para llevar a cabo su programa en colaboración con los ministros burgueses, es un ejemplo ilustrado de la lucha de clases en el terreno político. Lenin escribió, a este propósito:

«Los capitalistas... viendo que la situación del gobierno era insostenible, recurrieron a un procedimiento del que han venido haciendo uso durante decenas de años, desde 1848, los capitalistas de otros países, con el fin de desconcertar, dividir y debilitar a los obreros. Este procedimiento consiste en formar un ministerio llamado de 'coalición', es decir, que reúna a representantes de la burguesía y tránsfugas del socialismo.

«En los países donde la libertad y la democracia han coexistido durante más tiempo que en ninguna otra parte con el movimiento obrero revolucionario, en Inglaterra y Francia, los capitalistas han empleado muchas veces este método con gran éxito. Los jefes 'socialistas' integrantes de un ministerio burgués no tardaron en revelarse como hombres de paja, marionetas, que hacían de escudo para los capitalistas y de instrumento de engaño para los trabajadores. Los capitalistas 'demócratas y republicanos' de Rusia han recurrido al mismo procedimiento. Socialrevolucionarios y mencheviques se dejan engañar 'en seguida y, el 6 de mayo, era un hecho consumado el ministerio de 'coalición' formado por Chernov, Tseretelli y Cía.»

Avxentiev: Encarceló a muchos centenares de campesinos, miembros de los comités agrarios, y suprimió docenas de periódicos de los obreros y los soldados.

Tchernov: Firmó el manifiesto zarista ordenando la disolución de la Dieta finlandesa.

Savinkov: Se alió con el general Kornilov y, si no entró en Petrogrado como «salvador de la patria», fue sólo por una serie de circunstancias ajenas a su voluntad.

Zarudni: Encarceló, con la aprobación de Alexinski y Kerenski, a millares de obreros, soldados y marineros revolucionarios, y ayudó a fraguar el «asunto» de los bolcheviques, tan infamante para la justicia rusa como el asunto Beilis.

Nikitin: Se comportó, frente a los ferroviarios, como un vulgar polizonte.

Kerenski: Mejor es no hablar de él; la lista de sus servicios es demasiado larga...

Un congreso de los delegados de la Flota del Báltico, celebrado en Helsingfors, votó una resolución que comenzaba así:

Exigimos que se expulse inmediatamente del gobierno al «socialista» Kerenski, aventurero político, que, con sus vergonzosos chantajes en beneficio de la burguesía, desacredita y hunde la gran revolución y, con ella, a las masas revolucionarias…

Todo esto no podía sino acrecentar la popularidad de los bolcheviques.

Desde febrero de 1917, en que la multitud de obreros y soldados que venía como un mar embravecido a azotar contra los muros del Palacio de Táuride había obligado a la Duma imperial a asumir contra su gusto el poder supremo, fueron las masas populares, obreros, soldados y campesinos, las que imprimieron todos estos cambios a la dirección de la revolución. Fueron también ellas quienes derribaron al ministro Miliukov, y fue su Soviet quien lanzó al mundo los términos de la paz rusa: ni anexiones ni indemnizaciones: derecho de los pueblos a disponer de sí mismos. Y en julio, fue el proletariado quien, en una sublevación espontánea, tomó el Palacio de Táuride y exigió que los Soviets asumieran el gobierno de Rusia.

Los bolcheviques[6] que entonces no eran más que un pequeño grupo político, se pusieron a la cabeza del movimiento. Fracasó éste, de manera desastrosa, y la opinión pública se volvió contra ellos. Sus tropas, desprovistas de jefes, se acogieron al barrio de Vyborg, el Falbourg Saint-Antoine petersburgués. Comenzó entonces la caza despiadada de bolcheviques. Se encarceló a varios centenares, entre ellos Trostki, Alejandra Kollontai y Kaménev. Lenin y Zinoviev tuvieron que esconderse para escapar a la justicia. Quedaron suspendidos los periódicos del partido. Provocadores y reaccionarios acusaron a los bolcheviques de ser agentes de Alemania, y tanto insistieron en ello, que el mundo entero acabó por creerlos. Pero el Gobierno provisional se vio en la imposibilidad de fundamentar sus acusaciones. Se reveló que los documentos que habían de probar la inteligencia con Alemania eran falsos.[7] Los bolcheviques, uno por uno, fueron puestos en

---

[6] J. Reed emplea aquí la palabra «secta» para subrayar que inmediatamente después de la revolución democrático-burguesa de febrero de 1917 el partido de los bolcheviques, que acababa de salir de la clandestinidad, era relativamente poco numeroso.

[7] Una parte de los famosos Documentos Sisson (J. Reed). Sisson: Periodista norteamericano reaccionario; publicó en los Estados Unidos una serie de falsedades para desacreditar a los dirigentes bolcheviques. *(N. de la Edit.)*

libertad sin sentencia, bajo fianza ficticia o simplemente sin fianza, con excepción de seis de ellos.

La impotencia y la indecisión de este gobierno en perpetuo reajuste proporcionaba a los bolcheviques un argumento irrefutable. No tardaron, pues, de nuevo, en hacer resonar entre las masas su grito de guerra: «¡Todo el poder a los Soviets!» Y realmente no era la ambición personal la que los impulsaba, ya que, por entonces, la mayoría de los Soviets pertenecía a los socialistas «moderados», enemigos suyos encarnizados.

En seguida lanzaron su programa de acción: satisfacer las reivindicaciones más elementales y evidentes de los obreros, soldados y campesinos. De esta manera, mientras los mencheviques recalcitrantes y los socialrevolucionarios se enredaban en compromisos con la burguesía, los bolcheviques conquistaron rápidamente las masas. Acosados y despreciados en julio, habían ganado en septiembre, casi completamente, para su causa, a los obreros de la capital, los marinos del Báltico y los soldados. En las grandes ciudades,[8] las elecciones municipales de septiembre fueron, a este respecto, muy significativas: los mencheviques y los socialrevolucionarios sólo consiguieron el 18 por ciento de los puestos, contra más del 70 por ciento en junio...

Un hecho ha preocupado a los observadores extranjeros: la oposición extremadamente violenta que el Comité Central Ejecutivo de los Soviets, los Comités Centrales del Ejército y de la Flota[9] y algunos Comités Centrales de Sindicatos, concretamente el de Comunicaciones y el de los Ferroviarios, hacían a los bolcheviques. Ahora bien, estos Comités Centrales habían sido elegidos hacia mediados del verano o incluso antes, cuando los mencheviques y los S. R. contaban con innumerables partidarios, y retardaron o impidieron nuevas elecciones, que habrían modificado su constitución. Según los estatutos de los Soviets de Diputados obreros y soldados, el Congreso debería reunirse en septiembre, pero el Tsik no quiso convocarlo, pretextando que la Constituyente iba a reunirse dos meses más tarde y que en esa época los Soviets deberían entregar sus poderes. Mientras tanto, los bolcheviques ganaban cada día terreno en todo el país, en los Soviets locales, en los sindicatos y entre los soldados y marineros. Los Soviets campesinos seguían siendo todavía conservadores porque en los distritos rurales atrasados, la conciencia política se desarrollaba lentamente y, durante toda una generación, sólo el partido S.R. había hecho propaganda en el campo. Pero, incluso entre los campesinos,

---

[8] En la primera semana de octubre de 1917, la *Novaia Jizn* publicó el siguiente cuadro comparativo de los resultados de las elecciones, señalando que significaban la bancarrota de la política de coalición con las clases poseedoras. «Si aún es posible evitar la guerra civil, lo será solamente mediante el frente único de toda la democracia revolucionaria...»

Elecciones a las Dumas (central y distrital) de Moscú

	junio 1917	septiembre 1917
Socialrevolucionarios	58	14
Kadetes	17	30
Mencheviques	12	4
Bolcheviques	11	47

[9] Ver las «Notas preliminares» (J. Reed).

se estaba formando una fracción revolucionaria. Tal cosa se hizo visible en octubre, cuando el ala izquierda de los S.R. se separó para formar un nuevo grupo: los socialrevolucionarios de izquierda.

Paralelamente, podían observarse no pocos síntomas de que la reacción iba recobrando su confianza.[10] Así por ejemplo, en el teatro estaba Trotzki, de Petrogrado, cuando un grupo de monárquicos interrumpió la representación de una comedia titulada Los crímenes del zar y amenazó con linchar a los actores por «insulto al soberano». Ciertos

---

[10] Crece la insolencia de los reaccionarios. 18 de septiembre. —El kadete Shulguin escribe en un periódico de Kiev que el Gobierno provisional, al declarar a Rusia una república, cometió un grave abuso de poder: «Nosotros no podemos admitir una república, ni el presente gobierno republicano... No estamos del todo seguros de que Rusia quiera la república...»

23 de octubre. —Durante un mitin del partido kadete en Riazán, el señor Dujorñn declaró: «El I9 de marzo debemos instaurar una monarquía constitucional. No tenemos derecho a rechazar al heredero legítimo del trono, Mijail Alexandrovich.»

27 (14) de octubre. —Resolución adoptada por la conferencia de «Fuerzas vivas» en Moscú:

«La conferencia de Fuerzas vivas de Moscú encarga a sus miembros representantes en el Consejo provisional del Estado ruso que insistan cerca del Gobierno provisional para la inmediata aplicación de los siguientes principios dentro del ejército:

«Prohibición de toda propaganda política en el ejército y proclama en la que se mantenga que el ejército es ajeno a los partidos y a las influencias políticas.

«La propaganda de las ideas antiestatales y antinacionales, así como las doctrinas que nieguen la necesidad del propio ejército y de la disciplina militar, debe ser prohibida y severamente reprimida.

«Reconociendo que la existencia de los comités es, por principio, contraria a los reglamentos militares, lo que está confirmado por la experiencia de todos los ejércitos del mundo, se debe tolerar provisionalmente su existencia a condición de que limiten su actividad a los asuntos exclusivamente económicos y alimenticios, debiendo someterse todas las decisiones al mando de la unidad a la que pertenezca este comité y no aplicarse antes de esta ratificación. En caso de desacuerdo del comandante de la unidad con las decisiones, la discrepancia será zanjada definitivamente por el superior jerárquico directo.

«En caso de violación manifiesta por el comité de sus derechos y deberes, el jefe inmediato, que goce de derechos equivalentes a los del comandante de la unidad, tendrá derecho a disolver el comité y convocar a nuevas elecciones.

«Restablecimiento inmediato del saludo militar, tanto del saludo recíproco entre oficiales de la misma graduación como del de los oficiales de graduación inferior a los oficiales de rango superior.

«Restablecimiento del poder disciplinario de los oficiales en todos los grados dentro de límites determinados con precisión y estableciendo una rigurosa responsabilidad. En caso de abuso de poder, garantizar a los subalternos todas las posibilidades de presentar quejas por violación de sus derechos por parte de un superior.

«Protección efectiva de todos los derechos civiles de los oficiales y organizaciones de oficiales contra todo ataque.

«Considerar inadmisible cualquier vigilancia, control e investigación política, practicada en la actualidad por los comisarios y las organizaciones militares.

«Institución de un ascenso progresivo para los oficiales, según sus méritos militares y hojas de servicio y las apreciaciones que emanen exclusivamente de tribunales de oficiales del grado superior inmediato.

«Deberán ser expulsados del cuerpo de oficiales los elementos que lo deshonran y que participan, en estos últimos tiempos, en los movimientos de masas de los soldados tendientes a la desobediencia y al incumplimiento de su deber, cosa que sólo podrá lograrse mediante el restablecimiento de los tribunales de honor.

«Restablecimiento de la unión de los oficiales del ejército y la flota en toda su integridad, como institución absolutamente necesaria para el restablecimiento de la capacidad combativa de las fuerzas armadas de Rusia, confiriéndole los derechos de una institución de Estado.

«Ejecución por el Gobierno provisional de medidas que hagan posible la reintegración al ejército de todos los generales y oficiales injustamente licenciados por la presión de organizaciones irresponsables.»

periódicos pedían a voces un «Napoleón ruso». Los intelectuales burgueses jamás llamaban a los diputados de los Soviets obreros (robotchie deputaty) otra cosa que «perros diputados» (sobatchie depuiaty).

El 15 de octubre me entrevisté con el gran capitalista Stepan Gueorguievitch Lianosov, el «Rockefeller» ruso, kadete por sus opiniones políticas.

—La revolución —me dijo— es una enfermedad. Más pronto o más tarde, tendrán que intervenir las potencias extranjeras, como se interviene a un niño enfermo para curarlo o ayudarlo a caminar. Evidentemente, no será éste el mejor remedio quizá, pero hay que comprender que las naciones no pueden permanecer indiferentes ante el peligro bolchevique y la propagación de ideas tan contagiosas como la de la «dictadura del proletariado» o la de la «revolución mundial»... Hay una sola posibilidad de que esta intervención no se haga inevitable. En los transportes reina la desorganización, cierran las fábricas y los alemanes avanzan: acaso el hambre y la derrota devuelvan al pueblo ruso la razón...

Con particular energía me expresó el señor Lianosov su convicción de que jamás los comerciantes e industriales, ocurriera lo que ocurriese, transigirían con la existencia de los Comités de fábricas ni concederían a los obreros participación en la dirección de las industrias:

En cuanto a los bolcheviques, no hay más que dos maneras de salir adelante: evacuar Petrogrado y declarar el estado de sitio, para que el mando militar pueda desembarazarnos de estos señores, sin necesidad de inquietarse por la legalidad... o bien, segunda alternativa, dispersar por la fuerza armada la Asamblea Constituyente si manifiesta las menores tendencias utópicas.

El invierno, el terrible invierno ruso, se aproximaba. Yo había oído decir a los hombres de negocios: «El invierno ha sido siempre el mejor amigo de Rusia. Acaso sea él quien nos libre de la revolución». En el frente, helado, los miserables ejércitos seguían padeciendo hambre y muriendo sin entusiasmo. El material rodante se deterioraba, disminuían los víveres, cerraban las fábricas. Las masas, desesperadas, proclamaban que la burguesía estaba a punto de sabotear la causa del pueblo, provocando la derrota en el frente. Riga había sido abandonada después de que Kornilov hubo declarado públicamente: «¿Deberemos sacrificar Riga para que el país retorne el sentido del deber?»[11]

Para los norteamericanos, es inconcebible que la guerra de clases alcance tales extremismos. Sin embargo, en el frente Norte he conocido oficiales que preferían abiertamente el desastre militar a la colaboración con los comités de soldados. El secretario de la sección de Petrogrado del partido kadete me declaró que el hundimiento económico formaba parte de una campaña destinada a desacreditar la revolución. Un diplomático aliado, cuyo nombre he prometido callar, me confirmó el hecho. Sé también que cerca de Jarkov, los propietarios de unas minas las incendiaron e inundaron; que en Moscú, ingenieros textiles, antes de abandonar las fábricas, inutilizaron las máquinas, y que unos obreros sorprendieron a ciertos funcionarios de los ferrocarriles en flagrante delito de sabotaje a las locomotoras.

---

[11] Ver John Reed: Kornilov to Brest-Litowsk, Boni and Liveright, Nueva York, 1919 (J. Reed).

Una gran parte de las clases ricas preferían los alemanes a la revolución —incluso al Gobierno provisional— y no ocultaba estas preferencias. En la familia rusa con quien yo vivía, a la hora de cenar se conversaba invariablemente sobre la llegada de los alemanes, que traerían «la ley y el orden». Una noche, en casa de un comerciante de Moscú, a la hora del té, pregunté a once personas si preferían a Guillermo o a los bolcheviques. Ganó Guillermo por diez contra uno.

Los especuladores se aprovechaban del desorden general para amasar fortunas que dilapidaban en orgías fantásticas o en pagar a los funcionarios. Acaparaban stocks de víveres o de combustibles y los exportaban clandestinamente a Suecia. Durante los cuatro primeros meses de la revolución, las reservas de víveres de los grandes almacenes municipales de Petrogrado fueron saqueadas casi a la vista de todos, hasta el punto de que la reserva de trigo para dos años resultó casi insuficiente a las necesidades de un mes. Según el informe oficial del último ministro de Abastecimientos del Gobierno provisional, el café se compraba al por mayor en Vladivostok a dos rublos la libra, y el consumidor lo pagaba a trece en Petrogrado. En todos los almacenes de las grandes ciudades había toneladas de víveres y de ropas; pero sólo los ricos podían comprarlos.

En una ciudad de provincia conocí a una familia de comerciantes, cuyos miembros se habían hecho especuladores merodeadores, como los llaman los rusos. Los tres hijos habían logrado rehuir el servicio militar, mediante el soborno. Uno especulaba con víveres, otro vendía ilícitamente a misteriosos clientes de Finlandia el oro de las minas del Lena, y el tercero, que había adquirido grandes intereses en una fábrica de chocolate que aprovisionaba a las cooperativas locales, no las abastecía sino con la condición de que le entregasen todo lo que necesitara. De este modo, en tanto el pueblo sólo recibía, con la cartilla, un cuarto de libra de pan negro, él disponía en abundancia de pan blanco, azúcar, té, pasteles y manteca. Y cuando los soldados, consumidos por el frío y el hambre, no podían sostenerse en el frente, había que escuchar con qué indignación vociferaba esta familia contra los «cobardes», asegurando que sentía «vergüenza de ser rusa» y llamando «bandidos» a los bolcheviques porque le requisaban grandes stocks de provisiones acaparados por ella.

Bajo esta podredumbre exterior, las fuerzas secretas del antiguo régimen, que habían sobrevivido a la caída de Nicolás II, proseguían su intenso y misterioso trabajo. Los agentes de la famosa Ojranat seguían funcionando, por o contra el zar, por o contra Kerenski, a sueldo de quien les pagase. En la sombra, diferentes clases de organizaciones subterráneas, como las «Centurias Negras», se dedicaban activamente a preparar el triunfo de la reacción, de una u otra forma.

En esta atmósfera de corrupción y de monstruosas verdades a medias, sólo se oía una nota clara, el llamamiento de los bolcheviques, más penetrante cada día:

«*¡Todo el poder a los Soviets! ¡Todo el poder a los representantes directos de millones de obreros, soldados y campesinos! ¡Tierra y pan! ¡Que acabe la guerra insensata! ¡Abajo la diplomacia secreta, la especulación y la traición! ¡La revolución está en peligro, y con ella la causa de todos los pueblos!*»

La lucha entre el proletariado y la burguesía, entre los Soviets y el gobierno, comenzada en los primeros días de febrero, iba a alcanzar su punto culminante. Rusia, que acababa de pasar, de un salto, de la Edad Media al siglo xx, ofrecía al mundo estremecido el es-

pectáculo de dos revoluciones: la revolución política y la revolución social, trabadas en una lucha a muerte.

¡Qué vitalidad la de esta revolución rusa, después de tantos meses de hambre y de decepciones! La burguesía debería haber conocido mejor a su Rusia: apenas se veía por ninguna parte aquella «lasitud de la revolución», de la cual se complacía en hablar.

Cuando se echa una mirada atrás, la Rusia anterior a octubre parece pertenecer a otra edad, se la ve increíblemente conservadora. ¡Nos hemos adaptado tan pronto al nuevo y más rápido curso de la vida! Toda la política rusa se inclinó tan violentamente a la izquierda, que a los kadetes se les puso fuera de la ley, como «enemigos del pueblo», a Kerenski se le consideró como un «contrarrevolucionario»; los jefes socialistas moderados, Tseretelli, Dan, Lieber, Gotz y Avxentiev, parecieron demasiado reaccionarios a los ojos de sus mismos partidarios, y hombres como Tchernov o incluso Máximo Gorki se vieron empujados al ala derecha.

Hacia mediados de diciembre de 1917, algunos jefes socialrevolucionarios visitaron en grupo al embajador británico, sir George Buchanan, al cual le suplicaron que no hiciese declaraciones sobre esta visita, por estar considerados como muy derechistas.

—¡Cuando pienso —comentó sir George— que hace un año mi gobierno me ordenaba no recibir a Miliukov, porque era peligrosamente izquierdista!

Septiembre y octubre son los dos peores meses del año, sobre todo en Petrogrado. Durante sus cortos días, bajo un cielo gris y pesado, la lluvia chorreaba interminablemente, empapándolo todo. Había que caminar sobre un lodo espeso, resbaladizo, viscoso, con huellas de pesadas botas, peor aún que el que se formaba de ordinario, por el mal estado de los servicios municipales. Del golfo de Finlandia soplaba un viento húmedo y cortante, y por las calles rodaban masas de niebla helada. De noche, por economía y por temor a los zepelines, sólo a grandes trechos se encendían los faroles públicos. En las casas particulares no había electricidad más que desde las seis a las doce de la noche. Cada bujía costaba casi un dólar, y el petróleo escaseaba mucho. La noche duraba desde las tres de la tarde a las diez de la mañana. Los robos y asaltos se multiplicaban. Los hombres, armados de fusiles, hacían guardia, por turno, en las casas, durante la noche. Así se desarrollaba la vida bajo el Gobierno provisional.

Los víveres iban escaseando de semana en semana. La ración diaria de pan descendió sucesivamente de una libra y media a una libra, después a tres cuartos de libra, y finalmente a 250 y 125 gramos. Al final, hubo una semana entera sin pan. Se tenía derecho a dos libras de azúcar mensuales, pero era casi imposible encontrarla. Una tableta de chocolate o una libra de caramelos insípidos costaban de siete a diez rublos, más o menos un dólar. Sólo había leche para menos de la mitad de los niños de la ciudad; la mayor parte de los hoteles y de las casas particulares no la veían desde hacía meses. En plena temporada de frutas, las manzanas y las peras se vendían en las esquinas de las calles a poco menos de un rublo cada una.

Para conseguir leche, pan, azúcar o tabaco era preciso hacer cola durante horas bajo la lluvia glacial. Al salir de las reuniones nocturnas, yo he visto formarse estas colas, antes del alba, compuestas, sobre todo, de mujeres, algunas de las cuales llevaban a sus hijos en los brazos. Carlyle, en su *French Revolution*, pinta al pueblo francés como dotado de

una particular aptitud para hacer cola. Rusia se había iniciado en esta práctica bajo el reinado de Nicolás el Bendito, desde 1915, y continuó entrenándose en ella, con intermitencias, hasta el estío de 1917. A partir de entonces, la cola fue uno de los actos normales de su vida. Hay que imaginarse a estas gentes mal vestidas, de pie sobre el helado suelo de las calles de Petrogrado, durante jornadas enteras y en medio del invierno ruso. Yo he escuchado en las «colas del pan» la nota áspera y amarga del descontento, brotando a veces de la milagrosa dulzura de estas multitudes rusas.

Naturalmente, los teatros se abrían todas las noches incluso los domingos. Karsavina trabajaba en un nuevo ballet en el teatro María: toda Rusia, que enloquece por la danza, corría a verla. Chaliapin cantaba. En el teatro Alejandro se representaba la Muerte de Iván el Terrible, con la puesta en escena de Meyerhold. Recuerdo haber visto, en una de estas representaciones, a un alumno de la Escuela de Pajes Imperiales que, después de cada acto, se cuadraba correctamente ante el palco imperial, desierto y despojado de sus águilas... El Krivoie Zerkalo había montado suntuosamente *Reigen*, de Schnitzler.

Las colecciones del Ermitage y de otras galerías habían sido evacuadas a Moscú, pero cada semana se inauguraban exposiciones de pintura. Las mujeres «intelectuales» se apretujaban en las conferencias sobre arte, literatura y filosofía mundana. La temporada fue particularmente rica en teósofos. El Ejército de Salvación, permitido en Rusia por vez primera, cubría los muros con los anuncios de sus reuniones evangélicas, que entretenían y asombraban a los auditorios rusos.

Como ocurre siempre en semejantes períodos, la pequeña vida convencional continuaba su curso, ignorando lo más posible la revolución. Los poetas componían versos, pero no a la revolución. Los pintores realistas pintaban escenas de la Rusia medieval, todo menos la revolución. Seguían llegando a la capital señoritas de provincias para aprender francés y educar su voz. Jóvenes y elegantes oficiales paseaban en el hall de los hoteles sus bachlyks carmesí bordados de oro y sus sables caucasianos ricamente nielados. Las mujeres de los funcionarios se reunían por las tardes a tomar el té, llevando cada una en su manguito una cajita con azúcar, de oro o plata, ornada de brillantes, y media hogaza de pan. Estas damas suspiraban por la vuelta del zar, por la llegada de los alemanes y, en fin, por todo aquello que pudiera resolver la crisis del servicio doméstico. La hija de un amigo mío sufrió un día un ataque de histeria, porque la cobradora de un tranvía la había llamado «camarada».

La gran Rusia daba a luz, con dolor, un mundo nuevo. Las criadas, a quienes antes se trataba como a bestias y apenas se les pagaba, estaban emancipándose. Como entonces un par de zapatos costaba cien rublos y los sueldos eran "alrededor de treinta y cinco mensuales, se negaban a llevar zapatos cuando tenían que ir a la cola. En esta nueva Rusia, todos los hombres y todas las mujeres tenían voto; la clase obrera poseía sus diarios, en los cuales se publicaban cosas desusadas y sorprendentes; y además existían los Soviets y los sindicatos. Los mismos izvoztchiks (cocheros) tenían su sindicato y estaban representados en el Soviet de Petrogrado. Los camareros de los hoteles y restaurantes estaban también organizados y se negaban a recibir propinas. En las paredes de los restaurantes había inscripciones como ésta: «No se admiten propinas». Como esta otra: «Porque un hombre esté obligado a ganarse la vida sirviendo a otros en la mesa, no es necesario insultarlo ofreciéndole una propina.»

En el frente, los soldados continuaban su lucha contra los oficiales y aprendían en los comités a gobernarse a sí mismos. En los talleres, esas incomparables organizaciones que son los Comités de fábrica adquirían experiencia y fuerza y tomaban conciencia de su misión histórica de lucha contra el antiguo orden de cosas.[12] Rusia entera aprendía a leer: leía asuntos de política, de economía, de historia, porque el pueblo tenía necesidad de saber. En cada ciudad, casi en cada aldea, en el frente, cada fracción política tenía su periódico y, a veces, muchos. Millares de organizaciones distribuían centenares de miles de folletos, inundando los ejércitos, las aldeas, las fábricas, las calles. La sed de instrucción, tan largo tiempo refrenada, convirtióse con la revolución en un verdadero delirio. Sólo del Instituto Smolny salieron cada día, durante los seis primeros meses, toneladas de literatura, que, ya en carros, ya en vagones, iban a saturar el país. Rusia absorbía, insaciable, como la arena caliente absorbe el agua. Y no grotescas novelas, historia falsificada, religión diluida o esa literatura barata que pervierte, sino teorías económicas y sociales, filosofía, las obras de Tolstoi, de Gogol, de Gorki.

¡Y qué papel jugaba la palabra! Los «torrentes de elocuencia» de que habla Carlyle a propósito de Francia eran una bagatela al lado de las conferencias, de los debates, de los discursos que se pronunciaban en los teatros, en los circos, en las escuelas, en los clubs, en las salas de reunión de los Soviets, en los locales de los sindicatos, en los cuarteles. Se celebraban mítines en las trincheras, en las plazas de las aldeas, en las fábricas. ¡Qué admirable espectáculo el de los cuarenta mil obreros de Putilov acudiendo a escuchar a oradores socialdemócratas, socialrevolucionarios, anarquistas y otros, igualmente atentos a todos ellos e indifesentes a la duración de los discursos! En Petrogrado y en toda Rusia, la esquina de cada calle fue, durante meses, una tribuna pública. En los trenes, en los tranvías, en todas partes brotaba de improviso la discusión.

En innumerables congresos y conferencias se mezclaban y confundían hombres de dos continentes: los congresos de los Soviets, de las cooperativas, de los zemtvos, de las nacionalidades; los congresos de los sacerdotes, de los campesinos, de los partidos políticos; la Conferencia democrática de Petrogrado, la Conferencia nacional de Moscú, el Consejo de la República rusa. En Petrogrado tenían lugar siempre tres o cuatro congresos a la vez. En todas las reuniones se rechazaba, por lo regular, la proposición de limitar el tiempo a los oradores; cada uno podía expresar libremente su pensamiento...

Visitamos el frente del 12º ejército, detrás de Riga. Pálidos, descalzos, los hombres se consumían sobre el lodo eterno de las trincheras. Enderezándose a nuestro lado, los rostros contraídos, la piel azulada por el frío asomando por entre los desgarrones de la ropa, nos preguntaron ávidamente: «¿Ha traído usted alguna cosa para leer?»

Miles de signos aparentes denunciaban el cambio: la estatua de Catalina la Grande, delante del teatro Alejandro, llevaba en la mano una banderita roja; otras banderas rojas, desgarradas, flotaban en todos los edificios públicos, y el monograma imperial y las águilas habían sido arrancados o tapados. Se sustituyó al terrible gorodovoi (guardia de

[12] Ver las «Notas preliminares» (J. Reed). La conferencia de los comités de fábrica de Petrogrado que.se celebró del 12 al 16 de junio, apoyó, por aplastante mayoría (las tres cuartas partes de los delegados) a los bolcheviques.*(N. de la Edit.)*

orden público) por una milicia benévola, que patrullaba sin armas por las calles. Sin embargo, aún subsistían muchos anacronismos.

Por ejemplo, el Tabel o rangakh —el cuadro de las jerarquías y de las clases— que con mano de hierro había impuesto a Rusia Pedro el Grande, continuaba en vigor. Casi todo el mundo, desde el colegio, vestía el uniforme reglamentario, con las insignias del emperador en los botones y las charreteras. Hacia las cinco de la tarde, se llenaban las calles de viejos señores de uniforme, la cartera bajo el brazo, el aire sumiso, que volvían de trabajar en aquellos inmensos ministerios y edificios públicos con apariencia de cuarteles, calculando cuántas defunciones entre sus superiores tendrían aún que producirse para alcanzar el tchin (el grado) codiciado de asesor de colegio o de consejero privado, con una confortable jubilación y acaso la cruz de Santa Ana.

Se cuenta que al senador Sokolov, que, vistiendo de civil, trataba de asistir a una sesión del Senado, en plena revolución, no se le permitió la entrada por no llevar la casaca reglamentaria de los servidores del zar.

Tal era el fondo —un país en estado de descomposición y en plena fermentación— sobre el que iba a desarrollarse la gran insurrección de las masas rusas...

CAPITULO II

LA TEMPESTAD SE ACERCA

En septiembre, el general Kornilov avanzó sobre Petrogrado, con ánimo de proclamarse dictador militar de Rusia. Pronto, tras él, se advirtió el puño de hierro de la burguesía, presto a descargarse sobre la revolución. Algunos ministros socialistas estaban comprometidos en la aventura, y ni el mismo Kerenski escapaba a las sospechas.[13] Savinkov se negó a dar explicaciones cuando el Comité Central del partido S.R., al cual pertenecía, lo invitó a ello. Inmediatamente se le expulsó de la organización. También se expulsó del ejército a varios generales y se suspendió en sus funciones a algunos ministros. El gabinete cayó.

Trató entonces Kerenski de formar un nuevo gobierno, incluyendo al partido burgués de los kadetes. El partido S.R., del cual era miembro Kerenski, ordenó a éste excluir a los kadetes. Kerenski se negó a obedecer y amenazó con dimitir si los socialistas insistían. Sin embargo, era tal la exasperación popular, que vaciló en atacarla de frente. Mientras se encontraba una solución, asumió el poder un directorio compuesto por cinco ministros del anterior gabinete[14] y presidido por el propio Kerenski.

La intentona de Kornilov unió en un mismo impulso de defensa a todos los grupos socialistas, tanto los «moderados» como los verdaderos revolucionarios. No más Kornilov. Se necesitaba un nuevo gobierno, responsable ante los elementos que sostenían la revolución. El Tsík invitó a las organizaciones populares a enviar delegados a una conferencia democrática, que debería reunirse en Petrogrado en el mes de septiembre.

Pronto aparecieron en el Tsík tres fracciones. Los bolcheviques exigían la reunión del Congreso de los Soviets de toda Rusia, así como que estos últimos se hiciesen cargo del

---

[13] De la rebelión de Kornilov se trata en detalle en mi obra *De Kornilov a Brest-Utovsk*. La parte de responsabilidad de Kerenski, en la situación que hizo posible la intentona de Kornilov, no se ha deslindado todavía con la necesaria claridad. Los defensores de Kerenski dicen que éste tuvo conocimiento de los proyectos de Kornilov y que con habilidad lo obligó a ponerse en evidencia antes de tiempo, después de lo cual lo aplastó. El señor A. J. Sack, en su libro *El nacimiento de la democracia rusa*, escribe: *«Varios hechos... son casi seguros. El primero es que Kerenski no ignoraba los movimientos del frente hacia Petrogrado de varios destacamentos, y es posible que, en sus funciones de presidente del Consejo y ministro de la Guerra, comprendiendo el creciente peligro bolchevique,"fuera él quien los mandara llamar...»* La debilidad de este argumento es que a la sazón no existía «peligro bolchevique», ya que los bolcheviques no formaban todavía más que una minoría impotente en los Soviets, y sus jefes se encontraban unos presos y otros obligados a permanecer ocultos.

[14] Kerenski, Nikitin, Terechtchenko, Verhovski y Verderevski entraron en el nuevo directorio. [Nota de la Edit.]

poder. El «centro» S.R., bajo la dirección de Tchernov, formó un bloque con los S.R. de izquierda, encabezados por Kamkov y María Spiridinova, con los mencheviques internacionalistas, dirigidos por Martov, y con el centro menchevique, representado por Bogdanov y Skobelev, para reclamar un gobierno socialista neto. Tseretelli, Dan y Lieber, a la cabeza del ala derecha menchevique, con Avxentiev y Gotz como representantes de los S.R. de derecha, insistían en la necesidad de que las clases poseedoras participaran en el nuevo gobierno.

Los bolcheviques consiguieron, casi inmediatamente, la mayoría en el Soviet de Petrogrado, como asimismo en los Soviets de Moscú, de Kiev, de Odesa y de otras ciudades.

Alarmados, los mencheviques y los S.R., que dominaban en el Tsík, debieron de pensar que Kornilov era, después de todo, menos peligroso que Lenin, y modificaron la distribución de los delegados a la Conferencia democrática,[15] aumentando el número de re-

---

[15] Cuando se propuso a Kerenski la Conferencia Democrática, éste quiso que la asamblea estuviese compuesta por todos los elementos de la nación —las «fuerzas vivas» como él decía— incluidos los banqueros, los industriales, los grandes terratenientes y los representantes del partido kadete. El Soviet se negó y propuso el reparto-siguiente, al que Kerenski dio su asentimiento:

100 delegados	Soviet de Diputados obreros y soldados de toda Rusia
100 delegados	Soviet de Diputados campesinos de toda Rusia
50 delegados	Soviets Provinciales de Diputados obreros y soldados
50 delegados	Comités Agrarios
100 delegados	Sindicatos
84 delegados	Comités del ejército en el frente
150 delegados	Cooperativas obreras y campesinas
20 delegados	Sindicato de ferroviarios
10 delegados	Sindicato de Correos, Telégrafos y Teléfonos
20 delegados	Empleados de comercio
15 delegados	Profesiones liberales—doctoress, abogados, periodistas, etc.
50 delegados	Zemstvos provinciales
59 delegados	Organizaciones nacionalistas—polacos, ucranianos, etc.

Este plan fue modificado, dos o tres veces. La composición definitiva fue la siguiente:

300 delegados	Soviet de Diputados obreros, soldados y campesinos de toda Rusia
300 delegados	Cooperativas
300 delegados	Municipalidades
150 delegados	Comités del ejército en el frente
150 delegados	Zemstvos provinciales
200 delegados	Sindicatos
100 delegados	Organizaciones nacionalistas
200 delegados	Grupos diversos

presentantes de las sociedades cooperativas y de otras organizaciones conservadoras. Pero, aun después de este reclutamiento de diputados, la Asamblea votó, primero por un gobierno de coalición sin los kadetes, y sólo bajo la amenaza de dimisión de Kerenski y ante los gritos de alarma de los socialistas «moderados» que afirmaban que la república estaba en peligro, la Conferencia se pronunció, por escasa mayoría, en favor del principio de la coalición con la burguesía y aprobó la constitución de una especie de parlamento consultivo, sin facultades legislativas, denominado Consejo provisional de la República. En el nuevo ministerio, fueron las clases poseedoras las que ejercieron prácticamente el poder, y en el Consejo de la República ocuparon un número realmente desproporcionado de puestos.

De hecho, el tsik no representaba ya a los Soviets y se oponía ilegalmente a la convocatoria del nuevo Congreso de los Soviets de toda Rusia, que debía haberse reunido en septiembre. No le pasaba por la imaginación ni reunir dicho congreso, ni autorizar siquiera la convocatoria. Su órgano oficial, Izvestia, daba a entender que la actividad de los Soviets iba a terminar[16] y que pronto sería posible disolverlos. Y, efectivamente, el

---

[16] El “Fin de los Soviets”: El 28 de septiembre de 4917, Izvestia, órgano del Tsík, publicó un artículo sobre el último Gobierno provisional, en el cual se leía: *«Por fin, un. verdadero gobierno democrático, nacido de la voluntad de todas las clases del pueblo ruso, el primer esbozo del futuro régimen parlamentario liberal, ha sido constituido. La Asamblea Constituyente, cuya composición será esencialmente democrática, se ocupará de resolver ahora todos les problemas fundamentales del régimen. El papel de los Soviets toca a su fin; se aproxima el momento en que deberán, con todos los otros organismos del aparato revolucionario, desaparecer de la escena política de un pueblo libre y victorioso, que no manejará de ahora en adelante más que armas pacíficas.»*

El artículo de fondo de Izvestia del 23 de octubre, tenía por título: «La crisis de las organizaciones soviéticas». Comenzaba por reconocer que los viajeros observaban por todas partes un decrecimiento de la actividad de los Soviets locales. «Lo cual es natural —proseguía el autor—, ya que el interés del pueblo se centra cada vez más en los órganos legislativos de carácter más permanente, las Dumas municipales y los zemstvos...

»En los grandes centros de Petrogrado y Moscú, donde están mejor organizados, los Soviets no abarcan a todos los elementos democráticos... La mayoría de los intelectuales y muchos obreros no forman parte de ellos; los obreros, por su atraso político o porque consideran que el verdadero centro de su actividad son los sindicatos... No podemos negar que estas organizaciones se hallan estrechamente unidas a las masas, cuyas necesidades cotidianas satisfacen mejor...

»El hecho de que se emprenda enérgicamente la organización de las administraciones democráticas locales es de la mayor importancia. Las Dumas municipales son elegidas por sufragio universal y su autoridad, en los asuntos propiamente locales, es más grande que la de los Soviets. Esto es perfectamente natural en toda democracia.

»Las elecciones municipales funcionan mejor y más democráticamente que las de los Soviets... Todas las clases están representadas en las municipalidades... Desde el momento en que los gobiernos autónomos locales se pongan a organizar la vida de las municipalidades, el papel de los Soviets locales habrá terminado de un modo natural.

»A1 decrecimiento del interés de las masas por los Soviets contribuyen dos factores. El primero es la disminución progresiva del interés político en general; el segundo, el creciente esfuerzo de los órganos gubernamentales provinciales y municipales encaminado a organizar la construcción de la nueva Rusia... Cuando más se vaya afirmando esta última tentativa, más rápidamente desaparecerá la razón de ser de los Soviets...

»Se nos llama los 'enterradores' de nuestro propio sistema. Somos nosotros, en realidad, quienes trabajamos con mayor ahinco por edificar la nueva Rusia...

«Cuando la autocracia y su régimen burocrático se derrumbaron, constituimos los Soviets, especie de barracas donde la democracia pudo encontrar un albergue provisional. Ahora, levantamos el edificio perdurabIe que sustituirá a las barracas, y es natural que, poco a poco, el pueblo las vaya abandonando para mudarse a esta morada más cómoda.»

nuevo gobierno anunciaba, como uno de los artículos de su programa, la liquidación de las «organizaciones irresponsables», es decir, de los Soviets.

Los bolcheviques contestaron convocando a los Soviets para el 2 de noviembre en Petrogrado e invitándolos a tomar el poder. Al mismo tiempo, se retiraron del Consejo de la República, declarando que se negaban a formar parte de un gobierno que estaba traicionando al pueblo.[17]

---

[17] Discurso de Trotzki al Congreso de la República (Declaración del grupo bolchevique antes de abandonar la sesión, 7 -20- de octubre de 1917):

«Los fines, declarados oficialmente, de la Conferencia Democrática convocada por el Tsík de los Soviets de Diputados obreros y soldados eran acabar con el régimen personal irresponsable que dio nacimiento al kornilovismo y crear un gobierno responsable capaz de poner fin a la guerra y asegurar la convocatoria de la Asamblea Constituyente en la fecha fijada.

»Entre tanto, como consecuencia de tratos llevados a cabo a espaldas de la Conferencia Democrática entre el señor Kerenski, los kadetes y los jefes de los socialrevolucionarios y los mencheviques, se ha llegado a resultados exactamente opuestos a los objetivos proclamados oficialmente.

»Se ha creado un poder en cuyo seno y alrededor del cual los kornilovistas descarados y solapados desempeñan un papel dirigente. La irresponsabilidad de este poder es proclamada y sancionada formalmente desde Shora.

»El 'Consejo de la República' es declarado institución consultiva; al octavo mes de la revolución, el poder irresponsable se ha creado una protección para una nueva edición de la Duma de Buliguin.

»Los elementos de las clases poseedoras están representadas en el Consejo provisional en una proporción a la que, como lo demuestran las elecciones realizadas en todo el país, no tienen ningún derecho. A pesar de esto, es precisamente el partido kadete quien ha tratado de obtener y ha obtenido la irresponsabilidad del poder, incluso con un preparlamento deformado a beneficio de la burguesía poseedora.

»Es este mismo partido kadete quien exigía, todavía, ayer, la supeditación del Gobierno provisional a la Duma del señor Rodzianko, quien ha obtenido la independencia del Gobierno provisional ante el Consejo de la República.

»En la Asamblea Constituyente, los elementos de las clases poseedoras tendrán una posición incomparablemente menos favorable que en el Consejo provisional. El poder no podrá dejar de ser responsable ante la Asamblea Constituyente. Si las clases poseedoras se preparan realmente para la Asamblea Constituyente dentro de mes y medio, no tendrían ningún motivo ahora para defender la irres-, ponsabilidad del poder. Toda la verdad reside en el hecho de que la burguesía, que dirige la política del Gobierno provisional, se ha fijado como objetivo el sabotear la Asamblea Constituyente. Tal es actualmente, en efecto, la labor fundamental de los elementos de las clases poseedoras, a la cual se supedita toda su política, interior y exterior.

»En la industria, en la agricultura y los abastos, la política del gobierno y de las clases dominantes agrava el desorden natural creado por la guerra. Las clases poseedoras, que han provocado la rebelión campesina, se dedican ahora a su represión y se preparan abiertamente a servirse del 'brazo descarnado del hambre' para que estrangule la revolución y, en primer lugar, la Asamblea Constituyente.

»La poljtica exterior de la burguesía y su gobierno no es menos criminal.

»A1 cabo de cuarenta meses de guerra, la capital se ve amenazada por un peligro mortal. Para conjurar ese peligro, se propone un plan de traslado del gobierno a Moscú. La idea de entregar la capital revolucionaria a las tropas alemanas no provoca en manera alguna la indignación de las clases burguesas; por el contrario, la acogen como un elemento natural de la política general que ha de facilitarles la realización de su complot contrarrevolucionario.

»En lugar de reconocer que la salvación del país reside en la con-certación de la paz; en lugar de lanzar francamente por encima de todos los gobiernos imperialistas y las cancillerías diplomáticas una propuesta de paz inmediata a todos los pueblos agotados, y de hacer así imposible prácticamente la continuación de la guerra, el Gobierno provisional, siguiendo las órdenes de los kadetes contrarrevolucionarios y los imperialistas aliados, contra el sentido común, sin fuerza y sin plan, sigue manteniendo a la fuerza esta sangrienta guerra, condenando a una muerte inútil a cientos de miles de soldados y marinos y preparando el abandono de Petrogrado y la asfixia de la revolución. Mientras que los soldados y mari-

(*continúa en la página siguiente*)

Pero este desdichado Consejo no lograría disfrutar de paz porque los bolcheviques se hubiesen retirado de él. Las clases poseedoras, ahora dispuestas a obrar, se mostraban arrogantes. Los kadetes declararon que el gobierno carecía legalmente del derecho a proclamar la República en Rusia, y exigían medidas severas contra los comités de soldados y marineros, lanzando además acusaciones contra los Soviets. Al otro extremo de la Asamblea, los mencheviques internacionalistas y los S.R. de izquierda exigían la concertación inmediata de la paz, la entrega de la tierra a los campesinos y el control obrero en la industria, es decir, en suma, el programa de los bolcheviques.

Estaba yo presente cuando Martov dio su respuesta a los kadetes. Enfermo de muerte, con una voz que era un susurro, dijo, encorvado sobre la tribuna y apuntando con el dedo hacia los bancos de la derecha:

—Nos llamáis derrotistas. Pero los verdaderos derrotistas son aquellos que esperan para hacer la paz un momento más favorable; aquellos que quieren dejar la paz para más tarde, cuando no quede nada del ejército ruso, cuando Rusia sea ya un objeto de chamarileo entro los diferentes grupos imperialistas... Tratáis de imponer al pueblo ruso una política dictada por los intereses de la burguesía. La cuestión de la paz es urgente... Sabed que los zimmerwaldianos,[18] *esos que vosotros llamáis «agentes de Alemania», no han trabajado en vano y han preparado en todo el país el despertar de la conciencia de las masas democráticas...*

Los mencheviques y los S.R. oscilaban entre estos dos extremos, irresistiblemente impulsados hacia la izquierda por el creciente descontento de las masas. Una hostilidad profunda dividía el Consejo en grupos irreconciliables.

---

nos bolcheviques perecen con los demás marinos y soldados como consecuencia de los errores y los crímenes de otros, el llamado jefe supremo continúa asolando a la prensa bolchevique...

»Los partidos dirigentes del Consejo provisional se hacen cómplices voluntarios de toda esta política.

»Nosotros, el grupo de socialdemócratas bolcheviques, declaramos que no tenemos nada en común con este gobierno de traición nacional ni con este Consejo de complacencias contrarrevolucionarias. No queremos ocultar ni un solo día, directa o indirectamente, esta labor criminal que en contra del pueblo se lleva a cabo entre bastidores oficiales.

»¡La revolución está en peligro! Mientras las tropas de Guillermo amenazan a Petrogrado, el gobierno Kerenski-Konovalov se prepara a huir de Petrogrado para convertir a Moscú en el baluarte de la contrarrevolución.

»¡Llamamos a la vigilancia de los obreros y soldados de Moscú!

»A1 abandonar el Consejo provisional llamamos a la vigilancia y al heroísmo de los obreros, soldados y campesinos de toda Rusia.

»¡Petrogrado está en peligro! ¡La revolución está en peligro! ¡El pueblo está en peligro!

»El gobierno agrava este peligro. Los partidos dirigentes lo ayudan.

»Solamente el pueblo puede salvarse a sí mismo y salvar al país. Nosotros apelamos al pueblo.

»¡Todo el poder a los Soviets!

»¡Toda la tierra para el pueblo!

»¡Viva la paz democrática, honrada, inmediata!

«¡Viva la Asamblea Constituyente!»

[18] Miembros del La Internacional revolucionaria del Partido Socialista que habían participado en la Conferencia Internacional de Zimmerwald (Suiza} en 1915. [Nota de la Edit.]

Tal era la situación cuando, al anuncio de la Conferencia Interaliada de París, esperada desde hacía tanto tiempo, se planteó la cuestión de la política extranjera.

En teoría, todos los partidos socialistas de Rusia propugnaban una paz sobre bases democráticas, tan rápida como fuera posible. En mayo de 1917, el Soviet de Petrogrado, donde dominaban entonces los mencheviques y los S.R., había proclamado las famosas condiciones de paz rusas y reclamado una conferencia interaliada para discutir los fines de guerra. Esta conferencia, prometida primero para agosto, diferida luego a septiembre y después a octubre, se había fijado, al fin, para el 10 de noviembre.[19]

El Gobierno provisional había propuesto dos delegados: el general Alexeiev, militar reaccionario, y Terechtchenko, ministro de Negocios Extranjeros. Los Soviets escogieron a Skobelev, al cual entregaron instrucciones detalladas: el famoso nakaz.[20] El Go-

---

[19] La conferencia no se llevó a cabo por la caída del Gobierno provisional. [Nota de la Edit.]

[20] El "nakaz" a Skobelev (Extractos): El ex ministro de Trabajo, Skobelev, nombrado representante de la democracia revolucionaria rusa a la Conferencia de los Aliados en París, recibió del Tsík las siguientes instrucciones:

Instrucciones para el delegado de… en la Conferencia de París. El nuevo tratado de paz debe ser explícito en cuanto a los fines de guerra. Debe tener por base los principios: no anexión, no indemnización, derecho de los pueblos a su libre determinación.

Problemas territoriales

1. Evacuación de Rusia por las tropas alemanas. Derecho absoluto a la autonomía para Polonia, Lituania y Livonia.

2. Autonomía para la Armenia turca, y más tarde, derecho absoluto para su libre determinación, a partir del momento en que se instauren gobiernos locales.

3. Solución del problema de Alsacia-Lorena mediante un plebiscito, previa la retirada de las tropas extranjeras.

4. Restauración de Bélgica, cuyos daños serán reparados por medio de un fondo internacional.

5. Restauración de Servia y Montenegro, que recibirán la ayuda de un fondo internacional. Servia deberá tener una salida al Adriático. Bosnia y Herzegovina se convertirán en países autónomos.

6. Las regiones disputadas de los Balcanes recibirán provisionalmente la autonomía, mientras se espera la organización de un plebiscito.

7. Restauración de Rumania, que deberá reconocer la autonomía absoluta de la Dobruja... Rumania deberá comprometerse solamente a aplicar efectivamente el artículo 3 del Tratado de Berlín concerniente a los judíos y reconocerles su calidad de ciudadanos rumanos.

8. Autonomía provisional para las provincias italianas de Austria mientras se prepara un plebiscito.

9. Restitución de sus colonias a Alemania.

10. Restauración de Persia y Grecia.

Libertad de los mares: Neutralización de todos los estrechos que conduzcan a mares interiores, incluidos los canales de Suez y Panamá. Libertad de navegación comercial. Abolición del derecho de apresamiento y torpedeamiento de las naves de comercio.

Indemnizaciones: Todos los beligerantes renunciarán para siempre a toda indemnización, directa o indirecta, como, por ejemplo, los gastos de mantenimiento de los prisioneros. Las contribuciones de guerra impuestas durante la conflagración serán restituidas.

Cláusulas económicas: En las condiciones de paz no se incluirán los tratados económicos. Cada país debe mantenerse independiente desde el punto de vista de su política comercial y no verse obligado a impedirlo, por el tratado de paz, a concertar tal o cual acuerdo económico. Sin embargo, todos los países deberán comprometerse a no poner en práctica bloqueos económicos después de la guerra, y a no concertar convenciones aduaneras especiales. Los derechos de nación más favorecida deberán ser concedidos a todos los países sin distinción.

Garantías de paz: La paz será concertada en la Conferencia de la Paz por delegados elegidos por las representaciones nacionales; las condiciones de paz serán ratificadas por los parlamentos. Será abolida la (*continúa en la página siguiente*)

bierno provisional puso objeciones a la elección de Skobelev y al nakaz; protestaron los embajadores extranjeros, y, finalmente, Bonar Law,[21] en la Cámara de los Comunes, respondió fríamente a una pregunta: «Según mis noticias, la Conferencia de París no discutirá sobre los fines de guerra, sino únicamente sobre los métodos relativos a la dirección de la guerra...»

La prensa conservadora se regocijó, y los bolcheviques gritaron: «¡Ved a dónde ha conducido a los mencheviques y los S.R., su táctica conciliadora!»

A lo largo de un frente de más de mil kilómetros, se agitaban los millones de hombres de los ejércitos rusos, como el oleaje creciente del mar, "y volcaban sobre la capital centenares y centenares de delegaciones que sólo gritaban: «¡Paz! Paz!»

Crucé el río y me dirigí al Circo Moderno, para asistir a uno de esos grandes mítines populares que se celebraban en toda la ciudad y cuyo número aumentaba cada noche. En un anfiteatro desnudo y lúgubre, alumbrado por cinco pequeñas lámparas pendientes de un hilo delgado, se apretujaban en las mugrientas gradas, desde la arena hasta el techo, soldados, marineros, obreros y mujeres, en expectante actitud, como si su vida estuviera sobre el tablero. Hablaba un soldado de la 48ª división:

—*¡Camaradas!* —gritaba, y sus rasgos acusados y sus gestos desesperados expresaban una sincera angustia—. *Los que ocupan el poder nos exigen sacrificio tras sacrificio; pero a los que todo lo poseen se les deja tranquilos... Estamos en guerra con Alemania. ¿Pedimos acaso nosotros a los generales alemanes que sirvan en nuestro Estado Mayor? Pues bien, estamos en guerra con los capitalistas y, sin embargo, les pedimos que nos gobiernen... El soldado quiere saber por qué y por quién lucha. ¿Por Constantinopla, por la liberación de Rusia, por la democracia o por los bandidos capitalistas? Demostradme que lucho por la revolución, y entonces marcharé y combatiré, sin necesidad de que se me amenace con la pena de muerte... Cuando la tierra pertenezca a los campesinos, las fábricas a los obreros y el poder a los Soviets, entonces sabremos que tenemos algo y combatiremos para salvarlo.*

---

diplomacia secreta; todos los estados deberán comprometerse a no concertar tratados secretos. Todo tratado de este género se declarará contrario al derecho internacional y considerado como nulo. Ningún tratado entrará en vigor hasta su ratificación por los parlamentarios respectivos. Limitación progresiva de los armamentos de tierra y mar e introducción del sistema de milicias. La «Liga de las Naciones» propuesta por el presidente Wilson puede convertirse en un precioso auxiliar del derecho internacional a condición: a) de que se obligue a todas las naciones a formar parte de ella y se les concedan a todas derechos iguales; b) de que sea democratizada la política internacional.

Caminos para la paz: De la misma manera concreta en que se formulen los fines de la guerra, el tratado debe especificar que los Aliados están dispuestos a entablar conversaciones de paz tan pronto como la parte adversa declare aceptar tales conversaciones, quedando entendido que todas las partes renuncian a cualquier anexión por la fuerza. Los Aliados deben comprometerse a no entablar negociaciones secretas sobre la paz y a no concertar tratado alguno más que en una conferencia en que participen los países neutrales. Además, se le dan al delegado las instrucciones siguientes: Deberán ser eliminados todos los obstáculos puestos a la Conferencia socialista de Estocolmo y a todos los delegados de los partidos u organizaciones que deseen participar se les entregarán pasaportes inmediatamente. (El Comité Ejecutivo de los Soviets campesinos redactó igualmente un nakaz que difiere poco del precedente.)

[21] Andrew Bonar Law (1858-1923), estadista inglés, jefe de los conservadores; en 1917 fue Ministro de Hacienda en el gobierno de coalición de Lloyd George y líder de la Cámara de los Comunes. [Nota de la Edit.]

En los cuarteles, en las fábricas, en las esquinas de las calles, inacabables oradores soldados exigían el fin de la guerra y declaraban que, si el gobierno no hacía un enérgico esfuerzo en favor de la paz, los soldados abandonarían las trincheras y regresarían a sus casas.

El representante del 8º ejército se expresó así:

—Somos débiles; no contamos más que con unos cuantos hombres por cada compañía. Que se nos den víveres, calzado y refuerzos, sin lo cual muy pronto estarán vacías las trincheras. Que se haga la paz, o que se nos proporcione avituallamiento... Que el gobierno ponga fin a la guerra, o que alimente al ejército...

En nombre del 46° de artillería siberiano, dijo otro orador:

—Los oficiales no quieren colaborar con nuestros comités; nos venden al enemigo; aplican la pena de muerte a nuestros agitadores, y este gobierno de contrarrevolución los apoya... Esperamos que la revolución traerá la paz. Pero, ahora, el gobierno nos prohibe hablar, y, sin embargo, no nos da qué comer ni con qué pelear...

De Europa llegaban rumores sobre una paz concertada a costa de Rusia.[22]

Las noticias sobre el trato recibido por las tropas rusas en Francia aumentaban el descontento. La primera brigada, a semejanza de lo que ocurría en Rusia, había querido reemplazar a sus oficiales por comités de soldados, y se había negado a ir a Salónica, exigiendo que se le mandara a su país. Se la había cercado, reducido al hambre y bombardeado con artillería; muchos de sus componentes habían perecido...[23]

---

[22] La paz a expensas de Rusia: Las revelaciones de Ribot acerca de la oferta de paz austríaca a Francia, la pretendida «Conferencia de la Paz» en Berna durante el verano de 1917 (en la que tomaron parte delegados de todos los países beligerantes, en representación de los grandes intereses financieros de esos países) y la tentativa de negación entre un agente inglés y un dignatario de la Iglesia búlgara, son todos hechos que indican la existencia en los dos campos de fuertes corrientes en favor de una paz amañada a costa de Rusia. En mi próximo libro De Kornilov a Brest-Litovsk me propongo tratar más ampliamente esta cuestión y publicar varios documentos secretos descubiertos en el ministerio de Negocios Extranjeros, en Petrogrado

[23] Los soldados rusos en Francia: Comunicado del Gobierno: «Tan pronto como llegó a París la noticia de la revolución, comenzaron a aparecer periódicos rusos de tendencia extremista; estos periódicos, al igual que ciertas personas que circularon libremente entre los soldados, han comenzado a entregarse a una propaganda bolchevique, difundiendo frecuentemente noticias falsas extraídas de despachos fragmentarios de los periódicos franceses. En ausencia de informaciones y directivas oficiales, esta campaña ha provocado agitación entre los soldados. Esta agitación se manifiesta por el deseo de regresar inmediatamente a Rusia y por una hostilidad sin fundamento hacia los oficiales. Por orden del ministro de la Guerra de Kerenski, el emigrante Rapp partió el 18 de mayo hacia los ejércitos, donde «visitó ciertas unidades y creó nuevas organizaciones de conformidad con la Orden no 213. Sin embargo, la agitación no cesó. Esta fue dirigida por el primer comité ejecutivo de regimiento que comenzó a editar un boletín de tendencias leninistas. De conformidad con el deseo de los soldados, el 18 de junio se concentraron las tropas, procedentes de diferentes lugares donde estaban acuarteladas, en el campo de La Courtine. Comenzaron a celebrarse mítines, en el curso de los cuales el primer regimiento y sus jefes se esforzaron por desempeñar el papel principal. Sólo el comité del destacamento que acababa de ser formado con los soldados más adelantados y conscientes atenuó, hasta donde se podía, el trabajo destructor del primer regimiento, calmando la agitación e invitando a los soldados a reanudar una vida normal basada en los principios democráticos instaurados en la actualidad en el ejército. Temiendo la creciente influencia del comité del destacamento, los dirigentes organizaron, en la noche del 23 al 24, un mitin en el que participaron, además del primer regimiento, el 2° en su casi totalidad, y pequeñas unidades de los regimientos 5° y 6°. En el curso de este mitin fue disuelto el comité, a pesar de haber sido elegido solamente dos semanas antes. Al mismo tiempo, los soldados de la 12 brigada se negaron a ejecutar las órdenes de evacuar dadas por el mando de la (*continúa en la página siguiente*)

división. El llamamiento que lanzaron explicaba que ya no había razón para hacer la instrucción, puesto que se había decidido no seguir combatiendo. Al mismo tiempo, las relaciones hostiles entre la 1ª y 2ª brigadas amenazaron con degenerar en un conflicto agudo. Los propios soldados de la 2ª brigada pidieron con insistencia que se les separara de la Ia brigada, amotinada, amenazando, en caso contrario, con abandonar el campamento sin orden.

»Por esta razón, el general Zankievich, que se presentó en el campamento acompañado de Rapp, encargado de misión del ministerio de la Guerra, dio la orden, de acuerdo con este último, de que los,soldados que habían permanecido fieles al Gobierno provisional abandonasen el campamento de La Courtine llevándose todas las municiones. Esta orden se ejecutó el 25 de junio y sólo permanecieron en el campamento los soldados que sólo 'condicionalmente' se, habían declarado fieles al Gobierno provisional. La actitud sumamente hostil de los soldados con respecto a los oficiales, que los llevó incluso a cometer violencias contra ellos, obligó al general Zankievich a alejar a los oficiales de La Courtine, no dejando más que algunas personas encargadas de la administración. A iniciativa del delegado del ministro de la Guerra, ciudadano Rapp, numerosos exilados se presentaron con él ante los soldados del campamento de La Courtine para tratar de hacerles cambiar de parecer; todas estas tentativas, sin embargo, resultaron infructuosas. Al ser nombrado comisario, el ciudadano Rapp promulgó una orden exigiendo la sumisión inmediata e incondicional al Gobierno provisional. El 22 de julio, el comisario Rapp se dirigió a La Courtine acompañado de los delegados del Comité Ejecutivo del Soviets de Diputados obreros y soldados de paso por París, Rusanov, Goldenberg, Ehrlich y Smirnov, a fin de hacer una nueva tentativa para que los amotinados cambiaran de opinión. Esta tentativa no dio ningún resultado y los delegados del Soviet de Diputados obreros y soldados fueron acogidos con declarada hostilidad. El paso por La Courtine de Svatikov, comisario del Gobierno provisional, quien se encontraba de tránsito en Francia, no tuvo mejor éxito. Tras de haber recibido explicaciones del Gobierno provisional, según las cuales no se pensaba hacer regresar a Rusia a las tropas acantonadas en Francia, y se exigía categóricamente la sumisión de los levantiscos, recurriendo en caso de necesidad a la fuerza armada; después de las tentativas reiteradas e infructuosas del comisario y nuestros exilados políticos para disuadirá los rebeldes a que se sometieran, el general Zankievich exigió a los amotinados que depusieran las armas y se dirigiesen ordenadamente a la localidad de Clairavaux en señal de sumisión. Sin embargo, esta orden no fue íntegramente ejecutada; primero, salieron 500 hombres aproximadamente, de los cuales fueron detenidos 22. Luego, veinticuatro horas más tarde, siguieron 6 000 soldados; los que quedaron, unos 2 000, fueron dejados deliberadamente a fin de guardar las armas que se negaron a entregar.

»Los rebeldes asintieron a la orden dada a la sazón por el general de que depusieran las armas a su regreso al campamento. No obstante, no cumplieron esta orden. El dejar las armas en manos de una turba desorganizada, en el seno de la cual se ocultaban indudablemente elementos provocadores, era manifiestamente peligroso. La rendición y entrega de las armas constituía la condición fundamental para el restablecimiento del orden en esta turba. En estas condiciones, y habida cuenta de una cierta inseguridad en el estado de ánimo de aquellas tropas que habían permanecido fieles al Gobierno provisional, inseguridad que hizo surgir dudas en cuanto a la posibilidad de utilizarlas como fuerza armada para volver a la razón a los rebeldes, se decidió recurrir a presiones de carácter prolongado: se asignaron raciones reducidas a los amotinados y se les suprimió la soldada; la salida del campamento hacia el poblado vecino de Aucourtine fue cerrada por puestos franceses de guardia. Estas medidas desmoralizaron a la masa de rebeldes, pero al mismo tiempo acrecentaron la influencia que sobre ellos tenían los agitadores, los cuales trataban de esconderse detrás de los levantiscos y enmascarar su responsabilidad. Al mismo tiempo, los soldados rebeldes comenzaron a cometer violencias contra los suboficiales franceses. Fue así tomo detuvieron y guardaron durante seis horas a un oficial y dos suboficiales franceses que, por orden del mando francés, colocaban en el campamento un telegrama del comandante supremo. El 9 de agosto, el general Zankievich se presentó en el campamento de La Courtine para tratar por última vez de persuadir a los rebeldes que depusieron las armas. Pero el comité del campamento respondió con una negativa a su orden de hacer venir a los representantes de las compañías. Teniendo conocimiento de que una brigada de artillería, en la que reinaba un orden perfecto, debía atravesar por Francia, el general Zankievich decidió, de acuerdo con el comisario Rapp utilizar esta unidad para reducir a los amotinados por la fuerza de las armas: se encargó al comandante de constituir y mandar un destacamento mixto formado de unidades de esta brigada de artillería y de una división de infantería.

«El 27 de agosto, la decisión del Gobierno provisional concerniente a la retirada de nuestras tropas en Francia fue comunicada a los soldados del campamento de La Courtine; sin embargo, incluso entonces, los rebeldes se negaron obstinadamente a deponer las armas. A petición de los artilleros, una diputación elegida por éstos fue enviada a presencia de los rebeldes; al cabo de algunos días, regresó convencida de la inutilidad de las negociaciones. Las exhortaciones de los delegados de la división de infantería produje-
(*continúa en la página siguiente*)

El 29 de octubre fui al Palacio María, en cuyo salón de mármol blanco decorado con paños rojos celebraba sus sesiones el Consejo de la República, para escuchar la declaración de Terechtchenko sobre la política extranjera del gobierno, que todo el país, agotado y ávido de paz, esperaba con terrible ansiedad.

Un joven alto, vestido impecablemente, el rostro dulce y los pómulos salientes, leía con suave voz un discurso cuidado, discreto y perfectamente, vacío...[24] Siempre las mismas

---

ron resultados igualmente negativos. En la tarde del I de septiembre se interrumpió el suministro de géneros alimenticios al campamento rebelde; pero esta medida no podía tener más que un carácter moral, ya que los amotinados tenían a su disposición reservas importantes de víveres; las tropas ocuparon las posiciones señaladas. El mismo día, el general Zankievitch dirigió un ultimátum a los miembros del comité del campamento de La Courtine y a la masa de amotinados para que depusieran las armas; si la orden no se ejecutaba el 1o de septiembre a las diez horas la artillería abriría el fuego. Después de repetidas advertencias, el 3 de septiembre, a las diez horas de la mañana, se abrió un ligero fuego de artillería sobre el campamento. Se dispararon dieciocho proyectiles y se avisó a los amotinados que el bombardeo se haría más intenso. Como en el transcurso de la noche del 3 al 4 sólo se rindieron 160 hombres, el bombardeo se reanudó el 4 de septiembre y, habiéndose disparado 30 granadas a las once de la mañana, los amotinados izaron dos banderas blancas y comenzaron a salir sin armas del campamento. Al atardecer, se habían rendido aproximadamente 8 300 hombres. Fueron recogidos por las tropas francesas. Ese día no hubo más disparos de artillería. Durante la noche, los hombres que habían quedado en el campamento (150) abrieron un violento tiroteo de ametralladora. Se envió al campamento un médico, ayudado por cuatro enfermeros, para curar a los heridos. El 5 de septiembre, para liquidar la situación, se abrió fuego intenso sobre el campamento, que fue ocupado por nuestras unidades poco a poco. Los rebeldes respondieron obstinadamente con tiros de ametralladora. El día 6, a las nueve horas, el campamento estaba totalmente ocupado. Se registró un total de 8 515 soldados salidos del campamento. Pérdidas de nuestras unidades: 1 muerto, 5 heridos. Pérdidas de los amotinados: 8 muertos, 44 heridos. Entre los franceses hubo dos víctimas, un muerto y un herido; se trataba de dos cabos carteros que se habían extraviado y pasaron por la zona de tiro de los amotinados. El motín de La Courtine fue reprimido así, por nuestras tropas, sin la menor participación activa de las tropas francesas. Después del desarme de los amotinados se efectuaron 81 detenciones. Habiéndose separado a los detenidos de la masa de los rebeldes, se forman con éstos compañías especiales de marcha desarmadas, dos de las cuales, integradas por elementos particularmente agitados, fueron puestas aparte y enviadas, una a Bourg-Lastic, y la otra a la isla de Aix. Las otras fueron dejadas en el campamento de La Courtine a fin de que se buscara a los culpable y se determinara su grado de responsabilidad. Por decisión del representante del Gobierno provisional, el comisario militar constituyó una comisión especial de investigación.»

Después de estos hechos, los vencedores fusilaron fríamente a más de 200 rebeldes.

[24] Discurso de Terechtchenko (Resumen): «... Los problemas de la política exterior están estrechamente vinculados a los de la defensa nacional. Si vosotros estimáis necesario para la defensa nacional celebrar sesiones secretas, de la misma manera, en nuestra política extranjera, nos vemos nosotros frecuentemente obligados a guardar también el secreto...

»La diplomacia alemana trata de actuar ante la opinión pública... Por eso es por lo que las declaraciones de los jefes de las grandes organizaciones democráticas, que hablan de un congreso revolucionario y de la imposibilidad de una nueva campaña de invierno, son peligrosas. Todas esas declaraciones cuestan vidas humanas...

«Yo no quiero hablar más que de lógica gubernamental, sin tocar las cuestiones del honor y la dignidad del Estado. Desde el punto de vista de la lógica, la política extranjera rusa debe basarse en una verdadera comprensión de los intereses de Rusia... Estos intereses POS dicen que es imposible que nuestro país permanezca aislado y que nuestras actuales alianzan son satisfactorias... La humanidad entera desea la paz, pero en Rusia nadie aceptará una paz humillante, contraria a los intereses vitales de nuestra patria.»

El orador señalaba en seguida que una paz semejante retrasaría por años, quizá por siglos, el triunfo de los principios democráticos en el mundo y causaría, inevitablemente, nuevas guerras.

«Todo el mundo recuerda las jornadas de mayo, donde la fraternización en nuestro frente amenazó terminar la guerra por el cese puro y simple de las operaciones militares y conducir al país a una vergonzosa paz separada... y se recordará los esfuerzos que fueron necesarios para hacer comprender a los soldados del frente que ese no era el método con que el Estado ruso debía poner fin a la guerra para garantizar sus intereses...»

(*continúa en la página siguiente*)

vulgaridades sobre el aplastamiento del militarismo alemán con la ayuda de los Aliados; los «intereses nacionales de Rusia, la complicación creada por el nakaz entregado a Skobelev...» Terminó con el conocido estribillo:

—Rusia es una gran potencia. Suceda lo que suceda, Rusia seguirá siendo una gran potencia. Deber de todos nosotros es defenderla y demostrar que somos los defensores de un gran ideal, los hijos de una gran nación...

Nadie estaba satisfecho. Los reaccionarios querían una política imperialista de fuerza; los partidos democráticos exigían del gobierno la seguridad de que apresuraría la paz.

Terechtchenko habló del efecto milagroso de la ofensiva de julio, del peso que dio a las palabras de los embajadores rusos en el extranjero, y de la desesperación creada en Alemania por las victorias rusas. Y también de la desilusión que sobrevino en los países aliados después de la derrota rusa...

«El gobierno ruso se adhiere estrictamente a la fórmula de la paz sin anexiones ni indemnizaciones. Nosotros consideramos que es esencial no' solamente proclamar el derecho de los pueblos a disponer de sí mismos, sino igualmente el renunciar a los fines de guerra imperialistas...

»Alemania habla continuamente de hacer la paz; en Alemania no se habla más que de paz. Es que sabe que no puede vencer.

»Rechazo el reproche dirigido al gobierno de que no se expresa en política extranjera con bastante claridad, en lo tocante a los fines de la guerra.

»Si se quiere suscitar la cuestión de los fines que persiguen los Aliados, es indispensable conocer, previamente, aquéllos acerca de los cuales se han puesto de acuerdo las potencias centrales...

»Se manifiesta frecuentemente el deseo de que publiquemos los detalles de los" tratados que unen a los Aliados, pero se olvida que hasta este día desconocemos los que unen a las potencias centrales...

»Alemania, dijo Terechtchenko, quiere evidentemente interponer entre Rusia y el Occidente una serie de estados que sirvan de valladar débil.

»Hay que aniquilar esta voluntad de atacar a Rusia en sus intereses vitales...

»Y la democracia rusa, que ha inscrito entre sus principios el deseo de los pueblos a disponer de sí mismos, ¿permitirá sin protestar que continúe la opresión de los pueblos más civilizados (en Austria-Hungría)?

»Los que temen que los Aliados se aprovechen de nuestra difícil situación para hacernos soportar algo más que nuestra parte de las cargas de la guerra y para resolver a nuestras expensas las cuestiones de la paz, se equivocan... Nuestro enemigo ve en Rusia un mercado para sus productos. Al final de la guerra, nos encontraremos en situación de debilidad, y, con una frontera abierta, nos arriesgaríamos a que la avalancha de mercancías alemanas retrasara durante años nuestro desarrollo industrial. Hay que tomar medidas contra semejante eventualidad.

«Y afirmo en voz alta y con toda sinceridad que la combinación de fuerzas que nos une a los Aliados es favorable a los intereses de Rusia... En consecuencia, importa que nuestros puntos de vista sobre la guerra y la paz concuerden tan clara y exactamente como sea posible con los de nuestros aliados. Para evitar cualquier equívoco, debo declarar con franqueza que Rusia deberá presentar en la Conferencia de París un punto de vista único...-»

Terechtchenko no quiso comentar el nakaz entregado a Skobelev, pero citó el manifiesto del comité escandinavo que acababa de ser publicado en Estocolmo. Este manifiesto se pronunciaba en favor de la autonomía de Lituania y Livonia.

»Esa autonomía es manifiestamente imposible —dijo Terechtchenko— ya que Rusia debe tener puertos libres sobre el Báltico todo el año.

«También en esta cuestión están los problemas de la política extranjera estrechamente unidos a los de la política interior, porque, si existiera un fuerte sentimiento de la unidad de esta gran Rusia, no seríamos testigos de las manifestaciones que se repiten por todas partes de un deseo de separación del gobierno central... Tales separaciones son contrarias al interés de Rusia, y los diputados rusos no pueden suscitar esta cuestión...»

Veamos aquí lo que escribía en uno de sus editoriales el órgano del Soviet bolchevique de Petrogrado, Rabotchi i Soldat («El Obrero y el Soldado»):

La respuesta del gobierno a las trincheras

He aquí, en sus propios términos, lo que el señor Terechtchenko, el más taciturno de nuestros ministros, acaba de responder al ejército y al pueblo con respecto a la guerra y a la consecución de la paz:

I° Estamos estrechamente unidos a nuestros aliados. (No a los pueblos v sino a los gobiernos.)

2° No corresponde a la democracia discutir sobre la posibilidad o la imposibilidad de una campaña de invierno. Esta cuestión será zanjada por los gobiernos de nuestros aliados.

3o La ofensiva del 1o de julio fue muy acertada y provechosa. (Ni una palabra de sus consecuencias.)

4° Es inexacto que nuestros aliados, como se dice, se hayan desinteresado de nosotros. El ministro posee, a este respecto, declaraciones categóricas... (¿Declaraciones? Pero ¿y los hechos? ¿Y la actitud de la flota británica?[25] *¿Y las conversaciones sostenidas por el rey de Inglatera y el general contrarrevolucionario Gurko? De todo esto, nada dice el ministro.)*

5° El naliaz entregado a Skobelev es malo: no complace ni a los Aliados ni a los diplomáticos rusos; ahora bien, en la conferencia aliada todos nosotros debemos hablar el mismo lenguaje.

—¿Es esto todo?

—Absolutamente todo.

Entonces, ¿cuál es la ayuda?, preguntaréis. Tened fe en los Aliados y en Terechtchenko. ¿Y cuándo conseguiremos la paz? Cuando les plazca a los Aliados.

He aquí la respuesta del gobierno a las trincheras sobre la cuestión de» la paz.

Mientras tanto, al fondo de la escena política comenzaba a surgir de la sombra una fuerza siniestra: los cosacos. La *Nóvala Jizn* («La Nueva Vida»), periódico de Gorki, llamó la atención sobre su actividad: *Al comenzar la revolución, los cosacos se negaron a tirar sobre el pueblo. Cuando Kornilov avanzó sobre Petrogrado, se negaron a seguirle. Hasta entontes, se limitaron a ese papel negativo; pero, de algún tiempo a esta par-*

---

[25] Por los días de la batalla naval librada en el golfo de Riga, no solamente los bolcheviques, sino los propios ministros del Gobierno provisional pensaron que la flota británica había abandonado definitivamente el Báltico, en consonancia con la opinión expresada públicamente con frecuencia en la prensa inglesa y semipúblicamente por los representantes británicos en Rusia, a saber, que «Rusia estaba liquidada», que de ahora en adelante sería inútil ocuparse de ella. Ver más adelante, la entrevista con Kerenski (Nota 18).

El general Gurko había sido jefe de Estado Mayor de los ejércitos rusos bajo el zar. Era una de las figuras preeminentes de la corte corrompida del emperador. Después de la revolución, fue uno de los raros personajes exilados por su pasado público y privado. La derrota naval coincidió con la recepción oficial en Londres del rey Jorge a Gurko, hombre a quien el Gobierno provisional ruso consideraba como peligrosamente germanófilo y reaccionario.

te, de su actitud de pasiva lealtad ante la revolución han pasado poco a poco a la ofensiva...

El Gobierno provisional había destituido a Kaledin, atamán de los cosacos del Don, por su complicidad en la intentona de Kornilov. Pero Kaledin se negó terminantemente a obedecer e instalóse en Novotcherkask, en medio de tres inmensos ejércitos cosacos, conspirando y amenazando. Tan grande era su poder, que el gobierno cerró los ojos ante su insubordinación y tuvo incluso que reconocer formalmente al Consejo de la Unión de los Ejércitos Cosacos y declarar ilegal la recién constituida sección cosaca de los Soviets.

En la primera mitad de octubre, visitó a Kerenski una delegación cosaca, para exigir arrogantemente que se retiraran las acusaciones contra Kafedin y para reprochar al presidente del Consejo que estuviera cediendo terreno a los Soviets. Kerenski prometió no molestar a Kaledin y, según se dice, añadió: «Para los jefes de los Soviets, yo soy un déspota y un tirano... El Gobierno provisional no sólo no apoya a los Soviets, sino que considera altamente deplorable el solo hecho de su existencia.»

Por los mismos días, otra misión cosaca fue a ver al embajador británico y se atrevió a tratar con él en nombre «del pueblo cosaco libre».

En el Don, se había creado una especie de república cosaca. El Kubán se declaró estado autónomo. Los cosacos armados dispersaron a los Soviets de Rostov, del Don y de Iekaterinburg y saquearon el local del sindicato de mineros de Jarkov. En todas sus manifestaciones, el movimiento cosaco se mostraba antisocialista y militarista. Sus jefes pertenecían a la nobleza y eran grandes propietarios, como Kaledin, Kornilov, los generales Dutov, Karaulov y Bardije, a quienes sostenían los poderosos comerciantes y banqueros de Moscú.

La vieja Rusia se descomponía rápidamente. En Ucrania, Finlandia, Polonia y Rusia blanca se hacían más fuertes y audaces los movimientos nacionalistas. Los gobiernos locales, dominados por las clases poseedoras, reclamaban la autonomía y se negaban a obedecer las órdenes de Petrogrado. En Helsingfors, la Cámara finlandesa se negó a hacer un empréstito al Gobierno provisional, proclamó la autonomía de Finlandia y exigió la retirada de las tropas rusas. En Kiev, la Rada burguesa extendió las fronteras de Ucrania hacia el Este, hasta los montes Urales, anexionándose los más ricos territorios agrícolas del Sur de Rusia, y comenzó a organizar un ejército nacional. Su primer ministro, Vinnitchenko, hacía alusiones a una paz separada con Alemania. El Gobierno provisional era impotente. Siberia y el Cáucaso exigían asambleas constituyentes propias. En todos estos países se había trabado una lucha encarnizada entre el poder y los Soviets locales de Diputados obreros y soldados.

Cada día era más caótica la situación. Los soldados, desertando del frente por centenares de miles, retrocedían como una vasta marea y vagaban sin rumbo a través de todo el país. Los campesinos de las provincias de Tambov y Tver, cansados de esperar sus tierras y exasperados por las medidas represivas del gobierno, incendiaban las casas señoriales y asesinaban a los propietarios terratenientes. Huelgas y lock-outs inmensos sacudían a Moscú, Odesa y el distrito minero del Donetz. Los transportes se hallaban paralizados, eLejército moría de hambre y en las grandes ciudades faltaba el pan.

Acosado por los demócratas y los reaccionarios, el gobierno no podía hacer nada. Y cuando hacía algo era para defender los intereses de las clases poseedoras. Envió a los cosacos a restablecer el orden entre los campesinos y romper las huelgas. En Tachkent, las autoridades gubernamentales suprimieron los Soviets. En Petrogrado, el Consejo Económico, instituido para restaurar la vida económica del país, se vio cogido entre las fuerzas adversas del capital y del trabajo y reducido a la impotencia. Kerenski lo disolvió. Los militares del antiguo régimen, apoyados por los kadetes, exigían medidas enérgicas para restablecer la disciplina en el ejército y la marina. En vano el almirante Verderevski, venerable ministro de Marina, y el general Verkhovski, ministro de la Guerra, repetían que sólo una nueva disciplina del espíritu, democrática, voluntariamente aceptada y basada en la colaboración con los comités de soldados y marineros, podría salvar al ejército y la marina. Sus consejos no fueron escuchados.

Los reaccionarios parecían decididos a desafiar la cólera popular. Estaba ya próximo el proceso Kornilov. La prensa burguesa defendía, cada vez mas abiertamente, al general, llamándolo «el gran patriota ruso». El diario de Burtzev, *Obchicheie Dielo* («La Causa Común») pedía una dictadura de Kornilov, Kaledin y Kerenski.

Me entrevisté un día, en la tribuna de prensa del Consejo de la República, con Burtzev, un hombrecillo encorvado, de cara arrugada y ojos miopes amparados tras unos gruesos cristales, los cabellos y la barba medio canosos y revueltos.

—No olvide mis palabras, joven. En Rusia lo que se necesita es un hombre fuerte. Ahora habría que dejar de pensar en la revolución y concentrar la atención en Alemania. Los imbéciles han permitido que Kornilov sea derrotado, y, detrás de los imbéciles, están los agentes de Alemania. Kornilov debió haber vencido...

En la extrema derecha, los órganos monárquicos, apenas disimulados, el *Narodny Tribun* («La Tribuna del Pueblo»), de Purichkievitch, la *Novata Rusa* («La Nueva Rusia») y el *Jivoie Slovo* («La Palabra Viva»), predicaban abiertamente el exterminio de la democracia revolucionaria.

El 23 de octubre tuvo lugar en el golfo de Riga una batalla naval contra una escuadra alemana. Con el pretexto de que Petrogrado estaba en peligro, el Gobierno provisional dispuso la evacuación de la capital. Habrían de salir, en primer lugar, las grandes fábricas de municiones, las cuales serían distribuidas a lo largo de toda Rusia, y el gobierno mismo debería trasladarse a Moscú. Rápidamente los bolcheviques desenmascararon los verdaderos móviles del gobierno, que lo que buscaba, al abandonar la capital roja, era debilitar la revolución. Riga había sido ya vendida a los alemanes; ahora le tocaba el turno de la traición a Petrogrado.

La prensa burguesa se regodeaba de júblio. El periódico kadete *Rtetcb* («La Palabra») decía que en Moscú el gobierno podría continuar su obra en una atmósfera tranquila, sin que lo molestaran los anarquistas. Rodzianko, jefe del ala derecha del partido kadete, declaró en el *Outro Rossii* («El Alba de Rusia») que la conquista de Petrogrado por los alemanes sería una bendición, porque traería como consecuencia la caída de los Soviets y libraría a Rusia de la flota revolucionaria del Báltico.

Petrogrado está en peligro —escribía—. Pues bien, confiemos a Dios la misión de proteger a Petrogrado. Se teme que la pérdida de Petrogrado traiga consigo la muerte de

las organizaciones centrales revolucionarias. Por lo que a mí se refiere, respondo que me alegraría de su desaparición, puesto que sólo podrían aportar a Rusia el desastre...

Se dice que la conquista de Petrogrado acarrearía la desaparición de la Flota del Báltico. Nada habría que deplorar con ello. La mayoría de las tripulaciones está completamente desmoralizada.

La reprobación popular estalló con tal violencia, que los proyectos de evacuación tuvieron que ser abandonados.

Mientras tanto aparecía en el horizonte el Congreso de los Soviets, como una nube de tempestad surcada de relámpagos. Oponíanse a él, no sólo el gobierno, sino todos los socialistas «moderados». Los Comités Centrales del Ejército y de la Flota, los de algunos sindicatos, los Soviets campesinos y, sobre todo, el Tsík no escatimaban medio para impedir la reunión. *Izvestia* y el *Galos Solé ata* («La Voz del Soldado»), periódicos fundados por el Soviet de Petrogrado, pero que habían pasado a manos del Tsík, la atacaban encarnizadamente, y lo mismo hacía el partido socialrevolucionario por medio de sus dos órganos, *Dido Naroda* («La Causa del Pueblo») y *Valia Naroda* («La Voluntad del Pueblo»).

Se enviaron delegados a todo el país, y órdenes telegráficas a los comités de los Soviets locales y a los comités del ejército, con el fin de suspender o retardar las elecciones. Votáronse resoluciones solemnes contra el Congreso, y se declaró que la reunión de éste en una fecha tan próxima a la de la Asamblea Constituyente estaba en oposición con los principios democráticos. Por todas partes elevaban sus protestas los delegados del frente, de la Unión de los zemstvos, de la Unión de los Campesinos, de la Unión de los Ejércitos Cosacos, de la Unión de los Oficiales, de los Caballeros de San Jorge, de los Batallones de la Muerte, etc. El Consejo de la República era un grito unánime de reprobación. Todo el aparato creado por la revolución de febrero se puso en acción contra la reunión del Congreso de los Soviets.

Frente a esta oposición se alzaba la voluntad, aún informe, del proletariado: obreros, simples soldados, campesinos pobres. Muchos Soviets locales eran ya bolcheviques, y además había las organizaciones de los obreros industriales, los comités de fábrica y las organizaciones revolucionarias del ejército y de la flota. En ciertos lugares, el pueblo, a quien se le impedía elegir sus delegados regularmente, improvisaba mítines parciales y elegía un representante para enviarlo a Petrogrado. En otras partes, dispersaba los antiguos comités obstruccionistas y los sustituía por otros nuevos. Crecía la revuelta como una ola de fondo, y comenzaba a resquebrajarse la costra que se había ido formando lentamente sobre la lava revolucionaria durante los meses anteriores. Sólo un movimiento espontáneo de las masas podía conseguir la celebración del Congreso de los Soviets de toda Rusia.

Los oradores bolcheviques recorrían diariamente los cuarteles y los talleres denunciando violentamente al «Gobierno de guerra civil». Un domingo, mis amigos y yo fuimos a un mitin de los talleres de Obukhovo, fábrica de municiones del Estado, situada fuera de la ciudad, en la avenida de Schlüsselburg. El tranvía a vapor, con su pesado techo, avanzaba penosamente entre grandes muros de fábricas e inmensas iglesias, en medio de océanos de barro.

El mitin se celebró entre las altas paredes de ladrillo de un enorme edificio sin terminar. Diez mil personas, hombres y mujeres, vestidas de negro, encaramadas sobre pilas de madera y de ladrillos o colgadas de las traviesas, se apretujaban alrededor de un estrado cubierto de tela roja, apasionadamente atentas y vociferando como truenos. De tiempo en tiempo, el sol atravesaba las nubes, pesadas y sombrías, inundando con una luz rojiza, por los huecos de las ventanas, aquella masa de rostros simples, vueltos hacia nosotros.

Lunacharski, con su delgada silueta de estudiante y su fino rostro de artista, explicaba por qué los Soviets debían tomar el poder. No había otro medio para defender a la revolución contra sus enemigos, que arruinaban deliberadamente al país y al ejército, preparando el camino a un nuevo Kornilov.

Un soldado del frente rumano, flaco, trágico, apasionado, exclamó:

— *¡Camaradas! En el frente nos morimos de hambre y de frío. Se nos obliga a morir sin razón. Ruego a los camaradas norteamericanos que digan en su país que los rusos no abandonaremos nuestra revolución más que con la muerte. Defenderemos esta fortaleza con todas nuestras fuerzas, hasta que todos los pueblos se alcen y vengan a ayudarnos. ¡Decid a los obreros norteamericanos que se levanten y luchen por la revolución social!*

Habló después el esbelto Petrovski, con su vocecita lenta, implacable:

— *¡No es hora ya de palabras, sino de hechos! La situación económica es mala, y tenemos que hacer algo. Nuestros adversarios tratan de someternos por el hambre y el frío. Quieren provocarnos. Pero que sepan que pueden ir demasiado lejos. Si se atreven a tocar nuestras organizaciones, los barreremos, como basuras, de la superficie de la tierra.*

La prensa bolchevique cobró de pronto un nuevo vuelo.

Además de los dos diarios del partido, *Rabotehi Put* («La Voz de los Obreros») y *Soldat* («El Soldado»), aparecieron dos nuevos órganos: uno para los campesinos, *Derevetiskaia Biednota* («Los Campesinos Pobres») que tiraban todos los días medio millón de ejemplares, y el que llevaba por título *Rabotchi i Soldat* («El Obrero y el Soldado»). Este último, en su primer número, del 17 de octubre, resumía así el punto de vista bolchevique:

Un cuarto año de guerra significaría el aniquilamiento del ejército y del país.... Petrogrado revolucionario está en peligro. Los contrarrevolucionarios se regocijan con las desgracias del pueblo y se preparan a asestarle un golpe mortal. Los campesinos, desesperados, están en franca rebelión; los propietarios y el gobierno los hacen asesinar por medio de expediciones punitivas. Las fábricas y los talleres paralizan el trabajo, y los obreros están amenazados por el hambre. La burguesía y sus generales quieren restaurar, con medidas despiadadas, la disciplina ciega en el ejército. Apoyados por la burguesía, los partidarios de Kornilov se disponen abiertamente a dispersar la Asamblea Constituyente.

El gobierno de Kerenski es el gobierno de la burguesía. Toda su política está dirigida contra los obreros, los soldados y los campesinos. Arruinará al país... Nuestro diario aparece en días de grandes amenazas. Será la voz del proletariado y de la guarnición

de Petrogrado. Será el defensor infatigable de los campesinos pobres... Hay que salvar al pueblo y llevar a su término la revolución. Hay que arrancar el poder de las manos criminales de la burguesía y entregarlo a las organizaciones de los obreros, soldados y campesinos revolucionarios. Hay que poner fin a la maldita guerra.
El programa del Rabotchi i Soldat es el mismo del Soviet de diputados obreros y soldados de Petrogrado, a saber:
¡Todo el poder a los Soviets en la capital y en las provincias!
¡Tregua inmediata en todos los frentes; paz leal entre los pueblos!
¡La tierra a los campesinos, sin indemnización a los terratenientes!
¡Una Asamblea Constituyente honradamente elegida!

Reproducimos todavía otro pasaje interesante del mismo periódico, órgano de aquellos bolcheviques conocidos en el mundo entero como agentes de Alemania:

El emperador alemán, manchado con la sangre de millones de hombres, quiere hacer avanzar su ejército hasta Petrogrado. ¡Dirijámonos a los obreros, a los soldados, a los campesinos alemanes, que no desean menos que nosotros la paz, para que se rebelen contra esta guerra maldita!

Esto no podrá hacerse más que con un gobierno revolucionario, que hable verdaderamente en nombre de los obreros, de los soldados y de los campesinos rusos, que se dirija, por encima de los diplomáticos, directamente, a los ejércitos alemanes y llene sus trincheras de proclamas en lengua alemana... Nuestros aviadores inundarán toda Alemania de estas proclamas...

En el Consejo de la República cada día era más profundo el abismo entre los dos extremos.

—*Las clases ricas* —gritaba Karelin en nombre de los S.R. de izquierda— *quieren servirse del aparato revolucionario del Estado para atar a Rusia al carro de guerra de los Aliados. Los partidos revolucionarios se oponen resueltamente a semejante política.*

El viejo Nicolás Tchaikovski, representante de los socialistas populares (írudoviqttes), habló contra el reparto de tierra entre los campesinos y tomó el partido de los kadetes:

—Debemos restablecer inmediatamente la disciplina férrea en el ejército. Desde el comienzo de la guerra, no he dejado de repetir que es criminal emprender reformas económicas y sociales en tiempo de guerra. Este es el crimen que estamos cometiendo. Sin embargo, no soy enemigo de estas reformas, puesto que soy socialista. (Gritos en la izquierda: «¡No te creemos!» Gran ovación en la derecha.)

Adjemov, en nombre de los kadetes, declaró que no era absolutamente necesario decir al ejército por qué combatía; cada soldado debía comprender que su primer deber era arrojar del territorio ruso al enemigo.

El mismo Kerenski abogó apasionadamente, dos veces, por la unión nacional, y se deshizo en lágrimas al final de uno de sus discursos. La Asamblea lo escuchó fríamente, interrumpiéndolo con observaciones irónicas.

El instituto Smolny, cuartel general del Tsík y del Soviet de Petrogrado, se halla a muchas millas del centro, en un extremo de la ciudad, a la orilla del ancho Neva. Tomé un tranvía atestado de viajeros, que serpenteaba, gimiendo, por las calles enlodadas y mal

pavimentadas. Al final del trayecto se alzaban las graciosas cúpulas azuladas y engastadas de oro mate del convento Smolny, tan agradables a la vista, y a su lado, la gran fachada con aire de cuartel del instituto Smolny, de doscientos metros de longitud y tres pisos de altura, y encima de la entrada un enorme e insolente blasón imperial esculpido en piedra.

Las organizaciones revolucionarias de los soldados y de los obreros se habían instalado en este instituto, famoso pensionado para señoritas nobles en el antiguo régimen, patrocinado por la zarina. Tiene más de un centenar de amplias piezas, blancas y desnudas. En las puertas, unos rótulos de esmalte indicaban todavía a los visitantes la «cuarta clase» o la «sala de profesores». Pero otras inscripciones, trazadas precipitadamente, testimoniaban la nueva actividad que reinaba en el establecimiento: «Comité ejecutivo del Soviet de Petrogrado», «Tsik», «Oficina de Asuntos Extranjeros», «Unión de soldados socialistas», «Comités de fábrica». «Comité Central del Ejército». Otras piezas estaban ocupadas por las oficinas centrales o servían para las reuniones de los partidos políticos.

Por los largos corredores abovedados e iluminados de trecho en trecho por bombillas eléctricas discurría una atareada muchedumbre de obreros y soldados, algunos de ellos doblados bajo el peso de enormes paquetes de periódicos, proclamas y propaganda impresa de todas clases. El ruido de sus pesadas botas sobre el entarimado del piso se asemejaba a un incesante trueno. Por todas partes había rótulos: «¡Camaradas! En interés de vuestra propia salud, sed limpios!» En cada piso, tanto al terminar las escaleras como en los rellanos, se habían instalado grandes mesas donde se veían en montón folletos y publicaciones políticas.

El amplio refectorio, de techo bajo, situado en el piso inferior, había sido destinado a restaurante. Mediante dos rublos se me entregó un billete que me daba derecho a una comida. Me puse después a la cola, donde había centenares de personas esperando llegar a uno de los largos mostradores en que unos veinte hombres y mujeres servían la sopa de col, que sacaban, con algunos pedazos de carne, de unos inmensos calderos, y distribuían montañas de kacha y trozos de pan negro. Por cinco kopeks le daban a uno té en un vaso de estaño. Uno mismo tenía que tomar de un cesto una cuchara de madera grasienta. Sentados en los bancos a lo largo de las mesas de madera, hambrientos proletarios engullían su comida, mientras discutían entre sí y se lanzaban a través de la sala bromas pesadas.

En el primer piso había otro comedor, reservado al Tsík, pero todo el mundo iba allí." En dicho comedor se podían conseguir rebanadas de pan generosamente untadas de mantequilla, y vasos de té en número ilimitado.

En el ala sur del segundo piso, la antigua sala de baile del instituto se había convertido en el gran salón de sesiones. Era una estancia de altos y blancos muros, iluminada por centenares de globos eléctricos labrados y sujetos a unos candelabros, y dividida por dos filas de macizas columnas. A un extremo, se elevaba un dosel flanqueado por dos altas lámparas de múltiples brazos, y al fondo pendía un marco de oro de donde se había quitado el retrato del soberano. Aquí era donde, en los días de fiesta, se reunían las grandes duquesas, rodeadas de relucientes y suntuosos uniformes militares eclesiásticos.

Al otro lado del pasillo, frente por frente al salón de sesiones, estaba la oficina de revisión de actas de los delegados al Congreso de los Soviets. Estuve observando la llegada

de los nuevos delegados: soldados vigorosos y barbudos, obreros con blusas negras, campesinos de largos cabellos. Los recibía una joven, miembro del *ledinstvo* de Plejanov, que sonreía desdeñosamente.

—Apenas se parecen —decía— a los delegados del primer congreso. Mire usted qué aire de ignorancia y de grosería. ¡Qué masa inculta!

Era exacto. Rusia había sido sacudida hasta lo más profundo y las capas bajas salían a la superficie. El comité de revisión, nombrado por el antiguo Tsík, discutía a cada delegado la validez de su mandato. Karajan, miembro del Comité Central bolchevique, se limitaba a sonreír.

—No os preocupéis —decía—. Cuando llegue el momento, lograremos que os den vuestros puestos.

Rabotehi i Sóldat escribía sobre el particular:

Llamamos la atención de los delegados al nuevo congreso sobre los intentos de ciertos miembros del comité de organización de sabotear dicho congreso, haciendo circular el rumor de que ya no va a celebrarse y de que los delegados deben abandonar Petrogrado... No os dejéis desorientar por esas mentiras... Se acercan grandes días...

Era evidente que para el 2 de noviembre no se alcanzaría el quorum, por lo que el Congreso fue aplazado para el 7. Ahora bien, el país entero estaba en conmoción, y los mencheviques y los socialrevolucionarios, comprendiendo que estaban derrotados, cambiaron repentinamente de táctica. Telegrafiaron a todas sus organizaciones provinciales para que eligieran tantos socialistas «moderados» como fuera posible. Al mismo tiempo, el Comité Ejecutivo de los Soviets campesinos lanzó urgentemente la convocatoria para un congreso campesino que debería abrirse el 13 de diciembre, con el fin de poder anular cualquier acción eventual de los obreros y los soldados.

¿Qué harían los bolcheviques? En la ciudad corría el rumor de que los obreros y los soldados preparaban una manifestación armada. La prensa burguesa y reaccionaria profetizaba la insurrección y exigía al gobierno que arrestase al Soviet de Petrogrado o, al menos, que impidiese la reunión del congreso. Periódicos como la *Novaia Russ* preconizaban una matanza general de bolcheviques.

El diario de Gorki, *Novaia Jizn*, reconocía con los bolcheviques que los reaccionarios trataban de ahogar la revolución y que había que oponerles, si fuera necesario, la fuerza de las armas; pero antes importaba que todos los partidos de la democracia revolucionaria presentasen un frente único:

Mientras la democracia no organice sus fuerzas principales; mientras su acción tropiece con una fuerte resistencia, es imprudente pasar a la ofensiva. Pero si los adversarios recurren a la violencia, la democracia revolucionaria deberá lanzarse a la lucha para adueñarse del poder, y encontrará el apoyo de las capas más profundas del pueblo.

Gorki hacía notar que tanto los periódicos reaccionarios como los del gobierno incitaban a los bolcheviques a la violencia, porque, en efecto, una insurrección abriría el camino a un nuevo Kornilov. Y conjuraba a los bolcheviques a desmentir los rumores que circulaban. En el órgano menchevique *Dien* («El Día») publicó Potressov una historia sensa-

cional, acompañada de una carta, donde pretendía revelar el plan secreto de campaña de los bolcheviques.

Como por arte de encantamiento, se cubrieron las paredes de advertencias,[26] proclamas y llamamientos de los comités centrales de los «moderados» y de los conservadores,

---

[26] *Llamamientos contra la insurrección:*

A los obreros y soldados. «¡Camaradas! »Las fuerzas oscuras redoblan su actividad con el fin de provocar en Petrogrado y en otras ciudades desórdenes y pogromos. »Necesitan desórdenes que para ellas serían la ocasión apetecida de aplastar en sangre el movimiento revolucionario, so pretexto de restablecer el orden y proteger a la población; esas fuerzas esperan instaurar en el poder a Kornilov, de quien el pueblo revolucionario ha Ipgrado desembarazarse. ¡Ay del pueblo, si estas esperanzas se realizan! La contrarrevolución triunfante destruiría los Soviets y los comités del ejército, disolvería la Asamblea Constituyente, detendría la entrega de las tierras a los campesinos, pondría fin a todas las esperanzas de paz rápida y llenaría las cárceles de soldados y obreros revolucionarios. »Los contrarrevolucionarios y las Centurias Negras, en sus cálculos, especulan con el serio descontento creado en las capas no instruidas del pueblo para desorganizar el abantecimiento, proseguir la guerra y ahondar las dificultades generales de la vida. Cuentan con hacer degenerar en pogromos las manifestaciones de los soldados y los obreros, con el fin de aterrar a la población pacífica y lanzarla en brazos de leí restauradores del orden. »En estas condiciones, toda tentativa de organizar en este momento una manifestación, aunque fuese por la mejor de las causas, sería un crimen,. Todos los obreros y soldados conscientes que no están satisfechos con la política del gobierno sólo podrían causarse daño a sí mismos y a la revolución si se dejan arrastrar a manifestaciones. »E1 Tsík. pide, por ello, a todos los obreros que no respondan a ninguna invitación a manifestarse. »Obreros y soldados, ¡no cedáis a la provocación! ¡Recordad vuestros deberes para con vuestro país y la Revolución! ¡No rompáis la unidad del frente revolucionario con -manifestaciones que no pueden verse coronadas por el éxito! «El Comité Central Ejecutivo de los Soviets de Diputados obreros y campesinos (Tsik).»

Partido Obrero Socialdemócrata Ruso:

El peligro se acerca. A todos los obreros y soldados (Leer y hacer circular) «Camaradas obreros y soldados: »Nuestro país está en peligro. Han llegado los días más difíciles para nuestra libertad y nuestra revolución. El enemigo se halla a las puertas de Petrogrado. La desorganización crece de hora en hora. Cada vez se hace más difícil obtener pan para Petrogrado. Todos, grandes y pequeños, deben redoblar sus esfuerzos, deben trabajar por mejorar la situación... Es preciso salvar a nuestro país y nuestra libertad..! ¡Armas y víveres para el ejército! ¡Pan para las grandes ciudades! ¡Orden y organización en el país!... »En medio de estas dificultades se echan a rodar rumores: En alguna parte se está preparando una manifestación, un misterioso alguien está exhortando a los soldados y a los obreros a romper la paz y el orden revolucionario... El órgano de los bolcheviques, el Rabütcfii Put, echa leña al fuego; halaga a las masas no instruidas, se esfuerza por complacerlas, tienta a los obreros y soldados excitándolos contra el gobierno y prometiéndoles el oro y el moro... Los hombres confiados e ignorantes lo creen todo sin razonar... También del otro lado llegan rumores: rumores de que las fuerzas oscuras, los amigos del zar, los espías alemanes, se frotan las manos y se regocijan. Están prestos a unirse a los bolcheviques y a convertir el desorden en la guerra civil. »Los bolcheviques y los obreros y soldados ignorantes que se han dejado seducir por ellos gritan estúpidamente: '¡Abajo el gobierno! ¡Todo el poder a los Soviets!' Y en la sombra, los servidores del zar y los espías de Guillermo les excitan: '¡Golpead a los judíos, a los comerciantes;' desvalijad los mercados, las tiendas, saquead las bodegas! ¡Matad, incendiad, robad!' De todo ello surgirá una espantosa confusión, la guerra de una mitad del pueblo centra la otra. Todo se irá desorganizando más y más, y tal vez volverá a correr la sangre en las calles de la capital. ¿Y entonces? ¿Qué ocurrirá después? »Después, quedará abierto para Guillermo el camino a Petrogrado. Después, no llegará el pan a Petrogrado, los niños morirán de hambre. Después, las tropas del frente no serán apoyadas, y nuestros hermanos, en las trincheras, se verán a merced del fuego enemigo. Entonces, Rusia perderá todo prestigio en los demás países; nuestra moneda caerá por los suelos y todo encarecerá tanto, que la vida se hará imposible. La Asamblea Constituyente, durante tanto tiempo deseada, sera aplazada, pues resultará imposible reunirla a tiempo. Y eso será la muerte de la revolución, la muerte de la libertad...» ¿Es eso lo que vosotros queréis, obreros y soldados? ¡No! Entonces, si no queréis eso, id a buscar a los ignorantes, engañados por los traidores, y decidles toda la verdad, ¡tal como nosotros os la decimos! »Hacedles saber que quienquiera que, en estos días aciagos, lo exhorte a manifestarse en la calle contra el gobierno no puede ser más que un servidor secreto del zar, un provocador, ¡un cómplice ingenuo de les enemigos del pueblo o un espía a sueldo de Guillermo! «Todos los obreros revolucionarios conscientes, todos los campesinos conscientes, (*continúa en la página siguiente*)

como asimismo del Tsík, denunciando toda «demostración», viniera de donde viniese, y conjurando a los obreros y soldados a no escuchar a los agitadores. He aquí, por ejemplo, un extracto de la proclama de la sección militar del partido socialrevolucionario:

Nuevamente circulan por la ciudad rumores sobre un golpe de fuerza. ¿Cuál es la fuente de estos rumores? ¿En nombre de qué organización predican la insurrección los agitadores? Los bolcheviques, interrogados por el Tsík sobre el particular, han negado toda responsabilidad... Pero estos rumores, por sí solos, constituyen un grave peligro. Puede ocurrir que, indiferentes al verdadero estado de espíritu de la mayoría de los obreros, soldados y campesinos, algunos testarudos llamen a la calle a una parte de los obreros y de los soldados y los inciten a amotinarse... En este momento terrible por que atraviesa la Rusia revolucionaria, cualquier motín se transformaría fácilmente en guerra civil, con la consiguiente destrucción de todas las organizaciones proletarias, que tantas dificultades ha costado edificar. Los contrarrevolucionarios no dejarán de aprovecharse de una insurrección para ahogar la revolución en sangre e impedir la elección de la Asamblea Constituyente. Por otra parte, el jefe de la contrarrevolución europea, Guillermo II, prepara un nuevo golpe. ¡Nada de insurrecciones! ¡Que cada uno permanezca en su puesto!

El 28 de octubre me entrevisté, en los pasillos del Smolny, con Kaménev, un hombrecillo de barbita rojiza recortada en punta y gestos de latino. No estaba muy seguro de que hubiera suficiente número de delegados.

—Si se celebra el Congreso —me dijo—, representará la voluntad de la mayoría aplastante del pueblo. Si, como creo, la mayoría es bolchevique, exigiremos que se entregue el poder a los Soviets, y el Gobierno provisional tendrá que irse.

Volodarski, un hombretón joven y pálido, de aspecto enfermizo, con lentes, fue más categórico aún:

—Los Lieber, Dan y otros oportunistas tratan de sabotear el congreso. Pues bien, si logran impedir la reunión, nosotros somos lo bastante realistas para que esto no nos detenga. Encuentro en mi carnet, con fecha 29 de octubre, los siguientes extractos de periódicos: Mohilev (Gran Cuartel General). Se han concentrado aquí los regimientos leales de la Guardia, la División Salvaje, los cosacos y los Batallones de la Muerte. Los junkers de Pavlovsk, de Tsarskoie-Selo y de Peterhof han recibido del gobierno la orden de estar preparados para marchar sobre Petrogrado. Los junkers de Oranienbaum llegan a la capital. Una parte de la división de automóviles blindados de la guarnición de Petrogrado se halla estacionada en el Palacio de Invierno. En virtud de una orden firmada por Trotzki, la fábrica de armas de Sestroresk ha entregado muchos millares de fusiles a los delegados obreros de Petrogrado. En un mitin de la milicia municipal, celebrado en el barrio de Basliteiny, se ha exigido, por medio de una resolución, la entrega del poder a los Soviets.

Esto es sólo una muestra de la confusión que reinaba en aquellos días febriles, en los que todo el mundo sabía que algo iba a suceder, sin poder decir exactamente qué.

---

todos los soldados revolucionarios que comprenden el daño que causaría al pueblo una manifestación o un levantamiento contra el gobierno, deben unirse para impedir que los enemigos del pueblo destruyan nuestra libertad.» El Comité electoral de Petrogrado de los mencheviques y defensores de la patria.

En un mitin del Soviet de Petrogrado, celebrado en el Smolny la noche del 30 de octubre, Trotzki calificó las afirmaciones de la prensa burguesa referentes a los proyectos de insurrección de los Soviets como un «intento reaccionario de desacreditar y hacer fracasar el Congreso de los Soviets».

—El Soviet de Petrogrado — declaró en nombre del mismo— no ha dado ninguna orden de insurrección. Pero, si fuera necesario, la daríamos, y contaríamos con el apoyo de la guarnición de Petrogrado... El gobierno prepara un movimiento contrarrevolucionario. Nosotros responderemos con una ofensiva, que será decisiva y sin contemplaciones.

Era verdad que el Soviet de Petrogrado no había ordenado demostración armada alguna; pero el Comité Central del Partido bolchevique estaba considerando la eventualidad de una insurrección. La noche del 23 se reunió en sesión permanente. Todos los intelectuales del partido, todos los jefes, así como los delegados de los obreros y de la guarnición de Petrogrado, estaban presentes. Entre los intelectuales, sólo Lenin y Trotzki eran favorables a la insurrección. Incluso los militares se oponían a ella. Se votó. La idea de la insurrección fue derrotada. Entonces se levantó un obrero con el rostro crispado de furor:

—Hablo en nombre del proletariado de Petrogrado —dijo con rudeza—. Nosotros estamos por la insurrección. Haced lo que queráis, pero os anuncio que, si dejáis aplastar a los Soviets, habréis acabado para nosotros.

Algunos soldados se unieron a él... La insurrección se puso a votación de nuevo... Esta vez triunfó.[27]

Sin embargo, el ala derecha de los bolcheviques, bajo la dirección de Riazánov, Kamenev y Zinoviev, continuaba su campaña contra la sublevación armada. Pero la mañana del 31 de octubre, *Rabotchi Put* comenzó la publicación de la «Carta a los camaradas»,[28] de Lenin, uno de los más audaces documentos de agitación política que ha cono-

---

[27] El desarrollo de la discusión sobre la insurrección armada, durante las sesiones históricas del Comité Central del Partido bolchevique en octubre de 1917, no está expuesto de una manera justa. La decisión de llevar a cabo el levantamiento armado fue adoptada en una sesión privada del Comité Central el 23 de octubre de 1917, sesión durante la cual intervinieron Lenin, Bubnov, Dzerjinski, Zinoviev, Kamenev, Kollontai, Lomov, Sverdlov, Sokolnikov, Stalin, Trotzki, y Uritski. Zinoviev y Kamenev votaron contra la resolución propuesta por Lenin. Seis días después, el 29 de octubre, se llevó a cabo una sesión penaría del Comité Central del partido, a la que asistieron los representantes de la comisión ejecutiva del comité de Petrogrado del partido, de la organización militar, del Soviet de Petrogrado, de los sindicatos, de los comités de fábrica, de los ferroviarios, del comité de barrio del Partido de Petrogrado. En esa sesión, Lenin hizo pública la resolución adoptada por la anterior sesión del Comité Central; subrayó en su intervención que la situación política objetiva existente tanto en Rusia como en Europa hacía necesaria la política más resuelta, más activa, política que sólo podía llevarse a cabo mediante la insurrección armada. Lenin propuso a la Asamblea una resolución saludando y apoyando la decisión del Comité Central sobre la insurrección (ver Obras, t. XXVI). La resolución fue adoptada por 19 votos contra 2 (los de Zinoviev y Kamenev) y 4 abstenciones.

[28] La “Carta a los camaradas” de Lenin. La serie de artículos así titulada apareció en varios números sucesivos del Rabotchi Put, a fines de octubre y comienzos de noviembre de 1917 [El autor se equivoca. Ese número apareció el 1 de noviembre (19 de octubre). --Nota de la Edit.]. Reproduciré solamente algunos extractos tomados de dos números: «No tenemos con nosotros a la mayoría del pueblo y, sin esta premisa, la insurrección no podría triunfar. «Quienes son capaces de expresarse así, o desnaturalizan la verdad, o son gentes formalistas que, sin tener en cuenta para nada la situación real de la revolución, (*continúa en la página siguiente*)

desean a toda costa contar de antemano con la garantía de que, no todo el país, el partido bolchevique tiene exactamente la mitad de los votos más uno... El hecho más importante en la vida actual de Rusia es la insurrección campesina... El movimiento de los campesinos en la provincia de Tambov ha sido una insurrección tanto en el sentido físico como en el sentido político de la palabra, una insurrección que ha dado resultados políticos magníficos, tales como, en primer lugar, el consentimiento a la entrega de tierras a los campesinos. Por algo toda la canalla socialrevolucionaria, moderados y hasta incluso el Dielo Naroda, asustado por el levantamiento, vociferan ahora que es absolutamente necesario entregar la tierra a los campesinos... Otra consecuencia política y revolucionaria del levantamiento campesino es la llegada de trigo a las estaciones de la provincia de Tambov... La prensa burguesa ha tenido que reconocer los frutos maravillosos de esta solución (la única realista) a la cuestión del pan, incluso el propio' Kousskaia Valia, que ha publicado una información diciendo que las estaciones de la provincia de Tambov rebosaban de trigo... ¡después del levantamiento de los campesinos. «No somos lo bastante fuertes para adueñarnos del poder, y I» burguesía, por su parte, no es lo bastante fuerte para hacer que fracase la Asamblea Constituyente. »La primera parte de este argumento no es más que la simple repetición del anterior. No es manifestando la confusión y el temor a la burguesía, con respecto a los obreros y el optimismo con respecto a la burguesía, como se dará más fuerza a este argumento y se le hará más persuasivo. Si los junkers y los cosacos dicen que combatirán hasta la última gota de su sangre contra los bolcheviques, hay que creerles a pies juntillas; pero si en cientos de mítines los obreros y los soldados expresan su plena confianza en los bolcheviques, y afirman que están dispuestos, cueste lo que cueste, a imponer el paso del poder a los Soviets, entonces ¡es 'oportuno' no olvidar que una cosa es votar y otra combatir! »Quien así razona 'rechaza' de antemano, naturalmente, la insurrección. Cabe únicamente preguntarse: ¿qué distingue a este 'pesimismo' curiosamente tendencioso y curiosamente orientado de la amalgama política con la burguesía? »¿Qué ha probado la intentona de Kornilov? Ha probado que los Soviets son realmente una fuerza. » ¿Cómo se puede demostrar que la burguesía no es lo bastante fuerte para hacer fracasar a la Asamblea Constituyente? Si la burguesía no tiene fuerza para derrocar a los Soviets, sí es, sin embargo, lo bastante fuerte para hacer fracasar a la Asamblea Constituyente, ya que nadie se lo puede impedir. Creer en las promesas de Kerenski y Cía., creer en las resoluciones del preparlamento de lacayos, ¿es eso digno de un miembro del partido de los proletarios, de un revolucionario? »La burguesía no sólo tiene la fuerza para hacer fracasar a la Asamblea Constituyente si el gobierno actual no es derrocado, sino que puede incluso alcanzar este resultado indirectamente, entregando Petrogrado a los alemanes, abriendo el frente, multiplicando los cierres de fábricas, saboteando el transporte del trigo...» «Los Soviets deben ser un revólver que apunte a la sien del gobierno para exigirle que convoque la Asamblea Constituyente y renuncie a las intentonas kornilovistas. » Renunciar a la insurrección es renunciar a la consigna de 'Todo el poder a los Soviets'... El partido viene examinando desde el mes de septiembre el problema de la insurrección... Renunciar a la insurrección es renunciar a la entrega del poder a los Soviets y entregar" todas nuestras esperanzas, todos nuestros deseos, a esa buena burguesía que ha 'prometido' convocar la Asamblea Constituyente... Una vez que el poder esté en manos de los Soviets estará asegurada la Asamblea Constituyente y garantizado su éxito... «Renunciar a la insurrección significa pura y simplemente pasarse al lado de los Lieber-Dan... Una de dos: o hay que ponerse del lado de los Lieber-Dan y renunciar abiertamente a la consigna de 'Todo el poder a los Soviets" o hay que ir a la insurrección. No hay otra alternativa...» «La burguesía no puede entregar Petrogrado a los alemanes, aunque lo quiera Rodzianko, ya- que los que combaten no son los burgueses, sino nuestros heroicos marinos. »El Estado Mayor sigue siendo el mismo... El mando es partidario de Kornilov. Si los kornilovistas (con Kerenski a la cabeza, ya que él también es kornilovista) quieren entregar Petrogrado, pueden hacerlo de dos e incluso de 'tres' maneras. »Primero, pueden abrir el sector Norte del frente de tierra, valiéndose de la traición del comandante, adicto a Kornilov. Segundo, pueden 'entenderse' con los imperialistas ingleses y alemanes para dejar en libertad de acción a la flota alemana completa, que es más fuerte que la nuestra. Además, los 'almirantes evadidos' han podido entregar los planes a los alemanes. >>Tercero, mediante 'el cierre de fábricas por sus dueños y el sabotaje a los trenes de trigo, pueden empujar a nuestras tropas al último grado de desesperación y de impotencia. »Ninguno de estos tres caminos se puede descartar. Los hechos han demostrado que el partido burgués-cosaco ha llamado ya a estas tres puertas y ha tratado de abrirlas... No tenemos derecho a esperar a que la burguesía haya ahogado la revolución... Rodzianko es un hombre de acción... Durante decenas de años, ha aplicado fiel y lealmente la política del capital. «¿En consecuencia? En consecuencia, vacilar a propósito de la insurrección, que es el único medio de salvar la revolución, es entregarse a la vez a esta cobarde confianza en la burguesía que caracteriza a los Lieber-Dan, en los socialrevolucionarios y en los mencheviques, a la inconsciente credulidad del campesino, contra lo que siempre han luchado los bolcheviques.» «Nosotros nos consolidamos con cada día que pasa y podemos acudir a la Asamblea Constituyente como una potente oposición. ¿Por qué arriesgarlo todo a una sola carta? »Argumento de un filisteo que ha 'leído' que la Asamblea Constituyente va a ser convocada y que se atiene con toda
(*continúa en la página siguiente*)

cido el mundo. Lenin aportaba en esa carta todos los argumentos en favor de la insurrección, partiendo de las objeciones de Kamenev y Riazánov.

«O bien pasamos al campo de los Lieber y los Dan y abandonamos abiertamente nuestra consigna "Todo el poder a los Soviets" —decía—, o bien nos lanzamos a la insurrección. No hay término medio...»

El jefe de los kadetes, Miliukov, pronunció en el Consejo de la República, la tarde de ese mismo día, un brillante y áspero discurso.[29] En él fustigaba la germanofilia del na-

---

confianza a las vías constitucionales archilegales y archifieles. ¡Lástima que ni la cuestión del hambre ni la cuestión de Petrogrado puedan resolverse esperando cruzados de brazos a que la Asamblea Constituyente se reúna! Es esta una 'pequeñez' que olvidan los ingenuos, los desconcertados, los que se dejan ganar por el miedo. »E1 hambre no aguarda. La insurrección campesina no ha esperado. La guerra no aguarda. Los almirantes huidos no han esperado... «¡Y los ciegos se sorprenden de que el pueblo hambriento y los soldados traicionados por los generales y almirantes muestren indiferencias ante las elecciones! ¡Qué gran sabiduría!» «Si los kortilovistas volvieran a las andadas, ¡les mostraríamos con quién tienen que entendérselas! Pero, ¿para qué correr el riesgo de comenzar nosotros mismos'? »La historia no se repite, pero si nosotros le volvemos la espalda y si, deteniéndonos a contemplar la primera intentona de Kornilov, repetimos: '¡Ah, si los kornilovistas volvieran a las andadas!'; si procediésemos así, ¡qué magnífica estrategia revolucionaria sería ésa!... ¡Qué base más sólida para una política proletaria!

»¿Y si ios kormiovistas... hubiesen decidido esperar a los motines provocados por e! hambre, a la ruptura del frente, a la rendición de Petrogrado, para comenzar en ese momento preciso? ¿Qué sucedería entonces?

»Se nos propone que basemos la táctica del partido proletario en una repetición eventual por parte de los kornilovistas de uno de sus errores pasados.

«Olvidemos todo lo que los bolcheviques han demostrado y probado cientos de veces, lo que han demostrado seis meses de historia de nuestra revolución, a saber, que no existe otra solución, que, desde un punto de vista objetivo, no puede haber otro camino que la dictadura de los kornilovistas o la dictadura del proletariado; olvidemos eso, renunciemos a todo eso y ¡esperemos! ¿Qué esperamos? Un milagro...»

[29] Resumen del discurso de Miliukov: «Todo el mundo, a lo que parece, reconoce que nuestra tarea fundamental es la defensa del país, y que para asegurar esta defensa tiene que haber disciplina en el ejército y orden en la retaguardia. Para lograr estas condiciones, hace falta un poder que sea capaz de obrar no solamente por la persuasión, sino también por la fuerza... La razón de todos nuestros males está en el punto de vista, sin duda original y muy ruso, referente a la política extranjera, que pasa por ser el punto de vista internacionalista. »El noble Lenin no hace más que imitar al noble Kerenski, cuando supone que en Rusia nacerá el mundo nuevo que debe regenerar al viejo Occidente y sustituir la antigua bandera del socialismo doctrinal por la nueva acción directa de las masas hambrientas, y que es esto lo que hará avanzar a la humanidad y le abrirá las puertas del paraíso socialista... «Estos hombres —prosiguió el orador— creen sinceramente que la descomposición de Rusia conducirá a la descomposición de todo el régimen capitalista. Partiendo de este punto de vista, pudieron cometer, en tiempo de guerra, la inconsciente traición que consistió en decir fríamente a los soldados que abandonaran las trincheras y, en vez de combatir al enemigo exterior, desencadenaran la guerra civil y atacaran a los propietarios y los capitalistas...» Al llegar aquí, Miliukov fue interrumpido con violencia por la izquierda, de donde le preguntaron qué socialista había aconsejado eso alguna vez. «Martov dice que la simple presión revolucionaria del proletariado es capaz de reducir y vencer la mala voluntad de las camarillas imperialistas o de hacer caer sus dictaduras..., que este resultado no se puede alcanzar por un acuerdo sobre la limitación de los armamentos, sino por el desarme de estos mismos gobiernos y por la democratización radical del sistema militar...» El orador atacó pérfidamente a Martov y después se volvió contra los mencheviques y los socialrevolucionarios, a quienes acusó de haber entrado como ministros en el gobierno con la finalidad declarada de proseguir la lucha de clases. «Los socialistas de Alemania y los países aliados miran a estos señores con desprecio mal disimulado, pero, estimando que eran bastante buenas para Rusia, nos envieron a algunos de los apóstoles de la conflagración universal. «La fórmula de nuestros demócratas es muy sencilla. Nada de política extranjera, nada de diplomacia, una paz democrática inmediata, y, después, declarar a los Aliados: 'No queremos nada, no queremos combatir con nadie. Nuestros adversarios harán a su vez la misma declaración, ¡y se realizará la fraternidad de los pueblos!'» Miliukov, al llegar aquí, lanzó una invectiva contra el manifiesto de Zimmerwald y declaró que el propio Kerenski no había podido escapar a la influencia de ese (*continúa en la página siguiente*)

kaz entregado a Skobelev, declaraba que la «democracia revolucionaria» estaba a punto de perder Rusia y, burlándose de Terechtchenko, no vacilaba en afirmar que prefería la diplomacia alemana a la de los rusos... Un violento tumulto sacudió a la izquierda.

El gobierno, por su parte, no podía desconocer la importancia del éxito de la propaganda bolchevique. El 29 de octubre, una comisión mixta de representantes del gobierno y del Consejo de la República redactó apresuradamente dos proyectos de ley, uno de ellos concediendo temporalmente la tierra a los campesinos, y el otro echando las bases de una enérgica política de paz. Al día siguiente, Kerenski suspendió la pena de muerte en el ejército. El mismo día se abrió solemnemente la primera sesión de la nueva «Comisión para el fortalecimiento del régimen republicano y la lucha contra la anarquía y la contrarrevolución», de la cual no quedaría la menor huella en la historia... A la mañana siguiente estuve, con dos periodistas más, entrevistando a Kerenski;[30] fuimos los últimos corresponsales de prensa que recibió.

«malhadado documento que nos acusará eternamente». Luego, atacó a Skobelev, cuya situación en las conferencias extranjeras, como delegado ruso opuesto a la política de su gobierno, iba a ser tan extraña que se diría: «¿Qué es lo que puede querer este señor y qué podemos decirle nosotros?» En lo tocante al nakar, Miliukov declaró que él mismo era pacifista, que creía en la creación de un tribunal internacional de arbitraje, en la necesidad de limitar los armamentos y en el control parlamentario de la diplomacia secreta. En cuanto a las ideas socialistas del nakaz —las ideas de Estocolmo, como él las llamó—, la paz sin victoria, el derecho de los pueblos a su libre determinación, la renuncia a la guerra económica, he aquí sus palabras: «Los éxitos alemanes son directamente proporcionales a los éxitos de aquellos que se llaman 'la democracia revolucionaria'. No quiero decir a los éxitos de la revolución, porque pienso que las derrotas de la democracia revolucionaria son victorias para la revolución... »La influencia de los jefes soviéticos no deja de tener importancia en el extranjero. Basta con escuchar el discurso del ministro de Negocios Extranjeros para convencerse de que, en esta sala, la influencia de la democracia revolucionaria sobre la política extranjera es tan fuerte que el ministro no se atreve a hablarle, cara a cara, ¡del honor y la dignidad de Rusia! «Nosotros vemos en el nakaz de los Soviets que las ideas del manifiesto de Estocolmo han sido utilizadas siguiendo dos tendencias: la de la utopía y la de los intereses alemanes...»

Miliukov, interrumpido por los gritos de cólera de la izquierda y llamado al orden por el presidente, sostuvo que la proposición de una paz concertada por las asambleas populares y no por los diplomáticos, y la proposición de entrar en negociaciones en cuanto el enemigo hubiera renunciado a las anexiones, tenían un carácter germanófilo. Kühlmann había dicho recientemente que una declaración personal no comprometía a nadie más que al que la pronunciaba... «En todo caso, nosotros imitaremos antes a los alemanes que a los Soviets de Diputados obreros y soldados...»

Los párrafos relativos a la independencia de Lituania y Livonia eran síntomas de la agitación separatista, alimentada, dijo Miliukov, en diferentes partes de Rusia por el dinero alemán... En medio del tumulto de la izquierda, contrastó las cláusulas concernientes a Alsacia-Lorena, Rumania, Servia, con las que trataban de las minorías nacionales de Alemania y Austria. El nakaz, concluyó Mi-liukov, comparte el punto de vista austro-alemán. Pasando al discurso de Terechtchenko, lo acusó desdeñosamente de no atreverse a expresar lo que en realidad pensaba, de tener miedo incluso a pensar en la grandeza de Rusia... Los Dardanelos debían pertenecer a Rusia: «Vosotros repetís siempre que el soldado no sabe por qué combate, y que cuando lo sepa combatirá... Es cierto que no sabe por qué combate, pero vosotros acabáis de decirle que no tiene razón para combatir, que nosotros no tenemos intereses nacionales y que luchamos por los otros...»

Rindiendo homenaje de pleitesía a los Aliados, que, dijo con la ayuda de los Estados Unidos «salvarán a pesar de todo la causa de la humanidad», concluyó: «¡Viva la luz de la humanidad viviente, vivan las democracias avanzadas de Occidente, que han recorrido durante mucho tiempo el camino que nosotros apenas emprendemos hoy con paso vacilante y sin seguridad! ¡Vivan nuestros valientes aliados!»

[30] Entrevista con Kerenski: El corresponsal de la «Associated Press» exploró el terreno. —Señor Kerenski —comenzó diciendo—, en Inglaterra y Francia están desilusionados por la revolución.

—Sí, ya lo sé —respondió Kerenski en un tono zumbón—, en el extranjero la revolución no está ya de moda.

(*continúa en la página siguiente*)

—El pueblo ruso —dijo con amargura— *sufre de agotamiento y también de desilusión con respecto a los Aliados. El mundo piensa que la revolución toca a su fin. No se engañen ustedes: la revolución rusa no hace más que comenzar.*

Palabras más proféticas, sin duda, de lo que él mismo pensaba.

El mitin del Soviet de Petrogrado, al cual asistí, duró toda la noche del 30 de octubre y fue muy agitado. Acudió un gran número de socialistas «moderados», de intelectuales, oficiales y miembros de los comités del ejército y del Tsík. Frente a ellos, asistían también obreros, campesinos y soldados, sencillos y ardorosos.

Un campesino relató los desórdenes de Tver, provocados, según él, por la detención de los comités agrarios.

—Ese Kerenski no es más que la tapadera de los grandes propietarios (pomiechtchiks) —gritaba—. Estos saben que en la Asamblea tomaremos de todos modos las tierras, y por eso se esfuerzan desde ahora en torpedearla.

Un mecánico de las fábricas Putilov explicó que los directores cerraban, uno tras otro, todos los talleres, so pretexto de que faltaban el combustible o las materias primas; pero el comité de fábrica había descubierto enormes reservas ocultas.

—Es una provocación —decía—. *Nos quieren condenar al hambre para empujarnos a la violencia.*

Un soldado comenzó así:

—Camaradas, os traigo el saludo de los que allá cavan sus propias tumbas, que llaman trincheras.

Después apareció un joven soldado, alto, extenuado, con la mirada relampagueante, a quien acogió una atronadora ovación. Era Tchudnovski, supuestamente caído en los combates de julio y que resucitaba de entre los muertos...

—Los soldados no tienen ya confianza en sus jefes. Y hasta los comités del ejército, que se han negado a reunir nuestro Soviet, han hecho traición... Los soldados quieren que

---

—¿Cómo explica usted que los rusos hayan dejado de combatir?

—Eso ni se pregunta —Kerenski se mostraba furioso. —Rusia fue la primera que entró en la guerra y, durante largo tiempo, fue ella quien aguantó todo el choque. Sus pérdidas han sido incomparablemente más elevadas que las de todos los otros países juntos. Tiene el derecho de reclamar ahora a los aliados que ellos hagan, a su vez, el esfuerzo principal. -Se detuvo un instante mirando fijamente a su interlocutor.

—¿Ustedes preguntan por qué han dejado de combatir los rusos? Los rusos se preguntan dónde está la flota británica cuando los acorazados alemanes se hallan en el golfo de Riga. -Hizo una nueva pausa, para estallar súbitamente:

—La revolución rusa no ha fracasado, el ejército revolucionario no ha fracasado. No es la revolución la que ha desorganizado al ejército; esta desorganización se produjo durante el antiguo régimen, hace ya varios años. ¿Por qué no combaten los rusos? Se lo voy a decir. Porque las niasas populares están económicamente agotadas y porque se sienten desilusionadas de los Aliados.

Esta entrevista, de la que lo anterior sólo es un extracto, fue cablegrafiada a los Estados Unidos y devuelta algunos días más tarde por el Departamento de Estado con la sugestión de que se «modificara». Kerenski se negó a ello, pero su secretario, el doctor Soskis, se encargó de hacerlo, y bajo esta nueva forma, depurada de toda 'alusión mortificante para los Aliados, fue transmitida a la prensa mundial...

la Asamblea Constituyente se reúna en la fecha fijada. ¡Ay de los que se atrevan a aplazarla! ¡Y esto no es una amenaza platónica, pues el ejército tiene cañones!

Habló, luego, de la campaña electoral, que causaba estragos en el quinto ejército.

—*Los oficiales, sobre todo los mencheviques y los socialrevolucionarios, trabajan sistemáticamente para hundir al partido bolchevique. Se prohibe la circulación de nuestros periódicos en las trincheras. Se detiene a nuestros oradores...*

—*¿Por qué no habla usted también de la falta de pan?* —interrumpió otro soldado.

—*No sólo de pan vive el hombre* —respondió gravemente Tchudnovski.

Después fue un oficial quien tomó la palabra, un menchevique a ultranza, delegado del Soviet de Vitebsk:

—*No importa quién detente el poder en estos momentos. No se trata del gobierno, sino de la guerra. Antes de hacer posible ningún cambio es preciso ganar la guerra. (Silbidos y exclamaciones irónicas.) ¡Los agitadores bolcheviques son unos demagogos!*

Al escuchar estas palabras, la sala se estremeció de risa.

—*Olvidemos por un instante la lucha de clase...* No pudo continuar. Una voz gritó:

—*Cuente usted con ello.*

Petrogrado ofrecía por entonces un curioso espectáculo. En las fábricas estaban repletas de fusiles las salas de los comités; iban y venían correos; la guardia roja aprendía la instrucción. En todos los cuarteles se celebraban mítines cada noche, y los días transcurrían en medio de apasionados e interminables discusiones. En las calles, la multitud se concentraba a la caída de la tarde y se esparcía en lentas olas por la perspectiva Nevski, disputándose los periódicos... Los atracos a los transeúntes se sucedían con tanta frecuencia, que era peligroso aventurarse por las calles transversales. En la Sadóvaia vi en plena tarde a una muchedumbre de muchos centenares de personas pegando y pisoteando a un soldado, a quien habían sorprendido robando... Misteriosos individuos merodeaban entre las ateridas mujeres de las colas del pan y de la leche, cuchicheándoles que los judíos habían acaparado los stocks de víveres y que los miembros de los Soviets vivían en la opulencia, mientras el pueblo se moría de hambre...

A la puerta del Smolny, en la verja exterior, la guardia exigía y examinaba minuciosamente los permisos de entrada. En las salas de reuniones había, día y noche, un zumbido constante; centenares de soldados y de obreros dormían incluso en el suelo, como podían. En el primer piso, en el salón de sesiones, se apretujaba un millar de personas durante las tumultuosas deliberaciones del Soviet de Petrogrado.

En los clubs se jugaba febrilmente del anochecer al alba; corría el champaña a raudales; las apuestas alcanzaban altas cifras, hasta veinte mil rublos. Las calles y los cafés del centro rebosaban de prostitutas, cubiertas de joyas y de lujosas pieles.

Complots monárquicos, espías alemanes, contrabandistas fraguando planes...

Entre la lluvia y el frío, bajo el cielo gris, la gran ciudad, palpitante, aceleraba su carrera... ¿Hacia dónde? …

CAPITULO III

LA VÍSPERA

En las relaciones entre un gobierno débil y un pueblo en rebelión, llega siempre un momento en que cualquier acto que venga del poder exaspera a las masas, y toda negativa a actuar, excita su desprecio.

El proyecto de abandonar Petrogrado desencadenó una tempestad, y el mentís público por medio del cual Kerenski afirmaba que el gobierno no abrigaba intención alguna al respecto, fue acogido con sarcasmos y rechiflas.

Acorralado por la revolución -escribía el Rabotchi Put-, el Gobierno provisional de los burgueses trata de salir de apuros por medio de mentiras, afirmando que jamás ha pensado en huir de Petrogrado ni de entregar la capital...

En Jarkov[31] se organizaron treinta mil mineros, adoptando como consigna el preámbulo de los estatutos de los I.W.W.:[32] "Nada hay de común entre la clase obrera y la clase patronal." Los cosacos los dispersaron; algunos propietarios de minas impusieron el lock-out, y el resto de los mineros declaró la huelga general. El ministro de Industria y Comercio, Konovalov, dio plenos poderes a su ayudante, Orlov, encargándolo de poner fin a los disturbios. Los mineros odiaban a Orlov. Pero el Tsík, no sólo aprobó esa gestión, sino que se negó a pedir que fuesen retirados los cosacos de la cuenta del Donetz.

Siguió a estos acontecimientos la dispersión del Soviet de Kaluga. Los bolcheviques, que tenían asegurada la mayoría en el Soviet, pusieron en libertad a algunos presos políticos. Con el consentimiento del comisario del gobierno, la Duma municipal ordenó traer tropas de Minsk y bombardear con artillería el local del Soviet. Los bolcheviques se rindieron, y en el momento de abandonar el edificio los atacaron los cosacos gritando: "¡Esto mismo les va a ocurrir a todos los Soviets bolcheviques, sin olvidar a los de Moscú y Petrogrado!" Este incidente desencadenó una ola de loco furor a lo largo de Rusia. Por los mismos días, terminaba sus tareas en Petrogrado un congreso regional de los Soviets del Norte, presidido por el bolchevique Krylenko, en el cual se acordó, por

---

[31] John Reed pensaba en la cuenca hullera del Donetz. [Nota de la Edit.]

[32] Industrial Workers of the World: una de las organizaciones sindicales revolucionarias de los Estados Unidos. Creada en 1905 bajo la influencia de los acontecimientos revolucionarios de Rusia, cesó prácticamente de existir hacia 1930 después de haber degenerado en organización sectaria y haber perdido sus lazos con las masas. John Reed participó activamente en la I.W.W. en la época de su florecimiento. [Nota de la Edit.]

una inmensa mayoría, que el ongreso de toda Rusia se hiciese cargo totalmente del poder. Al terminar sus trabajos, envió un saludo a los bolcheviques presos, exhortándolos a que se alegraran, porque ya estaba próxima la hora de su liberación. Por su parte, la primera Conferencia de los Comités de fábrica[33] de toda Rusia se pronunció en favor de los Soviets e hizo esta muy significativa declaración:

---

[33] Resolución del grupo Bolchevique votada por la conferencia de los comités de fábrica de toda Rusia, sobre el informe del camarada Larin:

Resolución del grupo Bolchevique votada por la conferencia de los comités de fábrica de toda Rusia, sobre el informe del camarada Larin

-I-

1. Después de haber sacudido el yugo político del zarismo, la clase obrera se esfuerza por hacer triunfar el principio democrático en la propia esfera de las actividades de la producción. Este esfuerzo se manifiesta en la idea del control obrero de la producción que ha surgido de un modo perfectamente natural de la descomposición económica provocada por la criminal política de las clases dominantes.

2. La organización del control obrero es la manifestación, en el campo de la producción industrial, de la misma saludable actividad que en el campo político se manifiesta en las organizaciones de partido, en el plano de la vida obrera en los sindicatos, en la órbita del consumo en las cooperativas, y en lo tocante a la cultura en los círculos literarios.

3. La clase obrera se halla mucho más interesada que la clase capitalista en el funcionamiento racional y regular de las fábricas. El control obrero constituye, en este sentido, para los intereses de la sociedad moderna y de todo el pueblo, una seguridad superior a la voluntad despótica de los propietarios, guiados solamente por el apetito egoísta de beneficios materiales y de privilegios políticos. Por lo tanto, el proletariado reclama el control obrero no sólo en su propio interés, sino en el de todo el país y, en consecuencia, los campesinos revolucionarios deben defender esta idea, lo mismo que el ejército revolucionario.

-II-

4. A la vista de la actitud hostil que la mayoría de la clase capitalista adopta hacia la revolución, la experiencia demuestra que sin el control obrero es imposible lograr una distribución racional de las materias primas y del combustible, ni el máximo rendimiento industrial.

5. Sólo el control obrero sobre las empresas capitalistas, al desarrollar en el trabajador la conciencia del trabajo y hacerle comprender su papel social, es capaz de crear las condiciones favorables para el establecimiento de una sólida disciplina voluntaria en el trabajo y para el máximo desarrollo de la productividad de éste.

6. El retorno inminente de la industria de guerra a la industria de paz y la redistribución del trabajo en las fábricas a lo largo de todo el país sólo podrán llevarse a cabo sin conmociones violentas mediante una clase obrera que se gobierne a sí misma libre y democráticamente... El establecimiento del control obrero es, por ello, la medida indispensable que debe preceder a la desmovilización de la industria.

-III-

7. De acuerdo con la consigna proclamada por el Partido Obrero Socialdemócrata ruso (bolchevique): "Control obrero dentro de los marcos de todo el tratado", el control obrero nacional debe, para que resulte eficaz, extenderse a todas las empresas capitalistas y no implantarse de un modo parcial, fortuito e incoherente; debe obedecer a un plan bien estudiado y no hallarse desligado de la vida industrial de todo el país.

8. La vida económica del país, agricultura, industria, comercio y transportes, debe someterse a un plan de conjunto, establecido de manera que satisfaga las necesidades individuales y sociales de las grandes masas de la población. Este plan debe ser aprobado por los representantes electos del pueblo y ejecutarse bajo la dirección de estos representantes, por intermedio de las organizaciones nacionales y locales.

9. La parte del plan relativa a la agricultura debe ejecutarse bajo el control de las organizaciones de los campesinos y los trabajadores agrícolas; la relativa a la industria, el comercio y los transportes, bajo el control de los obreros. Los órganos naturales del control obrero en las propias fábricas y talleres serán los comités de fábrica y organizaciones análogas y, en el mercado de la mano de obra, los sindicatos.

10. Los contratos colectivos sobre salarios, concretados por los sindicatos para la mayoría de los obreros de una determinada rama, deberán ser obligatorios para todos los empresarios industriales de la rama de que se trate.

(*continúa en la página siguiente*)

Después de haberse sacudido el yugo político del zarismo, la clase obrera se esfuerza por hacer triunfar el principio democrático en la esfera misma de su actividad productora. Este esfuerzo se manifiesta en la idea del control obrero de la producción, surgido naturalmente de la descomposición económica creada por la política criminal de las clases dominantes...

El Sindicato de Ferroviarios exigió la dimisión de Liverovski, ministro de Comunicaciones.

En nombre del Tsík, insistió Skobelev para que el nakaz fuese presentado en la Conferencia Interaliada y protestó oficialmente contra el envío de Terechtchenko a París. Terechtchenko presentó su dimisión.

---

11. Las bolsas de trabajo deberán ponerse bajo la administración de los sindicatos en cuanto organizaciones de clase del proletariado, actuando dentro de los marcos del plan económico general y en consonancia con él.
12. Los sindicatos deberán tener derecho a entablar por su propia iniciativa la acción legal contra toda infracción de los contratos de trabajo o de la legislación obrera y asumir la defensa de los obreros de la rama correspondiente.
13. Para todos los asuntos relativos al control obrero sobre la producción, la distribución de la mano de obra y el mercado de trabajo, los sindicatos deberán consultar a los obreros de las diferentes empresas por medio de sus comités de fábrica.
14. Los asuntos relativos a las contrataciones y despidos, permisos, escala de salarios, negativas de ofrecimiento de trabajo, capacidad y rendimiento individuales, derogación de acuerdos anteriores, diferencias con la administración y otros problemas de la vida interior de la fábrica, deberán tratarse exclusivamente de acuerdo con el comité de fábrica, quien tendrá el derecho a rechazar la participación de tal o cual miembro de la dirección de la empresa.
15. El comité de fábrica nombrará una comisión que controle el aprovisionamiento de la fábrica en materias primas y combustible, los pedidos, la mano de obra, etc., con el fin de asegurar el funcionamiento de la fábrica en consonancia con el plan económico general. La administración de la empresa estará obligada a suministrar a los órganos del control obrero, para su información, todos los datos concernientes a la empresa, así como los medios para comprobar estos datos en los libros, si así lo pidiere el comité de la fábrica.
16. Caso de que los comités de fábrica descubran o sospechen de la comisión de actos ilegales de la administración con respecto a los cuales los obreros no pudieran tomar una decisión por sí mismos, el asunto será sometido a la organización central regional de los comités de fábrica de la rama de que se trate, quien los estudiará conjuntamente con los órganos encargados de la ejecución del plan económico general y aplicará una sanción que podrá llegar hasta la confiscación de la empresa.
17. Los comités de fábrica de las diferentes empresas deberán organizarse por ramas de producción, con el fin de facilitar el control de toda la rama industrial dentro del plan económico general, permitir el reparto racional, entre las diferentes fábricas, de los pedidos, las materias primas, el combustible, la mano de obra, el personal técnico y el utillaje, y facilitar la colaboración con los sindicatos, organizados por ramas industriales.
18. Las organizaciones centrales de los sindicatos y los comités de fábrica en las ciudades representarán al proletariado en las organizaciones provinciales y regionales correspondientes, encargadas de elaborar y ejecutar el plan económico general y de establecer las necesarias relaciones económicas entre la ciudad y el campo. Dichas organizaciones serán también la autoridad suprema en el funcionamiento de los comités de fábrica y los sindicatos en lo que se refiere al control obrero regional, y promulgarán reglamentos obligatorios acerca de la disciplina de los obreros en el trabajo, los cuales deberán, sin embargo, aprobarse por votación de los propios obreros.
19. La conferencia exige la implantación del control obrero dentro de los marcos de todo el Estado e invita a los camaradas a ponerlo desde ahora en ejecución en el plano local y en la medida de sus fuerzas. Y declara incompatible con los objetivos del control obrero la incautación de empresas sueltas en su propio beneficio.

El general Verjovski, no pudiendo realizar su plan de reorganización del ejército, raramente acudía a las reuniones del gabinete.

El 3 de noviembre, el *Obecheie Dielo* ("La Causa Común"), de Burtzev, publicó en grandes caracteres el siguiente artículo:

¡Ciudadanos! ¡Salvad a la patria! Acabo de saber que ayer, en una sesión de la Comisión de la Defensa Nacional, el ministro de la Guerra, general Verjovski, uno de los principales responsables del fracaso de Kornilov, propuso firmar una paz separada. Eso es un acto de traición contra Rusia. Terechtchenko ha declarado que el Gobierno provisional ni siquiera entró a examinar la proposición de Verjovski. ¡Hubiera creído uno que estaba en una casa de locos!, ha dicho el propio Terechtchenko. Los miembros de la Comisión se quedaron estupefactos con la proposición del general. El general Alexeiev lloraba. ¡No, eso no es una locura! ¡Es mucho peor! ¡Es una verdadera traición! Kerenski, Terechtchenko y Nekrassov nos deben unas explicaciones inmediatas acerca de las palabras de Verjovski. ¡Ciudadanos! ¡En pie! ¡Están vendiendo a Rusia! ¡Salvadla!

En realidad, lo que Verjovski había propuesto era presionar sobre los Aliados para obtener de ellos proposiciones de paz, ya que el ejército ruso no podia seguir combatiendo.

La impresión, tanto en el extranjero como en Rusia, fue enorme. A Verjovski se le concedió un "permiso ilimitado por razones de salud" y abandonó el gobierno. Se suprimió el Obecheie Dielo...

Para el domingo 4 de noviembre se había organizado una Jornada del Soviet de Petrogrado, y en toda la ciudad se celebrarían grandes mítines. El pretexto era una colecta para el Soviet y para la prensa; en realidad, se trataba de un despliegue de fuerzas. De repente se supo que el mismo día se llevaría a cabo una procesión de los cosacos en honor del icono de 1812, cuya milagrosa intervención había expulsado a Napoleón de Moscú.

La atmósfera estaba cargada: una chispa podía producir el incendio de una guerra civil. El Soviet de Petrogrado dirigió a los "Hermanos cosacos" el siguiente manifiesto:

Se os quiere lanzar contra nosotros, que somos obreros y soldados. Este plan fratricida lo han urdido nuestros enemigos comunes, los tiranos de la nobleza, los banqueros, los grandes terratenientes, los antiguos funcionarios, los antiguos servidores del zar. Todos los usureros, todos los ricachos, los príncipes, los nobles, los generales, incluso los vuestros, cosacos, nos odian. Sólo esperan el momento de aplastar el Soviet de Petrogrado y de ahogar la revolución. Se está preparando una procesión cosaca para el 4 de noviembre. Cada uno de vosotros decidirá, según su conciencia, si debe o no participar en ella. Nosotros no nos inmiscuimos en este asunto, ni pretendemos poner trabas a la libertad de nadie... Sin embargo, llamamos vuestra atención. Cosacos, ¡tened cuidado de que, con el pretexto de una procesión religiosa, vuestros Kaledines no os lancen contra los obreros y los soldados!

El Soviet de Diputados obreros y soldados de Petrogrado

Inmediatamente fue anulada la procesión...

En los cuarteles, en las barriadas obreras, los bolcheviques difundían su consigna: "¡Todo el poder a los Soviets!", mientras que los agentes de la reacción invitaban taimadamente al pueblo a sublevarse y asesinar a los judíos, a los comerciantes y a los jefes socialistas.

De una parte, la prensa monárquica incitaba a la represión sangrienta; de otra, la potente voz de Lenin clamaba: "¡Ha sonado la hora de la insurrección! ¡No podemos esperar más!"

La prensa burguesa estaba también inquieta.[34] La *Birshevta Vie-domosti* ("Noticias de la Bolsa") denunciaba la propaganda bolchevique como un ataque contra "los más elementales principios de la sociedad: la seguridad individual y el respeto a la propiedad privada".

Pero los que mostraban mayor hostilidad eran los periódicos socialistas "moderados".[35] "*Los bolcheviques son los enemigos más peligrosos de la revolución"*, declaraba el *Die-*

---

[34] Juicios de la prensa burguesa sobre los bolcheviques:

Russkaia Valia, 28 de octubre: "Se acerca el momento crítico... queremos decir el momento crítico para los bolcheviques. O nos ofrecen... una segunda edición de los acontecimiento del 16 al 18 de julio, o se verán obligados a reconocer que todos sus planes, sus intenciones, su política insolente, que consiste en aislarse de todos los elementos que siguen abrigando una conciencia nacional, han fracasado irremisiblemente...

"¿Con qué posibilidades de éxito cuentan los bolcheviques? "Es difícil contestar a esta pregunta, ya que su fuerza principal reside en la ignorancia de las masas populares. Especulan sobre ella con una demagogia que nada puede detener... "E1 gobierno no debe cruzarse de brazos. Apoyándose moral-mente en el Consejo de la República, el gobierno debe asumir una actitud clara frente a los bolcheviques... "Y si los bolcheviques se alzan contra el poder legal, facilitando así la invasión alemana, habrá que tratarlos como a rebeldes y traidores..."

Bisbvye Viodomosíi, 28 de octubre: "Ahora que los bolcheviques se han divorciado del resto de la democracia, la lucha contra ellos resulta más fácil, y no sería razonable esperar, para combatir al bolchevismo, a que éste ataque. El gobierno no debe permitirle que pase a la ofensiva... "Los llamamientos de los bolcheviques a la insurrección y a la anarquía son actos punibles que deben castigar los tribunales del fuero penal, y, en" los países más liberales, sus autores serían severamente condenados. Lo que hacen los bolcheviques, en realidad, no es agitación política contra el gobierno o por el poder; es propaganda a favor de la anarquía, del asesinato, de la guerra civil. Esta propaganda debe extirparse en sus raíces: sería extraño que para obrar en contra de la incitación a la matanza se aguardara a que la matanza se desencadenase..."

Novóte Vremia, 1 de noviembre: "...¿Por qué el gobierno sólo se preocupa del 2 de noviembre (fecha señalada para la convocatoria del Congreso de los Soviets), y no del 12 de septiembre o el 3 de octubre? No es la primera vez, que Rusia arde y se derrumba y que el humo de la terrible catástrofe enrojece los ojos de nuestros aliados... "Desde que está en el poder, ¿ha expedido el gobierno ni una sola orden para cerrar el camino a la anarquía? ¿Hay alguien que haya alargado el brazo para extinguir el incendio? "¿Pero estaba, acaso, en condiciones de hacerlo?... "El gobierno había encontrado un problema más apremiante: aplastar una sublevación (la de Kornilov), acerca de la cual todo el mundo se pregunta hoy si realmente llegó a existir."

[35] La prensa socialista moderada y los bolcheviques

Dielo Naroda (socialrevolucionario), 28 de octubre: "El crimen más espantoso cometido por los bolcheviques contra la revolución es el atribuir exclusivamente a las malas intenciones del Gobierno revolucionario todas las calamidades que sufren las masas y que responden en realidad a causas históricas objetivas. "Prometen a las masas el oro y el moro, a sabiendas de que no podrán cumplir ninguna de sus promesas; las arrastran por un camino falso, engañándolas acerca de las verdaderas causas de sus males... "Los bolcheviques son los enemigos más peligrosos de la revolución."

Dien (menchevique), 30 de octubre: "¿Es ésta realmente la libertad de prensa'? Todos los días el Novata. Russ y el Kabotcbi Puf incitan abiertamente a la insurrección. Todos los días cometen estos dos periódicos verdaderos crímenes en sus columnas. Todos los días incitan a la matanza... ¿Es ésta la libertad de (*continúa en la página siguiente*)

lo Naroda. El órgano menchevique *Dien* escribía: "Es preciso que el gobierno se defienda y nos defienda." El diario de Plejanov, ledinstvo ("La Unidad"),[36] llamaba la atención del gobierno sobre el hecho de que se estaba armando a los obreros de Petrogrado, y exigía severas medidas contra los bolcheviques.

El gobierno parecía cada día más impotente. La autoridad municipal se hundía también. Los diarios de la mañana aparecían repletos de noticias sobre robos y crímenes audaces, cuyos autores quedaban en la impunidad.

Obreros armados patrullaban por la noche, persiguiendo a los ladrones y requisando todas las armas que encontraban.

El 1º de noviembre, el coronel Polkóvnikov, comandante militar de Petrogrado, promulgó la siguiente orden:

A pesar de los difíciles días por que atraviesa el país, en Petrogrado se siguen lanzando llamamientos irresponsables a la violencia y al asesinato; el robo y el desorden aumentan de día en día. Este estado de cosas desorganiza la vida de los ciudadanos y dificulta el funcionamiento de las instituciones gubernamentales y municipales. Consciente de mi responsabilidad y de mis deberes para con el país, ordeno:

1º Toda unidad militar, conforme a sus instrucciones especiales y dentro de los límites del territorio de la guarnición, deberá prestar ayuda a la municipalidad, a los comisarios y a la milicia para la defensa de las instituciones gubernamentales.

2° De acuerdo con el comandante del distrito y el representante de la milicia municipal se organizarán patrullas y se tomarán medidas para detener a los criminales y a los desertores.

3° Toda persona que penetre en los cuarteles incitando a realizar manifestaciones armadas o a cometer crímenes será detenida y conducida al cuartel general del comandante adjunto de la plaza.

4° Quedan prohibidas las manifestaciones, los mítines y las procesiones al aire libre.

5° Cualquier manifestación armada o tumulto deberá ser ahogado, al iniciarse, por medio de todas las fuerzas disponibles.

6° Se deberá prestar ayuda a los comisarios para impedir los registros domiciliarios y las detenciones ilegales.

7° Las unidades militares pondrán inmediatamente en conocimiento del Estado Mayor del distrito de Petrogrado cualquier acontecimiento que se produzca en su zona.

Invito a todos los comités y organizaciones del ejército a prestar asistencia a sus jefes en el cumplimiento de su misión.

---

prensa? "El gobierno debe defenderse y defendernos. Tenemos derecho a exigir que el aparato gubernamental no permanezca por más tiempo inactivo cuando la amenaza de sangrientos desórdenes pone en peligro la vida de los ciudadanos..."

[36] El "Iedinstvo" :El periódico de Plejanov suspendió su publicación algunas semanas después de la toma del poder por los bolcheviques. Contrariamente a lo que se rumoraba, el ledinstvo no fue suspendido por el Gobierno soviético: una nota, publicada en el último número, confesaba que no podía seguir apareciendo porque contaba con muy pocos suscriptores...

En el Consejo de la República, Kerenski declaró que el gobierno estaba al corriente de los preparativos bolcheviques y disponía de fuerzas suficientes para hacer frente a cualquier manifestación.[37] Luego, acusando a la *Novaia Russ* y al *Rabotchi Put* de colaborar los dos en la misma obra subversiva, añadió que la libertad absoluta de prensa impedía al gobierno luchar contra la mentira impresa.[38] Dijo, asimismo, que estos dos periódicos representaban dos aspectos de una misma propaganda, que tenía por objeto la contrarrevolución, tan ardientemente deseada por todos los que trabajaban a la sombra, y continuó:

—Soy un hombre condenado y poco importa lo que me suceda; pero tengo el valor de decir que la situación actual sólo se explica por el increíble estado de provocación que los bolcheviques han creado en la ciudad.

El 2 de noviembre no habían llegado aún al Congreso de los Soviets más que quince delegados. Al día siguiente había cien, y al otro ciento setenta y cinco, de los cuales, ciento tres eran bolcheviques. Pero se necesitaban cuatrocientos para el quorum, y faltaban sólo tres días para la apertura del Congreso.

Yo pasaba mucho tiempo en el Smolny. No era fácil entrar en el edificio. Una doble fila de centinelas guardaba la verja exterior, y una vez franqueada ésta, veíase una larga cola de personas que esperaban su turno bajo las arcadas. Se entraba por grupos de a cuatro; después, cada uno tenía que identificarse y justificar sus ocupaciones; por último, se recibía un permiso de entrada, cuyo modelo cambiaba al cabo de unas horas, ya que continuamente conseguían filtrarse los espías.

Un día, al llegar a la puerta exterior, vi ante mí a Trotzki y su mujer. Un soldado les salió al encuentro. Trotzki se registró los bolsillos y no encontró su permiso.

-Soy Trotzki -dijo al soldado.

-Si no tiene permiso, no puede usted entrar -respondió obstinadamente el soldado-. A mí los nombres no me importan.

-Es que soy el presidente del Soviet de Petrogrado.

-Pues si es usted un personaje tan importante, debía llevar consigo algún documento.

Trotzki, pacientemente, le dijo entonces:

-Llévame al comandante.

---

[37] ¿Eran conspiradores los bolcheviques? *Entente*, el periódico francés que aparecía en Petrogrado, publicó el 15 de noviembre, un artículo del que damos aquí un extracto:

"El gobierno de Kerenski discute y vacila. El gobierno de Lenin y Trotzki ataca y actúa. "Se llama a este último un gobierno de conspiradores; eso es falso. Un gobierno de usurpadores, sí, como todos los gobiernos revolucionarios que triunfan sobre sus adversarios. Conspiradores, ¡no!

"¡No! No han urdido ninguna conspiración. Al contrario, de una manera abierta, audazmente, sin embozos, sin disimular sus intenciones, multiplicaron su agitación, intensificaron su propaganda en las fábricas, en los cuarteles, en el frente, en los campos, en todas partes, llegando incluso a señalar de antemano el día en que empuñarían las armas, el día en que se adueñarían del poder...

"¿Ellos conspiradores? ¡Jamás!..."

[38] Esta afirmación no era absolutamente sincera. El Gobierno provisional había suprimido ya periódicos bolcheviques en julio y preparaba otras prohibiciones.[Nota de la Edit.]

Titubeó el soldado, rezongando entre dientes que no se podía molestar a cada momento al comandante porque viniera éste o el otro, y al fin llamó al suboficial jefe del puesto. Trotzki le explicó lo ocurrido.

-Soy Trotzki -repitió.

-¿Trotzki? -dijo el otro rascándose la cabeza-. Me parece haber oído ese nombre... Sí, efectivamente... Está bien: puede usted entrar, camarada.

En el pasillo encontré a Karajan, miembro del Comité Central bolchevique,[39] que me explicó lo que sería el nuevo gobierno.

-Una organización flexible, atenta a la voluntad popular tal como la expresan los Soviets, que permita el libre juego de las fuerzas locales. Actualmente, el Gobierno provisional ahoga las voluntades democráticas locales, al mismo grado que el gobierno zarista. En la nueva sociedad, la iniciativa vendrá de abajo. La forma de gobierno tendrá como modelo la constitución del Partido Obrero Socialdemócrata ruso. El nuevo Tsík, responsable ante las asambleas, frecuentemente convocadas, del Congreso de los Soviets de toda Rusia, será el parlamento. Al frente de los diversos ministerios habrá, en lugar de ministros, comisiones de funcionarios directamente responsables ante los Soviets.

El 30 de octubre fui a ver a Trotzki, que me había dado cita en una pequeña habitación del Smolny. Estaba sentado en medio de la pieza, en una silla corriente, delante de una mesa vacía. Sin necesidad de hacerle muchas preguntas, estuvo hablándome durante más de una hora, con palabra rápida y segura. He aquí, con sus propias expresiones, lo sustancial de cuanto me dijo:

"El Gobierno provisional es absolutamente impotente. En realidad, es la burguesía quien está en el poder, aunque esta realidad se disimule bajo una falsa coalición con los partidos defensores de la guerra hasta el fin. Los campesinos, cansados de esperar las tierras que se les han prometido, están rebelándose, y en todo el país, en todas las clases laboriosas, se manifiesta el mismo descontento. La dominación de la burguesía sólo puede mantenerse por medio de la guerra civil. El método de Kornilov es el único que podría asegurarles el poder. Pero precisamente lo que le falta a la burguesía es la fuerza... El ejército está con nosotros. Los conciliadores y los pacifistas, es decir, los socialrevolucionarios y los mencheviques, han perdido toda autoridad, porque la lucha entre campesinos y grandes terratenientes, entre obreros y patronos, entre soldados y oficiales, se ha hecho más aguda, más irreconciliable que nunca. Sólo mediante la acción concertada de las masas populares y la victoria de la dictadura proletaria podrá-jacabar su obra la revolución y salvarse el pueblo...

"Son los Soviets los que, del modo más perfecto, representan al pueblo, por su experiencia revolucionaria, sus ideas y sus fines. Apoyándose directamente en las tropas del frente, en los obreros de las fábricas y en el campo, los Soviets constituyen realmente la espina dorsal de la revolución.

[39] Karajan no era miembro del Comité Central. [Nota de la Edit.]

"Se ha tratado de constituir el poder sin los Soviets: el resultado ha sido la impotencia. En los pasillos del Consejo de la República se fomenta actualmente toda clase de proyectos contrarrevolucionarios. El partido kadete representa la contrarrevolución militante. Frente a él, los Soviets representan la causa del pueblo. Entre los dos campos no existe grupo alguno de importancia... Es la lucha final. La contrarrevolución burguesa organiza sus fuerzas y espera el momento de atacarnos. Nosotros terminaremos nuestra obra, apenas iniciada en marzo, pero que ha progresado durante la intentona de Kornilov."

Luego, refiriéndose a la política exterior del nuevo gobierno:

"Nuestro primer acto será el armisticio inmediato en todos los frentes y una conferencia de los pueblos para discutir los términos de una paz democrática. La paz que logremos será tanto más democrática cuanto más despierto se muestre en Europa el espíritu revolucionario. Si establecemos aquí el gobierno de los Soviets, ello será un poderoso factor en favor de la paz inmediata en Europa, ya que este gobierno se dirigirá directamente, sin intermediarios, a todos los pueblos, por encima de los gobiernos, para proponerles un armisticio. En la concertacion de la paz la Rusia revolucionaria sostendrá como principios rectores los siguientes: nada de anexiones, nada de indemnizaciones, derecho de los pueblos a disponer de sí mismos, creación de la República Federativa europea.

"Al salir de esta guerra, veo a Europa regenerada, no por los diplomáticos, sino por el proletariado. Lo que más conviene es la República Federativa europea, los Estados Unidos de Europa. La autonomía nacional ya no basta, la evolución económica exige la abolición de las fronteras nacionales. Si Europa sigue dividida en grupos nacionales, el imperialismo volverá a las andadas. Sólo una República Federativa europea dará la paz al mundo."

Y, con su fina sonrisa, ligeramente irónica, terminó:

-Pero si las masas europeas no entran en acción, no podrán alcanzarse desde ahora estos objetivos...

Mientras todo el mundo esperaba ver a los bolcheviques apoderarse por sorpresa de la calle y ponerse a disparar contra los ciudadanos de blancos cuellos postizos, la insurrección comenzó, en realidad, en pleno día y del modo más natural.

El Gobierno provisional pensaba enviar la guarnición de Petrogrado al frente. La guarnición de Petrogrado contaba con 60 000 hombres, que habían desempeñado un papel de primer orden en la revolución. Eran estos hombres los que habían cambiado el curso de los acontecimientos durante las grandes jornadas de marzo, los que habían creado el Soviet de diputados soldados y rechazado a Kornilov a las puertas de Petrogrado.

Gran número de ellos se había hecho bolchevique. Cuando el Gobierno provisional habló de evacuar la ciudad, la guarnición de Petrogrado repuso: "Si no sois capaces de defender la capital, concertad la paz, y si no podéis concertar la paz, marchaos y dejad el sitio a un gobierno del pueblo que sabrá hacer lo uno y lo otro..."

Era evidente que cualquier intento de insurrección dependía de la actitud de la guarnición de Petrogrado. Por eso, el Gobierno provisional quería reemplazar los regimientos de la ciudad con tropas de confianza: cosacos y Batallones de la Muerte. Los comités

del ejército, los socialistas "moderados" y el Tsík compartían la opinión del gobierno. Se organizó, pues, en el frente y en Petrogrado, una vasta campaña en torno al hecho de que, desde hacía ocho meses, la guarnición de Petrogrado se daba buena vida en los cuarteles de la capital, en tanto los camaradas, agotados, morían de hambre en las trincheras

Había, naturalmente, una parte de verdad en la acusación de que los regimientos de la guarnición no estaban muy dispuestos a cambiar su relativa comodidad por los sufrimientos de una campaña de invierno. Pero también había otras razones, por las cuales no querían salir de la ciudad. El Soviet de Petrogrado desconfiaba de las intenciones del gobierno; del frente llegaban centenares de delegados, representando a los simples soldados, que declaraban:

"Es indudable que necesitamos refuerzos, pero nos interesa mucho más saber que Petrogrado y la revolución están bien guardadas. Camaradas, sostened vosotros la retaguardia, que nosotros sostendremos el frente."

El 25 de octubre, a puerta cerrada, el Comité Ejecutivo del Soviet de Petrogrado discutió la formación de un Comité militar especial que resolviera sobre la actitud que debía adoptarse. Al día siguiente, la sección de soldados del Soviet de Petrogrado eligió un comité, que inmediatamente Seclaró el boicot a la prensa burguesa y censuró severamente al Tsík por oponerse a la reunión del Congreso de los Soviets de toda Rusia. El 29 de octubre, durante una sesión pública del Soviet de Petrogrado, Trotzki propuso que el Soviet reconociera oficialmente al Comité Militar Revolucionario.

-Es preciso -dijo- *que nosotros tengamos nuestra propia organización para ir al combate y, si es necesario, a la muerte...*

Se decidió enviar al frente dos delegaciones, una del Soviet y otra de la guarnición, para conferenciar con los comités de soldados y con el Estado Mayor general.

En Pskov, el general Tcheremissov, comandante del frente Norte, recibió a los delegados del Soviet, declarándoles secamente que había dado a la guarnición de Petrogrado orden de volver a las trincheras y que nada tenía que añadir. En cuanto a los delegados de la guarnición, no se les había autorizado a abandonar Petrogrado...

Una delegación de la sección de soldados del Soviet de Petrogrado pidió tener un representante en el Estado Mayor del distrito de Petrogrado. Se denegó la petición. El Soviet de Petrogrado pidió que no se diese orden alguna sin la aprobación de su sección militar. También se desechó esta exigencia. A los delegados se les respondió brutalmente:

"Sólo reconocemos al Tsík. A vosotros, no. Y si violáis la ley, os arrestaremos."

El 30, en un mitin de representantes[40] de todos los regimientos de Petrogrado, se adoptó la siguiente resolución:

La guarnición de Petrogrado no reconoce ya al Gobierno provisional. Nuestro gobierno es el Soviet de Petrogrado. No obedeceremos más órdenes que las que emanen del Soviet de Petrogrado por conducto de su Comité Militar Revolucionario.

[40] Se llevó a cabo el 31 de octubre. [Nota de la Edit.]

Las unidades locales recibieron orden de esperar instrucciones de la sección de soldados del Soviet de Petrogrado.

Al día siguiente, el Tsík convocó otro mitin, al que asistieron sobre todo oficiales; constituyó un comité de cooperación con el Estado Mayor y envió comisarios a todos los barrios de la ciudad.

El 3 de noviembre, en un gran mitin de soldados celebrado en el Smolny, se decidió lo siguiente:

Al saludar la creación del Comité Militar Revolucionario del Soviet de Petrogrado, la guarnición de Petrogrado y de sus alrededores le promete completo apoyo en todos sus actos, con el fin de unir estrechamente el frente y la retaguardia, en interés de la revolución.

Además, la guarnición declara que, con la ayuda del proletariado organizado, asegurará el mantenimiento del orden revolucionario en Petrogrado. Todo intento de provocación que surja de los partidarios de Kornilov o de la burguesía tropezará con una resistencia implacable...

Consciente de su fuerza, el Comité Militar Revolucionario invitó enérgicamente al Estado Mayor de Petrogrado a someterse a su control. Prohibió a todas las imprentas publicar ningún llamamiento o proclama sin su autorización. Comisarios armados visitaron el arsenal de Kronwerk y se apoderaron de grandes cantidades de armas y municiones, deteniendo además un cargamento de 10 000 bayonetas, dispuesto para ser enviado a Novotcherkask, cuartel general de Kaledin.

Dándose cuenta del peligro, el gobierno ofreció la inmunidad al Comité si consentía en disolverse. Demasiado tarde. El 5 de noviembre, el propio Kerenski envió a Malevski a ofrecer al Soviet de Petrogrado una representación en el Estado Mayor. El Comité Militar Revolucionario aceptó. Una hora después, el general Manilovski, ministro interino de la Guerra, retiró el ofrecimiento...

El martes 6 de noviembre, por la mañana, la población vio con sorpresa, en las paredes de la ciudad, una proclama firmada por el "Comité Militar Revolucionario del Soviet de Diputados obreros y soldados de Petrogrado":

A la población de Petrogrado
Ciudadanos:
La contrarrevolución ha levantado su cabeza criminal. Los partidarios de Kornilov movilizan sus fuerzas para aplastar el Congreso de los Soviets de toda Rusia y disolver la Asamblea Constituyente. Al mismo tiempo, los "pogromistas" seguramente tratarán de arrastrar al pueblo a sangrientos disturbios. El Soviet de diputados obreros y soldados de Petrogrado asumirá el mantenimiento del orden revolucionario contra cualquier intento de pogromo "o cualquier acto contrarrevolucionario.
La guarnición de Petrogrado no permitirá violencias ni desórdenes. Invitamos a la población a detener a los delincuentes y agitadores de las Centurias Negras, y a conducirlos ante el comisario del Soviet en el cuartel más próximo. Al primer intento de los elementos sospechosos de desencadenar en las calles de Petrogrado disturbios, saqueos o batallas, los culpables serán aniquilados inmediatamente y sin piedad.

¡Ciudadanos! Confiamos en vuestra calma y sangre fría. La causa del orden y de la revolución está en buenas manos.

El 3 de noviembre, los jefes bolcheviques habían celebrado, a puerta cerrada, otra reunión histórica. Avisado por Zalkind,[41] esperé en el pasillo. Volqdarski, que salía precisamente de la sala, me puso al corriente de lo que había sucedido.

Lenin había dicho:

El 6 de noviembre sería demasiado pronto. Es necesario que la insurrección se apoye en toda Rusia. Ahora bien, el 6 no habrán llegado aún todos los delegados al Congreso. Por otra parte, el 8 de noviembre sería demasiado tarde. En esa fecha, estará organizado el Congreso y es difícil para una gran asamblea constituida tomar medidas rápidas y decisivas. Es el 7 cuando debemos proceder, o sea, el día de la apertura del Congreso, a fin de poderle decir: "Aquí está el poder. ¿Qué vas a hacer con él?"

Durante este tiempo, en una de las habitaciones del piso superior, trabajaba un personaje de rostro delgado y largos cabellos, antiguo oficial de los ejércitos del zar, que después se hizo revolucionario y fue desterrado, un tal Ovseienko, llamado Antónov, matemático y jugador de ajedrez, el cual estaba ocupado en trazar un minucioso plan para apoderarse de la capital.

También el gobierno se preparaba. Sin hacer ruido, trasladó a Petrogrado los regimientos más fieles, escogidos entre divisiones muy alejadas unas de otras. En el Palacio de Invierno se instaló la artillería de los junkers. Nuevamente, desde las jornadas de julio, aparecieron patrullas de cosacos en las calles. Polkóvnikov lanzaba orden tras orden, amenazando con reprimir enérgicamente cualquier insubordinación. Kichkin, ministro de Instrucción Pública, el miembro más odiado del gabinete, fue nombrado comisario especial, con la misión de mantener el orden en Petrogrado, teniendo como ayudantes a dos hombres no menos impopulares, Rutenberg y Paltchinski. A Petrogrado, Cronstadt y Finlandia se las declaró en estado de sitio, y ello provocó la ironía del órgano burgués *Nóvoie Vremia*:

¿Para qué el estado del sitio? El gobierno no tiene poder alguno. Ha perdido toda autoridad moral y no posee los medios necesarios para hacer uso de la fuerza... En el mejor de los casos, podría entrar en conversaciones con quien quisiera hacerlo. Su autoridad no pasa de ahí...

El lunes 5 de noviembre, por la mañana, acudí al palacio María para enterarme de lo que pasaba en el Consejo de la República. Encarnizado debate sobre la política extranjera de Terechtchenko. Eran los ecos del asunto Burtzev-Varjovski. Estaban presentes todos los diplomáticos, menos el embajador de Italia, anonadado, según se decía, por el desastre del Carso. Cuando llegué, el socialrevolucionario de izquierda Karejin daba lectura a un editorial del Times de Londres, en el que se decía: "El remedio contra el bolchevismo son las balas." Volviéndose hacia los kadetes, Karelin les increpó:

-*¡Esa es también vuestra opinión!* Voces de aprobación en la derecha:

---

[41] Zalkind, I. A.: Participante activo de la Revolución de Octubre miembro de la organización bolchevique de Petrogrado. [Nota de la Edit.]

-¡Muy bien! ¡Muy bien!

-¡Sí -insistió acaloradamente Karelin-, eso es lo que pensáis, sólo que os falta valor para llevarlo a cabo!

Tras él, subió a la tribuna Tcrechtchenko, entre gritos de "¡Que dimita, que dimita!" de los bancos de la izquierda. Insistió mucho en la necesidad de que los delegados del gobierno y del Tsík tuvieran en París el mismo punto de vista, es decir el suyo. Habló de la restauración de la disciplina en el ejército, de la guerra hasta la victoria final... Pero el salón se convirtió en un tumulto y, ante la porfiada y ruidosa oposición de la izquierda, el Consejo de la República pasó al orden del día puro y simple.

Los bancos de los bolcheviques estaban vacíos; sus antiguos ocupantes abandonaron el Consejo desde el primer día, y se habían llevado con ellos la vida. Al descender por la escalera, tenía yo la impresión de que, a pesar del encarnizamiento de los debates, ninguna voz viviente del mundo exterior podía penetrar en aquel salón alto y frío, y que el Gobierno provisional iba a zozobrar en el mismo escollo de la guerra y la paz, contra el cual se había estrellado el ministerio de Miliukov... El portero, al ponerme el abrigo, refunfuñó:

-No sé qué es lo que a ser de la pobre Rusia. Todos esos mencheviques, bolcheviques, trudoviques... Esa Ucrania, esa Finlandia, esos imperialistas alemanes y esos imperialistas ingleses... Tengo cuarenta y cinco años y jamás en mi vida he oído hablar tanto como aquí...

En el pasillo me encontré con el profesor Chastki, personaje con cara de rata, vestido con una elegante levita y muy influyente en el partido kadete. Le pregunté qué pensaba sobre el famoso golpe de fuerza bolchevique, de que tanto se hablaba. Se encogió de hombros y me respondió con una risilla burlona:

"¡Son un atajo de imbéciles, unos canallas! No se atreverán y, si se atreven, los liquidaremos en un dos por tres. Por lo demás, desde nuestro punto de vista, eso sería lo mejor, porque así se desacreditarían y no tendrían ninguna fuerza, en la Asamblea Constituyente... "Pero permítame, mi querido señor, permítame esbozarle el plan de organización del gobierno que he de someter a la Asamblea Constituyente. Soy presidente de una comisión nombrada conjuntamente por el Consejo de la República y el Gobierno provisional para elaborar un proyecto de Constitución... Tendremos un cuerpo legislativo compuesto de dos Cámaras, como lo tienen ustedes en los Estados Unidos. La Cámara baja será la representación territorial del país. En la Cámara alta tendrán asiento los representantes de las profesiones liberales, de los zemstvos, de las cooperativas y de los sindicatos..."

Salí a la calle. Soplaba un viento frío y húmedo del Oeste; un barro helado atravesaba la suela de mis zapatos. Dos compañías de junkers, rígidos dentro de sus largos capotes, subían por la Morskaia, cantando a coro una de aquellas vigorosas canciones que los soldados entonaban en otro tiempo bajo el zar. Al llegar a la primera esquina de la calle, me di cuenta de que la milicia municipal estaba montada y armada con revólveres en nuevos y relucientes estuches. Un pequeño grupo de personas, asombradas, miraba en silencio. En la esquina de la Nevski compré un folleto de Lenin, *¿Podrán mantenerse en el poder los bolcheviques?*, que pagué con uno de los timbres que servían entonces

de moneda menuda. Pasaban los tranvías como de ordinario, con sus racimos de ciudadanos y soldados, cuyos prodigios de equilibrio hubieran hecho palidecer de envidia al acróbata Teodoro P. Shonts. En la acera, desertores vendían cigarrillos y pepitas de girasol.

En la Perspectiva Nevski, bajo el húmedo crepúsculo, la multitud se arrebataba los últimos periódicos o se apretujaba tratando de descifrar los innumerables llamamientos y proclamas fijados en cada espacio libre.[42] Los había del Tsík, de las organizaciones campesinas, de los partidos socialistas "moderados", de los comités del ejército. En todos los tonos -amenaza, maldición, exhortación- se invitaba a los obreros y a los soldados a permanecer en sus casas y prestar su apoyo al gobierno.

Un automóvil blindado iba y venía haciendo sonar la sirena. En cada esquina, en cada espacio libre, grupos compactos: soldados y estudiantes discutiendo. La noche caía rápidamente; de trecho en trecho se encendían los faroles; las olas de la multitud rompían sin cesar... Siempre era así Petrogrado, en vísperas de disturbios.

La ciudad estaba nerviosa: se estremecía a cada ruido seco. Sin embargo, aún no había señal alguna de actividad de los bolcheviques; los soldados permanecían en sus cuarteles, los obreros en las fábricas... Entramos en un cine, cerca de la catedral de Kazan; estaban proyectando una película italiana: amor, intriga, sangre. En las primeras filas, soldados y marineros clavaban en la pantalla sus ojos asombrados de niños, totalmente incapaces de comprender el porqué de toda aquella agitación, de aquella violencia, de aquellos crímenes.

Desde allí regresé apresuradamente al Smolny. En la habitación número 10 del último piso, el Comité Militar Revolucionario se hallaba reunido en sesión permanente, bajo la presidencia de un joven de dieciocho años, con cabellos de lino, llamado Lazimir. Al pasar cerca de mí, se detuvo tímidamente y me estrechó la mano.

-La fortaleza de Pedro y Pablo acaba de pasarse a nuestro lado -me dijo, con una sonrisa de satisfacción-. Hace un minuto, hemos recibido la delegación de un regimiento llamado por el gobierno a Petrogrado. Los hombres, sospechando alguna cosa, habían detenido su tren en Gatchina. "¿Qué ocurre?", nos han preguntado. "¿Qué tenéis que decirnos? Nuestro regimiento se ha pronunciado por la consigna ¡Todo el poder a los Soviets!" El

---

[42] Llamamiento del Comité Central del ejército contra la insurrección:

"...Por encima de todo, insistimos en la ejecución inflexible de la voluntad organizada de la mayoría del pueblo, representada por el Gobierno provisional, obrando de acuerdo con el Consejo de la República y el Tsik.

"Cualquier tentativa para deponer a este poder por la violencia, en un momento en que una crisis gubernamental llevaría aparejados infaliblemente el caos, la ruina del país y la guerra civil, será considerada por el ejército como un acto contrarrevolucionario y reprimida por las armas...

"Los intereses de grupos privados y de clases deben supeditarse a un interés único, el del aumento de la producción industrial y de una distribución equitativa de los artículos de primera necesidad.

"Todos los saboteadores, desorganizadores o incitadores al desorden, todos los desertores, los negligentes, los saqueadores, deben ser obligados a prestar servicios auxiliares en la retaguardia del ejército...

"Invitamos al gobierno a formar con estas gentes que desafían a la voluntad popular, con estos enemigos de la revolución, compañías de trabajo que sean empleadas en la retaguardia, en el frente, en las trincheras, bajo el fuego del enemigo..."

Comité Militar Revolucionario les ha respondido: "Hermanos, os saludamos en nombre de la revolución. Permaneced donde os encontráis y esperad nuestras instrucciones."

Todas las líneas telefónicas -me advirtió también- estaban cortadas; pero las comunicaciones con los cuarteles y las fábricas se hallaban aseguradas por medio del teléfono de campaña.

En la puerta había un constante desfile de correos y comisarios. Una docena de voluntarios aguardaba, dispuesta para llevar los mensajes a los barrios más apartados de la ciudad. Uno de ellos, con aire de bohemio y uniforme de teniente, me dijo en francés: "Todo está preparado; no hay más que apretar el botón."

Vi pasar a Podvoiski, delgado y barbudo, que fue el estratega de la insurrección; a Antónov, borracho de sueño, con su barba de muchos días y el cuello postizo grasiento; luego al soldado Krylenko, rechoncho, con su ancha cara siempre sonriente, sus gestos violentos y sus cascadas de palabras, y al marinero Dybenko, un barbado gigante de rostro plácido. Eran los hombres de la hora... y de las horas que iban a seguir.

En el piso inferior, en la oficina de los comités de fábrica, Serátov firmaba vales de armas para el Arsenal del Estado: ciento cincuenta fusiles por fábrica. Unos cuarenta delegados esperaban en la fila.

En la sala, encontré algunos jefes bolcheviques de segundo rango. Uno de ellos me enseñó un revólver:

-*La partida está empeñada* -dijo con el rostro pálido-. *Esta vez, nuestros adversarios saben que, no importa lo que emprendamos, si ellos no nos suprimen, seremos nosotros los que los suprimiremos a ellos.*

El Soviet de Petrogrado estaba reunido noche y día. Al entrar yo en el gran salón, Trotzki terminaba su discurso:

"Se nos pregunta -decía- si tenemos la intención de lanzarnos a la calle. Puedo dar una respuesta clara a esta pregunta. El Soviet de Petrogrado entiende que ha llegado, por fin, el momento de que el poder pase a manos de los Soviets. Esta transferencia del poder la llevará a cabo el Congreso de los Soviets de toda Rusia. ¿Será necesaria una acción armada? Eso dependerá de los que quieran oponerse al Congreso...

"Tenemos la convicción de que el actual gobierno es un gobierno impotente, lamentable, que sólo espera el escobazo de la historia para dejar su puesto a un gobierno verdaderamente popular. Nosotros continuamos esforzándonos por evitar el conflicto. Esperamos que el Congreso podrá hacerse cargo de un poder y de una autoridad que descansan en la libertad organizada del pueblo. Sin embargo, si el gobierno trata de aprovechar el poco tiempo que le queda de vida -veinticuatro, cuarenta y ocho o setenta y dos horas- para atacarnos, nuestro contrataque no se hará esperar, golpe por golpe, acero contra hierro."

En medio de los aplausos, anunció que los socialrevolucionarios de izquierda accedían a formar parte del Comité Militar Revolucionario.

A las tres de la madrugada, al salir del Smolny, observé que habían sido instalados dos cañones de tiro rápido a cada lado de la entrada, y que las puertas y las calles vecinas estaban protegidas por fuertes patrullas.

Bill Shatow[43] llegaba, saltando de cuatro en cuatro los escalones:

-¡Ya está! -gritó-. Kerenski ha tratado de cerrar, con los junkers, nuestros periódicos Soldat y Rabotchi Put. Pero han llegado nuestras tropas y han roto los sellos del gobierno. Ahora somos nosotros los que enviamos destacamentos para que cierren los periódicos burgueses.

Lleno de júbilo, me dio una palmada en el hombro y entró corriendo en el Smolny.

En la mañana del 6 tenía yo que ir a ver al censor, cuya oficina se hallaba en el ministerio de Negocios Extranjeros. Los muros estaban cubiertos de histéricos llamamientos a la calma. Polkóvnikov promulgaba un prikaz tras otro:

Ordeno a todas las unidades militares y a todos los destacamentos permanecer en sus cuarteles esperando las órdenes del Estado Mayor del distrito... Todo oficial que participe en manifestaciones sin orden superior será sometido a consejo de guerra y acusado de amotinamiento. Prohibo oficialmente a las tropas ejecutar ninguna orden emanada de las diversas organizaciones...

Los diarios de la mañana anunciaban que el gobierno había suprimido la Novata Russ, el Shévoie Slovo, el Rabotcbi Put y el Soldat, ordenando además el arresto de los jefes del Soviet de Petrogrado y de los miembros del Consejo Militar Revolucionario.

Al atravesar yo la plaza del Palacio, desembocaban al trote por el arco rojo muchas baterías de artillería, que iban a situarse delante del Palacio. El gran edificio de piedra roja del Estado Mayor General presentaba una inusitada animación. A la entrada había muchos automóviles blindados, colocados ordenadamente, y de continuo llegaban o salían autos cargados de oficíales... Encontré al censor contento como un niño en el circo. Me dijo que Kerenski acababa de salir para entregar su dimisión al Consejo de la República. Me precipité hacia el palacio María, donde llegué al final de aquel famoso discurso de Kerenski, en que la pasión luchaba con la incoherencia y en que a un tiempo mismo trataba de justificarse y de golpear a sus enemigos:

"...Debo citaros aquí los pasajes más característicos de una serie de artículos publicados en el Rabotchi Put por el reo de alta traición Uliánov-Lenin, que actualmente se oculta y a quien nos esforzamos por encontrar. En una serie de manifiestos que lleva por título Carta a los camaradas, este criminal invita al proletariado y a la guarnición de Petrogrado a repetir la experiencia de las jornadas del 16 al 18 de julio y demuestra la necesidad de una inmediata insurrección armada. Otros jefes bolcheviques han hablado en una serie de mítines llamando igualmente a la insurrección. Conviene subrayar, muy particularmente, la actividad del presidente actual del Soviet de Petrogrado, Bronstein-Trotzki...

"Debo señalar que, hasta en las expresiones y en la forma, los artículos del Rabotchi Put y del Soldat tienen un parecido exacto con los de la Novata Russ. Insisto en este hecho para que el Consejo de la República comprenda bien que tenemos que habérnos-

---

[43] Nombre muy conocido en el movimiento obrero de los Estados Unidos. Se trata de Víadimir Serguevitch Chatov, que regresó de los Estados Unidos en junio de 1917 y que fue uno de los organizadores del "Industrial Workers of the World"; en 1917 perteneció al Comité Militar Revolucionario de Petrogrado y fue miembro del presidium del consejo central de las fábricas; después se hizo comunista. [Nota de la Edit.]

las, no tanto con éste o el otro partido político, sino con una sistemática explotación de la ignorancia, de la sencillez o de los instintos criminales de la población, con el fin de crear en Rusia, cueste lo que cueste, una atmósfera de progromo, y desencadenar la locura de la destrucción y del saqueo, ya que, con el actual estado de espíritu de las masas, cualquier movimiento que se produzca en Petrogrado irá inevitablemente acompañado por las más terribles matanzas, que cubrirán como nunca de vergüenza el nombre de la libre Rusia...

"Según la opinión del propio Uliánov-Lenin, organizador del movimiento, 'la actitud de la extrema izquierda de los socialdemócratas es particularmente fovorable'."

Al llegar aquí, Kerenski dio lectura al siguiente pasaje de un artículo de Lenin:

Pensad que nuestros camaradas alemanes no tienen más que a Liebknecht, no tienen ni periódicos, ni libertad de reunión, ni Soviets. Todas las clases de la sociedad, hasta el último pequeño campesino propietario, son increíblemente hostiles a la idea internacional... La organización de la grande, media y pequeña burguesía imperialista es notable... En tales condiciones, sin embargo, con una posibilidad contra cien, han organizado una sublevación en la flota, y nosotros, que tenemos docenas de periódicos, libertad de reunión, mayoría en los Soviets, nosotros los internacionalistas proletarios que gozamos de la situación más favorable del mundo entero, nos negamos a apoyar a los revolucionarios alemanes rebelándonos a nuestra vez...

Luego Kerenski prosiguió:

"De este modo, los organizadores de la rebelión reconocen por sí mismos -y este punto tiene para mí una particular importancia- que actualmente se dan en Rusia las condiciones ideales de acción para un partido político, bajo este Gobierno provisional a cuya cabeza se encuentra un hombre que es, a los ojos del partido en cuestión, un usurpador vendido a la burguesía, el presidente del Consejo, Kerenski.

"No es al proletariado alemán a quien quieren ayudar los promotores de la insurrección, sino a las clases gobernantes alemanas, y es al puño de hierro de Guillermo y a sus acólitos a quienes abren el frente ruso. (Prolongados aplausos en la derecha, en el centro y en algunos bancos de la izquierda.) Poco importa al Gobierno provisional que estas gentes actúen consciente o inconscientemente. Como quiera que sea, desde esta tribuna, con plena conciencia de mi responsabilidad, califico tales actos de un partido político ruso de traición hacia Rusia.

"... Me solidarizo con el punto de vista de la derecha y propongo que se abra inmediatamente una investigación judicial (rumores) y se lleven a cabo las detenciones necesarias. (Tumulto en la extrema izquierda.)

"¡Escuchadme! -gritó Kerenski-. Cuando una traición, premeditada o no, pone en peligro al Estado, el Gobierno provisional, y yo el primero, preferimos exponernos a la muerte que arriesgar la vida, el honor y la independencia de Rusia..."

En este momento, le alargaron a Kerenski un papel.[44]

[44] Ese volante fue entregado a Kerenski por A. I. Konovalov.[Nota de la Edit.]

"Acaban de entregarme la proclama que van a distribuir entre los regimientos. Dice así:

El Soviet de Diputados obreros y soldados de Petrogrado está en peligro.'Ordenamos la movilización inmediata, en pie de guerra, de todos los regimientos, los cuales deberán esperar órdenes ulteriores. Todo retraso en la ejecución de esta orden o toda negativa de someterse a ella serán considerados como un acto de traición a la revolución.

El Comité Militar Revolucionario.

Por el presidente, Podvoiski. El secretario, Aniónov.

"He ahí, hablando en términos judiciales, un estado de rebelión, un intento de levantar al populacho contra el orden existente, de disolver la Contituyente y de abrir el frente a los regimientos de Guillermo...

"Digo con toda intención "populacho", porque toda la democracia consciente y su Tsík, todas las organizaciones del ejército, el buen sentido y el honor de la democracia protestan contra estos hechos.

"No he venido aquí a formular un ruego, sino a expresar mi firme convicción de que el Gobierno provisional, que defiende en estos momentos nuestra joven libertad; de que el nuevo Estado ruso, al que aguarda un brillante porvenir, encontrarán el apoyo de todos, salvo el de aquellos que jamás se han atrevido a mirar de frente la verdad.

"En nombre del Gobierno provisional, afirmo que el gobierno jamás ha violado la libertad que cada ciudadano tiene de hacer uso de sus derechos. Pero el gobierno declara hoy: "Es necesario acabar inmediatamente con todos los elementos, con todos los grupos y partidos que intenten poner la mano sobre la libre voluntad del pueblo ruso y amenacen con abrir el frente a Alemania..."

"Cuando la población de Petrogrado comprenda que tiene que habérselas con…

Durante todo este discurso, la sala se estremecía de tempestuosos clamores. Cuando el presidente del Consejo descendió de la tribuna, pálido, bañado en sudor, y abandonó la sala seguido de su escolta de oficiales, los oradores de la izquierda y del centro se dedicaron a atacar a la derecha con un incontenible furor.

Los socialrevblucionarios mismos, por boca de Gotz, declararon:

-Los bolcheviques hacen una política demagógica y criminal, explotando el descontento popular. Es preciso reconocer, sin embargo, que muchas reivindicaciones populares aún no han sido satisfechas... Las cuestiones de la paz, de la tierra, de la democratización del ejército deberían ser planteadas de tal manera que ningún soldado, ningún campesino, ningún obrero pudiese dudar de que el gobierno se esfuerza firmemente, decididamente, por resolverlas...

Nosotros, socialrevolucionarios, no queremos provocar una crisis de gabinete y estamos dispuestos a defender al gobierno con toda nuestra energía, hasta la última gota de nuestra sangre, si el Gobierno provisional se decide a pronunciar sobre estas ardientes cuestiones las palabras claras y precisas que tan impacientemente espera el pueblo...

Después, Martov declaró con vehemencia:

—Las palabras del presidente del Consejo permitiéndose emplear el término "populacho" cuando se trata del movimiento de una gran parte del proletariado y del ejército - aunque dicho movimiento esté mal dirigido- son una verdadera incitación a la guerra civil.

Se aprobó el orden del día presentado por la izquierda. Equivalía, "prácticamente, a un voto de censura:

I. La demostración armada que se prepara desde hace unos días con el fin de dar un golpe de estado, amenaza con provocar la guerra civil, crea un estado de cosas favorable a los progromos y a la movilización de las fuerzas contrarrevolucionarias como las Centurias Negras, y traerá como consecuencia, inevitablemente, la imposibilidad de reunir la Constituyente, una nueva catástrofe militar, el fracaso de la revolución, la parálisis de la vida económica y el hundimiento total del país.

II. La razón del éxito de una tal agitación debe buscarse -aparte las condiciones objetivas de la guerra- en el retraso en adoptar ciertas medidas urgentes. Es pues, necesario, ante todo, promulgar inmediatamente un decreto entregando la tierra a los comités agrarios y adoptar una política exterior enérgica, proponiendo a los Aliados proclamar sus condiciones de paz y comenzar las negociaciones.

III. Es indispensable adoptar medidas inmediatas para refrenar el desarrollo de la anarquía y la agitación progromista, y crear con este fin, en Petrogrado, un Comité de Salud Pública, compuesto por representantes del municipio y de los órganos de la democracia revolucionaria, que actúen en colaboración con el Gobierno provisional.

Es interesante hacer notar que los mencheviques y los social-revolucionarios se sumaron unánimemente a esta resolución. Kerenski llamó entonces a Avxentiev al Palacio de Invierno para pedirle explicaciones. Si la resolución significaba falta de confianza en el gobierno, instaba a Avxentiev a formar un nuevo gabinete. Dan, Gotz y Avxentiev, los jefes de los "conciliadores", intentaron su última conciliación: explicaron a Kerenski ¡que la resolución no entrañaba, en modo alguno, una crítica al gobierno!

En la esquina de la Morskaia y de la Nevski, destacamentos de soldados con bayoneta calada detenían los automóviles particulares, obligando a descender a sus ocupantes y enviando los coches al Palacio de Invierno. Una numerosa multitud los contemplaba. Nadie sabía si los soldados actuaban en nombre del gobierno o del Comité Militar Revolucionario. A la altura de la catedral de Kazan, la misma operación: los coches recibían la orden de dar media vuelta. Cinco o seis marineros armados de fusiles, riendo y llenos de animación, se acercaron y emprendieron conversación con dos soldados. Las cintas de sus gorras llevaban los nombres del Avrora ("Aurora") y del Zaria Svobody ("Alba de la Libertad"), los dos cruceros bolcheviques del Báltico.

-Cronstadt está en camino -dijo uno de ellos.

Era como si, en 1792, se hubiese dicho en las calles de París: "Los marselleses están en camino." Porque en Cronstadt había veinticinco mil marineros, bolcheviques convencidos, que no temían a la muerte...

El Ratbochi i Soldat acaba de aparecer, ocupada toda su primera página con esta monumental proclama:

¡Soldados! ¡Obreros! ¡Ciudadanos! Los enemigos del pueblo han tomado esta noche la ofensiva.
Los kornilovistas del Estado Mayor tratan de traer a los suburbios a los junkers y a los batallones de voluntarios. Los junkers de Oranienbaum y los voluntarios de Tsárskoye Selo se han negado a marchar. Se prepara un golpe de alta traición contra el Soviet de Petrogrado. Se trama un complot contrarevolucionario contra el Congreso de los Soviets de toda Rusia en la víspera de su apertura, contra la Asamblea Constituyente, contra el pueblo. El Soviet de Petrogrado custodia la revolución. El Comité Militar Revolucionario ha tomado a su cargo la tarea de rechazar el ataque de los conspiradores. Todo el proletariado y la guarnición de Petrogrado están preparados para dar a los enemigos del pueblo una formidable respuesta.
El Comité Militar Revolucionario decreta:
I. Todos los comités, compañías y unidades navales, así como los comisarios del Soviet y todas las organizaciones revolucionarias, .deberán reunirse permanentemente para concentrar todas las informaciones concernientes a los propósitos y manejos de los conspiradores.
II. Ningún soldado abandonará su unidad sin autorización del Comité.
III. Cada unidad enviará inmediatamente al Smolny dos delegados, y cada Soviet de barriada, cinco.
IV. Todos los informes sobre los manejos de los conspiradores deberán transmitrse inmediatamente al Smolny.
V. Se convoca inmediatamente a un mitin extraordinario en el Smolny^ y a todos los miembros del Soviet de Petrogrado y a todos los delegados al Congreso de los Soviets.
La contrarrevolución ha vuelto a levantar su criminal cabeza.
Un gran peligro amenaza todas las conquistas y todas las esperanzas de los soldados, de los obreros y de los campesinos. Pero las fuerzas de la revolución sobrepasan, con mucho, las de sus adversarios.
La causa del pueblo está en buenas manos. Los conspiradores serán aplastados.
¡Ni vacilaciones ni dudas! ¡Firmeza, disciplina, tenacidad, decisión!
¡Viva la revolución!
El Comité Militar Revolucionario.

El Soviet de Petrogrado se hallaba reunido en sesión permanente en el Smolny, centro de la tempestad. Los delegados se caían de sueño en el piso; después, se levantaban para tomar parte en los debates. Trotzki, Kaménev, Voldarski hablaban seis, ocho, doce horas dianas.

Bajé al primer piso y entré en la habitación número 18, donde los delegados bolcheviques celebraban una reunión del partido. Tronaba sin cesar una voz. La multitud me ocultaba al orador:

-Dicen los "conciliadores" que estamos aislados. No les hagáis caso. Una vez empezadas las operaciones, tendrán que seguirnos, si no quieren perder sus adeptos.

Vi entonces que blandía una hoja de papel:

—Ya nos siguen -prosiguió-. He aquí una comunicación de los socialrevolucionarios y los mencheviques. Dicen que condenan nuestra acción, pero que si el gobierno nos ataca, no combatirán contra la causa del proletariado.

La izquierda clamaba de alegría...

A la caída de la noche, el gran salón de sesiones se llenó de soldados y de obreros, una enorme masa sombría, rodeada por un halo de humo azul, de donde se elevaba un zumbido profundo

El antiguo Tsík se había decidido, por fin, a acoger a los delegados a este nuevo congreso que significaba su derrumbamiento y tal vez del orden revolucionario que él mismo había establecido. En esta sesión, sin embargo, sólo los miembros del Tsík pudieron tomar parte en la votación.

Era ya más de medianoche cuando Gotz abrió la sesión y Dan se levantó en medio de un silencio impresionante, que me parecía casi amenazador.

"Las horas que estamos viviendo cobran los más trágicos colores -dijo-. El enemigo se halla a las puertas de Petrogrado; las fuerzas de la democracia tratan de organizarse para hacerle frente; pero esperamos una efusión de sangre en la capital y el hambre amenaza con destruir, no sólo nuestro gobierno homogéneo, sino la revolución misma...

"Las masas están debilitadas y agotadas. Se desinteresan de la revolución. Si los bolcheviques se empecinan en desatar su insurrección la revolución ha terminado... (Gritos: ¡Mentira!) *Los contrarrevolucionarios sólo esperan a los bolcheviques para empezar las matanzas... Si se produce un golpe de fuerza, no habrá Constituyente...* (Gritos: ¡Mentiras! ¡Desvergüenzas!)

"Es inadmisible, que la guarnición de Petrogrado, que se encuentra en la zona de las operaciones militares, no ejecute las órdenes del Estado Mayor... Debéis obedecer las órdenes del Estado Mayor y del Tsík; elegido por vosotros. La consigna de "¡Todo el poder a los Soviets!" significa la muerte. Los bandidos y los ladrones no esperan más que eso para saquear e incendiar... Y es que cuando se esparcen consignas como "¡Entrad en las casas y apoderaos de las ropas y el calzado de la burguesía!..." (Tumulto. Gritos: ¡Nadie ha dado tales consignas! ¡Mentira! ¡Mentira!) *Bien; es posible que ello no empiece así, pero es seguro que así terminará.*

"El Tsík tiene plenos poderes, y debe ser obedecido... No tenemos miedo a las bayonetas... El Tsík defenderá la revolución con su propio cuerpo."

Uno gritó: "¡Hace tiempo que ese cuerpo es sólo un cadáver!" En medio de un gran tumulto, se oyó a Dan responder, con una voz aguda, en tanto golpeaba con el puño la tribuna: -*¡Los que hablan así son criminales!*

Una voz: *"¡El criminal es usted, que tomó el poder para dárselo a la burguesía!"*

Gotz, agitando la campanilla: *"¡Silencio, o hago que os expulsen!"*

Otra voz: *"¡Atrévase!"* '(Risas y silbidos.)

-*Voy a referirme a nuestra política en el problema de la paz. (Risas.) Desgraciadamente, Rusia no puede permanecer mucho tiempo en guerra. Se hará, por tanto, la paz, pero no la paz permanente, no la paz democrática... Hoy, en el Consejo de la República, con el fin de evitar la efusión de sangre, hemos votado una resolución exigiendo la entrega de la tierra a los Comités agrarios y la apertura de negociaciones para una paz inmediata... (Risas y gritos: ¡Demasiado tarde!)*

Trotzki subió entonces a la tribuna, impulsado por una ola de frenéticos aplausos y saludado por toda la sala, que se levantó en medio de un trueno de aclamaciones. Su delgado y puntiagudo rostro, su expresión de maliciosa ironía eran verdaderamente mefistofélicos.

-La táctica de Dan -comenzó diciendo- demuestra claramente que las masas, esas masas pasivas, indiferentes, están a su lado. (Carcajadas.)

Luego, volviéndose al presidente, con un acento dramático:

"Cuando nosotros hablábamos de dar la tierra a los campesinos, vosotros os oponíais. Hemos dicho a los campesinos: "Si no os la dan, tomadla vosotros mismos," Y los campesinos siguen nuestro consejo. Y ahora venís a proponer lo que nosotros hemos hecho hace seis meses...

"No creo que la suspensión de la pena de muerte en el ejército se la haya dictado a Kerenski un ideal. Creo que ha sido la guarnición de Petrogrado quien, negándose a obedecerle, ha hecho entrar en razón a Kerenski.

"Se acusa hoy a Dan de haber pronunciado ante el Consejo de la República un bochornoso discurso bolchevique... Llegará tal vez el día en que Dan sostenga que la flor de la revolución tomó parte en el levantamiento de las jornadas del 16 y el 18 de julio... En la resolución que hoy ha presentado Dan al Consejo de la República no se habla para nada de reforzar la disciplina de las filas del ejército, aunque sea éste uno de los artículos de propaganda de su partido..."

"No, la historia de los siete últimos meses demuestra que las masas se han apartado de los mencheviques. Los mencheviques y los socialrevolucionarios derrotaron a los kadetes, pero, al tomar el poder, volvieron a entregárselo a éstos..,

"Dan os dice que no tenéis derecho a sublevaros. ¡La insurrección es un derecho de todos los revolucionarios! Cuando las masas oprimidas se rebelan, ejercen un derecho..."

A continuación tomó la palabra Lieber, cara alargada y lengua viperina, recibido con murmullos y risas.

-Engels y Marx nos dicen que el proletariado no tiene derecho a tomar el poder antes de estar preparado para ello. En una revolución burguesa como ésta..., la toma del poder por las masas equivale al trágico final de la revolución... Trotzki, teórico de la social-democracia, no puede pensar lo que ahora defiende. (Gritos: ¡Basta ya! ¡Que se vaya!)

Martov se vio constantemente interrumpido:

—Los internacionalistas no se oponen a que el poder se entregue a la democracia, pero condenan los métodos de los bolcheviques. No es el momento de adueñarse del poder...

Dan volvió a subir a la tribuna para protestar violentamente contra los actos del Comité Militar Revolucionario, quien había enviado un comisario a la redacción de la Izvestia y sometido este periódico a censura. Estas palabras provocaron un tremendo tumulto. Martov intentó hablar, pero sin éxito. Por todas partes se levantaron en la sala delegados del ejército y de la Flota del Báltico, gritando que su gobierno eran los Soviets...

En medio de un caos indescriptible, Ehrlich[45] presentó una resolución exhortando a los obreros y soldados a mantener la calma, invitándolos a no responder a las provocaciones, reconociendo la necesidad de crear inmediatamente un Comité de Seguridad Pública y exigiendo que el Gobierno provisional dictara los decretos necesarios para entregar la tierra a los campesinos e iniciar las negociaciones de paz...

Volodarski saltó y declaró enérgicamente que el Tsík, en vísperas del Congreso de los Soviets, no tenía derecho a arrogarse las funciones de éste.

-De hecho -dijo-, el Tsík ha dejado de existir, y esta resolución que ahora se nos presenta no es más que un juego de manos para tratar de restituirle sus poderes. Nosotros, los bolcheviques, nos abstendremos de votar sobre esta propuesta de resolución.

Dicho lo cual, los bolcheviques abandonaron la sala y la propuesta de resolución presentada por Ehrlich fue aprobada.

Hacia las cuatro de la mañana, me encontré en el vestíbulo con Sorin,[46] que llevaba un fusil a la espalda:

> *-Esto marcha -me dijo, en tono tranquilo, pero con aire de satisfacción-. Le hemos echado el guante al viceministro de Justicia y al ministro de Cultos. Están ahora a buen recaudo. Un regimiento va a apoderarse de la Central de Teléfonos, otro ocupará la Agencia de Telégrafos y otro se hará cargo del Banco del Estado. La Guardia Roja está en pie de guerra.*[47]

En los escaloñes del Smolny, bajo el fresco de la noche, vimos por primera vez a la Guardia Roja, personificada por un grupo de hombres jóvenes vestidos de obreros y armados con fusiles, la bayoneta calada, que hablaban nerviosamente entre ellos.

Por encima de los tejados llegó a nuestros oídos, desde el Oeste, un ruido de tiroteo: eran los marinos de Cronstadt cerrando los puentes sobre el Netva, que los junkers se empeñaban a todo trance en mantener abiertos para impedir que los obreros de las fábricas y los soldados de la barriada de Vyborg se unieran a las fuerzas soviéticas del centro de la ciudad...

A nuestra espalda, el vasto Smolny, todo iluminado, zumbaba como una colmena...

---

[45] Uno de los dirigentes mencheviques.[Nota de la Edit.]

[46] Sorin, D. F.: bolchevique. Tomó parte activa en la Revolución de Octubre.[Nota de la Edit.]

[47] Los acontecimientos de la noche del 6 de noviembre: Al caer la tarde, destacamentos de guardias rojas comenzaron a ocupar las imprentas de la prensa burguesa, en las que tiraron, en varios cientos de miles de ejemplares, el Rabotchi Put, el Soldat, y diversas proclamas. La milicia municipal recibió orden de hacer evacuar los edificios, pero se encontró con barricadas levantadas y defendidas por hombres armados. Las tropas que recibieron orden de atacar las imprentas se negaron a marchar. Hacia la medianoche, se presentó en la sociedad del "Pensamiento Libre" un coronel al mando de un destacamento de junkers para detener al director del Rabotchi Put. Inmediatamente, se congregó en la calle una multitud enorme y amenazó con linchar a los junkers. Al coronel no le quedó más recurso que implorar su propia detención y la de sus junkers,, y solicitar que se les pusiera en seguridad en la prisión de la fortaleza de Pedro y Pablo, a lo cual se accedió.

A la una de la mañana un destacamento de soldados y marinos ocupó la central de telégrafos.1 A la una y treinta y cinco minutos fue ocupado el edificio de Correos. Al amanecer, se tomó el hotel Militar, y, a las cinco, la central telefónica.2 A las diez de la mañana, se tendió un cordón de tropas en torno al Palacio de Invierno.

CAPÍTULO IV

LA CAÍDA DEL GOBIERNO PROVISIONAL

El miércoles 7 de noviembre me levanté muy tarde. La fortaleza de Pedro y Pablo disparaba el cañonazo de mediodía al tiempo que yo bajaba por la Nevski. Hacía un día frío y húmedo. La puerta del Banco del Estado estaba cerrada y guardada por algunos soldados, con bayoneta calada.

-¿A qué bando pertenecéis vosotros? -les pregunté-. ¿Al del gobierno?

-¡El gobierno ya terminó! -me contestó uno de ellos con una risa irónica-. Slava Bogu! (¡Gracias a Dios!)

Es todo lo que pude averiguar.

Los tranvías rodaban por la perspectiva Nevski; hombres, mujeres y niños, trepados a ellos, se agarraban a donde podían de los mismos. Las tiendas estaban abiertas y la multitud, en la calle, parecía hallarse en cierto modo menos inquieta que la víspera. La noche había hecho brotar en las paredes una nueva floración de llamamientos a los campesinos, a los soldados del frente y a los obreros de Petrogrado contra la insurrección.

He aquí unó de ellos:

La Duma municipal de Petrogrado: Informa a los ciudadanos que, en su sesión extraordinaria del 6 de noviembre, ha constituido un Comité de Seguridad Pública, integrado por miembros de la Duma central y las Dumas de distrito y por representantes de las organizaciones revolucionarias democráticas siguientes: Tsik, Comité Ejecutivo panruso de los Diputados campesinos, organizaciones del ejército, Tsentroflot, Soviet de los Diputados obreros y campesinos de Petrogrado, Sindicatos, etc. Los miembros de servicio del Comité de Seguridad Pública estarán permanentemente en el edificio de la Duma municipal. Tels.: 15-40, 223-77, 138-36. 7 de noviembre de 1917.

Si bien a la sazón no lo comprendí, eso era la declaración de guerra de la Duma a los bolcheviques.

Compré un número del *Rabotchi Put*, que parecía ser el único periódico en venta, y un poco más tarde un soldado me revendió por 50 kopecs su ejemplar del *Dien*. El órgano bolchevique, tirado en gran tamaño en las prensas de la Rúskaia Valia, periódico reaccionario incautado, mostraba enormes titulares: ¡Todo el poder a los Soviets de obreros,

soldados y campesinos! ¡Paz, pan, tierra! El artículo de fondo estaba firmado por Zinoviev,[48] compañero de Lenin en la clandestinidad. Comenzaba así:

Todo obrero, todo soldado, todo verdadero socialista, todo demócrata honrado se da cuenta de que, en la situación actual, no hay más que una sola alternativa: O el poder sigue en manos de la pandilla de burgueses y pomietchiks, en cuyo caso soldados, obreros y campesinos pueden esperar toda clase de represiones, la continuación de la guerra, el hambre y la muerte... O el poder pasa a manos de los obreros, soldados y campesinos revolucionarios, lo que significará la abolición total de la tiranía de los grandes propietarios, el aniquilamiento inmediato de los capitalistas, y proposiciones inmediatas con vistas a lograr una paz justa. ¡Se asegurará la tierra a los campesinos, el control de la industria a los obreros, los hambrientos tendrán pan, y terminará la estúpida carnicería!

El *Dien* daba noticias parciales de esta noche agitada: los bolcheviques habían tomado la central telefónica, la estación de ferrocarril del Báltico, la agencia telegráfica; los junkers de Peterhov no podían llegar hasta Petrogrado; los cosacos permanecían indecisos; los ministros habían sido detenidos; el jefe de la milicia municipal, Meyer, fusilado; por todas partes había detenciones, contradetenciones, escaramuzas entre patrullas de soldados, junkers y guardias rojas.[49]

---

[48] El artículo mencionado fue publicado en el Rabotchi Put el 7 de noviembre (25 de octubre) de 1.917 sin firma. Su autor no ha podido ser identificado.[Nota de la Edit.]

[49] Los acontecimientos del 7 de noviembre:

desde las cuatro de la madrugada hasta el amanecer, Kerenski permaneció en el Cuartel General del Estado Mayor de Petrogrado, expidiendo órdenes a los cosacos y a los junkers de las diferentes escuelas militares de Petrogrado y sus alrededores; todos respondieron que no se encontraban en situación de marchar.

El coronel Polkovnikov, comandante en jefe de la plaza, iba y venía del Estado Mayor al Palacio de Invierno, sin tener, manifiestamente, ningún plan definido. Kerenski dio orden de abrir los puentes; transcurrieron tres horas sin que se hiciera nada; por último, un oficial y cinco hombres se pusieron en camino por propia iniciativa y, haciendo huir a un piquete de guardias rojas, abrieron el puente Nicolás. Pero apenas se habían retirado cuando acudieron los marinos a cerrarlo de nuevo.

Kerenski dio la orden de ocupar la imprenta del Rahotchi Fui. El oficial encargado de esta misión debía recibir una compañía de soldados; dos horas más tarde, se pusieron a su disposición solamente algunos junkers; por último, la orden cayó en el olvido.

Se hizo un intento de recuperar el edificio de Correos y la central telegráfica; se dispararon algunos tiros de fusil y, después, las tropas del gobierno declararon que no combatirían contra los Soviets.

Kerenski dijo a una delegación de junkers: "Como jefe del Gobierno provisional y jefe supremo, no os puedo aconsejar; pero como veterano de la causa del pueblo, os exhorto a vosotros, jóvenes revolucionarios, a que permanezcáis en vuestros puestos y defendáis las conquistas de la revolución."

Orden del día de Kichktn del 7 de noviembre

"Por decreto del Gobierno provisional... me han sido otorgados poderes extraordinarios para el restablecimiento del orden en Petrogrado y he recibido el mando de todas las autoridades civiles y militares...

"De conformicjad con los poderes que me han sido confiados por el Gobierno provisional, relevo de sus funciones de comandante del distrito militar de Petrogrado al coronel Jorge Polkovnikov..."

Llamamiento a la población fechado el 7 de noviembre y firmado por el vicepresidente del Consejo Konovalov

"¡Ciudadanos! ¡Salvad la patria, la república y nuestra libertad! Gentes insensatas han organizado un levantamiento contra el único poder gubernamental elegido por el pueblo, entretanto se reúna la Asamblea Constituyente, el Gobierno provisional...

(*continúa en la página siguiente*)

En la esquina de la Morkaia encontré al capitán Gomberg, menchevique hasta la médula, secretario de la sección militar de su partido. Cuando le pregunté si se había llevado a cabo realmente la insurrección se encogió de hombros, y con aire cansado me respondió:

-*¡Tebot znaiet! ¡Sépalo el diablo! Los bolcheviques quizás puedan hacerse del poder, pero no lo conservarán más allá de tres días. No cuentan con hombres de gobierno. Quizá sea mejor que se sometan a la prueba, eso los acabará.*

El hotel Militar, situado en la esquina de la plaza de San Isaac, estaba guardado por un piquete de marinos armados. En el vestíbulo, hablando en voz baja, se paseaban numerosos oficiales, jóvenes y elegantes; los marinos no querían dejarlos salir.

De pronto, en la calle, sonó un disparo de fusil, seguido inmediatamente de un tiroteo. Me precipité fuera. Algo que se salía de lo acostumbrado estaba sucediendo cerca del palacio María, donde el Consejo de la República celebraba una sesión. Una línea de soldados estaba desplegada en diagonal a través de la vasta plaza, listos para disparar, con las miradas fijas en el tejado del hotel.

-¡Provoktsia! Han disparado contra nosotros -exclamó uno de ellos en tanto que otro se lanzaba corriendo hacia la puerta.

"Los miembros del Gobierno provisional cumplen con su deber, permanecen en sus puestos y siguen trabajando por el bien de la patria, el restablecimiento del orden y la convocatoria de la Asamblea Constituyente, futura soberana de todos los pueblos de Rusia...

"¡Ciudadanos! Debéis defender al Gobierno provisional. Debéis reforzar su autoridad. Debéis oponeros a la acción de los insensatos, a quienes se han sumado todos los enemigos de la libertad y el orden y los partidarios del régimen zarista para hacer fracasar la Asamblea Constituyente, destruir las conquistas de la revolución y destruir el porvenir de nuestra amada patria...

"¡Ciudadanos! ¡Cerrad filas en torno al Gobierno provisional para la defensa de la autoridad temporal, en nombre del orden y la felicidad de todos los pueblos de nuestra gran patria!"

Llamamiento por radio del Gobierno provisional

"El Soviet de Petrogrado de los Diputados obreros y soldados ha declarado derrocado el Gobierno provisional y exigido que ponga en sus manos la autoridad gubernamental, amenazando con que, en otro caso, el Palacio de Invierno será bombardeado por las baterías de la fortaleza de Pedro y Pablo y el crucero Aurora, anclado en el Neva.

"El gobierno no puede entregar sus poderes más que a la Asamblea Constituyente; por ello ha decidido no someterse y llamar en su ayuda a la población y al ejército. Se ha enviado un telegrama al Estado Mayor central; la respuesta anuncia que se va a enviar un fuerte destacamento de tropas...

"¡Que el ejército y el pueblo rechacen las tentativas irresponsables de los bolcheviques para desencadenar una revuelta en la retaguardia!..."

Hacia las nueve de la mañana, Kerenski se puso en camino hacia el frente.

Al atardecer, se presentaron en el Cuartel General del Estado Mayor dos soldados en bicicleta como delegados de la fortaleza de Pedro y Pablo. Penetran en en la sala de conferencias del Estado Mayor, donde se encontraban reunidos Kichkin, Rutenberg, Palchinski, el general Bagratuni, el coronel Paradielov y el conde Tolstoi y exigieron la rendición inmediata del Estado Mayor, amenazando con bombardearlo en caso de negativa... Después de dos conferencias, celebradas en medio del pánico, el Estado Mayor se retiró al Palacio de Invierno y el Cuartel General fue ocupado por las guardias rojas.

En las últimas horas de la tarde, varios automóviles blindados bolcheviques circularon alrededor de la plaza del Palacio y los soldados soviéticos trataron infructuosamente de parlamentar con los junkers...

A las siete de la tarde, se comenzaron a disparar algunos tiros contra el Palacio de Invierno.

A las diez de la noche, se abrió fuego de artillería desde tres direcciones; la mayor parte de los disparos eran de salva; solamente tres granadas de pequeño calibre hicieron blanco en la fachada del Palacio.

En el ángulo oeste del palacio se había detenido un gran auto blindado sobre el cual ondeaba una bandera roja y que en letras del mismo color todavía frescas llevaba la inscripción S.R.S.D. (Soviet Rabotcbij i Soldatskij Députatov). Todas sus ametralladoras estaban enfiladas hacia San Isaac. A la entrada de la Nóvala Ulitsa (Calle Nueva) se había levantado una barricada con cajas, toneles, un colchón viejo y un vagón. Un montón de leños cerraba la entrada al muelle de la Moika. Con maderos traídos de las cercanías se construía un parapeto a lo largo de la fachada.

—¿Se va a combatir? -pregunté.

—Eso no va a tardar -me respondió un soldado nerviosamente.

—Vete de aquí, camarada, si no quieres que te hieran. Van a venir por allá -añadió, mostrándome con un gesto el Almirantazgo.

—¿Quiénes?

—¡Ah! Eso, hermano, no lo sé en realidad.

Y lanzó un salivazo.

Ante la entrada del palacio se hallaba estacionado gran número de soldados y marinos. Uno de éstos refería cómo había terminado la sesión del Consejo de la República:

—Llegamos nosotros, apostamos camaradas en todas las puertas, y después yo me dirigí hacia el "kornilovista" contrarrevolucionario que ocupaba el sillón de presidente: "Se ha terminado el Consejo -le dije-, regresa en seguida a tu casa."

Todo el mundo se rió. Exhibiendo los documentos apropiados logré ganar la puerta de la galería de la prensa. Allí, un marino que era un coloso me detuvo sonriente, y, al tiempo que yo le presentaba mi salvoconducto, me dijo:

—Aunque fueses el mismo San Miguel no pasarías, camarada.

A través de la puerta de cristales distinguí el rostro contraído por el furor y las gesticulaciones de un corresponsal de prensa francés que se hallaba encerrado.

Un poco más lejos, un hombrecillo de bigote gris, con uniforme de general, ocupaba el centro de un grupo de soldados. Estaba encendido de cólera.

—¡Soy el general Alexéiev! -gritó-. Como superior y como miembro del Consejo de la República, exijo que se me deje pasar.

El centinela se rascó la cabeza, lanzando de reojo una mirada llena de embarazo; hizo señas a un oficial, quien cuando vio de qué se trataba, se mostró también muy confundido; sin darse cuenta de lo que hacía, se cuadró.

—Excelencia -tartamudeó, empleando involuntariamente los términos del antiguo régimen-, el acceso a palacio está estrictamente prohibido... Yo no tengo derecho...

Llegó un automóvil y divisé a Gotz, quien parecía reír de buena gana. Algunos minutos más tarde otro automóvil, cuyos asientos estaban ocupados por soldados armados, condujo a los miembros del Gobierno provisional detenidos. Justamente entonces Peters, miembro letón del Comité Militar Revolucionario, cruzaba la plaza corriendo.

—Yo creía -le dije- que teníais a todos estos señores en seguridad desde ayer por la noche.

—¡Oh! -respondió con expresión de chiquillo desilusionado-, los imbéciles les dejan a casi todos que vuelvan a marchar antes de que hayamos tenido tiempo de intervenir.

A todo lo largo de Voskressenski Prospekt había marinos apostados, y hasta donde se perdía la vista no se veían más que soldados en marcha.

Nos dirigimos hacia el Palacio de Invierno, siguiendo la Ad-miralteiski. Todos los accesos de la plaza del palacio estaban guardados por centinelas y un cordón de tropas cerraba el paso en la parte Oeste, sitiada por una agitada multitud. En la plaza, excepción hecha de algunos soldados que parecían ocupados en transportar leña al patio del palacio ante la puerta principal de la fachada, todo se hallaba tranquilo.

Nos era imposible saber si los centinelas estaban a favor del gobierno o de los Soviets. Como quiera que los documentos de que nos había provisto el Smolny carecían de valor, nos acercamos con aire importante al otro lado de la línea y, exhibiendo nuestros pasaportes norteamericanos y diciendo con autoridad: "¡Oficial!", forzamos la entrada. En la puerta del palacio se encontraban todavía los mismos viejos ujieres de antaño, con sus uniformes azules de botones de cobre, sus cuellos rojo y oro; nos ayudaron cortésmente a despojarnos de nuestros abrigos y sombreros y subimos. En el corredor, sombrío y lúgubre, desnudo de sus tapices, vagaban ociosos algunos viejos criados. Delante de la puerta de Kerenski, un oficial estaba de plantón, mordisqueándose el bigote. Le preguntamos si podíamos entrevistar al presidente del Consejo. Se inclinó, juntó los talones y respondió en francés:

—No, lo siento, Alexandre Feodorovitch está muy ocupado en este momento...

Nos observó un instante:

—En realidad -añadió-, no se encuentra aquí...

—¿Dónde está?

—Ha ido al frente... No tenía gasolina suficiente para su automóvil y hemos tenido que pedirla prestada al hospital inglés...

—¿Y los ministros, están aquí?

—Están reunidos en sesión, no sé exactamente en qué salón.

—¿Van a llegar los bolcheviques?

—No hay duda que van a venir. Yo espero de un momento a otro recibir un telefonazo anunciándome su llegada, pero estamos preparados. Tenemos a los junkers en palacio. Ahí, detrás de esta puesta.

—¿Podemos entrar?

—No, imposible, ¡eso no está permitido!

Nos estrechó las manos apresuradamente y se alejó. Nos dirigimos hacia la puerta prohibida, abierta en un tabique provisional, que dividía en dos el corredor. Estaba ce-

rrada; al otro lado se oía hablar y que alguien reía. Salvo este rumor de voces, los espacios inmensos del palacio estaban silenciosos como una tumba.

Se acercó un ujier viejo.

—¡No está permitida la entrada, bartn!

—¿Para qué está cerrada la puerta con llave?

—Para que los soldados no salgan.

Al cabo de algunos minutos, balbuceando que iba a tomar un vaso de té, se alejó… Dimos vuelta a la llave y abrimos la puerta.

Los soldados estaban de centinela al otro lado, pero no nos dijeron nada. Al extremo del corredor se encontraba una amplia habitación decorada con cornisas doradas y enormes candelabros de cristal; después venía una serie de cámaras más reducidas, con artesonados de madera más oscura. A ambos lados, a lo largo de las paredes, se alineaban colchones y mantas sucias, sobre los cuales estaban tendidos los soldados. El entarimado estaba recubierto de una verdadera capa de colillas, de trozos de pan, de ropas y botellas vacías que ostentaban etiquetas de grandes marcas francesas. Los soldados, que lucían las charreteras rojas de las escuelas de los junkers, iban y venían en una atmósfera de tabaco y de humanidad mal aseada. Uno de ellos sujetaba una botella de borgoña en sus manos, sustraída evidentemente de las bodegas de palacio. Nos miraron con extrañeza recorrer las salas. Finalmente, llegamos a un grupo de grandes salones de lujo, cuyas altas ventanas, muy sucias, daban a la plaza. En las paredes, en sólidos marcos dorados, lienzos inmensos representaban escenas históricas: "12 de octubre de 1812", "6 de noviembre de 1812", "16-28 de agosto de 1813". Uno de ellos tenía un gran desgarrón en la esquina superior derecha.

Estos salones se habían convertido en un inmenso cuartel desde hacía varias semanas, a juzgar por el aspecto de los entarimados y las paredes. Las ametralladoras aparecían emplazadas sobre los antepechos de las ventanas, y los fusiles estaban formados en haces sobre las colchonetas.

Mientras estábamos mirando los cuadros, sentí en mi oreja derecha el soplo de un aliento alcohólico y al mismo tiempo una voz pastosa articuló en un francés fácil:

-Veo, por la forma que tienen de admirar los cuadros, que son ustedes extranjeros.

Un hombrecillo chaparro, ampuloso y calvo, se acercó a nosotros y nos saludó:

-¿Son ustedes norteamericanos? Encantado. Yo soy el capitán de Estado Mayor, Vladimir Artysbachev. A su entera disposición...

No parecía encontrar nada extraordinario en el hecho de que cuatro extranjeros, entre ellos una mujer, pudieran cruzar así las líneas de un ejército que esperaba el ataque. Empezó a exponernos sus cuitas sobre la situación de Rusia.

—¡Ah! ¡No se trata solamente de los bolcheviques! -dijo-. ¡Si por lo menos no fuesen pisoteadas así las hermosas tradiciones del ejército ruso! Miren ustedes, esos alumnos de las escuelas de oficiales, ¿es que son caballeros? Kerenski ha abierto las puertas a los hombres que salen de las filas, a todo soldado capaz de aprobar un examen. Naturalmente, muchos, muchos se dejan contaminar por la revolución...

Sin transición, pasó a otro tema:

—Me gustaría mucho salir de Rusia. Estoy decidido a ingresar en el ejército norteamericano. ¿Podría usted hablar a su cónsul y facilitarme la cosa? Le voy a dar mi dirección.

A pesar de nuestras protestas, la escribió en un trozo de papel, lo cual pareció calmarlo inmediatamente. He conservado esta dirección: "Segunda Escuela de Cadetes de Oranienbaum. Peterhov viejo."

—Esta mañana, a primera hora, se ha pasado revista aquí -continuó, guiándonos A través de las salas y dándonos explicaciones-. El batallón femenino ha decidido permanecer fiel al gobierno.

—¿Las mujeres soldados se encuentran en el palacio?

—Sí, pero en las salas de atrás, con el fin de que no les pase nada, si es que algo ocurre. Suspiró:

—Es una responsabilidad muy grande.

Nos quedamos durante algún tiempo cerca de la ventana, mirando a tres compañías de junkers, con sus largos capotes, desplegadas delante del palacio, a las que arengaba un oficial de alta talla, aire enérgico, -en el cual reconocí a Stankievitch, el comisario militar en jefe del gobierno provisional. Al cabo de algunos minutos dos de las compañías pusieron armas al hombro, y después, lanzando tres brevas hurras, cruzaron marcialmente la plaza y desaparecieron bajo el Arco Rojo, dirigiéndose hacia la ciudad en calma.

—Van a ocupar la central telefónica -dijo alguien. Tres cadetes se encontraban cerca de nosotros y entramos en conversación con ellos. Nos dijeron que habían sido soldados de filas y nos dieron sus nombres: Robert Olev, Alexei Vassilenko y Erni Sachs; este último era estoniano. Ahora no tenían ningún deseo de ser oficiales, ya que éstos eran muy impopulares. Parecía que no sabían muy bien qué hacer y era evidente que no se sentían contentos. Pero pronto asumieron un tono jactancioso.

—Si vienen los bolcheviques, les enseñaremos cómo se pelea. Tienen miedo de combatir, son unos cobardes. Pero si por azar a nosotros nos tocara la de perder, bueno, ¡cada uno de nosotros tendrá una bala de reserva!

En aquel momento estalló un tiroteo a poca distancia. Las gentes que se encontraban en la plaza huyeron o se arrojaron al suelo, y los izvoztchiks detenidos en las esquinas de las calles emprendieron el galope en todas direcciones. En el interior del edificio todo el mundo se puso en conmoción: los soldados corrían en todos sentidos y empuñaban fusiles y cartucheras apresuradamente al tiempo que exclamaban: "¡Ahí están! ¡Ahí están!"

Minutos más tarde, renacía la calma. Los izvoztchiks ocuparon otra vez sus lugares, las gentes se pusieron en pie. Los junkers desembocaron por el Arco Rojo; ya no marcaban del todo el paso; uno de ellos avanzaba sostenido por dos camaradas...

Ya era tarde cuando abandonamos el palacio. En la plaza no había centinelas y el gran semicírculo de edificios gubernamentales parecía desierto. Fuimos a comer al Hotel de Francia. Aún no habíamos terminado la sopa cuando se nos acercó el camarero, muy

pálido, e insistió en que nos trasladáramos al comedor grande del fondo, porque iban a apagar las luces del café.

—Va a haber jaleo -dijo.

Cuando salimos, la Morskaia estaba completamente a oscuras; sólo un farol de gas proyectaba alguna luz en el ángulo de la Nevski, donde se encontraba estacionado un gran automóvil blindado, con el motor en marcha y dejando escapar un humo espeso. Un muchacho, apoyado sobre un costado del vehículo, estaba mirando al interior del cañón de una ametralladora. Los soldados y los marinos se mantenían alrededor, evidentemente a la expectativa.

Nos volvimos hacia el Arco Rojo, donde un grupo de soldados discutía con animación, al tiempo que miraban la fachada brillantemente iluminada del Palacio de Invierno.

—No, camarada -decía uno de ellos-, es imposible disparar. El batallón de mujeres está ahí dentro; dirían que hemos disparado contra mujeres rusas.

Regresando a la Nevski, nos encontramos en la esquina con otro automóvil blindado. Un hombre asomaba su cabeza fuera de la torreta.

—¡Adelante! -"-gritó-, éste es el momento de atacar. El conductor del primer automóvil se acercó y gritó a pleno pulmón, con el fin de dominar el ruido del motor:

—El Comité ha dicho que hay que esperar. No han emplazado la artillería detrás "de los montones de leña, allá abajo.

Aquí, los tranvías habían dejado de circular, los peatones eran raros y las luces estaban apagadas. Pero a algunas manzanas de casas de distancia percibíamos los tranvías, la gente, los escaparates iluminados, los anuncios eléctricos de los cines: la vida seguía su ritmo ordinario. Nosotros teníamos entradas para el espectáculo de ballet del teatro María -todos los teatros actuaban-, pero lo que sucedía en la calle era demasiado interesante...

En la oscuridad anduvimos a tropezones con los montones de leña que cerraban el paso del puente de la Policía; delante del palacio Stroganov, algunos soldados ponían en posición un cañón de campaña de tres pulgadas. Hombres vestidos con uniformes diversos iban y venían, sin meta fija, discutiendo sin parar.

Toda la población parecía haber salido a pasear por la Nevski. En todas las esquinas se formaban grupos inmensos de gentes en torno de un foco de ardiente discusión. Piquetes de una docena de soldados, con bayonetas calada, patrullaban las plazuelas; hombres de edad, envueltos en lujosas pellizas, les mostraban el puño, rojos de furia; las mujeres elegantes les injuriaban. Los soldados respondían blandamente, con gestos embarazados. Los autos blindados recorrían las calles; llevaban escrito el nombre de los primeros zares: Oleg, Rurik, Sviatoslav y, con grandes letras rojas, las iniciales del Partido Obrero Socialdemócrata ruso.

En la Mijailóvskaia un hombre que llevaba un paquete de periódicos fue asaltado por una multitud frenética, que ofrecía uno, cinco y hasta diez rublos, y arrebataba las hojas como los animales se disputan una presa. Era el periódico Rabotchi i Soldat, que anunciaba la victoria de la Revolución proletaria, la liberación de los bolcheviques todavía

encarcelados y reclamaba la ayuda de los ejércitos del frente y la retaguardia: un pequeño y febril periódico de cuatro páginas, impreso en caracteres enormes y que no contenía noticia alguna...

En la esquina de la Sadóvaia se habían congregado unos dos mil ciudadanos aproximadamente y miraban hacia el tejado de un gran edificio, donde una chispita de luz aparecía y desaparecía.

—Ya veis -decía un campesino corpulento-, es un provocador. Va a disparar contra el pueblo...

Aparentemente, nadie se preocupó de ir a comprobar esta afirmación

Llegamos al Smolny, cuya sólida fachada estaba completamente iluminada; de todas las calles, sumidas en la oscuridad, afluían oleadas de formas vagas que se desplazaban con prisa. Pasaban automóviles y motocicletas; un enorme automóvil blindado, color elefante, avanzaba pesadamente con dos banderas rojas en la torreta y tocando la sirena. Hacía frío y en la parte exterior de la verja las guardias rojas habían encendido una fogata. En la puerta interior, a la luz de otra fogata, los centinelas descifraron a duras penas nuestros pasaportes y nos examinaron. Las fundas de lona de los cañones y las ametralladoras instaladas a cada lado de la puerta habían sido retiradas y las cintas de munición colgaban, como serpientes, de las culatas. Los automóviles blindados, con los motores en marcha, estaban alineados en el patio, bajo los arboles. Los largos pasillos desnudos, débilmente iluminados, retemblaban bajo el ruido ensordecedor de los pasos, los gritos, las llamadas. Reinaba una atmósfera de febril agitación. Una verdadera multitud se precipitaba por las escaleras: obreros ataviados con blusas y gorras de pelo negro, muchos con el fusil al hombro; soldados con burdos capotes color de barro y la chapka gris de plato; algunos jefes, Lunacharski, Kaménev, corrían, rodeados de grupos en los que todo el mundo hablaba a la vez, con el rostro fatigado y angustiado, y llevando bajo el brazo una cartera repleta de documentos. La sesión extraordinaria del Soviet de Petrogrado acababa de terminar. Detuve a Kaménev,[50] hombre pequeño, de movimientos vivos, cara ancha y animada, casi sin cuello. Sin otro preámbulo nos leyó en francés una rápida traducción de la resolución que se acababa de aprobar:

El Soviet de Diputados obreros y soldados de Petrogrado, al saludar a la revolución victoriosa llevada a cabo por el proletariado y la guarnición de Petrogrado, señala de manera particular la unión, la organización, la disciplina y la cooperación perfecta de

[50] Kaménev, L. B. (-Rosenfeld): Se desvió en muchas ocasiones del bolchevismo y rompió a la postre con el marxismo-leninismo. Durante los años de la reacción estaliniana y del nuevo impulso del movimiento obrero, asumió la posición de conciliador ante los mencheviques liquidadores y los Trotzkistas. Después de la revolución de febrero sostuvo al Gobierno provisional y su política de ir hasta el fin, y se opuso a la línea del partido tendiente a transformar la revolución democrática burguesa en revolución socialista. En octubre de 1917, con Zinoviev, cometió una traición al pronunciarse en el periódico menchevique Novaút Jizn contra la decisión del Comité Central del Partido bolchevique de pasar a la sublevación armada, descubriendo así al enemigo el plan de sublevación. Después de la Revolución de Octubre fue partidario de la creación de un gobierno de coalición con la participación de representantes de les mencheviques, de los socialrevolucionarios y de los "socialistas populares". En 1925 fue el organizador, con Zinoviev, de lo que se ha llamado la "nueva oposición" que formó un bloque con Trotzki. En 1927, por su incesante lucha fraccionaria fue excluido del P.C. (b). Habiendo logrado en seguida obtener su reingreso en el Partido, prosiguió su actividad contra éste y su conducta antisoviética, siendo expulsado nuevamente del Partido.[Nota de la Edit.]

las masas en el curso del levantamiento; raramente se vertió menos sangre y raramente hubo insurrección que conociera tal éxito.

El Soviet expresa su firme convicción de que el Gobierno soviético obrero y campesino que será creado por la revolución, y que asegurará al proletariado de las ciudades el apoyo de toda la masa de campesinos pobres, marchará con firmeza hacia el socialismo, único medio de evitar las miserias y los horrores inauditos de la guerra.

El nuevo gobierno obrero y campesino presentará inmediatamente a todos los países beligerantes proposiciones a fin de lograr una paz democrática y justa.

Suprimirá inmediatamente la gran propiedad de la tierra y devolverá las tierras a los campesinos. Implantará el control de los obreros sobre la producción y el reparto de los productos manufacturados e instaurará un control general de los blancos, que pasarán a ser un monopolio del Estado.

El Soviet de Diputados obreros y soldados de Petrogrado exhorta a los obreros y campesinos de Rusia a que pongan toda su energíar y. abnegación al servicio de la Revolución 'obrera y campesina. El Soviet expresa la convicción de que los obreros de las ciudades, aliados a los campesinos pobres, sabrán mantener entre ellos una disciplina inflexible y asegurar un orden revolucionario perfecto, indispensable para la victoria del socialismo. El Soviet está convencido de que el proletariado de los países occidentales nos ayudará a conducir la causa del socialismo a una victoria completa y duradera.

—*¿Entonces, usted considera ganada la partida?* Se encogió de hombros.

—*Queda muchísimo por hacer. No hemos hecho más que comenzar...*

En el descansillo de la escalera encontré a Riazánov, vicepresidente del Consejo de los Sindicatos; tenía una expresión sombría y mordía su bigote gris:

-¡Es insensato! ¡Insensato! -exclamó-. ¡Los trabajadores de Europa no se moverán! Toda Rusia...

Alzó desesperadamente los brazos al cielo y se alejó corriendo. Riazánov y Kaménev, ambos opuestos a la insurrección, se habían hecho acreedores a duras críticas por parte de Lenin.

La sesión había sido decisiva. Trotzki, en nombre del Comité Militar Revolucionario, había declarado que el Gobierno provisional no existía.

—La característica de los gobiernos burgueses -había dicho- es que engañan al pueblo. Nosotros, los Soviets de los Diputados obreros, soldados y campesinos, vamos a intentar una experiencia única en la historia. Vamos a fundar un gobierno cuya única meta será la de satisfacer las necesidades de los soldados, los obreros y los campesinos.

Lenin, recibido con una tremenda ovación, había profetizado la revolución social en el mundo entero... Zinoviev había gritado:

—*En el día de hoy hemos pagado nuestra deuda para con el proletariado internacional y descargado un golpe terrible a la guerra, a todos los imperialismos y particularmente a Guillermo el Verdugo...*

Después, Trotzki había anunciado el envío de telegramas al frente para difundir la noticia de la victoria, añadiendo que no había llegado ninguna respuesta. Circulaba el rumor de que las tropas marchaban sobre Petrogrado; era preciso enviar una delegación a su encuentro para informarles de la verdad.

Se habían escuchado gritos de: ¡Os estáis adelantando a la voluntad del Congreso de los Soviets de toda Rusia!"

Pero Trotzki repuso fríamente:

—La voluntad del Congreso de los Soviets de toda Rusia ha sido rebasada ya por el levantamiento de los obreros y soldados de Petrogrado, efectuada esta noche.

Logramos penetrar en el gran salón de sesiones, abriéndonos camino a través de la muchedumbre que se agolpaba en la puerta. Apretados contra la pared, bajo los candelabros blancos, apretujándose en los pasillos y en los menores rincones, encaramados sobre los antepechos de las ventanas y hasta en el borde de la tribuna, los representantes de los obreros y soldados de toda Rusia esperaban, los unos en un silencio lleno de angustia, los otros en un estado de exaltación indescriptible, a que el presidente hiciera sonar la campanilla.

El salón no tenía otra calefacción que el calor sofocante de los sucios cuerpos humanos. Una densa nube azul del humo de los cigarrillos de esta multitud se elevaba y permanecía suspendida en la pesada atmósfera. A veces subía alguien a la tribuna y rogaba a los camaradas que no fumasen. Entonces todos, incluso los fumadores, gritaban: "No fuméis, camaradas", para continuar fumando a más y mejor. Petrovski delegado anarquista de las fábricas de Obújovo, me hizo un lugar a su lado. Sin afeitar, sucio, se caía de cansancio, derrengado por tres noches en vela pasadas en el Comité Militar Revolucionario. En la tribuna habían ocupado asiento los jefes del antiguo Tsik, dominando por última vez a estos Soviets turbulentos, a los cuales dirigían desde el comienzo de la revolución, pero que ahora se habían alzado contra ellos. Así terminaba el primer período de la revolución, que estos hombres habían gratado de mantener dentro de las vías de la prudencia. Faltaban los tres principales: Kerenski, que corría hacia el frente a través de las ciudades de provincia donde la agitación comenzaba a ser inquietante; Tchjeidze, la vieja águila maltrecha, que se había retirado ¿desdeñosamente a sus montañas de Georgia, donde había de atacarlo la tisis; y, por último, Tseretelli, noble carácter, quien afectado también peligrosamente por la enfermedad, debía de todos modos gastar aún su hermosa elocuencia en una causa perdida. Gotz, Dan, Lieber, Bogdanov, Broido, Filippovski, se encontraban presentes, con las facciones pálidas, los ojos hundidos, desbordantes de indignación. A sus pies hervía y se estremecía el segundo Congreso de los Soviets de toda Rusia, mientras que sobre sus cabezas el Comité Militar Revolucionario forjaba el hierro puesto al rojo vivo, manejaba con decisión los hilos de la insurrección, golpeaba con vigoroso brazo...

Eran las diez y cuarenta de la noche.

Dan, hombre de rostro bondadoso, calvo, vestido con el uniforme poco elegante de médico militar, agitó la campanilla. Se hizo el silencio, instantáneo, imponente, turbado tan sólo por los empujones y las discusiones que había en la puerta.

—El poder está en nuestras manos -comenzó, con un acento de tristeza.

Tras una pausa continuó, bajando la voz:

—Camaradas, el Congreso de los Soviets se reúne en circunstancias tan desacostumbradas, en un momento tan extraordinario, que comprenderéis por qué el Tsik no considera necesario abrir esta sesión con un discurso político. Lo comprenderéis mejor todavía si tenéis en cuenta que yo soy miembro del buró del Tsik y que en este mismo momento nuestros camaradas de partido se encuentran en el Palacio de Invierno, bajo el bombardeo, sacrificándose para desempeñar las funciones de ministros que les han sido confiadas por el Tsik. (Tumulto.) Queda abierta la primera sesión del segundo Congreso de Soviets de Diputados obreros y soldados.

La elección del Buró se llevó a cabo en un ambiente de agitación y de vaivén. Avanessov anunció que, como consecuencia de un acuerdo entre los bolcheviques, la izquierda socialrevolucionaria y los mencheviques internacionalistas, el Buró sería constituido conforme el principio de la proporcionalidad. Varios mencheviques se pusieron de pie de un salto para protestar. Un soldado barbudo les gritó: "Recordad cómo habéis procedido con nosotros, los bolcheviques, cuando estábamos en minoría."

La votación dio como resultado 14 bolcheviques, 7 socialrevolucionarios, 3 mencheviques y un internacionalista (grupo Gorki). Hendelmann declaró entonces que los socialrevolucion arios de derecha y el centro se negaban a formar parte del Buró; Jintchuk hizo una declaración análoga en nombre de los mencheviques. Los mencheviques internacionalistas hicieron saber que mientras esperaban la confirmación de ciertos hechos, ellos tampoco podían entrar en el Buró. (Aplausos aislados y abucheos. Una voz: ¡Renegados! ¡Os atrevéis a llamaros socialistas!) Un delegado ucraniano solicitó y obtuvo un puesto. Después, el antiguo Tsik abandonó la tribuna y se vio subir a ella a Trotzki, Kaménev y Lunatcharski, la Kollontai, Noguin... La sala se puso en pie en medio de una tempestad de aplausos. ¡Qué camino habían recorrido estos bolcheviques, esta secta despreciada y perseguida menos de cuatro meses antes, llegados ahora al cargo supremo, al timón de la gran Rusia en plena insurrección!

Kaménev dio lectura al orden del día: I9, organización del poder; 29, la guerra y-la paz; 39 la Asamblea Constituyente.

Losovski se levantó para anunciar que, de acuerdo con los diferentes grupos, proponía escuchar y discutir el informe del Soviet de Petrogrado, después conceder la palabra a los miembros del Túk y a los diferentes partidos y, finalmente, pasar al orden del día.

Pero de pronto se hizo escuchar una nueva voz, más profunda que el murmullo de la asamblea, persistente, angustiosa, la voz sorda del cañón. Las miradas ansiosas se volvieron hacia las ventanas cubiertas de bruma y una especie de fiebre se apoderó de la concurrencia. Martov pidió la palabra y dijo con voz ronca:

—Comienza la guerra civil, camaradas. La primera cuestión debe ser el arreglo pacífico de la crisis. Por razones de principio tanto como por razones políticas, debemos comenzar por discutir con urgencia los medios de impedir la guerra civil. Están matando a nuestros hermanos en las calles. En este momento, mientras que, antes incluso que la apertura del Congreso de los Soviets, se está en camino de resolver la cuestión del poder por medio de un complot militar organizado por uno de los partidos revolucionarios...

Durante un instante el ruido le impidió hacerse oir:

—Todos los partidos revolucionarios deben encarar este hecho. Lo primero que se plantea al Congreso es la cuestión del poder, y esta cuestión está en camino de ser resuelta en la calle por la fuerza de las armas... Es preciso que nosotros creemos un poder reconocido por toda la democracia. Si el Congreso quiere ser la voz de la democracia revolucionaria, no debe cruzarse de brazos ante la guerra civil, so pena de provocar el estallido de una peligrosa contrarrevolución... Una solución pacífica sólo es posible mediante la constitución de un poder democrático unido... Debemos elegir una delegación que negocie con los otros partidos y organizaciones socialistas...

Las sordas explosiones del cañón continuaban estremeciendo las ventanas con regularidad, en tanto que los diputados se apostrofaban... Así fue, entre el estruendo de la artillería, en la oscuridad, en medio de odios, del temor y la audacia más temeraria, como nació la nueva Rusia.

La izquierda socialrevolucionaria y los socialdemócratas unificados apoyaron la proposición de Martov. Esta fue aprobada. Un soldado anunció que el Soviet de los campesinos de toda Rusia se había negado a enviar delegados al Congreso. Propuso que el comité lo fuera a invitar oficialmente.

Mientras tanto, como algunos delegados se encuentran presentes -dijo- pido el derecho de votar por ellos -La proposición fue aprobada inmediatamente.

Jarrach, que llevaba las charreteras de capitán, reclamó con ardor que se le permitiera hablar:

-Los políticos hipócritas que dominan esta asamblea -gritó- nos han dicho que debemos arreglar la cuestión del poder. Bien, esta cuestión se está arreglando a espaldas nuestras, antes incluso de que se abra el Congreso. ¡Pero los golpes dirigidos en este momento contra el Palacio de Invierno no harán más que hundir los clavos en el ataúd del partido político que se ha arriesgado a semejante aventura! (Tumulto.) .[51]

—Mientras nosotros discutimos aquí la paz, se está combatiendo en las calles... Los socialrevolucionarios y los mencheviques rechazan tqda participación en este movimiento e invitan a todas las fuerzas públicas a que se opongan a toda tentativa violenta de toma del poder...

Kutchin, delegado del 129 ejército y representante de los trudoviques, dijo:

—Yo no he venido aquí más que con el propósito de informar. En el frente, al cual voy a regresar, todos los comités consideran que la toma del poder por los Soviets, tres semanas antes de la reunión de la Constituyente, ¡es una puñalada asestada por la espalda al ejército y un crimen contra la nación! Gritos: ¡Mientes! ¡Mientes!

Cuando pudo hacerse oír de nuevo, prosiguió:

—Terminemos aquí esa aventura. ¡Ruego a los delegados que abandonemos todos este salón por el bien del país y de la revolución! Mientras cruzaba el salón en medio de un alboroto ensordecedor, varios delegados se abalanzaron sobre él y le amenazaron...

---

[51] Según el relato de Pravda, estas palabras fueron pronunciadas por Jarrach.[Nota de la Edit.]

Entoncer Jintchuk, oficial de larga barba puntiaguda, trató de poner en práctica la suavidad y la persuasión.[52]

—Hablo en nombre de los delegados del frente. El ejército no está perfectamente representado en este Congreso y, además, no considera que el Congreso de los Soviets sea necesario tres semanas antes de la apertura de la Constituyente …

Los gritos y las patadas se hicieron cada vez más violentos.

— El ejército no considera que el Congreso de los Soviets tenga la autoridad necesaria...

Aquí y allá se levantaron una serie de soldados en toda la sala.

—¿En nombre de quién hablas tú? ¿A quién representas? -le preguntaron a gritos.

—Al Comité Central ejecutivo de los soldados del 5to ejército, al 2do regimiento F__ , al 1er regimiento N__, al 3er regimiento de fusileros S__.

—¿Cuándo has sido elegido? ¡Tú representas a los oficiales, no a los soldados! ¡Que se deje hablar a los soldados! (Risas burlonas y abucheos.)

—Nosotros, el grupo del frente -continuó diciendo Jintchuk-, declinamos toda responsabilidad en cuanto a los acontecimientos pasados y presentes, y estimamos que es necesario movilizar todas las fuerzas revolucionarias conscientes para salvar la revolución. El grupo del frente ha resuelto abandonar el Congreso. Es en la calle donde hay que combatir ahora.

Se elevó un inmmenso clamor:

—¡Tú hablas en nombre del Estado Mayor, no en el del ejército!

—¡Invito a todos los soldados razonables a que abandonen el Congreso!

—¡Kornilovista! ¡Contrarrevolucionario! ¡Provocador!

Jintchuk, en nombre de los mencheviques, declaró que la única solución pacífica consistía en entrar en negociaciones con el Gobierno provisional para la formación de un nuevo gabinete que tuviera el apoyo de todas las capas de la sociedad. Durante varios minutos le fue imposible continuar. Después, alzando la voz, gritó, más que leyó, la declaración menchevique:

—Habiendo fomentado los bolcheviques una conspiración militar con la ayuda del Soviet de Petrogrado, sin consultar a los otros grupos o partidos, nosotros estimamos imposible permanecer en el Congreso. Nos retiramos invitando a los otros grupos a que nos sigan y a reunirnos para estudiar la situación.

—¡Desertores!

---

[52] El discurso siguiente, que John Reed atribuye a Jintchuk, es la continuación del discurso de Kutchin, según todas las versiones de los periódicos.[Nota de la Edit.]

En seguida se pudieron escuchar a intervalos, entre la batahola casi ininterrumpida, las protestas de Hendelmann, en nombre de los socialrevolucionarios, contra el bombardeo del Palacio de Invierno:

—*Nosotros nos oponemos a una anarquía semejante . . .*

Apenas acababa de descender de la tribuna cuando un soldado joven de rostro; delgado, con los ojos fulgurantes, pegó un salto y, extendiendo los brazos en un gesto dramático, impuso el silencio:

—*Camaradas, yo me llamo Peterson, represento al 2º de infantería letón. Habéis escuchado las declaraciones de los dos delegados del ejército; esas declaraciones hubieran tenido algún valor si sus autores hubiesen sido realmente representantes del ejército ... (Aplausos frenéticos.) No hablo a la ligera; ésos no representan a los soldados. Hace ya mucho tiempo que el 129 ejército reclama la reelección del Soviet y el "Iskosol".*[53] *Cierto que se ha convocado un "pequeño Soviet", pero la convocatoria del "Gran Soviet" ha sido aplazada hasta fines de septiembre, con el fin de que esos señores puedan seguir siendo delegados al Congreso de los Soviets. Los soldados letones han repetido muchas veces: "¡Basta de resoluciones, basta de palabrerías! ¡Actos! ¡Queremos el poder!" ¡Que los delegados impostores abandonen el Congreso! El ejército no está con ellos.*

Los aplausos estremecieron el salón. Al comienzo de la sesión, asombrados por la rapidez de los acontecimientos, sorprendidos por el estruendo del cañón, los delegados permanecían indecisos. Por espacio de una hora, desde la tribuna les habían asestado martillazo tras martillazo, soldándolos en una sola masa, pero aplastándolos también. ¿Sería posible que estuviesen solos? ¿Se había alzado Rusia contra ellos? ¿Era cierto que el ejército marchaba sobre Petrogrado? Luego había venido este soldado joven de mirada límpida y, como a través del fulgor de un relámpago, habían reconocido la verdad ... Sus palabras eran la voz de los soldados; los millones hormigueantes de obreros y campesinos en uniforme eran hombres como ellos, que pensaban y sentían como ellos.

Hablaron otros soldados. Entre ellos Gjeltchak, en nombre de los delegados del frente.

Los que habían decidido abandonar el Congreso no eran más que una débil mayoría -dijo-, y los miembros bolcheviques ni siquiera habían tomado parte en la votación, ya que eran de opinión que éste debía celebrarse solamente por partidos políticos y no por grupos territoriales o profesionales.

—Cientos de delegados del frente son elegidos sin participación de los soldados, porque los comités del ejército han dejado de ser los verdaderos representantes de la tropa ...

Lukiánov proclamó que oficiales como Jarrach y Jintchuk no podían ser en este Congreso los representantes del ejército, sino del alto mando.

—*Los que viven en las trincheras desean con toda su alma que se entregue el poder en manos de los Soviets . . .*

La marea comenzaba a cambiar.

---

[53] Iskosol: comité ejecutivo de los soldados de las unidades letonas del ejército [Nota de la Edit.]

En seguida, Abramovich, parpadeando detrás de los gruesos lentes, temblando de rabia, habló en nombre del Bund, el partido de los socialdemócratas judíos:[54]

—*Lo que sucede en este momento en Petrogrado es una espantosa calamidad. El grupo del Bund se adhiere a la declaración de los mencheviques y los socialrevolucionarios y abandona el Congreso. Nuestro deber hacia el proletariado ruso no nos permite continuar aquí y aceptar la responsabilidad de esos crímenes. Como el bombardeo del Palacio de Invierno no cesa, la Duma municipal, de acuerdo con los mencheviques, los socialrevolucionarios y el Comité Ejecutivo del Soviet de campesinos, ha decidido morir con el Gobierno provisional. Nosotros vamos a su lado y, sin armas, ofreceremos nuestros pechos a las ametralladoras de los terroristas. Invitamos a todos los delegados del presente Congreso . . .*

El restó del discurso se perdió en una tempestad de silbidos, injurias y amenazas, que llegó a su apogeo cuando cincuenta delegados se levantaron y comenzaron a abrirse camino hacia la salida.

Kaménev agitó desesperadamente la campanilla.

—*Permaneced en vuestros lugares, continuemos trabajando -gritó.*

Trotzki se puso en pie, con el rostro pálido, la expresión cruel, y con una frialdad despectiva declaró con su bien timbrada voz:

—*Todos esos oportunistas que se llaman socialistas, mencheviques, socialrevolucionarios, Bund, pueden irse. ¿Son acaso algo más que un desecho que la historia arrojará al cesto de la basura?*

Riazánov comunicó, en nombre de los bolcheviques, que, a petición de la Duma municipal, el Comité Militar Revolucionario había enviado una delegación al Palacio de Invierno para negociar.

—*De esta manera habremos hecho todo lo necesario por evitar una efusión de sangre...*

Salimos de allí apresuradamente, deteniéndonos un instante en la habitación donde el Comité Militar Revolucionario trabajaba a un ritmo denfrenado, recibiendo y despachando los correos jadeantes, enviando a todos los rincones de la ciudad comisarios provistos de poderes de vida y muerte, en medio de llamadas incesantes del teléfono. Se abrió la puerta, una bocanada de aire viciado y de humo de los cigarrillos se precipitó al exterior y percibimos a unos hombres con los cabellos enmarañados, inclinados sobre un mapa, a la luz deslumbrante de las lámparas eléctricas. El camarada Joséf Djasvilli, joven sonriente, con un mechón de cabellos rubios rnuy claros, nos extendió los salvoconductos.

Cuando salimos al fresco de la noche, toda la plaza del Smolny no era más que un parque inmenso de automóviles, y, dominando los ruidos de los motores, resonaban en la lejanía los disparos acompasados del cañón. Ante la entrada se había detenido un gran camión, sacudido por las vibraciones del motor. Los hombres apilaban paquetes; sus fusiles estaban cerca de ellos.

[54] John Reed ha fundido aquí dos discursos: el de Abramovich y el de Ehrlich.[Nota de la Edit.]

—*¿Dónde vais?* -les pregunté.

—*A la ciudad, por todas partes -respondió un obrero de corta estatura, haciendo un gran gesto entusiasta.* Les mostramos nuestros salvoconductos.

—*Venid con nosotros, pero desde luego que habrá tiros.*

Trepamos arriba; el conductor embragó y el gran camión se puso en marcha de un salto, lanzándonos sobre los que estaban todavía tratando de subir. Pasamos cerca de dos fogatas que había en las puertas, cuyas llamas se reflejaban en los rostros de los obreros en armas acampados a su alrededor, y nos lanzamos a toda velocidad por la perspectiva Suvorovski, terriblemente baqueteados.

Uno de los hombres desgarró la envoltura de uno de los paquetes y se puso a lanzar al aire puñados de periódicos. Le imitamos, mientras el camión se hundía en la oscuridad de la calle, seguido de una estela blanca de hojas que flotaba detrás de él. Los peatones retrasados recogían los periódicos, y las patrullas de las plazuelas se precipitaban, adelantando los brazos, para atraparlos en el aire. Algunas veces surgían ante nosotros hombres armados que nos daban el alto a grito al tiempo que blandían sus fusiles, pero nuestro chofer les lanzaba algunas palabras ininteligibles, y pasábamos ...

Yo agarré una de las hojas y, a la luz fugitiva de los faroles, leí:

¡Ciudadanos de Rusia! El Gobierno provisional ha sido derrocado. El poder ha pasado a manos del Comité Militar Revolucionario, órgano del Soviet de Diputados obreros y soldados de Petrogrado, que se encuentra a la cabeza del proletariado y de la guarnición de Petrogrado. La causa por la que el pueblo se ha lanzado a la lucha -proposición inmediata de una paz democrática, abolición de la gran propiedad de la tierra, control de la producción por los trabajadores, creación de un gobierno soviético- ha triunfado definitivamente. ¡Viva la revolución de los obreros, soldados y campesinos! El Comité Revolucionario del Soviet de Diputados obreros y soldados de Petrogrado.

Mi vecino, un hombre de ojos oblicuos, con cara de mongol, vestido con un abrigo caucasiano de piel de cabra, lanzó una advertencia:

—*¡Cuidado! Por aquí siempre hay provocadores que disparan desde las ventanas.*

Llegamos a. la plaza Snamenskaia, sombría y casi desierta, y dando vuelta a la tosca estatua de Trubetskoi,[55] nos metimos por la amplia avenida Nevski; tres hombres, con los ojos fijos en las ventanas, estaban listos para disparar. A nuestro paso las gentes corrían a recoger las hojas. Ya no escuchábamos el cañón, y cuanto más nos acercábamos al Palacio de Invierno, más tranquilas y desiertas estaban las calles. La Duma municipal aparecía brillantemente iluminada. Un poco más lejos, distinguimos en la sombra un tropel y una línea de marineros que nos ordenaron furiosamente que nos detuviésemos. El motor amortiguó la marcha y descendimos.

---

[55] Se refiere al monumento al zar Alejandro III.[Nota de la Edit.]

Ante nosotros se desarrollaba una escena asombrosa. Exactamente en el ángulo del canal de Catalina, bajo una lámpara de arco voltaico, un cordón de marinos armados cortaba la perspectiva Nevski, cerrando el paso a una multitud que avanzaba en columnas de cuatro en fondo. Eran trescientos o cuatrocientos aproximadamente, hombres vestidos de levita, mujeres elegantes, oficiales y gentes de toda condición. Entre ellos reconocimos a muchos delegados al Congreso, jefes mencheviques y socialrevolucionarios, al alcalde Avxentiev con su barba roja, presidente del Soviet de los campesinos; a Sorokin, el portavoz de Kerenski, a Jintchuk, Abramovich, a su cabeza, el Viejo Schreider, alcalde de Petrogrado, con su barba blanca, y Prokopovitch, ministro de Abastos en el Gobierno provisional, detenido aquella misma mañana y puesto después en libertad. También avisté a Malkin, corresponsal del *Russian Daily News.*[56]

—*¡Vamos a buscar la muerte al Palacio de Invierno!* -exclamó alegremente.

La columna se detuvo y a la cabeza de ella se entabló una viva discusión. Schreider y Prokopovitch apostrofaban a un fuerte marino que parecía ostentar el mando.

—*¡Queremos pasar! -gritaron-. Todos estos camaradas vienen del Congreso de los Soviets. Mirad sus documentos. Vamos al Palacio de Invierno.*

El marino no sabía qué hacer. Se rascó la cabeza con su manaza y frunció las cejas.

—*El Comité me ha dado orden de que no deje que nadie vaya al Palacio de Invierno -rezongó-. Voy a enviar a un camarada para que llame por teléfono al Smolny.*

—*Insistimos en pasar. No estamos armados. Pasaremos con autorización o sin ella -*gritó el viejo Schreider, muy excitado.

—*Yo tengo órdenes* -repitió el marino, hosco.

—*¡Disparad contra nosotros si queréis! ¡Pasaremos! ¡Adelante! -gritaron por todas partes. ¡Estamos dispuestos a morir, si tenéis corazón para disparar sobre rusos, sobre camaradas! ¡Presentamos nuestros pechos a vuestros fusiles!*

—*No -declaró el marino obstinado-, no quiero dejaros pasar.*

—*¿Qué vas a hacer si pasamos? ¿Vas a disparar?*

—*No, yo no quiero disparar sobre gentes desarmadas. No dispararemos contra rusos sin armas.*

—*¡Nosotros queremos avanzar! ¿Qué es lo que puedes hacer?*

—*Vamos a avisar -respondió el marino, sin saber qué hacer, evidentemente-. No podemos dejaros pasar, pero vamos a avisar.*

—*¿Qué vas a hacer? ¿Qué quieres hacer?* Otro marino, muy irritado, tomó la palabra.

—*¿Que qué se va a hacer? Os meteremos adentro -declaró con tono enérgico-. Y si nos obligáis, dispararemos. Id a vuestras casas y dejadnos en paz.*

[56] Diario en inglés que se publicaba en Petrogrado en 1917.[Nota de la Edit.]

Un gran clamor de cólera y descontento le respondió. Prokopovitch se encaramó sobre una caja y, agitando su paraguas, pronunció un discurso:

--*¡Camaradas, ciudadanos! Se emplea la fuerza contra nosotros. No podemos dejar que estos ignorantes se ensucien las manos con nuestra sangre inocente. No es compatible con nuestra dignidad el dejarnos fusilar aquí por guardaagujas.* (Siempre me he preguntado qué es lo que querría decir con esta palabra de guardaagujas.) *Regresemos a la Duma y estudiemos el mejor medio de salvar al país y la revolución.*

Tras de estas palabras, el cortejo dio media vuelta guardando un silencio lleno de dignidad y volvió a subir por la Nevski, siempre en columnas de cuatro en fondo.

Aprovechándonos del revuelo nos deslizamos a través de los centinelas tomando la dirección del Palacio de Invierno.

La oscuridad era completa. Sólo se divisaban los piquetes de soldados y guardias rojas, que vigilaban celosamente. A la altura de la catedral de Kazan, en medio de la calle, se encontraba un cañón de campaña de tres pulgadas, descansando en la posición donde lo había dejado el retroceso del último cañonazo, disparado por encima de los tejados. Bajo todas las puertas los soldados charlaban en voz baja, con las miradas dirigidas hacia el puente de la Policía. Escuché a uno que decía: "Puede que nos hayamos equivocado." En las esquinas de las calles, las patrullas detenían a todos los peatones; a pesar de hallarse formadas por tropas regulares, las mandaba sjempre, detalle interesante, un guardia rojo.

Había cesado el fuego. Al llegar a la Morskaia escuchamos a alguien exclamar: "¡Los junkers han solicitado que se vaya en ayuda de ellos!" Se oyeron voces dando órdenes y, en medio de la densa noche, distinguimos una masa sombría que se ponía en marcha, rompiendo el silencio con el rumor de sus pasos y los ruidos metálicos de sus armas.

Nos unimos a las primeras filas.

Semejantes a un río negro que llenara toda la calle, sin cantos ni risas, pasábamos bajo el Arco Rojo, cuando el hombre que marchaba justo datante de mí dijo en voz baja: "¡Cuidado, camaradas! No hay que fiarse de ellos. Seguramente que van a disparar."

Al otro lado del Arco avanzamos corriendo, agachándonos y encogiéndonos todo lo que podíamos, para reunimos después detrás del pedestal de la columna de Alejandro.

-¿Cuántos muertos habéis tenido? -les pregunté.

-No sé, unos diez . . .

La tropa, que se componía de varios centenares de hombres, descansó algunos minutos, apretujada detrás de la columna, recuperó la calma y después, como no tuviera nuevas órdenes, volvió a avanzar espontáneamente. Gracias a la luz que brotaba de las ventanas del Palacio de Invierno, yo había logrado distinguir que los dos o trescientos primeros eran guardias rojas, entre los cuales se hallaban mezclados solamente algunos soldados. Escalamos la barricada de maderos que defendía el Palacio y lanzamos un grito de júbilo al tropezar en el otro lado con un montón de fusiles, abandonados allí por los junkers. A ambos lados de la entrada principal las puertas estaban abiertas de par en par, dejando salir la luz, y ni una sola persona salió del inmenso edificio.

La oleada impaciente de la tropa nos empujó por la entrada de la derecha, la cual conducía a una vasta sala abovedada, de muros desnudos: la bodega del ala Este, de donde partía un laberinto de corredores y escaleras. Guardias rojas y soldados se lanzaron inmediatamente sobre grandes cajas de embalaje que se encontraban allí, haciendo saltar las tapas a culatazos y sacando tapices, cortinas, ropa, vajilla de porcelana, cristalería ... Uno de ellos mostraba con orgullo un reloj de péndulo de bronce que llevaba colgado de la espalda. Otro había incrustado en su sombrero una pluma de avestruz. El pillaje no hacía más que comenzar cuando se escuchó una voz: "¡Camaradas, no toquéis nada, no agarréis nada, todo esto es propiedad del pueblo!" Inmediatamente repitieron veinte voces: "¡Alto! ¡Volved a ponerlo todo en su lugar, prohibido agarrar nada, es propiedad del pueblo!" Las manos se abatieron sobre los culpables. Los tejidos de Damasco, las tapicerías, fueron arrebatadas a los saqueadores; dos hombres se hicieron cargo del reloj de bronce. Los objetos, bien o mal, fueron colocados otra vez en sus cajas y algunos de los propios soldados se encargaron de montar la guardia. Esta reacción fue sumamente espontánea. En los corredores y las escaleras, debilitadas por la distancia, se escuchaba repercutir las palabras: "¡Disciplina revolucionaria! ¡Propiedad del pueblo!"

Nos dirigimos a la entrada izquierda, en el ala Oeste. También allí se restablecía el orden.

—¡Evacuad el Palacio!- vociferaba un guardia rojo-. Vamos, camaradas, ¡demostremos que no somos ladrones y bandidos! Todo el mundo fuera de Palacio, con excepción de los comisarios, hasta que se coloquen los centinelas.

Dos guardias rojos, un oficial y un soldado, se mantenían de pie, empuñando un revólver; otro soldado se hallaba sentado en una mesa con pluma y papel. Por todas partes resonaba el grito: "¡Todos fuera! ¡Todos fuera!", y poco a poco toda la tropa comenzó a franquear la puerta hacia el exterior, empujándose, refunfuñando, protestando. Cada uno de los soldados era detenido y registrado, se le vaciaban los bolsillos, se miraba por debajo de su capote. Se le recogía todo lo que "no era ostensiblemente suyo, el secretario tomaba nota y el objeto era llevado a una pequeña habitación vecina.

Fue confiscada así una variedad extraordinaria de objetos: estatuillas, frascos de china, colchas bordadas con las iniciales imperiales, candelabros, un bote pequeño de pintura, secantes de escritorio, espadas con puño de oro, pastillas de jabón, vestidos de todas clases, mantas. Un guardia rojo tenía tres fusiles, dos de ellos arrebatados por él a los funkers; otro arrastraba cuatro carteras atestadas de documentos. Los culpables devolvían los objetos de mala gana o se defendían como chiquillos. Los miembros de la comisión de registro, hablando todos a la vez, les explicaban que robar era indigno de los paladines del pueblo. Con frecuencia, aquellos que habían sido sorprendidos daban media vuelta y ayudaban al registro de sus camaradas.[57]

---

[57] El saqueo del Palacio de Invierno:

No pretendo sostener que no hubiera saqueo en el Palacio de Invierno. Es cierto que se registraron numerosos robos antes y después de la caída del Palacio. Pero la afirmación del órgano social-revolucionario. Narod y de varios miembros de la Duma municipal de que hubo despojos por valor de 500 millones de rublos en objetos preciosos constituye una burda exageración.

Las principales riquezas artísticas del Palacio -cuadros, estatuas, tapicerías, porcelanas, colecciones de armas- habían sido evacuadas en septiembre a Moscú, donde yo personalmente puedo certificar que se (*continúa en la página siguiente*)

También se presentaron algunos junkers en grupos de tres o cuatro. La comisión se hacía cargo de ellos con especial celo y acompañó sus pesquisas con observaciones variadas: "¡Provocadores! ¡Kornilovistas! ¡Contrarrevolucionarios! ¡Asesinos del pueblo!" No se les aplicaba ninguna violencia, pero no por ello se mostraban menos aterrados. También ellos se habían atiborrado los bolsillos. Todo era anotado cuidadosamente por el secretario y transportado a la habitación pequeña ... Además, se les desarmaba.

—Y bien, ¿volveréis a empuñar las armas en contra del pueblo? -se les preguntaba.

Uno tras otro respondían que no, y sin más requiisitos se les dejaba en libertad.

Preguntamos si nos sería posible entrar. La comisión vaciló, pero un guardia rojo gigantesco respondió en tono decidido que estaba prohibido.

—Y por otra parte, ¿quiénes sois vosotros? -nos interrogó-. ¿Cómo puedo saber yo que todos vosotros no sois Kerenski? (Eramos cinco personas, de ellas dos mujeres.)

—¡Dejad paso, camaradas!

Un soldado y un guardia rojo aparecieron en la puerta, apartando a la gente; venían seguidos de otros guardias con bayoneta calada que escoltaban a media docena de civiles, quienes caminaban uno detrás del otro. Eran los miembros del Gobierno provisional. A la cabeza figuraba Kichkin, el rostro fatigado y pálido; después seguía Rutenberg, que

---

encontraban en perfecto estado, almacenados en los sótanos del palacio imperial, diez días después de la toma del Kremlin por las tropas bolcheviques...

Es cierto, sin embargo, que algunas gentes, pertenecientes sobre todo al gran público, autorizadas a circular libremente en el Palacio de Invierno durante varios días después de su caída, sustrajeron objetos de plata, relojes de pared, ropa de cama, espejos y algunos jarrones de porcelana y piedras diversas, elevándose el total de lo sustraído a 50,000 rublos.

El gobierno soviético creó inmediatamente una comisión de artistas y arqueólogos encargada de recuperar los objetos robados. Las dos proclamas siguientes fueron colocadas el 14 de noviembre:

¡A los ciudadanos de Petrogrado!

"Se ruega encarecidamente a todos los ciudadanos que contribuyan con todo su esfuerzo a la búsqueda de los objetos sustraídos del Palacio de Invierno en la noche del 7 al 8 de noviembre, y los hagan llegar al comandante del Palacio de Invierno.

"Los receptores de estos objetos, tiendas de anticuarios o cualquier persona que lor retenga ilícitamente en. su poder serán considerados como legalmente responsables y castigados con el máximo rigor."

Los comisarios encargados de la custodia de los museos y colecciones de arte: G. IATMANOV, B.MANDELBAUM

A los comités del ejército y de la flota

"En la noche del 7 al 8 de noviembre, diversos objetos de arte y de valor han desaparecido del Palacio de Invierno, propiedad inalienable del pueblo ruso. "Llamamos a todos para aue se hagan los máximos esfuerzos encaminados a restituir al Palacio los objetos robados." Los comisarios encargados de la custodia de los museos y colecciones de arte: G. IATMANOV B. MANDELBAUM

Se logró recuperar la mitad aproximadamente de los objetos sustraídos, algunos en los equipajes de extranjeros que salían de Rusia.

A sugerencia del Smolny, se reunió una conferencia de artistas y arqueólogos y se nombró un comité encargado de levantar el inventario de las riquezas del Palacio de Invierno y de todas las colecciones artísticas y museos de Petrogrado. El 16 de noviembre se cerró al público el Palacio de Invierno mientras durara el inventario.

En la última semana de noviembre, apareció un decreto del Consejo de Comisarios del Pueblo cambiando el nombre del Palacio de Invierno por el de Museo del Pueblo, encomendando el edificio a los cuidados del comitfé de Bellas Artes y prohibiendo instalar en él ninguna oficina de gobierno.

miraba taciturno hacia el suelo; venía detrás Terechtchenko, quien lanzaba rápidos vistazos a su alrededor, posando sobre nosotros su mirada fría… Desfilaron en silencio. Los insurgentes victoriosos se apretujaron para verlos, pero su cólera no se tradujo más que en algunos murmullos. Más tarde nos enteramos de que el pueblo, en la calle, había querido lincharlos y de que había sido necesario disparar, pero los marinos lograron conducirlos sanos y salvos hasta la fortaleza de Pedro y Pablo . . .

Entretanto, aprovechándonos del revuelo, habíamos penetrado en el Palacio. Todavía había muchas idas y venidas, se exploraban las habitaciones del vasto edificio, se buscaba a los junkers, que no existían. Subimos y recorrimos todos los salones. La parte opuesta del Palacio había sido invadida por otros destacamentos, llegados del lado del Neva. Los cuadros, las estatuas, las alfombras y tapices de los grandes salones de lujo se encontraban intactos; pero en los despachos, todos los pupitres, todos los armarios habían sido violentados, los papeles andaban por el suelo y en las habitaciones las mantas habían sido quitadas de las camas y los guardarropas saqueados. El botín más apreciado lo constituían los vestidos, de los cuales tenían gran necesidad los trabajadores. En una habitación, donde se habían almacenado muebles, encontramos a dos soldados que estaban arrancando el cuero de que estaban tapizados los sillones. Nos explicaron que querían hacerse unos zapatos ...

Los viejos servidores del Palacio, con sus uniformes azul, rojo y oro, iban y venían nerviosamente, repitiendo maquinalmente: "No pueden pasar, barin, está prohibido." Por fin, llegamos a la cámara de oro y malaquita, con tapicerías de brocado carmesí, donde los ministros habían estado en sesión permanente todo el día anterior y toda la noche, y donde habían sido entregados a las guardias rojas por los ujieres. La larga mesa recubierta de paño verde se encontraba todavía tal como ellos la habían dejado en el momento de su detención. Ante cada asiento vacío se veía un tintero, una pluma y hojas de papel sobre las cuales se habían trazado de prisa planes de acción, borradores de proclamas y de manifiestos. Los textos habían sido tachados en su mayoría, al irse haciendo evidente su inutilidad, y el pie de las hojas aparecía cubierto de vagos dibujos geométricos, garabateados maquinalmente por los ministros mientras escuchaban sin esperanza los proyectos quiméricos que presentaban sus colegas uno tras otro.

Recogí una de estas hojas, donde se puede leer, escrita de puño y letra de Konolov, la siguiente frase: "El Gobierno provisional pide a todas las clases que sostengan al gobierno ..."

Conviene recordar que, a pesar de estar cercado el Palacio de Invierno, el gobierno permaneció hasta el último momento en constante comunicación con el frente y con las provincias. Los bolcheviques se habían apoderado del ministerio de la Guerra desde el comienzo de la mañana,* pero ignoraban la existencia de una oficina telegráfica militar que funcionaba en los altos del edificio, al igual que la de una línea telefónica privada que lo enlazaba con el Palacio de Invierno. Un oficial joven trabajó de la mañana a la tarde, inundando el país de llamamientos y proclamas; cuando se enteró de que el Palacio había caído en poder de los revolucionarios se puso la gorra y abandonó el edificio sin que nadie le molestase.

Absortos como estábamos, no nos dimos cuenta, sino al cabo de cierto tiempo, del cambio que se había operado en la actitud de los soldados y las guardias rojas hacia noso-

tros. Según íbamos de habitación en habitación nos seguía un pequeño grupo, y cuando llegamos a la gran galería de cuadros, donde habíamos pasado la tarde con los junkers, un centenar de hombres surgió a nuestro alrededor. Un soldado alto como un coloso se plantó a nuestro paso, con el rostro ensombrecido por las más negras sospechas.

—¿Quiénes sois vosotros? -rezongó-. ¿Qué hacéis aquí?

Los otros se apretujaron lentamente a su alrededor, mirándonos de hito en hito: "¡Provocadores!", murmuraron algunos. "¡Saqueadores!", lanzó otro. Presenté nuestros salvoconductos del Comité Militar Revolucionario. El soldado los agarró y les dio vuelta en todas direcciones, mirándolos sin comprender. Evidentemente, no sabía leer. Nos los devolvió escupiendo despectivamente en el suelo. "Papel. ¡Ya se sabe lo que vale eso!", comentó con desprecio. Los otros comenzaron a acercársenos, de la misma manera que una manada salvaje rodea a un vaquero que se ha dejado sorprender a pie. Por encima de sus cabezas percibi a un oficial que parecía no saber muy bien qué partido tomar; le llamé. Se dirigió hacia nosotros, abriéndose camino a través de los hombres.

—Yo soy el comisario -me dijo-. ¿Quién eres tú? ¿Qué hay? Los hombres recularon ligeramente, a la expectativa. Le hice ver nuestros documentos.

—¿Sois extranjeros? -preguntó en francés-. Es muy peligroso . ..

Después, volviéndose hacia el enjambre de soldados, les mostró nuestros documentos, al tiempo que les decía en voz alta:

—Camaradas, éstos son camaradas extranjeros, de Norteamérica. Han venido aquí para poder contar a sus compatriotas toda la valentía y disciplina revolucionaria del ejército proletario.

—¿Y cómo lo sabes tú? -replicó el soldado corpulento-. Yo te digo que son provocadores. Ellos cuentan que han venido para observar la disciplina revolucionaria del ejército proletario, pero se han paseado en libertad por el Palacio, ¿y cómo sabes tú que no tienen los bolsillos llenos de objetos robados?

—¡Pravilno! ¡Seguro! -gruñeron los otros, comenzando otra vez a avanzar.

—Camaradas, camaradas -insistió el oficial, con la frente perlada de sudor-, yo soy comisario del Comité Militar Revolucionario. ¿Tenéis confianza en mí? Yo os digo que estos salvoconductos están firmados con el mismo nombre que el mío.

Nos acompañó a través de Palacio hasta llegar a una puerta que daba sobre el muelle del Neva y cerca de la cual funcionaba una comisión de registro.

—De buena os habéis librado -nos dijo en varias ocasiones, al tiempo que se enjugaba el sudor de la cara.

—¿Qué ha pasado con el batallón de mujeres?

—¡Ah! Las mujeres -respondió riendo- estaban todas concentradas en una habitación de la parte posterior. Durante bastante tiempo nos estuvimos preguntando qué haríamos

con ellas; muchas tenían ataques de nervios ... Por último, las llevaron a la estación de Finlandia y las embarcaron para Leváchovo, donde tienen un campamento. . .[58]

Salimos a la noche helada, estremecida y con el rumor de tropas invisibles, surcada por patrullas. Del otro lado del río, donde se alzaba la masa sombría de Pedro y Pablo, se elevaba un ronco clamor.. . Bajo nuestros pies la calzada estaba alfombrada de escombros de estuco de la cornisa de Palacio, el cual había recibido dos granadas del crucero Aurora. No habían pasado de ahí los daños causados por el bombardeo.

Eran las tres de la madrugada. En la Nevski lucían nuevamente todos los faroles de gas, el cañón de tres pulgadas había sido retirado y sólo las guardias rojas y los soldados en cuclillas alrededor de las fogatas recordaban todavía la guerra. La ciudad estaba tranquila, como quizás no lo había estado nunca en el curso de su historia: ¡Ni un crimen, ni un robo fueron cometidos en esta noche!

El edificio de la Duma municipal se hallaba totalmente iluminado. Subimos al salón. Alejandro, rodeado de tribunas y adornado con grandes retratos imperiales en marcos de oro, ahora tapados con lienzos rojos. Un centenar de personas se encontraba agrupado alrededor del estrado donde hablaba Skobelev. Reclamaba la ampliación del Comité de Seguridad Pública y la reunión de todos los elementos antibolcheviques en una organización potente, que tomaría el nombre de Comité para la Salvación del país y de la revolución. Ante nuestros ojos fue constituido así este Comité de Salud Pública que desde comienzos de la semana siguiente habría de convertirse en el enemigo más temible de los bolcheviques, actuando tan pronto bajo su verdadero nombre, que delataba sus fines, como bajo este otro, apolítico, de Comité de Seguridad Pública.

Estaban allí Dan, Gotz, Avxentiev, al igual que algunos miembros de la oposición del Congreso de los Soviets, miembros del Comité Ejecutivo de los Soviets campesinos, el viejo Prokopovitch e incluso los miembros del Consejo de la República, entre ellos Vínaver y algunos otros kadetes. Lieber afirmó que el Congreso de los Soviets no era un

---

[58] El batallón femenino

Inmediatamente después de la toma del Palacio de Invierno, se publicaron en la prensa antibolchevique y se comunicaron a la Duma municipal toda clase de relatos sensacionales a propósito del batallón femenino, que formaba parte de la defensa del Palacio. Se dijo que varias de las jóvenes soldados habían sido arrojadas a la calle por las ventanas, que la mayor parte habían sido violadas y que muchas se suicidaron para poner fin a los horrores que se las obligó a padecer.

La Duma nombró una comisión investigadora que se dirigió a Levachovo, cuartel general del batallón femenino, de donde regresó el 16 de noviembre. La señora Tyrkova informó que las jóvenes habían sido conducidas, primeramente, a los cuarteles del regimiento de Pablo, donde algunas de ellas se habían visto bastante maltratadas; en la actualidad se encontraban casi todas en el campamento de Levachovo; algunas vivían en la ciudad, en casa de algunos particulares. El doctdf Mandelbaum, también miembro de la comisión, hizo una breve declaración certificando que ninguna de las mujeres había sido arrojada por las ventanas del Palacio de Invierno, que ninguna estaba herída, que tres habían sido violadas y que sólo una se había suicidado, dejando una nota en la que decía haber sufrido una "desilusión en sus ideales".

El 21 de noviembre, el batallón femenino fue disuelto oficialmente por el Comité Militar Revolucionario, a petición de las propias mujeres, que desde aquel día volvieron a vestir sus ropas civiles.

El libro de Louise Bryant, *Seis meses rojos en Rusia,* contiene una interesante descripción de la vida de estas nuevas amazonas.

congreso legal, que el antiguo Tsik seguía en funciones... Se redactó un proyecto de llamamiento al país ...

Llamamos un coche. Apenas nombramos el Smolny cuando el izvoztchik sacudió la cabeza.

—Niet -comentó-; no, allí no vamos; aquello es el infierno ...

Tuvimos que deambular durante mucho tiempo hasta encontrar un cochero que consintiera llevarnos; nos cobró treinta rublos y nos dejó dos calles antes de llegar al Smolny.

Las ventanas del Smolny seguían iluminadas, los automóviles iban y venían, y los centinelas, agachados alrededor de las hogueras, interrogaban ansiosamente acerca de los acontecimientos a los que llegaban.

Los corredores estaban llenos de gente atareada, los ojos hundidos, sucia. En algunas salas de reunión los hombres dormían en el suelo, con sus fusiles cerca de ellos. A pesar de que un cierto número de diputados había abandonado el Congreso, la sala estaba atestada, tumultuosa como un mar. Cuando entramos nosotros, Kaménev leía la lista de los ministros detenidos. El nombre de Terschtchenko fue saludado por una tempestad de aplausos, gritos de alegría y risas. Rutenberg tuvo menos éxito. El nombre de Paltchinski desencadenó una tempestad de abucheos, gritos de cólera y hurras ... Se anunció que Tchudnovski había sido nombrado comisario del Palacio de Invierno.

En este momento se produjo una interrupción dramática. Un campesino alto y de cara barbuda, convulso de rabia, subió con recia pisada a la tribuna y dio un puñetazo a la mesa presidencial.

—Nosotros, socialistas revolucionarios, exigimos que se ponga en libertad inmediatamente a los ministros socialistas detenidos en el Palacio de Invierno. Camaradas, ¿sabéis que cuatro camaradas que han arriesgado su vida y su libertad combatiendo la tiranía del zar han sido arrojados a la prisión de Pedro y Pablo, la tumba histórica de la libertad?

En medio del tumulto continuó dando puñetazos y vociferando. Otro delegado se unió a él en la tribuna y, señalando al buró, preguntó:

—¿Se quedarán aquí tranquilamente en su asiento los representantes de las masas revolucionarias, mientras que la Ojrana de los bolcheviques tortura a sus jefes?

Trotzki hacía gestos reclamando silencio.

—¿Vamos a tratar nosotros con guante blanco -dijo- a esos "camaradas" sorprendidos en flagrante delito de complot para aplastar a los Soviets, de acuerdo con el aventurero Kerenski? Después del 16 y el 18 de julio ellos no han tenido muchas contemplaciones para con nosotros.

Después, con acento de triunfo en la voz, prosiguió:

—Ahora que los partidarios de la guerra a ultranza y los pusilánimes han desaparecido y que toda la labor de defender y salvar la revolución pesa sobre nuestras espaldas, es más necesario que nunca ¡trabajar, trabajar y trabajar! Estamos resueltos a morir antes que ceder.

Un comisario, que acababa de llegar a caballo de Tsárskoye Selo, le sucedió en la tribuna, todavía sin aliento y cubierto de barro:

—La guarnición de Tsárskoye Selo vela a las puertas de Petrogrado, lista para defender a los Soviets y al Comité Militar Revolucionario. (Hurras estruendosas.) El cuerpo de ciclistas, enviado desde el frente, ha llegado a Tsárskoye; los soldados están ahora con nosotros; reconocen el poder de los Soviets y la necesidad de dar inmediatamente la tierra a los campesinos y a los obreros el control de la industria. El 59 batallón ciclista, estacionado en Tsárskoye, está con nosotros . . .

En seguida habló un delegado del tercer batallón ciclista. En medio de un entusiasmo delirante refirió cómo, tres días antes, el cuerpo de ciclistas había recibido del frente sudoeste la orden de venir a defender Petrogrado. Esta orden les había parecido sospechosa en principio. En la estación de Peredolmaia, donde les esperaban representantes del 5 batallón de Tsárskoye, habían tenido una reunión y se había podido comprobar que "los ciclistas se mostraban unánimes en negarse a verter la sangre de sus hermanos y a sostener un gobierno de burgueses y terratenientes".

Kapelinski propuso, en nombre de los mencheviques internacionalistas, elegir un comité especial encargado de encontrar una solución pacífica a la guerra civil:

—¡No hay más que una solución pacífica! -gritó la asamblea-. ¡La victoria, ahí está la solución!

La proposición fue rechazada por una mayoría aplastante y los mencheviques internacionalistas abandonaron el Congreso envueltos en un remolino de injurias y burlas. La asamblea había dominado ahora los temores de los primeros momentos y Kaménev acompañó su salida con estas palabras:

—Mencheviques y socialistas reclamaban el carácter de urgencia para la cuestión de la "solución pacífica", pero ellos han votado constantemente la modificación del orden del día en favor de las declaraciones de los grupos que querían abandonar el Congreso. Es evidente que todos estos renegados habían premeditado su retirada.

La asamblea decidió no tomar en cuenta la salida de ciertas fracciones y pasó a la redacción del siguiente llamamiento, dirigido a los obreros, soldados y campesinos de toda Rusia:

Obreros, Soldados, Campesinos: El Gobierno provisional queda derrocado; la mayor parte y soldados de toda Rusia comienza sus tareas. Representa a la gran mayoría de los Soviets. Toma parte en él, asimismo, cierto número de delegados de los Soviets campesinos. Apoyándose en la voluntad de la inmensa mayoría de los obreros" soldados y campesinos y en la victoria de los obreros y la guarnición de Petrogrado, el Congreso toma en sus manos el poder.

El segundo Congreso de los Soviets de Diputados obreros de los miembros del Gobierno provisional ha sido ya detenido.

El poder soviético propondrá una paz democrática inmediata a todas las naciones y un armisticio inmediato en todos los frentes. Procederá a entregar a los comités campesinos los bienes de los terratenientes, de la Corona y de la Iglesia. Defenderá los derechos de los soldados y llevará a cabo la total democratización del ejército. Implantará

el control obrero sobre la producción, asegurará la convocatoria de la Asamblea Constituyente en la fecha fijada, tomará todas las medidas necesarias para abastecer de pan a las ciudades y a los pueblos de géneros alimenticios de primera necesidad. Asegurará a todas las nacionalidades que vivan en Rusia el derecho absoluto" a disponer de su propia existencia.

El Congreso decide que el ejercicio de todo el poder en las provincias sea conferido a los Soviets de Diputados obreros, campesinos y soldados, quienes deberán asegurar una disciplina revolucionaria perfecta.

El Congreso hace un llamamiento a la vigilancia y firmeza de los soldados en las trincheras. El Congreso de los Soviets está persuadido de que el ejército revolucionario sabrá defender la Revolución contra los ataques imperialistas, hasta que el nuevo gobierno haya podido concertar la paz democrática que va a proponer directamente a todos los pueblos. El nuevo gobierno tomará las medidas necesarias para cubrir todas las necesidades del ejército revolucionario, mediante una política firme de requisición e imposición a las clases poseedoras y para mejorar la situación de las familias de los soldados.

Los kornilovistas -Kerenski, Kaledin y otros- se esfuerzan por lanzar tropas contra Petrogrado. Varios regimientos engañados por Kerenski han pasado ya al lado del pueblo insurrecto. ¡Soldados! ¡Oponed una resistencia activa al kornilovista Kerenski! ¡Manteneos en guardia! ¡Ferroviarios! ¡Detened todos los trenes de tropas enviadas por Kerenski contra Petrogrado! ¡Soldados! ¡Obreros! ¡Funcionarios! ¡El destino de la revolución y de la paz democrática está en vuestras manos! ¡Viva la revolución!

El Congreso de los Soviets de Diputados obreros y soldados de toda Rusia. Los delegados de los Soviets campesinos.[59]

Eran las cinco y diecisiete de la madrugada cuando Krylenko, tambaleándose de cansancio, subió a la tribuna con un telegrama en la mano:

—¡Camaradas! El frente Norte telegrafía: "El duodécimo ejército saluda al Congreso de los Soviets y le anuncia la formación de un Comité Militar Revolucionario que ha tomado el mando del frente Norte ...

Delirio indescriptible; los hombres lloran, se abrazan.

—El general Tcheremissov ha reconocido al Comité. El comisario del Gobierno provisional, Voitinski, ha dimitido . . .

Fue así como Lenin y los obreros de Petrogrado llevaron a la victoria la insurrección, y el Soviet de Petrogrado derrocó al Gobierno provisional y colocó al Congreso de los Soviets ante el hecho consumado del golpe de estado. Ahora se trataba de ganar a toda la inmensa Rusia, ¡y después al mundo! ¿Iba a seguir Rusia el mismo camino del alzamiento? Y el mundo ¿qué haría? ¿Responderían los pueblos al llamamiento que se les hacía y se levantarían y se extendería por el mundo la marea roja?

---

[59] La firma "los delegados presentes de los Soviets campesinos" fue añadida después de la declaración del representante de los campesinos.[Nota de la Edit.]

Aunque eran ya las seis de la mañana, la atmósfera seguía siendo densa y fría. Pero una extraña claridad lívida se arrastraba ya por las calles mudas, amortiguando el brillo de las hogueras, mensajera del alba terrible que iba a levantarse sobre Rusia ...

CAPÍTULO V
¡MANOS A LA OBRA!

Jueves 8 de noviembre. Amaneció el nuevo día sobre una ciudad presa de la excitación y el desorden, sobre una nación agitada por una formidable tempestad.

En apariencia, todo estaba tranquilo; cientos de miles de gentes represaban prudentemente a sus hogares, se levantaban temprano, y se dirigían a su trabajo. En Petrogrado funcionaban los tranvías, las tiendas, los restaurantes estaban abiertos, los teatros daban funciones, se anunciaba una exposición de pintura... La vida cotidiana proseguía en toda su rutinaria complejidad, que ni la misma guerra interrumpe. No hay nada más asombroso que la vitalidad del organismo social que continúa nutriéndose, vistiéndose y divirtiéndose a la vista de las peores calamidades...

Circulaban mil rumores acerca de Kerenski, quien, se decía, había sublevado el frente y venía guiando un gran ejército sobre la capital. La *Valia Naroda* publicó el prikaz siguiente, lanzado por él en Pskov:

Los desórdenes causados por la loca tentativa de los bolcheviques han arrastrado al país al borde del abismo. El esfuerzo de todas las voluntades, todo el valor y la abnegación de cada uno son necesarios para salir victoriosamente de la terrible prueba impuesta a la patria.

Hasta la formación del nuevo gabinete del Gobierno provisional -si es que puede ser constituido- cada uno debe permanecer en su puesto y cumplir su deber para con la Rusia mártir. No olvidemos que la menor interferencia en los organismos militares actuales puede acarrear desgracias irreparables, abriendo el frente al enemigo. Por lo tanto, es indispensable salvaguardar a toda costa la potencia combativa de las tropas y mantener un orden perfecto, preservando al ejército de nuevos choques y manteniendo una confianza recíproca absoluta entre los jefes y sus subordinados. Ordeno a todos los jefes y comisarios, en nombre del bien de la patria, que permanezcan en sus puestos, de igual manera que yo permanezco en el de jefe supremo de los ejércitos hasta que el Gobierno provisional de la república haya manifestado su voluntad...

En respuesta se fijó en los muros el siguiente bando:

Aviso del Congreso de los Soviets de toda Rusia: Los antiguos ministros Konovalov, Kichkin, Terechtchenko, Maliantovitch, Níkitin y algunos otros han sido detenidos por el Comité Militar Revolucionario. Kerenski ha huido. Se ordena a todas las organizaciones militares que tomen las medidas necesarias con vistas a la detención inmediata

de Kerenski y a su envío a Petrogrado. Toda ayuda que se preste a Kerenski será castigada como un delito grave contra el Estado.

El Comité Militar Revolucionario estaba lanzado, a todo vapor; en su ruta, brotaban como chispas las órdenes, los llamamientos, los decretos.[60] Se dio orden de conducir a Kornilov a Petrogrado. Los miembros de los comités agrarios encarcelados por el Gobierno provisional fueron puestos en libertad. Fue abolida la pena de muerte en el ejército. Los funcionarios recibieron orden de continuar su trabajo bajo pena de severos castigos. Todo saqueo o desorden, toda especulación, fueron prohibidos bajo pena de muerte. Se nombraron comisarios temporales para los diferentes ministerios: para el de Negocios Extranjeros, Uritski y Trotzki; para el del Interior y Justicia, Rykov; para el de Trabajo, Chliapnikov; Hacienda, Menjinski; Asistencia Pública, Alejandra Kollontai; Comercio, Industria y Comunicaciones, Riazánov; Marina, el marinero Korbir; Correos y Telégrafos, Spiro; los Teatros, Muraviov; Imprenta Nacional, Derbychev; para la ciudad de Petrogrado, el teniente Nestérov; para enfrente Norte, Pozern .[61]

Se invitó al ejército a que nombrara comités militares revolucionarios, a los ferroviarios a que mantuvieran el orden, y sobre todo a que no retrasaran los transportes de víveres destinados a las ciudades y el frente; a cambio, se les prometió que estarían representados en el ministerio de Vías de Comunicación.

Una de las proclamas del Comité se dirigía a los cosacos:

Hermanos cosacos: Se os quiere conducir contra Petrogrado, se os quiere obligar a combatir contra los obreros y soldados revolucionarios de la capital, diciendo que Petrogrado odia a los cosacos. No creáis una palabra de lo que os dicen nuestros enemigos comunes, los terratenientes y los capitalistas.

En nuestro Congreso están representadas todas las organizaciones conscientes de obreros, soldados y campesinos de Rusia. El Congreso desea igualmente acoger en su

---

[60] Llamamientos y proclamas del Comité Militar Revolucionario, 8 de noviembre. A todos los comités del ejército y a todos los Soviets de Diputados soldados! "La guarnición y el proletariado de Petrogrado han derrocado al gobierno Kerenski, alzado contra la revolución y el pueblo. Al informar al frente y al país de este acontecimiento, el Comité Militar Revolucionario invita a todos los soldados revolucionarios a vigilar atentamente la conducta de los oficiales. Los oficiales que no se pongan franca y abiertamente al lado de la revolución deberán ser arrestados como enemigos.

"El Soviet de Petrogrado estima que el programa del nuevo gobierno debe ser: proposición inmediata de una paz democrática general, entrega sin demora a los campesinos de las grandes fincas, entrega de todo el poder a los Soviets, convocatoria leal de la Asamblea Constituyente. El ejército revolucionario del pueblo no debe permitir que tropas de espíritu dudoso sean enviadas contra Petrogrado. Hay que tratar de ganar a estas tropas por la persuasión y e! razonamiento, pero si este medio fracasa, detened implacablemente su marcha por la fuerza.

"La presente orden será leída inmediatamente a todas las unidades militares de todas las armas. Quien impida que el conocimiento de ella llegue a los soldados cometerá un grave crimen contra la revolución y será castigado con todo el rigor de la ley revolucionaria.

"¡Soldados! ¡Luchad por la paz, el pan, la tierra y un gobierno del pueblo!"

El Comité Militar Revolucionario.

[61] Los nombramientos de comisarios temporales para los ministerios que se mencioran en el texto son inexactos: sólo Uritski fue nombrado para ocupar el ministerio de Negocios Extranjeros; la dirección del ministerio de Marina fue asumida por un comité revolucionario de la marina de guerra elegido por los representantes de todas las flotas en el Congreso de los Soviets de toda Rusia. (Ver Crónica de los acontecimientos, en ruso, t. V, Ediciones del Estado, Moscú-Leningrado, 1926, pp. 200-201. [Nota de la Edit.]

seno a los trabajadores cosacos. Los generales reaccionarios, lacayos de los grandes propietarios y de Nicolás el sanguinario, son nuestros enemigos; los cosacos que sufren por la falta de tierras son nuestros hermanos.

Se os dice que los Soviets quieren confiscar las tierras de los cosacos. Eso es mentira. La Revolución quiere solamente confiscar las tierras de los grandes propietarios cosacos para dárselas al pueblo.

¡Organizad Soviets de Diputados cosacos! ¡Unios a los Soviets de los obreros, soldados y campesinos!

¡Mostrad a las "Centurias Negras" que no sois traidores al pueblo y que no queréis ser maldecidos por toda la Rusia revolucionaria!

¡Hermanos cosacos: no ejecutéis las órdenes de los enemigos del pueblo! Enviad vuestros delegados a Petrogrado a que establezcan contacto con nosotros, como lo han hecho ya los camaradas del cuerpo ciclista y varias unidades cosacas. Los cosacos de la guarnición de Petrogrado, para honor suyo, han defraudado las esperanzas de los enemigos del pueblo. No han querido descargar sus golpes contra sus hermanos, ni marchar contra la guarnición revolucionaria y los obreros de Petrogrado.

Hermanos cosacos, el Congreso de los Soviets de toda Rusia os tiende una mano fraternal.

¡Viva la unión de los cosacos, los soldados, los obreros y campesinos de toda Rusia![62]

El campo contrario respondió con una tempestad de proclamas que se abatió sobre todas las paredes, distribuyendo profusamente volantes y periódicos, profiriendo grandes gritos, maldiciendo y profetizando las peores desgracias. Se combatía esgrimiendo caracteres de imprenta, ahora que todas las demás armas estaban en manos de los Soviets.

He aquí, por ejemplo, el llamamiento del Comité para la Salvación del país y de la revolución, con el cual se inundó a Rusia y Europa:

¡A los ciudadanos de la República Rusa!

El 7 de noviembre los bolcheviques, en contra de la voluntad de las masas revolucionarias, han detenido criminalmente a parte del Gobierno provisional, dispersado el Consejo de la República y proclamado un poder ilegal. Tal acto de violencia contra el Gobierno de la Rusia revolucionaria, en el momento en que el peligro exterior es más grande, constituye un crimen incalificable contra la patria.

La insurrección de los bolcheviques descarga un golpe mortal contra la causa de la defensa nacional y retrasa la paz tan ardientemente deseada por todos.

La guerra civil, desencadenada por los bolcheviques, amenaza con entregar el país a los horrores de la anarquía y de la contrarrevolución y con hacer fracasar la Asamblea Constituyente, la cual debe consolidar el régimen republicano y entregar para siempre las tierras al pueblo.

---

[62] Al pie del llamamiento figuraba, la firma: "El Congreso de los Soviets de Rusia de los Diputados obreros y soldados." [Nota de la Edit.]

Asegurando la continuidad del único poder legal gubernamental, el Comité para la Salvación del país y la revolución, instituido la noche del 7 de noviembre, toma la iniciativa de formar un nuevo Gobierno provisional. Este gobierno, apoyándose en las fuerzas de la democracia, conducirá al país a la Asamblea Constituyente y lo salvará de la anarquía y la contrarrevolución. El Comité para la Salvación del país y la revolución apela a vosotros, ciudadanos:

¡Negaos preconocer la autoridad de la violencia!

¡No obedezcáis sus órdenes!

¡Alzaos en defensa del país y de la revolución!

¡Apoyad al Comité para la Salvación del país y la revolución!

Firmado: El Consejo de la República Rusa, La Duma municipal de Petrogrado, El Tsik del primer Congreso, El Comité ejecutivo de los Soviets campesinos, Las fracciones socialrevolucionaria, menchevique, socialistapopular, socialdemócrata unificada, el grupo Iedinstvo del II Congreso.

Leíanse también proclamas del partido socialrevolucionario, de los mencheviques extremistas, de los Soviets campesinos, del Comité Central del ejército, del de la flota, etc.

El hambre exterminará a Petrogrado -se leía-, los ejércitos alemanes pisotearán nuestra libertad, los pogromos de las Centurias Negras asolarán a Rusia, si todos nosotros, obreros, soldados y ciudadanos conscientes, no nos unimos . . .

¡No os fiéis de las promesas de los bolcheviques! ¡Su promesa de paz inmediata es mentirosa! ¡Su promesa de paz, un engaño! ¡Su promesa en lo tocante a la tierra, un cuento para niños!

Todas tenían este mismo tono:

¡Camaradas! ¡Habéis sido ruin y cruelmente engañados!

La captura del poder ha sido hecha por los bolcheviques solos...Han ocultado su complot a los otros partidos socialistas que formaban parte de los Soviets ... Se os ha prometido la tierra y la libertad, pero la anarquía creada por los bolcheviques no beneficiará más que a la contrarrevolución, que os despojará de tierra y libertad ...

El tono de los periódicos no era menos violento.

Nuestro deber -escribía el Dielo Noroda- consiste en desenmascarar a estos traidores de la clase obrera. Nuestro deber es movilizar todas nuestras fuerzas para velar por la causa de la revolución.

Izvestia, hablando por última vez en nombre del antiguo Tsik, anunciaba un terrible castigo:

En cuanto al Congreso de los Soviets, bien ¡nosotros afirmamos que no ha habido Congreso de los Soviets! Afirmamos que no hubo más que una conferencia privada de la fracción bolchevique, que en ningún caso se podía arrogar el derecho de anular los poderes del Tsik.

La Novata Jízn, al tiempo que abogaba por un nuevo gobierno, que agruparía todos los partidos socialistas, criticaba severamente la salida del Congreso de los socialrevolucio-

narios y de los mencheviques y señalaba que la insurrección bolchevique tenía un significado bien claro: a saber, que de ahora en adelante no estaba permitido ilusión alguna acerca de la posibilidad de una coalición con la burguesía.

El Rabotchi Put tomó el nombre de Pravda, el periódico de Lenin, que había sido suprimido en julio. Clamaba, furioso y amenazador:

¡Obreros! ¡Soldados! ¡Campesinos! En marzo derrocasteis la tiranía de la nobleza. Ayer habéis descargado un golpe decisivo a la tiranía burguesa. La tarea más urgente ahora es la de defender los aproches de Pettrogrado. La segunda es desarmar definitivamente a los elementos contrarrevolucionarios de Petrogrado. La tercera, organizar definitivamente el poder revolucionario y asegurar la realización de su programa.

Pocos fueron los órganos kadetes que aparecieron, y la burguesía adoptó generalmente una actitud de despego e ironía ante los acontecimientos, una especie de perpetuo y desdeñoso *ya os lo había dicho yo*, con relación a los otros partidos.

Se veía a los kadetes influyentes frecuentar las cercanías de la Duma municipal y del Comité de Salvación. La burguesía permanecía al acecho, esperando su hora, ¡que era evidente no podía estar lejos! Nadie pensaba que los bolcheviques pudiesen permanecer en el poder más de tres días -con excepción de Lenin, de Trotzki, de los obreros de Petrogrado y de los simples soldados.

La tarde del mismo día me dirigí al salón Nicolás, anfiteatro de alto techo, donde la Duma estaba en sesión permanente, agitada, concentrando a todas las fuerzas de la oposición. El viejo alcalde, Schreider, majestuoso con su cabellera y su barba blanca, refería su visita de la noche anterior al Smolny para protestar en nombre del gobierno municipal autónomo.

-La Duma, único poder legal existente en la capital, elegida por sufragio universal, directo y secreto, no reconocía al nuevo poder -había declarado a Trotzki.

Y éste le había respondido:

-La propia Constitución suministra el remedio: disolver la Duma y celebrar nuevas elecciones.

Estas palabras provocaron exclamaciones de furor.

-Si se quiere reconocer un gobierno de bayonetas -continuó el anciano, dirigiéndose a la Duma-*, bueno, pues ¡ya lo tenemos! Pero yo no considero legítimo más que a un gobierno reconocido por el pueblo, por la mayoría, ¡y no al creado por una minoría usurpadora!*

Aplausos frenéticos en todos los escaños, salvo en los de los bolcheviques. En medio del tumulto, el alcalde anunció a continuación que los bolcheviques habían violado ya la autonomía municipal mediante nombramientos de comisarios en diversos departamentos.

El orador de la fracción bolchevique gritó, tratando de dominar el alboroto, que la decisión del Congreso de los Soviets significaba que toda Rusia aprobaba la acción de los bolcheviques.

—¡Vosotros -añadió- no sois los verdaderos representantes del pueblo de Petrogrado! (Gritos ¡Eso es un insulto!)

El viejo alcalde le recordó con dignidad que la Duma había sido elegida por el voto popular más libre que pudiera darse.

—Sí -le contestaron-, pero de eso hace ya mucho tiempo, como hace mucho de lo del Tsik y de los comités del ejército.

—¡No ha habido nuevo Congreso de los Soviets! -le gritaron de la sala.

—La fracción bolchevique se niega a permanecer más tiempo en este nido de la contrarrevolución. (Tumulto.) Exigimos que se proceda a nuevas elecciones a la Duma.

Los bolcheviques abandonaron la sala acompañados por los gritos de: "¡Agentes de Alemania! ¡Abajo los traidores!"

Chingariov, kadete, reclamó la destitución y el enjuiciamiento de todos los funcionarios municipales que habían aceptado ser comisarios del Comité Militar Revolucionario. Schreider se puso en pie con una moción protestando contra la amenaza de disolución emanada de los bolcheviques, y declarando que la Duma, representación legal de la población, se negaría a abandonar su puesto.

El salón Alejandro, donde se celebraba la reunión del Comité de Salvación, estaba atestado de público. Fue nuevamente Skobelev quien tomó la palabra.

-Nunca antes -declaró- fue tan crítica la suerte de la revolución; nunca antes la cuestión de la existencia del Estado ruso había suscitado tantas inquietudes. ¡Nunca antes la historia había planteado de manera tan brutal y categórica para Rusia la interrogante de ser o no ser! Ha sonado la hora decisiva para la salvación de la revolución y, plenamente conscientes de la gravedad del momento, vemos unirse estrechamente a todas las fuerzas vivas de la democracia revolucionaria, por cuya voluntad organizada ha sido creado ya un centro para la salvación del país y de la revolución ... ¡Moriremos antes que abandonar nuestro puesto!

Clamorosos aplausos acogieron la noticia de la adhesión del Sindicato de ferroviarios al Comité de Salvación. Instantes más tarde llegaron representantes de los empleados de Correos y Telégrafos y, finalmente, algunos mencheviques internacionalistas, que fueron saludados con vítores. Los ferroviarios declararon que ellos no reconocían a los bolcheviques y que se habían hecho cargo de las redes ferroviarias, negándose a entregarlas a un poder usurpador, fuera el que fuese. El delegado de los telegrafistas dijo que los operadores se habían negado categóricamente a trabajar mientras el comisario bolchevique estuviese allí. Los carteros se negaban a repartir correspondencia alguna para el Smolny ... Todas las líneas telegráficas con el Smolny estaban cortadas. La asamblea escuchó con vivo júbilo cómo Uritski, que se había presentado en el ministerio de Negocios Extranjeros para pedir que se le comunicaran los tratados secretos, había sido despedido por Neratov.[63] Todos los funcionarios estaban dejando de trabajar.

[63] Neratov: viceministro de Negocios Extranjeros del Gobierno provisional, antiguo diplomático zarista.[Nota de la Edit.]

Era la guerra, la guerra resuelta y deliberada, a la rusa, la guerra por medio de la huelga y el sabotaje. El presidente leyó una lista de nombres y comisiones: éste debía recorrer los ministerios, aquél los bancos; una decena de personas se iba a encargar de catequizar a los soldados en los cuarteles y conseguir su neutralidad ("¡Soldados rusos, no derraméis la sangre de vuestros hermanos!"); un comité iría a conferenciar con Kerenski; otros fundarían en las capitales de provincias filiales del Comité de Salvación y gestionarían la adhesión de los elementos antibolcheviques.

La asamblea estaba llena de entusiasmo. -¡Ah! ¿De modo que esos bolcheviques quieren dictar leyes a la intelligentsia? Nosotros les enseñaremos-. Nada llamaba más la atención que el contraste entre esta asamblea heteróclita y el Congreso de los Soviets. Allí estaba la masa de soldados en andrajos, de los obreros de manos negras, de los campesinos pobres, encorvados y lacerados en la lucha brutal por la existencia. Aquí, los jefes mencheviques y socialrevolucionarios -los Avxentiev, los Dan, los Lieber-, los antiguos ministros socialistas -los Schobelev, los Tchernov- codeándose con kadetes como el untuoso Chatski, el acicalado Vinaver, los periodistas, estudiantes, intelectuales de casi todos los campos. Estas gentes de la Duma estaban bien alimentadas, bien vestidas; no observé más de tres proletarios entre ellas ...

Llegaron noticias. Los fieles tekintsy de Kornilov habían degollado a sus guardias personales en Byjov; el general había logrado huir. Kadelin avanzaba hacia el Norte... El Soviet de Moscú había formado un comité militar revolucionario y negociaba con el comandante de la plaza acerca de la posesión del arsenal, con el fin de poder armar a los obreros.

Al lado de estos hechos circulaban, en una extraña mescolanza, toda clase de rumores, de deformaciones, de mentiras puras y simples. Fue así como un joven kadete, intelectual, ex secretario particular de Miliukov y de Terechtchenko, nos llevó aparte para contarnos en detalle la toma del Palacio de Invierno:

—*Los bolcheviques estaban capitaneados por oficiales alemanes y austríacos* -afirmó.

—*¿De veras? -dijimos cortésmente-. ¿Y usted, cómo lo sabe?*

—*Por un amigo mío que estuvo allí y los vio.*

—*¿Cómo pudo darse cuenta de que eran oficiales alemanes?*

—*Vestían uniforme alemán.*

Absurdos de esta especie circulaban por centenares, y no solamente la prensa antibolchevique les concedía un lugar de honor, sino que eran creídos por los personajes más inesperados; así por ejemplo, les daban crédito ciertos socialrevolucionarios y mencheviques conocidos por su respeto a los hechos.

Más importancia tenían las especies que circulaban acerca de la violencia y el terrorismo bolcheviques. Así, se decía e imprimía que las guardias rojas, no solamente habían saqueado de arriba abajo el Palacio de Invierno, sino que habían asesinado a los junkers, después de haberlos desarmado, y que habían dado muerte a sangre fría a algunos ministros. En cuanto a las mujeres-soldados, casi todas habían sido violadas y muchas se habían suicidado para poner fin a las torturas que se les hacía padecer. La Duma municipal aceptaba a pie juntillas todas estas especies sin pararse a examinarlas, y, lo que es

peor, los padres y las madres de los junkers y las mujeres-soldados leían en los periódicos estos detalles horripilantes, que frecuentemente venían acompañados de nombres. Y, como resultado de ello, al anochecer, la Duma viose sitiada por una multitud de ciudadanos enloquecidos.

Un caso típico es el del príncipe Tumanov: su cuerpo, según varios periódicos, había sido hallado flotando sobre el Moika. Horas más tarde, la familia del príncipe desmentía la noticia, añadiendo que el príncipe se encontraba encarcelado. Como era absolutamente preciso identificar el misterioso cadáver, la prensa decidió que fuese el del general Denissov. Pero también el general estaba vivo. De la investigación llevada a cabo por nosotros resultó que era imposible encontrar vestigios de que hubiera aparecido ningún cadáver en las aguas de la ciudad.

Cuando salimos de la Duma, dos boy-scouts distribuían hojas a la enorme multitud que obstruía la avenida Nevski enfrente de la entrada, muchedumbre integrada casi por entero por hombres de negocios, pequeños comerciantes, funcionarios y empleados.[64] Una de estas hojas decía:

En su sesión del 26 de octubre, la Duma municipal, a la vista de la situación, ha decretado la inviolabilidad de los domicilios privados e incita a la población de Petrogrado a que por mediación de los "comités de casas" se oponga a toda tentativa que se haga para penetrar por la fuerza en los departamentos privados, haciendo uso de las armas sin vacilar, en el propio interés de los ciudadanos.

En la esquina de la Liteiny, cinco o seis guardias rojos y dos o tres marinos rodearon a un vendedor de periódicos y le exigieron que les entregara sus ejemplares del periódico menchevique Rabotchaia Gazeta ("El Diario Obrero"). El hombre montó en cólera, gritando y gesticulando como un poseso, pero uno de los marinos acabó por arrebatarle los periódicos. Se había congregado una multitud amenazante, que injuriaba a la patrulla. Un obrero pequeño se esforzaba por hacer comprender a las gentes y al vendedor:

-Este periódico publica la proclama de Kerenski. Dice que nosotros hemos matado rusos; eso va a hacer correr la sangre.

El Smolny trabajaba más que nunca, si cabe. Continuaban las mismas idas y venidas por los pasillos oscuros, los grupos obreros armados de fusiles, los jefes políticos con sus carteras atiborradas de papeles, discutiendo, dando órdenes o explicaciones a la carrera, rodeados de amigos y colaboradores. Hombres literalmente fuera de sí, milagros vivientes de vela y trabajo, sin afeitar, sucios, con los ojos ardientes de fiebre, marchando en línea recta hacia una meta fijada, impulsados por una exaltación irresistible. ¡Era tanto realmente lo que había que hacer! Apoderarse de los órganos del gobierno, organizar la ciudad, asegurar la fidelidad de la guarnición, luchar contra la Duma y el Comité de Salvación, contener a los ejércitos alemanes, preparar la lucha contra Kerenski, informar a la provincia, hacer propaganda desde Arkángel hasta Vladivostok . . . Los funcionarios del Estado y la ciudad se declaraban en rebeldía frente a los comisarios, las oficinas de Correos y Telégrafos se negaban a asegurar las comunicaciones, los ferrocarriles no respondían a las peticiones de trenes, Kerenski se aproximaba, no se podía confiar ente-

---

[64]

ramente en la guarnición, los cosacos se preparaban para lanzarse al ataque... Los bolcheviques tenían en contra suya no sólo a la burguesía organizada, sino a todos los partidos socialistas, con excepción de los socialrevolucionarios de izquierda, algunos mencheviques internacionalistas y los socialdemócratas internacionalistas que, por otra parte, no habían tomado partido inequívocamente. Contaban, es cierto, con la masa de los obreros y los soldados y con la muchedumbre infinita de los campesinos, pero entre los bolcheviques no abundaban los hombres de cultura o de experiencia.

Riazánov, al tiempo que subía la escalinata principal, iba explicando con una especie de aturdimiento lleno de humorismo que él, comisario de Comercio, no entendía nada de negocios. En el salón-café del primer piso, solo en un rincón, envuelto en una pelliza de piel de cabra -iba a decir que no se la quitaba ni para dormir, pero era manifiesto que no dormía desde hacía mucho tiempo, con una barba de tres días, un hombre escribía cifras nerviosamente en un sobre sucio, mordisqueando de cuando en cuando su lápiz. Era Menjinski, comisario de Hacienda, cuyo único título para el puesto a que se le había destinado era el de haber sido empleado en un banco francés. . . Y aquellos otros cuatro que descendían del Comité Militar Revolucionario corriendo y garabateando en pedazos de papel eran los comisarios que se disponían a partir para los cuatro confines de Rusia, llevando noticias y argumentos, y preparados para pelear con todas las armas que cayeran en sus manos...

El Congreso debía reunirse a la una y el gran salón de sesiones estaba lleno desde hacía rato. Sin embargo, a las siete, el Buró no había aparecido todavía. Los bolcheviques y la izquierda social-revolucionaria deliberaban en sus propias salas. Durante toda la tarde, Lenin y Trotzki habían tenido que combatir las tendencias hacia una componenda. Una buena parte de los bolcheviques opinaba que debían hacerse las concesiones necesarias para lograr constituir un gobierno de coalición socialista.

—*No podemos aguantar -exclamaban-. Son demasiados contra nosotros. No contamos con los hombres necesarios. Quedaremos aislados y se desplomará todo*.

Así se manifiestan Kaménev, Riazánov y otros.

Pero Lenin, con Trotzki a su lado, se mantenía firme como una roca.

-Quienes deseen llegar a un arreglo, acepten nuestro programa y los admitiremos. Nosotros no cederemos ni una pulgada. Si hay camaradas aquí que no tienen el valor y la voluntad de atreverse a lo que nosotros nos atrevemos ¡que se vayan a reunir a los cobardes y conciliadores! ¡Con el apoyo de los obreros y los soldados seguiremos adelante!

A las siete y cinco, los socialrevolucionarios de izquierda hicieron saber que ellos continuarían en el Comité Militar Revolucionario.

—¡Ya lo veis! -exclamó Lenin-. ¡Nos siguen!

Un poco más tarde, en la mesa de la prensa del gran salón de actos, donde nosotros habíamos tomado asiento, un anarquista que colaboraba en los periódicos burgueses me propuso ir a ver lo que sucedía con el Presidium. La habitación reservada al Tsik estaba vacía; la del Soviet de Petrogrado, igualmente. De sala en sala recorrimos todo el Smolny. Nadie parecía tener la menor idea del lugar donde se encontraba el órgano dirigente

del Congreso. Mientras íbamos deambulando, mi compañero me contó todo su pasado de revolucionario, su largo y agradable exilio en Francia. Los bolcheviques, me dijo en confianza, eran gentes comunes, vulgares, ignorantes y carentes de sensibilidad estética. Este anarquista era un ejemplar típico de la intelligentsia rusa. Al llegar a la habitación 17, oficina del Comité Militar Revolucionario, nos vimos atrapados entre gentes que iban y venían. Se abrió la puerta; salió un hombre rechoncho, de cara achatada, vestido con un uniforme sin insignias. Parecía sonreír, pero pronto nos dimos cuenta que su sonrisa no era más que un rictus helado de sumo cansancio. Era Krylenko. Mi acompañante que era un hombre joven, vivaracho y de excelentes modales, se adelantó, lanzando una exclamación de gozo:

—*Nikolai Vassilievitch* -dijo, tendiéndole la mano-. *¿No me reconoces, camarada? Estuvimos juntos en la cárcel.*

Krylenko hizo un esfuerzo por concentrar su atención y su mirada.

—*¡Ah, sí!* - respondió al fin, mirando al otro con expresión de gran amistad - . *Tú eres S. ¿Qué tal, cómo estás?* - Se abrazaron.

—*¿Qué haces por aquí?*

—*¡Oh! Nada más he venido a ver. . . Vuestros asuntos dan la impresión de marchar bien.*

—*¡Sí!* -Respondió Krylenko, con un acento particularmente obstinado-. *¡La Revolución proletaria es un gran éxito!* Luego añadió, riendo:

—*Sin embargo, ¡puede que nos volvamos a ver en la cárcel!*

Cuando estuvimos de regreso en el corredor, mi amigo reanudó sus explicaciones.

—*Mira, yo soy un discípulo de Kropotkin. Para nosotros, la revolución es un gran error, no ha despertado el patriotismo de las de las masas. Eso demuestra, evidentemente, que el pueblo no está maduro todavía para la revolución.*

Eran las ocho y cuarenta exactamente cuando una tempestad de aclamaciones anunció la entrada del Buró, con Lenin, el gran Lenin. Era hombre de baja estatura, fornido, la gran cabeza redonda y calva hundida en los hombros, ojos pequeños, nariz roma, boca grande y generosa, el mentón pesado. Estaba completamente afeitado, pero ya su barba, tan conocida antaño, y que ahora sería eterna, comenzaba a erizar sus facciones. Su chaqueta estaba raída, los pantalones eran demasiado largos para él. Aunque no se prestaba mucho, físicamente, para ser el ídolo de las multitudes, fue querido y venerado como pocos jefes en el curso de la historia. Un extraño jefe popular, que lo era solamente por la potencia del espíritu. Sin brillo, sin humor, intransigente y frío, sin ninguna particularidad pintoresca, pero con el poder de explicar ideas profundas en términos sencillos, de analizar concretamente las situaciones, y dueño de la mayor audacia intelectual.

Kaménev dio lectura al informe sobre la actividad del Comité Militar Revolucionario: abolición de la pena de muerte en el ejército, restauración de la libertad de propaganda, liberación de los oficiales y soldados detenidos por delitos políticos, orden de detener a Kerenski y confiscación de las existencias de víveres de los almacenes privados. Estallaron frenéticos aplausos.

Después, se concedió la palabra al orador del Bund (partido socialista judío): la actitud intransigente de los bolcheviques significaba el aplastamiento de la revolución; por lo tanto, los delegados del Bund se veían en la obligación de no seguir participando en el Congreso. Gritos en la sala: "Pensábamos que os habíais marchado desde ayer. ¿Cuántas veces contáis marcharos todavía de ese modo?"

En seguida, le tocó el turno al representante de los mencheviques internacionalistas. "Cómo, ¿todavía estáis aquí?" El orador explicó que solamente parte de los menchenviques internacionalistas había abandonado el Congreso; los otros habían decidido quedarse.

—Nosotros estimamos peligrosa, quizá incluso fatal para la revolución, la entrega del poder a los Soviets (Interrupciones.) Pero consideramos que es nuestro deber permanecer en el Congreso y votar en contra.

Siguieron otros oradores, aparentemente sin orden ni concierto. Un delegado de los mineros de la cuenca del Donetz pidió al Congreso que tomara medidas contra Kaledin, quien podía cortar el aprovisionamiento de carbón y víveres de la capital. Varios soldados, recién llegados del frente, transmitieron el entusiasta saludo de sus regimientos. . . Finalmente, Lenin se puso en pie. Manteniéndose en el borde de la tribuna, paseó sobre los asistentes sus ojillos semicerrados, aparentemente insensible a la inmensa ovación, que se prolongó durante varios minutos. Cuando ésta hubo terminado, dijo simplemente:

-Ahora procederemos a la edificación del orden socialista.

Nuevamente se produjo en la sala un fuerte rugido humano.

—En primer lugar, es preciso adoptar medidas prácticas para la consecución de la paz. Ofreceremos la paz a todos los pueblos de los países beligerantes a base de las condiciones soviéticas: nada de anexiones, nada de indemnizaciones, derecho de los pueblos a determinar su propia existencia. Al mismo tiempo, de acuerdo con lo que hemos prometido, haremos públicos y denunciaremos todos los tratados secretos... La cuestión de la guerra y la paz es tan clara que creo poder dar lectura, sin más preámbulo, a un proyecto de proclama a los pueblos de todos los países beligerantes. . .

Su boca grande, que parecía sonreír, se abrió enteramente mientras hablaba; su voz era ronca, pero no desagradable; estaba como endurecido por años y años de discursos; surgía en un tono uniforme, y daba la impresión de que no se detendría jamás... Cuando quería subrayar una idea, se inclinaba ligeramente hacia adelante. Ni un solo gesto. A sus pies, un millar de rostros sencillos se alzaban hacia él en una especie de intensa adoración.

Proclama a los pueblos y los gobiernos de todos los países beligerantes: El Gobierno obrero y campesino instituido por la revolución del 24-25 de octubre (6-7 de noviembre) y apoyándose en los Soviets de Diputados obreros, soldados y campesinos, propone a todos los pueblos en guerra y a sus gobiernos entablar inmediatamente conversaciones con vistas a una paz democrática y equitativa. El Gobierno considera como una paz equitativa o democrática, tal como la desea la inmensa mayoría de los obreros y las clases trabajadoras agotadas, abrumadas y martirizadas por la guerra en todos los países beligerantes -paz que los obreros y los campesinos rusos han reclamado de la

manera más categórica y tenaz desde el derrocamiento de la monarquía zarista-, una paz inmediata sin anexiones (es decir, sin conquistas de territorios extranjeros, sin la incorporación violenta de pueblos extranjeros por la fuerza) ni indemnizaciones. He aquí la paz que el Gobierno de Rusia propone a todos los pueblos en guerra concertar inmediatamente. El Gobierno de Rusia se declara dispuesto a dar sin demora todos los pasos conducentes a la ratificación definitiva de todas las condiciones de esta paz, por las asambleas autorizadas de los representantes populares de todos los países y todas las naciones.

Por anexión o conquista de territorios extranjeros, el Gobierno entiende -conforme a la concepción del derecho de la democracia en general y de las clases trabajadoras en particular- toda incorporación a un Estado grande o poderoso de una nacionalidad pequeña o débil, sin el consentimiento o deseo formales, clara y libremente expresados por esta última, independientemente de la época en que esta incorporación violenta haya sido efectuada, independientemente también del grado de desarrollo o retraso de la nación anexionada o retenida por fáerza en los límites del Estado en cuestión; independientemente, en fin, del lugar donde esta nación resida, en Europa o en los lejanos países transoceánicos.

Si una nación cualquiera es mantenida por la fuerza dentro de los límites de un Estado; si, a pesar del deseo por ella expresado -bien sea a través de la prensa, en las asambleas populares, en las decisiones de los partidos, o por medio de motines e insurrecciones contra la opresión nacional-, no se le concede el derecho a decidir mediante votación libre, después de la retirada completa de las tropas de la nación conquistadora o que sea en términos generales más poderosa, de decidir sin la menor restricción la cuestión de las formas políticas de su existencia, la incorporación de esta nación al Estado constituye una anexión, es decir, una conquista y un acto de violencia.

El Gobierno estima que continuar esta guerra para dilucidar la cuestión de saber cómo dividir entre las naciones fuertes y ricas los pueblos débiles conquistados por ella, sería cometer el más grande de los crímenes contra la humanidad, y proclama solemnemente su voluntad de firmar inmediatamente un tratado de paz que llaga cesar esta guerra en las condiciones indicadas, igualmente equitativas para todos los pueblos sin excepción.

El Gobierno declara, al mismo tiempo, que en modo alguno considera las condiciones de paz más arriba señaladas como un ultimátum; consiente en examinar cualesquiera otras condiciones de paz, e insiste solamente en que sean propuestas lo más rápidamente posible por cualquier país beligerante, y redactadas con toda claridad, sin el menor equívoco ni el menor secreto.

El Gobierno ha abolido la diplomacia secreta; expresa, por su parte, la firme intención que tiene de llevar todas las conversaciones en forma totalmente abierta, ante el pueblo entero, y de proceder inmediatamente a la publicación íntegra de los tratados secretos confirmados o concertados por el gobierno de los grandes terratenientes y capitalistas, desde el mes de febrero hasta el 25 de octubre de 1917.

El Gobierno proclama totalmente anuladas, desde ahora, todas las cláusulas de estos tratados secretos, en la medida que tiendan, como ocurre en la mayoría de los casos, a procurar ventajas y privilegios a los grandes terratenientes y capitalistas rusos-, a mantener o acrecentar las anexiones de los grandes rusas.

Al invitar a los gobiernos y los pueblos de todos los países a entablar en seguida conversaciones públicas para la concertación de la paz, el Gobierno se declara dispuesto, por su parte, a llevar las negociaciones bien sea por escrito, telegráficamente, ya mediante conversaciones entre los representantes de los diversos países o en una conferencia de estos representantes. A fin de facilitar estas negociaciones, el Gobierno nombra sus repueseiitantes plenipotenciarios en los países neutrales.

El Gobierno invita a todos los gobiernos y los pueblos de todos los países en guerra a concertar inmediatamente un armisticio; considera deseable que este armisticio sea de tres meses por lo menos, plazo en el cual es perfectamente posible llevar a término las conversaciones de paz con la participación de los representantes de todos los pueblos o naciones sin excepción, empeñados en la guerra u obligados a tomar parte en ella, y convocar asambleas autorizadas de representantes populares en todos los países, para ratificar definitivamente las condiciones de paz..

Al dirigir esta proposición de paz a los gobiernos y los pueblos de todos los países beligerantes, el Gobierno provisional obrero y campesino de Rusia se dirige también, más especialmente, a los obreros conscientes de las tres naciones más avanzadas de la humanidad, de los tres estados más grandes que participan en la guerra actual, a los obreros de Inglaterra, Francia y Alemania. Los obreros de estos tres países han prestado los más grandes servicios a la causa del progreso y el socialismo. Testimonio de ello son los grandes ejemplos del movimiento cartista en Inglaterra, las revoluciones de alcance histórico universal llevadas a cabo por el proletariado francés; finalmente, la lucha heroica contra la ley de excepciones en Alemania y la tenaz y disciplinada labor llevada a cabo para crear en este país las organizaciones proletarias de masa, trabajo que puede servir de ejemplo a los obreros del mundo entero. Todos estos ejemplos de heroísmo proletario y de iniciativa histórica constituyen para nosotros la garantía de que los obreros de estos países comprenderán el deber que les incumbe hoy: eximir a la humanidad de los horrores de la guerra y de sus consecuencias; porque estos obreros, mediante su actividad múltiple, resuelta, plena de energía y abnegación, nos ayudarán a llevar a buen término, hasta el final, la obra de paz y, al mismo tiempo, la obra de liberación de las masas trabajadoras y explotadas de toda esclavitud y toda explotación.

Cuando se calmó la tempestad de aplausos, Lenin prosiguió:

—Proponemos al Congreso que ratifique esta declaración. La dirigimos a los gobiernos y a los pueblos, porque, de dirigirla solamente a los pueblos de los países beligerantes, podríamos retrasar la concertación de la paz. Las condiciones de paz elaboradas durante el armisticio serán ratificadas por la Asamblea Constituyente. Al fijar la duración del armisticio en tres meses deseamos dar a los pueblos una tregua lo más larga posible después de este sangriento exterminio, y el tiempo suficiente para que puedan elegir sus representantes. Esta proposición de paz encontrará la oposición de los gobiernos imperialistas; a este respecto, no nos hacemos ninguna ilusión. Pero espéranos que pronto estallará la revolución en todos los países beligerantes; por esa razón, nos dirigimos particularmente a los obreros de Francia, Inglaterra y Alemania ...

-La revolución de los días 6 y 7 -concluyó Lenin- ha abierto la era de la revolución social. . . El movimiento obrero, en nombre de la paz y el socialismo, vencerá y cumplirá su destino. . .

Había en todo aquello algo tranquilo y potente, que conmovía las almas. Se comprendía por qué la multitud tenía fe en Lenin cuando hablaba.

Rápidamente se decidió, levantando los brazos para votar, que sólo los representantes de los grupos políticos tendrían que manifestarse sobre el proyecto y que el tiempo para el uso de la palabra se limitaría a quince minutos.

El primer orador fue Karelin, quien habló en nombre de los socialrevolucionarios de izquierda.

Nuestro grupo no ha tenido ocasión de proponer enmiendas al texto de la proclama, que es obra del partido bolchevique nada más, pero nosotros votaremos en favor de este texto, ya que en espíritu lo aprobamos.

Kmárov habló en nombre de los socialdemócratas internacionalistas. Era un hombre alto, encorvado, miope, llamado a adquirir cierta celebridad como payaso de la oposición. "Sólo un gobierno integrado por todos los partidos socialistas, dijo, poseería la autoridad necesaria para emprender una acción de esta importancia". Si se constituía una coalición socialista, su grupo apoyaría el programa por entero; si no, solamente en parte. En cuanto a la proclajíia, los internacionalistas aprobaban los artículos esenciales.

Luego, uno tras otro, en medio de un entusiasmo creciente, dieron su aprobación los socialdemócratas ucranianos, los socialdemócratas lituanos, los socialistas populares, los socialdemócratas polacos -éstos señalando su preferencia por una coalición socialista-, los socialdemócratas letones ...

Algo se había despertado súbitamente en estos hombres. El uno hablaba de la "revolución mundial en marcha, de la que nosotros somos la vanguardia"; otro, de la "nueva era de fraternidad, en la que todos los pueblos no serán más que una gran familia..."

Un delegado, hablando en su propio nombre, observó:

—Hay una contradicción. Primero, ofrecemos una paz sin anexiones" ni indemnizaciones, y después decimos que tomaremos en consideración todas las ofertas de paz. Tomar en consideración significa aceptar ...

Lenin se puso en pie de un salto:

—Nosotros queremos una paz justa, pero no tememos una guerra revolucionaria. Es muy probable que los gobiernos imperialistas no respondan a nuestro llamamiento, pero nos guardaremos de lanzar un ultimátum, al cual sería muy fácil decir no.

—Si el proletariado alemán comprende que nosotros estamos dispuestos a considerar todas las ofertas de paz, eso es verosímil que sea la gota de agua que haga desbordar el vaso; la revolución estallará en Alemania...

—Nosotros accedemos a examinar todas las condiciones de paz, pero eso no significa que las aceptemos. .. Por algunas de nuestras condiciones lucharemos hasta el fin; hay otras por las cuales quizá juzguemos nosotros que no merece la pena continuar la guerra ... Lo que queremos, por encima de todo, es poner fin a la guerra ...

Eran las diez y treinta y cinco exactamente cuando Kaménev pidió a todos los que aprobasen la proclama que levantaran la mano con su credencial. Un solo delegado osó levantar la mano en contra, pero la violencia de las protestas que estallaron a su alrededor se la hicieron bajar con prontitud... Era la unanimidad.

Movidos por un solo impulso, todos nos encontramos súbitamente de pie, uniendo nuestras voces al unísono al lento crescendo de La Internacional. Un viejo soldado entrecano sollozaba como un chiquillo. Alejandra Kollontai contenía las lágrimas. El canto rodaba vigorosamente por la sala, estremeciendo las ventanas y las puertas y yendo a perderse en la calma del cielo. ¡La guerra ha terminado! ¡La guerra ha terminado!, gritó cerca de mí un joven obrero, con el rostro radiante. Luego, cuando terminó La Internacional, mientras permanecíamos de pie en un silencio embarazoso, alguien exclamó:

—*¡Camaradas! ¡Recordemos a los que han muerto por la libertad!*

Entonces, entonamos la Marcha fúnebre, ese canto majestuoso, melancólico y triunfal a la vez, tan ruso, tan emocionante. La Internacional era una música extranjera. La Marcha fúnebre parecía ser el alma misma de las masas enormes, cuyos delegados, reunidos en esta sala, edificaban con sus visiones imprecisas una Rusia nueva, y quizá algo más.

Caísteis en la lucha fatal,
víctimas de vuestro amor sagrado por el pueblo.
Todo lo disteis por él,
por su vida, su honor y su libertad .
Sufristeis en las húmedas prisiones,
condenados por verdugos implacables,
conocisteis el exilio bajo el peso de cadenas ...
Adiós, hermanos, seguisteis un noble sendero...
Se acerca el momento en que el pueblo despertará,
grande, potente, y libre.
Adiós, hermano.

Por esta gran causa yacían los mártires de la primavera en la fría tumba fraternal del Campo de Marte; millares y decenas de millares de hombres habían sucumbido por ella en las prisiones, en el exilio, en las minas, en Siberia. No todo había ocurrido como ellos quizá lo esperaban, ni tampoco lo deseaba la intelltgentsia; pero el ansiado acontecimiento había llegado, brutal, irresistible, burlándose de fórmulas y de todo sentimentalismo, en su realidad.

Lenin leyó el decreto sobre la tierra:

1. La gran propiedad sobre el suelo se declara inmediatamente abolida, sin ninguna indemnización.

2. Las fincas de los terratenientes, al igual que todas las tierras de la Corona, los conventos, la Iglesia, con todos sus ganados y aperos, sus edificios y todas sus dependencias, pasan a depender de los comités agrarios comarcales y de los Soviets de Diputados campesinos de distrito, hasta que la cuestión sea reglamentada por la Asamblea Constituyente.

3. Todo detrimento causado a los bienes confiscados, que de ahora en adelante pertenecen a todo el pueblo, se proclama como delito grave, que castigarán los tribunales revolucionarios. Los Soviets de los diputados campesinos adoptarán todas ¡as medidas necesarias para hacer observar un orden riguroso durante la confiscación de las fincas de los grandes terratenientes, determinar la extensión de los terrenos sujetos a confiscación y designarlos exactamente, levantar un inventario estricto de todos los bienes confiscados y asegurar la rigurosa salvaguarda revolucionaria de todas las explotaciones agrícolas, construcciones, aperos, ganado, provisiones, etc., que pasan a manos del pueblo.

4. El mandato imperativo campesino adjunto a este decreto, con arreglo al texto fijado por la redacción de Izvestia del Soviet de diputados campesinos de Rusia, basado en 242 mandatos campesinos locales, y publicado en su número 88 (Petrogrado, núm. 88, 19 de agosto de 1917), deberá servir de guía en todas partes a la realización de las grandes transformaciones agrarias, hasta que la Asamblea Constituyente decida en última instancia.[65] .

---

[65] El "Mandato campesino" sobre la tierra. La cuestión de la tierra no puede ser resuelta en toda su amplitud más que por la Asamblea Constituyente de todo el pueblo.

La solución más justa de la cuestión agraria deberá ser la siguiente:

"1. Queda abolido para siempre el derecho de propiedad privada sobre la tierra. La tierra no podrá ser vendida ni comprada, arrendada ni hipotecada, ni enajenada bajo ninguna otra forma.

"Todas las tierras -las del Estado, patrimoniales, de la corona, los conventos, la Iglesia, posesiones, mayorazgos, propiedades privadas, las de comunidades y campesinos, etc.- son expropiadas sin indemnización: pasan a ser propiedad de todo el pueblo y son concedidas en usufructo a quienes las trabajen.

"No se reconoce a las personas afectadas por esta transformación del régimen de la propiedad más derecho que el de percibir un socorro de la sociedad durante el tiempo necesario para adaptarse a las nuevas condiciones de existencia.

"2. Todos los yacimientos del subsuelo, minerales, petróleo, hulla, sal, etcétera, así como los bosques y las aguas de importancia general, pasan a poder del Estado, a quien pertenecerá su disfrute exclusivo. El disfrute de los peqtieños cursos de agua, lagos, bosques, etc., pasa a las comunidades rurales, a condición de que su manejo sea asegurado por los organismos de la administración autónoma local.

"3. Los terrenos que comprendan explotación altamente desarrolladas, jardines, plantaciones, almacigos, viveros, invernaderos, etcétera, no serán repartidos, sino convertidos en explotaciones-modelo; según su extensión e importancia, serán dados en disfrute exclusivo al Estado o a las comunidades.

"Las tierras adyacentes a las casas, en las poblaciones y campos, con sjis jardines y htfertos, se dejan en usufructo a sus actuales poseedores. La extensión de estas tierras y el impuesto que haya de pagarse por su disfrute se fijarán por la vía legislativa.

"4. Las remontas, los establecimientos de cría de ganado de raza y para la agricultura, etc., pertenecientes al Tesoro y a los particulares, serán confiscados, convertidos en patrimonio nacional y entregados, según sus proporciones e importancia, en disfrute exclusivo, bien al Estado o a las comunidades.

"La Asamblea Constituyente se encargará de fijar, en su caso, la correspondiente indemnización.

"5. Todo el ganado y los aperos de las tierras confiscadas pasará sin indemnización alguna al disfrute exclusivo del Estado o las comunidades, según la importancia y extensión de estas tierras.

"Quedará exento de confiscación el ganado perteneciente a los pequeños cultivadores.

"6. Todos los ciudadanos del Estado ruso (sin distinción de sexo) aue deseen trabajar personalmente la tierra, con sus familias o en asociaciones, tendrán derecho a ella, pero solamente durante el tiempo en que ellos mismos la cultiven. Se prohibe el trabajo asalariado.

"Caso de que un miembro de la comunidad quede incapacitado durante dos años, la comunidad rural se compromete a prestarle asistencia, durante este período, mediante el cultivo colectivo del suelo, hasta que recupere su capacidad de trabajo.

(*continúa en la página siguiente*)

5. No serán confiscadas las tierras de los simples campesinos y de los simples cosacos.

-Esto no es -explicó Lenin- *un proyecto como el del antiguo ministro Tchernov, quien hablaba de "construir un armazón" y quería realizar las reformas por arriba. Es por abajo y directamente como se llevará a cabo el reparto de la tierra. La cantidad de tierra que recibirá cada campesino variará según la localidad.*

-Bajo el Gobierno provisional, los pomietchiks (terratenientes) se negaron pura y sencillamente a obedecer las órdenes de los comités agrarios concebidos por Lvov, realizados por Chingariov y administrados por Kerenski.

Antes de la apertura de los debates, un hombre se abrió camino, violentamente a través de los asistentes y subió a la tribuna con paso recio. Era Pianyj, miembro del Comité Ejecutivo de los Soviets campesinos; se le veía presa de una tremenda furia.

—El Comité Ejecutivo del congreso de los diputados campesinos de toda Rusia protesta contra la detención de nuestros camaradas, los ministros Salaskin y Máslov -lanzó brutalmente a la cara de la asamblea-. ¡Exigimos que sean puestos en libertad! Se encuentran en la fortaleza de Pedro y Pablo. Es preciso actuar sin tardanza. No hay un momento que perder.

Un soldado con la barba revuelta y ojos llameantes le sucedió en la tribuna:

—Estáis sentados ahí y habláis de dar la tierra a los campesinos, pero vosotros mismos actuáis como tiranos y usurpadores para con los representantes electos de los campesinos. Yo os advierto —añadió, levantando el puño— que si les tocáis el pelo de la ropa, eso será la rebelión.

La asamblea comenzó a agitarse.

Entonces se levantó Trotzki, tranquilo y mordaz, consciente de su poder, saludado por aclamaciones.

—El Comité Militar Revolucionario decidió ayer poner en libertad a los ministros socialrevolucionarios y mencheviques Máslov, Salaskin, Gvósdiov y Maliantovich. Si todavía se encuentran en la fortaleza de Pedro y Pablo, ello se debe al trabajo inmenso que recae sobre nosotros. Pero en cualquier caso, ¡permanecerán detenidos en sus domicilios hasta que hayamos examinado su complicidad en los actos de traición de Kerenski durante el asunto de Kornilov!

—¡Jamás, en ninguna revolución -vociferó Pianyj-, *se ha visto proceder de manera semejante!*

—Estás equivocado -replicó Trotzki-. Se ha visto proceder de esa manera en el curso de esta misma revolución. Centenares de nuestros camaradas fueron detenidos durante las jornadas de julio. Cuando la camarada Kollontai fue puesta en libertad por orden del médico, Avxéntiev colocó en su puerta a dos antiguos agentes de la policía secreta zarista.

" Los trabajadores privados definitivamente de la capacidad de trabajar personalmente la tierra, por ancianidad o invalidez, perderán su derecho al disfrute de la tierra, pero recibirán en compensación una pensión del Estado.

Los campesinos se batieron en retirada a regañadientes, acompañados por exclamaciones irónicas. En seguida, el representante de los socialrevolucionarios de izquierda habló del decreto sobre la tierra. Si bien lo aprobaban en principio, su grupo no aceptaba votarlo sin discusión previa. Convenía consultar a los Soviets campesinos.

Los mencheviques internacionalistas insistían también en que su grupo celebrara una reunión previa.

El jefe de los maximalistas —el ala anarquista de los campesinos— se expresó así:

—Debemos inclinarnos ante el partido que desde el primer día, y sin frases, sabe tomar una medida semejante.

Después apareció en la tribuna un campesino típico, de cabello largo, con botas y chaquetón de piel de oveja. Tras de inclinarse hacia los cuatro lados de la sala, dijo:

—¡Yo os saludo, camaradas ciudadanos! Muy cerca de aquí se pasean algunos kadetes. Habéis detenido a nuestros campesinos socialistas; ¿por qué no detener también a ésos?

Fue la señal para que se entablara una viva discusión entre los campesinos, muy parecida a la de la víspera entre los soldados. Aquí estaban los verdaderos proletarios de la tierra.

—Esos miembros de nuestro Comité Ejecutivo, Avxentiev y los otros, que nosotros creíamos eran los protectores de los campesinos, ¡ellos tampoco son otra cosa que kadetes! ¡Detenedlos! ¡Detenedlos!

Otro preguntó:

—¿Quiénes son esos Pianyj y esos Avxentiev? No son tales campesinos, ¡para lo único que sirven es para charlar!

La asamblea reconoció allí a sus hermanos y les tributó una ovación.

Los socialrevolucionarios de izquierda propusieron que se suspendiera la sesión durante media hora. Ya se dirigían los delegados hacia las salidas cuando Lenin se levantó y dijo:

—No tenemos tiempo que perder, camaradas. Noticias que tienen la más alta importancia para Rusia deben aparecer en la prensa de mañana por la mañana. En consecuencia, nada de retrasos.

Dominando el ruido de las discusiones apasionadas y el roce de los pies contra el suelo, resonó la voz de un emisario del Comité Militar Revolucionario:

—¡Se necesitan quince agitadores en la habitación 17, inmediatamente! ¡Es para el frente!

Casi dos horas y media más tarde comenzaron a regresar a la sala los delegados. Volvió a formarse el presidium y la sesión reanuda con la lectura de telegramas que anunciaban la adhesión de diversos regimientos al Comité Militar Revolucionario.

La asamblea fue encontrando poco a poco su impulso y su ambiente. Un delegado de las tropas rusas del frente de Macedonia hizo una amarga descripción del estado en que se hallaban:

—Padecemos más allí como consecuencia de la amistad de nuestros "aliados" que a causa de nuestros enemigos -dijo.

Los representantes de los ejércitos 10 y 12, recién llegados, declararon:

—Estamos de parte vuestra y ponemos todas nuestras fuerzas a vuestra disposición.

Un soldado campesino protestó contra la liberación de "los socialtraidores Máslov y Salaskin"; en cuanto al Comité Ejecutivo de los Soviets campesinos, añadió que era preciso detenerlo en masa. Ahora se hablaba él verdadero lenguaje revolucionario.

Un diputado de las tropas rusas de Persia declaró que tenía instrucciones de reclamar la entrega de todo el poder a los Soviets. Un oficial ucraniano, expresándose en su lengua natal, pronunció:

—El nacionalismo no tiene nada que ver en esta crisis.. . ¡Viva la dictadura proletaria en todos los países!

Fue un verdadero diluvio de las ideas más nobles y ardientes; ¡jamás, después de esto, sería posible imponer silencio a Rusia!

Kaménev, tras señalar que las fuerzas antibolcheviques trataban de fomentar desórdenes por todas partes, leyó un llamamiento del Congreso a todos los Soviets de Rusia:

El Congreso de los Soviets de toda Rusia invita al Consejo de Ministros a tomar enérgicas medidas contra las tentativas contrarrevolucionarias y los pogromos antisemitas o de otra especie. El honor de la revolución de los obreros, soldados y campesinos exige que no sea tolerado ningún pogromo. La guardia roja de Pecrogrado, la guarnición revolucionaria y los marinos han mantenido el orden más perfecto en la capital. ¡Obreros, soldados, campesinos, seguid en todas partes el ejemplo de los obreros y soldados de Petrogrado! ¡Camaradas soldados y cosacos, a vosotros incumbe la labor de asegurar el verdadero orden revolucionario! ¡Toda la Rusia revolucionaria y el mundo entero tienen los ojos fijos en vosotros! [66]

El decreto sobre la tierra fue sometido a votación a las dos de la mañana; no hubo más que un solo voto en contra, y los delegados campesinos "estaban" locos de alegría. Así fue cómo los bolcheviques se lanzaron a la acción, irresistibles, arrollando todas las vacilaciones y todas las oposiciones; eran los únicos en Rusia que tenían un programa definido, mientras los demás no hacían más que hablar desde hacía ocho largos meses.

Un soldado flaco, vestido de harapos, protestó con elocuencia contra el artículo de la "Instrucción campesina" que excluía a los soldados desertores del reparto de tierras en el pueblo. Acogido en principio con abucheos y silbidos, su palabra sencilla y emocionada impuso el silencio:

---

[66] Se trata de la instrucción votada por el Congreso al mismo tiempo que el decreto sobre la tierra [Nota de la Edit.]

—Lanzado contra su voluntad a la matanza de las trincheras -exclamó-, *matanza cuya insensatez y horror vosotros mismos habéis reconocido en el decreto sobre la paz, el soldado ha saludado en la revolución una esperanza de paz y libertad. ¿De paz? El Gobierno de Kerenski lo envió otra vez a Galizia a que fuera asesinado y Terechtchenko no sabía más que reírse cuando el soldado imploraba la paz.. ¿Libertad? Bajo Kerenski se suprimieron los comités de soldados, se prohibieron sus periódicos, se encarceló a los oradores de su partido. En el hogar del soldado, en su pueblo, los grandes propietarios se burlaban de los comités agrarios, encarcelaban a sus camaradas. En Petrogrado, la burguesía, aliada a los alemanes, saboteaba el aprovisionamiento del ejército en víveres y municiones, mientras el soldado carecía de ropa y calzado. ¿Quién lo empujó a la deserción? ¡El Gobierno de Kerenski que vosotros habéis derrocado!*

Finalmente, el orador fue aplaudido, pero otro soldado le refutó con pasión:

—El Gobierno de Kerenski -dijo- *no puede servir de excusa a actos tan sucios como la deserción. ¡Los desertores son unos granujas que vuelven a sus casas y dejan a sus camaradas solos en las trincheras! Todo desertor es un traidor que merece un castigo.* (Tumulto, gritos: ¡Basta! ¡Silencio!)

Kaménev se apresuró a proponer que la cuestión fuera sometida a la decisión del gobierno.[67]

A las dos y treinta de la madrugada se hizo un silencio solemne. Kaménev comenzó la lectura del decreto sobre la formación del gobierno:

El Congreso de los Soviets de Diputados obreros, soldados y campesinos de toda Rusia decide, en tanto se reúne la Asamblea Constituyente, formar un gobierno provisional obrero y campesino que llevará el nombre de Consejo de Comisarios del Pueblo.[68]

Los diferentes servicios del Estado serán administrados por comisiones cuyos miembros deberán asegurar la ejecución del programa del Congreso en estrecho contacto con las organizaciones de obreros y obreras, marinos, soldados, campesinos y funcionarios. El poder gubernamental pertenece al Colegio formado por los presidentes de estas comisiones, es decir, al Consejo de los Comisarios del Pueblo.

El control de la actividad de los comisarios y el derecho de revocarlos corresponde al Congreso de toda Rusia y a su Comité Ejecutivo Central.

Continuó reinando el silencio, pero cuando se comenzó la lectura de la lista de comisarios, estallaron los aplausos después de leerse cada nombre, sobre todo al llegar a los de Lenin y Trotzki:

Presidente del Consejo: Vladimir Ulianov (Lenin.)

Interior: A. I. Rykov.

Agricultura: V. P. Miliutin.

---

[67] La tierra y los desertores. El gobierno no necesitó tomar medidas acerca de esto, ya que el fin de la guerra y la desmovilización descartaron automáticamente el problema de los desertores.

[68] El Consejo de Comisarios del Pueblo. Al principio, el Consejo de Comisarios del Pueblo se hallaba formado íntegramente por bolcheviques. Y no precisamente por voluntad suya: el 8 de noviembre ofrecieron carteras a los social-revolucionarios de izquierda, quienes las rechazaron (ver Cap XI).

Trabajo: A. G. Chliápnikov.

Guerra y Marina: Un comité formado por V. A. Ovseienko (Antónov), N. V. Krylenko y P. D. Dybenko.

Industria y Comercio: V. P. Noguin.

Instrucción Pública: A. V. Lunacharski.

Hacienda: I. I. Skvortsov.

Negocios Extranjeros: L. D. Bronstein (Trotzki.)

Justicia: G. I. Oppokov (Lomov).

Suministros: I. A. Teodorovitch.

Correos y Telégrafos: N. P. Avílov (Gliebov.)

Encargado.de las Nacionalidades: I. V. Djugachvili (Stalin.)

Ferrocarriles: No designado todavía el titular.

La sala estaba erizada de bayonetas. El Comité Militar Revolucionario armaba a todo el mundo; el bolchevismo se preparaba para el combate decisivo contra Kerenski, el sonido de cuyas trompetas llegaba con el viento del sudoeste. Nadie pensaba en regresar a su casa; al contrario, centenares de recién venidos se introducían en la inmensa sala; con sus caras rudas de obreros y soldados escuchan infatigablemente los discursos, de pie, durante horas y horas. La atmósfera, densa, estaba cargada de la humareda de los cigarrillos, la respiración humana, el olor de las ropas toscas y el sudor de los cuerpos.

Avílov, redactor de la *Novata Jizn*, habló en nombre de los socialdemócratas internacionalistas y de los mencheviques internacionalistas que se habían quedado en el Congreso; su rostro joven e inteligente, su elegante chaqueta, parecían fuera del lugar allí.

"Debemos preguntarnos a nosotros mismos hacia dónde vamos... La facilidad con que fue derrocado el gobierno de coalición no se explica por la fuerza del ala izquierda de la democracia, sino por la incapacidad de este gobierno para dar al pueblo paz y pan. El ala izquierda no podrá mantenerse en el poder a menos que sepa resolver estos problemas.

"¿Le podrá dar pan al pueblo? Escasea el grano. La mayoría de los campesinos no estará con nosotros, ya que vosotros no podréis suministrarles las máquinas que necesitan. Es casi imposible conseguir el combustible y las otras materias de primera necesidad.

"En cuanto a la paz, la dificultad es todavía mayor. Los Aliados se han negado a hablar con Skobelev. Jamás aceptarán una proposición de conferencia de paz hecha por vosotros. No seréis reconocidos ni en Londres, ni en París, ni en Berlín.

"No podéis contar con una ayuda eficaz por parte del proletariado de los países aliados porque en la mayor parte de los países están muy lejos todavía de la lucha revolucionaria. Recordad que la democracia aliada ni siquiera pudo conseguir que se llevara a cabo la Conferencia de Estocolmo. En lo que concierne a los socialdemócratas alemanes, yo acabo de hablar con el camarada Goldenberg, uno de nuestros delegados en

Estocolmo; los representantes de la extrema izquierda le dijeron que la revolución en Alemania es imposible mientras dure la guerra."

A partir de este momento comenzó un aluvión de interrupciones sobre Avílov, pero él se mantuvo firme.

"El aislamiento de Rusia traerá fatalmente como resultado la derrota del ejército ruso por Alemania, y una paz amañada a costa de Rusia entre la coalición austro-alemana y la coalición franco-británica, o una paz con Alemania.

"Ningún partido se encuentra en situación de vencer estas enormes dificultades. Sólo un gobierno de coalición socialista, apoyado en la mayoría del pueblo, puede llevar a cabo la revolución. .."

Luego, leyó la resolución de las dos fracciones:

Reconociendo que para salvar las conquistas de la revolución es indispensable constituir un gobierno que se apoye en la democracia revolucionaria organizada bajo la forma de Soviets de Diputados obreros, soldados y campesinos; reconociendo, además, que la labor de este gobierno debe ser la de realizar una paz democrática tan pronto como sea posible, entregar la tierra a los comités agrarios, organizar el control de la producción industrial y convocar a la Asamblea Constituyente en la fecha fijada, el Congreso nombra un comité ejecutivo encargado de constituir un gobierno después de un acuerdo con los grupos de la democracia que forman parte del Congreso.

A pesar de la exaltación revolucionaria de esta asamblea victoriosa, el razonamiento sereno, objetivo, de Avílov conmovió los espíritus. Al final de su intervención cesaron las exclamaciones y los silbidos y hasta hubo incluso algunos aplausos.

Le siguió en la tribuna Karelin, joven también, intrépido, de una sinceridad reconocida por todos. Habló en nombre de los socialrevolucionarios de izquierda, el partido de María Spiridonova, casi el único que seguía a los bolcheviques, el partido que representaba a los campesinos revolucionarios.[69]

"Nuestro partido se ha negado a entrar en el Consejo de Comisarios del Pueblo porque no queremos separarnos nunca de esta parte del ejército revolucionario que abandonó el Congreso, separación que no nos permitiría ya servir de intermediarios entre los bolcheviques y los otros grupos de la democracia. Y esa es nuestra tarea principal en este momento. Nosotros no podemos sostener más que a un gobierno de coalición socialista.

"Protestamcs contra la conducta tiránica de los bolcheviques. Nuestros comisarios han sido arrojados de sus puestos. Nuestro único órgano, el Snamia Truda ("El Estandarte del Trabajo"), fue prohibido ayer.

"La Duma central está a punto de formar, contra vosotros, un poderoso Comité para la salvación del país y de la revolución. Estáis ya aislados y vuestro gobierno no cuenta con el apoyo de ningún otro grupo democrático ."

---

[69] Sólo una parte de los campesinos de tendencia revolucionaria seguía a los socialrevolucionarios de izquierda. [Nota de la Edit.]

Trotzki subió entonces a la tribuna, pleno de confianza, con aire dominador, en esa expresión sarcástica en las comisuras de sus labios que era casi un gesto de desprecio. Habló con su tono vibrante y la multitud se levantó para aclamarlo.

"Las consideraciones sobre el peligro del aislamiento de nuestro partido no son nuevas. También la víspera de la insurrección se había pronosticado que nuestra derrota era fatal. Todo el mundo estaba contra nosotros, salvo el grupo de los socialrevolucionarios de izquierda que entró con nosotros en el Comité Militar Revolucionario. ¿Cómo, pues, hemos podido, casi sin efusión de sangre derrocar al gobierno? Este hecho es la prueba más palpable de que no estábamos aislados. En realidad, era el Gobierno provisional el que estaba aislado; son los partidos democráticos que marchan contra nosotros los que estaban y están aislados y separados para siempre del proletariado.

"Se habla de la necesidad de una coalición. Sólo hay una coalición posible: la de los obreros, los soldados y los campesinos pobres. ¿A qué clase de coalición se refería Avílov? ¿A una coalición con aquellos que han sostenido al gobierno traidor al pueblo? Coalición no siempre significa fuerza. Por ejemplo, ¿hubiésemos podido organizar la insurrección con Dan o Avxentiev entre nosotros? (Tempestad de risas.)

"Avxéntiev no dio mucho pan al pueblo. ¿Dará más una coalición con los entreguistas? Entre los campesinos y Axentiev, el que hizo detener a los Comités agrarios, ¡elegimos a los campesinos! Nuestra revolución seguirá siendo la revolución clásica de la historia. "Se nos acusa de rechazar una inteligencia con los otros partidos democráticos. ¿Pero es que se nos puede culpar a nosotros? ¿O bien, como lo quiere Karelin, debemos achacar la falta a un "equívoco"? No, camaradas. Cuando un partido, en plena refriega revolucionaria, envuelto todavía en el humo de la pólvora, viene a decir: "Aquí está el poder, tomadlo", y cuando aquellos a quienes se les ofrece se pasan al enemigo, cometen una acción que no se llama un "equívoco", sino que es una declaración de guerra sin cuartel. Y no somos nosotros los que hemos declarado la guerra.

"Avílov nos amenaza con el fracaso en nuestros esfuerzos en favor de la paz si nos mantenemos aislados. Repito que no veo cómo una coalición con Skobelev, o incluso con Terechtchenko, podría ayudarnos a hacer la paz. Avílov trata de asustarnos con la amenaza de una paz hecha a nuestras expensas. Yo respondo que, de todos modos, la Rusia revolucionaria estará inevitablemente perdida si Europa continúa siendo gobernada por la burguesía imperialista.

"No hay más que una alternativa: ¡o la revolución rusa desencadena un movimiento revolucionario en Europa, o las potencias europeas aplastan la revolución rusa!"

Este discurso fue saludado con inmensas aclamaciones y con la entusiasta aprobación de aquellos hombres que se sentían los campeones de la humanidad. Y, a partir de este momento, hubo en todos los actos de las masas insurrectas un algo consciente y decidido que ya no les abandonaría jamás.

Pero también en el otro campo se organizaba la lucha. Kaménev concedió la palabra a un delegado del Sindicato de Ferroviarios, un hombre rechoncho de rostro ordinario en el que se veía impresa una hostilidad implacable, y cuyas palabras cayeron como una bomba en la asamblea.

—En nombre de la organización más potente de Rusia, reclamo el derecho de hablar y os digo: El Vikjel[70] *me encarga que os dé a conocer la decisión del sindicato a propósito de la formación del gobierno. El Comité Central negará todo apoyo a los bolcheviques si éstos persisten en aislarse del conjunto de la democracia rusa. (Gran tumulto en toda la sala.)*

-En 1905 y durante las jornadas de Kornilov, los ferroviarios fueron los mejores defensores de la revolución. Sin embargo, no nos habéis invitado a vuestro Congreso.

—¡Es el antiguo Tsik quien no os invitó!

El orador no dejó que esto lo detuviera.

"Nosotros no reconocemos la legalidad de este Congreso, ya que después de la partida de los mencheviques y los socialrevolucionarios no reúne el quorum legal. El sindicato apoya al antiguo Tsik y declara que el Congreso no tiene derecho a elegir un nuevo comité.

"El poder debe pertenecer a un gobierno socialista y revolucionario responsable ante los órganos de la democracia revolucionaria entera. Hasta la constitución de tal poder, el Sindicato de Ferroviarios, que se niega a transportar a Petrogrado las tropas contrarrevolucionarias, se negará igualmente a ejecutar ninguna otra orden sin la aprobación de su comité ejecutivo. El Vikjel ha decidido igualmente tomar en sus manos toda la administración de los ferrocarriles de Rusia."

Al final, su voz se vio casi ahogada por la furiosa tempestad de injurias que se abatió sobre él. Pero el golpe había sido fuerte; se podía apreciar en los rostros preocupados de los miembros del Buró. Kaménev, sin embargo, respondió simplemente que la legalidad del Congreso no se podía poner en duda, y que incluso el quorum fijado por el antiguo Tsik estaba rebasado, a pesar de la retirada de los mencheviques y los socialrevolucionarios...

Se procedió a votar. El Consejo de los Comisarios del Pueblo fue aprobado por enorme mayoría...

La elección del nuevo Tsik, "el nuevo Parlamento de la República rusa, requirió exactamente quince minutos. Trotzki anunció su composición: 100 miembros, de ellos 70 bolcheviques. En cuanto a los campesinos y grupos disidentes, les fueron reservados algunos lugares.

-*Acogeremos en el gobierno a todos los partidos y todos los grupos que adopten nuestro programa* -terminó diciendo Trotzki.

Tras estas palabras se levantó el segundo Congreso de toda Rusia, y sus miembros se lanzaron inmediatamente a los cuatro puntos cardinales del país para llevar la noticia de los grandes acontecimientos. . .

Eran cerca de las siete de la mañana cuando despertamos a los conductores de tranvías que el Sindicato de Tranviarios tenía siempre listos en el Smolny para conducir a los delegados a sus casas. En los vehículos atestados había menos alegría que la noche pre-

[70] Vikjel: Comité Ejecutivo del Sindicato de obreros y empleados de los ferrocarriles. [Nota de la Edit.]

cedente. Muchos tenían un aire inquieto; quizá se preguntaban: "Bien, ya somos los dueños de la situación, pero ¿cómo vamos a hacer que se ejecute nuestra voluntad?"

Al llegar a nuestro domicilio, fuimos detenidos en medio de la oscuridad por una patrulla de ciudadanos armados que nos examinó cuidadosamente. La proclama de la Duma estaba surtiendo efectos.

La dueña de la casa, al oírnos llegar, salió con una bata de seda rosa:

—*El comité del inmueble ha insistido nuevamente en que ustedes hagan su turno de guardia como los otros hombres de la casa* -nos dijo.

—*¿Y para qué es este servicio de guardia?*

—*Para proteger la casa, las mujeres y los niños.*

—*¿Contra quién?*

—Contra los ladrones y asesinos.

—*¿Pero, y si viene un comisario del Comité Militar Revolucionario a registrar para ver si hay armas?*

—*¡Oh Siempre dicen que son comisarios ... Por otra parte, ¿qué diferencia hay?*

Yo afirmé solemnemente que el cónsul había prohibido a todos los ciudadanos norteamericanos portar armas -especialmente en la vecindad de la intelligentsia rusa…

CAPÍTULO VI

EL COMITÉ DE SALVACION

Viernes, 9 de noviembre. Novocherkask, 8 de noviembre.

Ante el levantamiento bolchevique y las tentativas hechas en Petrogrado y otras ciudades para deponer al Gobierno provisional y adueñarse del poder, el Gobierno cosaco, estimando que tales actos son criminales y totalmente inadmisibles, dará, en estrecho acuerdo con todas las tropas cosacas, su apoyo íntegro al actual Gobierno provisional, que es un gobierno de coalición. Teniendo en cuenta la situación excepcional y la interrupción momentánea de las comunicaciones con el poder central, el Gobierno cosaco, mientras espera el retorno al poder del Gobierno provisional y el restablecimiento del orden en Rusia, ha asumido a partir del 7 de noviembre todo el poder en la región del Don.

Firmado: Atamán Kaledin.Presidente del gobierno de las tropas cosacas.

Phikaz del presidente del Consejo Kerenski, fechado en Gatchina:

Nos, presidente del Consejo del Gobierno provisional y jefe supremo de todas las fuerzas armadas de la república rusa, informamos que hemos tomado el mando de las tropas del frente que han permanecido fieles a la patria.

Ordenamos a todas las tropas del distrito militar de Petrogrado que por ignorancia o extravío se hayan unido a la banda de traidores al país y la revolución, que se reintegren, sin tardanza, a su deber.

Esta orden será leída a cada compañía o escuadrón.

Firmado: El presidente del Consejo del Gobierno provisional, jefe supremo de los ejércitos, A. Kerenski.

Telegrama de Kerenski al comandante en jefe del frente Norte:

La ciudad de Gatchina ha sido tomada por los regimientos fieles, sin efusión de sangre. Los destacamentos de soldados de Cronstadt y los regimientos Seménox e Ismaílov, así como los marinos, depusierqn sus armas sin resistencia y se han unido a las tropas gubernamentales. Ordeno a todas las unidades designadas que avancen todo lo rápida-

mente que les sea posible. El Comité Militar Revolucionario ha dado a sus tropas la orden de batirse en retirada. Kerenski.

Gatchina, situada a 30 kilómetros aproximadamente al sudoeste, había caído durante la noche. En efecto, los destacamentos de los dos regimientos indicados, pero no de los marinos, habían sido cercados por los cosacos, mientras vagaban sin jefes por las cercanías, y fueron obligados a entregar las armas. Pero no era exacto que se hubiesen unido a las tropas gubernamentales, ya que un gran número de ellos, confusos y avergonzados, se habían dirigido inmediatamente al Smolny para explicar su conducta; no pensaban que los cosacos se encontraran tan próximos. Habían tratado de ponerse al habla con los cosacos…

La mayor cónfusión reinaba, evidentemente, en el frente revolucionario. Las guarniciones de todas las pequeñas ciudades situadas al Sur se habían escindido irremediablemente en dos fracciones y hasta en tres; el alto mando se pronunciaba en favor de Kerenski a falta de una autoridad más fuerte; la mayoría de los hombres estaba a favor de los Soviets y el resto vacilaba lamentablemente.

El Comité Militar Revolucionario nombró apresuradamente para la defensa de Petrogrado a un capitán de carrera, Muraviov,[71] hombre ambicioso, el mismo Muraviov que había organizado los Batallones de la Muerte y que había exhortado al gobierno "a ser menos blando con los bolcheviques y a barrerlos de una vez para siempre". Era un hombre de temperamento militar, que admiraba la potencia y la audacia, quizá sinceramente.

Cuando salí a la calle a la mañana siguiente encontré pegadas cerca de mi puerta dos nuevas órdenes del Comité Militar Revolucionario, disponiendo que se abrieran como de costumbre tiendas y almacenes y que se pusieran a disposicón del Comité todos los locales vacíos.

Hacía treinta y seis horas que los bolcheviques estaban incomunicados con las provincias y el resto del mundo. Los ferroviarios y telegrafistas se negaban a transmitir sus despachos, los carteros se negaban a distribuir su correo. Sólo la estación T.S.H. del Estado, en Tsárskoye Selo, lanzaba cada media hora comunicados y manifiestos a los cuatro vientos. Los comisarios del Smolny rivalizaban en velocidad con los comisarios de la Duma municipal, para llegar por tren a las diferentes provincias. Dos aeroplanos cargados de material de propaganda emprendieron el vuelo hacia el frente.

Sin embargo, la marejada de la insurrección se esparcía a través de Rusia con una velocidad que superaba todos los medios humanos de transporte. El Soviet de Helsingfors votó su adhesión a la revolución; los bolcheviques de Kiev se apoderaron del arsenal y de la agencia telegráfica, pero fueron expulsados por los delegados al Congreso de los Cosacos que precisamente estaba celebrando sus sesiones en esa población; en Kazan, un comité militar revolucionario detuvo al estado mayor de la guarnición local y al comisario del Gobierno provisional; del lejano Krasnoyarsk, en Siberia, se supo que los Soviets se habían adueñado de los órganos municipales; en Moscú, donde la situación se agravó además por una gran huelga de los curtidores y una amenaza de cierre general

[71] Murianov era teniente coronel. *[Nota del traductor]*

por parte de los patronos, los Soviets habían votado abrumadoramente en favor de apoyar la acción de los bolcheviques en Petrogrado, y ya estaba funcionando un comité militar revolucionario.

La situación era la misma en todas partes. Los simples soldados y los obreros de las fábricas estaban en gran mayoría a favor de los Soviets; los oficiales, los junkers y la clase media estaban generalmente del lado del gobierno, así como los kadetes y los partidos socialistas moderados. En todas las poblaciones surgían comités para la salvación del país y la revolución, que se armaban para la guerra civil.

La inmensa Rusia se encontraba en estado de disolución. El proceso había comenzado desde 1905. La revolución de febrero no había hecho más que precipitarla: había trazado, en efecto, una especie de bosquejo del nuevo orden, pero no había hecho más que apuntalar la hueca estructura del antiguo régimen. Esta estructura la habían descoyuntado los bolcheviques en una noche, como se disipa el humo con un soplido. La vieja Rusia ya no existía, la sociedad humana había vuelto al primitivo estado de fusión, y sobre el agitado mar de llamas donde se libraba, bronca e implacable, la lucha de clases, se formaba en un enfriamiento lento la frágil corteza de los nuevos planetas.

En Petrogrado estaban en huelga dieciséis ministerios, figurando a la cabeza los de Trabajo y Abastecimientos, los dos únicos creados por el gobierno de coalición socialista del mes de agosto.

Si alguna vez hubo hombres que estuvieron aislados, éstos eran en realidad "el puñado de bolcheviques" en esta mañana gris y fría en que todas las tormentas se amontonaban sobre sus cabezas.[72] Acosado contra la pared, el Comité Militar Revolucionario luchaba tenazmente por su existencia. "¡Audacia, audacia y siempre audacia!" A las cinco de la mañana, las guardias rojas irrumpieron en la imprenta municipal, confiscaron millares de ejemplares del manifiesto de la Duma y suprimieron el órgano municipal oficial, el Viestnik Gorodskovo Samoupravlenya ("Boletín de la Municipalidad"). Arrancaron de las prensas todas las publicaciones burguesas, incluso el Galos Soldata, diario del antiguo Tsik, que de todos modos logró reaparecer bajo el nombre de Soldatski Galos, con una tirada de 100,000 ejemplares, donde daba rienda suelta a su rabia y odio:

Los hombres que emprendieron su traición al amparo de las sombras, que han suprimido los periódicos, no mantendrán mucho tiempo al país en la ignorancia. ¡El país sabrá la verdad! ¡Él os juzgará, señores bolcheviques! ¡Ya veremos!

Cuando bajábamos por la avenida Nevski, poco después del mediodía, vimos una multitud congregada ante el edificio de la Duma, ocupando toda la calle. Algunas guardias rojas y marinos, con bayoneta calada, se encontraban rodeados cada uno de ellos por un centenar de hombres y mujeres —empleados, estudiantes, funcionarios— que les amenazaban con el puño y les gritaban injurias. En las gradas del edificio, exploradores y oficiales distribuían el Soldatski Galos. Al pie de la escalinata, un obrero con brazalete rojo, empuñando un revólver, reclamaba, tembloroso de cólera, en medio de la multitud hostil, que se le entregaran los periódicos. Nada semejante a esto, me imagino yo, se vio jamás en el curso de la historia. Por un lado, un puñado de obreros y soldados, con las

[72] Los bolcheviques y los partidos.

armas en la mano, representantes de una insurrección victoriosa, pero con aire de perfectos desarrapados; del otro, una multitud enfurecida, formada por las mismas gentes que se apretujan a mediodía por las aceras de la Quinta Avenida, riendo despectivamente, injuriando, vociferando: ¡Traidores! ¡Provocadores! ¡Opritchniki![73]

Las puertas estaban guardadas por estudiantes y oficiales que llevaban un brazalete blanco con la inscripción, en letras rojas: "Milicia del Comité de Salvación Pública"; una media docena de exploradores iba y venía. En el interior, todo el mundo estaba en conmoción. Al ir subiendo nosotros, el capitán Gomberg, que descendía por la escalinata, nos dijo:

—Van a disolver la Duma. El comisario bolchevique se encuentra en este momento con el alcalde.

En efecto, cuando llegamos arriba vimos salir corriendo a Riazov. Había ido a pedir a la Duma que reconociera al Consejo de Comisarios del Pueblo, y recibió del alcalde una negativa categórica.

En las oficinas se escuchaba el zumbido de la multitud que corría, gritaba y gesticulaba; personajes oficiales, periodistas, corresponsales extranjeros, oficiales franceses e ingleses... El ingeniero jefe de la ciudad, señalando a estos últimos con un gesto triunfal, decía:

—Las embajadas reconocen a la Duma como el único poder. La existencia de esos asesinos y bandidos de bolcheviques sólo es cuestión de horas. Toda Rusia se une a nosotros.

En el salón Alejandro, el Comité de Salvación celebraba una reunión monstrua. Presidía Filippovski, y Skobelev, que, una vez más, ocupaba la tribuna, comunicó en medio de aplausos las nuevas adhesiones: el Comité Ejecutivo de los Soviets campesinos, el antiguo Tsik, el Comité Central del ejército, el Tsentroflot, los grupos mencheviques y socialrevolucionarios, así como el grupo del frente del Congreso de los Soviets, los comités centrales de los partidos mencheviques, socialrevolucionarios y socialista popular, el grupo ledinstvo, la Unión Campesina, las cooperativas, los zemstvos, las municipalidades, el Sindicato de Correos y Telégrafos, el Vikjel, el Consejo de la República rusa, la Unión de las Uniones, la Asociación de Comerciantes e Industriales.

"El poder de los Soviets no es un poder democrático, sino una dictadura, y no la dictadura del proletariado, sino una dictadura contra el proletariado. Todos los que han experimentado o son capaces de sentir el entusiasmo revolucionario deben unirse a nosotros para la defensa de la revolución...

"El problema del momento no consiste solamente en anular a los demagogos irresponsables, sino en combatir la contrarrevolución. Si es cierto que en provincias algunos generales tratan de aprovecharse de los acontecimientos para marchar sobre Petrogrado, ello es una prueba más de que debemos establecer una base sólida de gobierno democrático. De otro modo, los desórdenes de la derecha reemplazarán a los desórdenes de la izquierda…

---

[73] Guardias de corps de Iván el Terrible en el siglo XVII, conocidos por su crueldad. *[Nota del traductor]*

"La guarnición de Petrogrado no puede permanecer indiferente cuando los ciudadanos que compran el Galos Soldata o los muchachos que venden la Rabotchaya Gazeta son detenidos en la calle...

"Ha pasado la hora de las resoluciones parlamentarias... Que quienes no tengan ya fe en la revolución se retiren… Para fundar un poder unido, precisamos primero restaurar el prestigio de la revolución ...

"¡Juremos que la revolución será salvada o que pereceremos!"

Toda la sala se puso en pie, con las miradas ardientes, y estalló en aplausos. Ni un solo representante del proletariado se encontraba presente.

A continuación, habló Weinstein:

—*Debemos permanecer serenos y no hacer nada hasta que la opinión pública se agrupe sólidamente alrededor del Comité de Salvación; ¡entonces podremos pasar de la defensiva a la acción!*

El delegado del Vikjel anunció que su organización tomaba la iniciativa de la formación del nuevo gobierno y que sus representantes estaban discutiendo a la sazón esa cuestión con el Smolny. Siguió una acalorada discusión. ¿Participarían los bolcheviques en el nuevo gobierno? Mártov abogó en favor de su admisión: es innegable que constituyen un partido político importante. Las opiniones se hallaban divididas; el ala derecha de los mencheviques y los socialrevolucionarios, los socialistas populares, las cooperativas y los elementos burgueses presentaban una oposición encarnizada.

—*Los bolcheviques han traicionado a Rusia* -expuso un orador-. *Han desencadenado la guerra civil y abierto el frente a los alemanes. Deben ser aplastados sin piedad…*

Skobelev se manifestó en favor de la exclusión de los bolcheviques y los kadetes a la vez.

Entablamos conversación con un joven socialrevolucionario que había abandonado la Conferencia democrática al mismo tiempo que los bolcheviques, la noche en que Tseretelli y los "conciliadores" impusieron la coalición a la democracia rusa.

—¿Tú aquí? -le pregunté sorprendido. Sus ojos centellearon.

—¡Sí! -exclamó-. Dejé el Congreso con mi partido el miércoles por la noche. No he arriesgado mi vida durante más de veinte años para someterme ahora a la tiranía de estos brutos. Sus métodos son intolerables. Pero no han contado con los campesinos. Cuando éstos comiencen a actuar, su existencia sólo será cuestión dí minutos.

—¿Pero actuarán los campesinos? ¿No les satisface el decreto sobre la tierra? ¿Qué más piden?

—¡Ah, el decreto sobre la tierra! -exclamó furioso-. Pues mira, ¿sabes lo que es este decreto? Es nuestro decreto, ¡es íntegramente el programa socialrevolucionario! Mi partido fue quien trazó esta política después de un minuciosísimo examen de los deseos de los propios campesinos. Es una desfachatez.

—Pero si es vuestra propia política, no comprendo tus reparos. Si responde a los deseos de los campesinos, ¿por qué se van a oponer a ella?

—¡Tú no comprendes! ¿No ves que los campesinos se van a dar cuenta inmediatamente del engaño, van a comprender que estos usurpadores han robado el programa socialrevolucionario?

Cambié de tema preguntándole si era cierto que Kakdin avanzaba hacia el Norte. Asintió con la cabeza, frotándose las manos con una especie de amarga satisfacción.

—Sí. Ya ves ahora lo que han hecho estos bolcheviques. Han levantado contra nosotros la contrarrevolución. La revolución está perdida. La revolución está perdida.

—Pero ¿vosotros no la vais a defender?

—Naturalmente, la defenderemos hasta la última gota de sangre. Pero no cooperaremos con los bolcheviques.

—Pero si Kadelin viene a Petrogrado, y si los bolcheviques organizan la defensa de la ciudad, ¿no os uniréis a ellos?

—Desde luego que no. Nosotros también defenderemos la ciudad, pero no ayudaremos a los bolcheviques. Kadelin es enemigo de la revolución, pero también son enemigos de la revolución los bolcheviques.

—¿A quién prefieres tú, a Kaledin o a los bolcheviques?

—¡Esa pregunta no se discute! -repuso con impaciencia-. Yo te digo que la revolución está perdida y que la culpa es de los bolcheviques. "¿Pero a qué hablar de eso? Kerenski está por llegar. Pasado mañana pasaremos a la ofensiva. El Smolny ya nos ha enviado delegados para invitarnos a formar un nuevo gobierno. Ahora, ya son nuestros, están reducidos a la impotencia. No cooperaremos.

Afuera sonó un tiro. Corrimos a las ventanas. Un guardia rojo, a quien las invectivas habían acabado por exasperar, había disparado, hiriendo a una muchacha en el brazo. Vimos cómo la trasladaron a un coche, rodeada por la multitud irritada cuyos clamores ascendían hasta nosotros. De pronto, apareció un automóvil blindado en la esquina de la Mijailovskaya, haciendo girar sus cañones. Inmediatamente la gente comenzó a correr, como lo sabe hacer la de Petrogrado, echándose boca abajo en medio de las calles y los arroyos, aplastándose detrás de los postes telegráficos. El vehículo avanzó lentamente hasta llegar a las gradas de la Duma; un hombre sacó la tabeza por la torreta y pidió que se le entregaran los números del Soldatski Golas. Los boy-scouts se echaron a reír y corrieron a refugiarse en el edificio. Al cabo de algunos momentos el auto blindado, indeciso, realizó algunas evoluciones y luego tomó el camino de la Nevski, en tanto que hombres y mujeres comenzaron a incorporarse y a sacudir el polvo de sus ropas. En el interior había una frenética correría de gentes que buscaban por todas partes dónde ocultar sus paquetes de Soldatski Galos.

Un periodista entró precipitadamente en la habitación agitando un periódico.

—¡Aquí está una proclama procedente de Krasnov! -exclamó. Todo el mundo se apretujó a su alrededor.

—¡Hay que imprimirla en seguida, en seguida, y distribuirla por los cuarteles!

Por orden del jefe supremo de los ejércitos, he sido designado comandante de las tropas concentradas en Petrogrado. ¡Ciudadanos, soldados, valerosos cosacos del Don, de Ku-Lán, de Transbaikal, del Usuri, del Amur, del Yenisei, me dirijo a vosotros, que habéis permanecido fieles a vuestro juramento de soldados, que habéis jurado no violar jamás vuestro juramento de cosacos! ¡Vosotros salvaréis a Rusia de la vergüenza imborrable a la cual la expone un oscuro puñado de ignorantes, comprados por el oro del kaiser Guillermo. El Gobierno provisional, a quien jurasteis fidelidad en las gloriosas jornadas de febrero, no ha sido derrocado, sino expulsado por la violencia, y se prepara a regresar con la ayuda de los ejércitos del frente. Fiel a su deber, el Consejo de la Unión de los ejércitos cosacos ha reunido bajo su mando a todos los cosacos y, valido del espíritu que les anima, sostenido por la voluntad de todo el pueblo ruso, ha jurado servir a su país como lo hicieron nuestros antepasados en 1612 durante la terrible época de disturbios, cuando los cosacos del Don liberaron a Moscú, amenazado por los suecos, los polacos y los lituanos, y desgarrado por disensiones interiores.El frente considera a estos criminales con horror y desprecio. Sus saqueos, sus violencias, sus asesinatos, su manera totalmente germánica de tratar a sus víctimas, abatidas, pero no vencidas, han apartado de ellos a todo el pueblo.

¡Ciudadanos soldados, valerosos cosacos de Petrogrado, enviad sin tardar a vuestros delegados, a fin de que yo sepa quién es traidor a su país y quién no lo es, con objeto de que no corra el riesgo de hacer que se derrame sangre inocente!

Casi en el mismo instante corrió de grupo en grupo el rumor de que el edificio estaba cercado por las guardias rojas. Entró un oficial, con un brazalete rojo, y se encaminó al aposento del alcalde. Minutos más tarde partió y el viejo Schreider salió de su gabinete, con el rostro tan pronto pálido como encendido.

—¡A reunirse la Duma en sesión extraordinaria! -exclamó-. ¡Inmediatamente!

Cesaron todos los trabajos en la sala de sesiones.

—¡Todos los miembros de la Duma a sesión extraordinaria!

—¿Qué ocurre?

—No lo sé ... que vamos a ser detenidos ... se va a disolver la Duma ... Se va a detener a los diputados en la puerta.

Así corrían como reguero de pólvora los comentarios excitados.

En la sala Nicolás apenas había sitio para estar de pie. El alcalde anunció que todas las salidas estaban guardadas militarmente, que estaba prohibido entrar o salir, y que un comisario había amenazado con proceder a la detención y dispersión de la Duma municipal. Esta declamación fue seguida de una oleada de discursos apasionados de diputados y hasta de oyentes de las tribunas. Ningún poder tenía el derecho de disolver el gobierno municipal elegido libremente; la persona del alcalde y de todos los miembros eran inviolables; jamás se reconocería a los tiranos, los provocadores, los agentes de Alemania. En cuanto a las amenazas de disolución, ¡que vengan! ¡Tendrán que pasar sobre nuestros cadáveres para apoderarse de esta cámara, donde, como los senadores romanos, esperaremos con dignidad la llegada de los godos!

Se votó resolución tras resolución: una pidiendo que se informase de los acontecimientos, por telégrafo, a las Dumas y zemstvos de toda Rusia; otra sobre la imposibilidad de que el alcalde y el presidente de la Duma entraran en cualesquier clase de relaciones con los representantes del Comité Militar Revolucionario o con el llamado Consejo de los Comisarios del Pueblo; otra, reclamando un nuevo llamamiento a la población de Petrogrado para exhortarla a defender la municipalidad elegida por ella; una cuarta proponía mantenerse en sesión permanente…

Mientras tanto, un diputado había telefoneado al Smolny; anunció que el Comité Militar Revolucionario no había dado orden de cercar la Duma y que se iban a retirar las tropas.

Al tiempo que nosotros descendíamos, Riazánov irrumpió precipitadamente por la puerta grande, muy agitado.

—¿Vais a disolver la Duma? -le pregunté.

—¡Nada de eso! -contestó-. Es un equívoco. Esta mañana le dije al alcalde que la Duma no sería inquietada.

Mientras iba cayendo la noche, una larga fila doble de ciclistas llegaba por la Nevski, con el fusil en bandolera. Hicieron alto y la multitud los acosó en seguida a preguntas.

—¿Quiénes sois vosotros? ¿De dónde venís? -preguntó un hombre grueso con un cigarro puro en los labios.

—Del duodécimo ejército. Llegamos del frente para ayudar a los Soviets contra la condenada burguesía. Se alzaron gritos furiosos:

—¡Estos son los gendarmes bolcheviques! ¡Los cosacos bolcheviques !

Un oficial pequeño, con chaqueta de cuero, descendió las gradas corriendo.

—La guarnición ha vuelto la espalda -me cuchicheó al oído-. Este es el comienzo del fin para los bolcheviques. ¿Quiere presenciar el cambio de la marea? Venga conmigo.

Tomó el camino de la Mijailovskaya a paso gimnástico, y nosotros detrás de él.

—¿Qué regimiento es?

—Los broneviks.

Era grave. Los broneviks, tropas de los automóviles blindados, eran, en efecto, la clave de la situación; quien los tuviera controlados era dueño de la ciudad.

—Los comisarios del Comité de Salvación y de la Duma han ido a su encuentro. En este momento deliberan.

—¿Deliberan acerca de qué? ¿Para decidir de qué lado van a combatir?

—¡Oh, no! Esa no es la manera de hacerlo. Ellos no combatirán jamás contra los bolcheviques. Votarán por la neutralidad, y entonces los junkers y los cosacos…

La puerta de la gran escuela de equitación Miguel estaba abierta de par en par. Dos centinelas quisieron detenernos, pero franqueamos precipitadamente la entrada, sordos a sus requerimientos. El interior sólo estaba débilmente iluminado por una lámpara colgada bajo el techo de la inmensa sala. A lo largo de los muros las monstruosas siluetas

de los automóviles blindados se agazapaban en la sombra. Uno de ellos se encontraba totalmente aislado en el medio, bajo la luz, y a su alrededor estaban reunidos unos dos mil soldados vestidos con uniformes oscuros que parecían perdidos en la inmensidad de este edificio imperial. Una docena de hombres -oficiales, presidentes y oradores de los comités de soldados- se hallaban encaramados en la parte superior del vehículo, y un soldado hablaba desde la torreta central. Era Janjunov, quien había sido presidente del Congreso de los broneviks de toda Rusia el verano anterior. Flexible y elegante en su chaqueta de cuero con charreteras de teniente, abogaba con elocuencia por la neutralidad.

—Es horrible -dijo- que los rusos maten a sus hermanos rusos. No tiene por qué haber guerra civil entre soldados que han luchado hombro con hombro contra el zar, que han vencido al enemigo extranjero en combates que la historia no olvidará. ¿Qué tenemos que ver nosotros, los soldados, en estas querellas de partidos políticos? No quiero decir que el Gobierno provisional sea un gobierno democrático; nosotros no queremos coalición con la burguesía, no; pero es necesario un gobierno de la democracia unificada; ¡de lo contrario, Rusia está perdida!

Estas palabras parecieron razonables; el gran salón resonó con los aplausos y las aprobaciones. Un soldado, con el rostro pálido y contraído, trepó a la improvisada tribuna.

—¡Camaradas! -exclamó-. Vengo del frente rumano para deciros a todos: ¡debe haber paz! ¡Debe haber paz inmediatamente! ¡Seguiremos a quienquiera que nos dé la paz, sean los bolcheviques o este nuevo gobierno! ¡La paz! No podemos combatir más tiempo ya. No queremos combatir ni contra los alemanes, ni contra los rusos.

Tras estas palabras saltó de la tribuna; un murmullo confuso y punzante se elevó de esta masa ya encrespada para hincharse de cólera cuando el orador siguiente, un menchevique entreguista, trató de sostener que la guerra no podía terminar más que por la victoria de los Aliados.

—¡Hablas como Kerenski! -le lanzó una voz ruda.

Luego, un delegado de la Duma abogó por la neutralidad. Le escucharon con una sensación de malestar, sin identificarlo como a uno de ellos. Jamás he visto yo hombres que se aplicaran con una intensidad semejante a comprender, a decidir. No se movían, dirigían sobre el "orador una mirada de fijeza casi aterradora, las cejas fruncidas por el esfuerzo de pensar, su frente perlada de sudor, gigantes con los ojos inocentes y claros de niños y rostros de guerreros de epopeya.

Después vino un bolchevique, un hombre de su propia unidad, quien habló con violencia y odio. No tuvo más aprobación que el anterior. No era eso lo que ellos querían. Por el momento, estaban desprendidos del curso normal de las preocupaciones triviales, sus espíritus estaban llenos de Rusia, del socialismo, del mundo, como si dependiera de ellos el que la revolución viviera o muriese.

Se sucedieron los oradores, hablando tan pronto en medio de un silencio tenso como rodeados de clamores de aprobación o de cólera. ¿Actuaremos o mantendremos una actitud neutral? Volvió Janjunov, persuasivo, benévolo. ¿Pero no era él oficial y partidario de una defensa pasiva a ultranza, a pesar de todos sus discursos sobre la paz? Un obrero de la isla Vassili fue saludado con estas palabras:

—¿Eres tú, trabajador, quien nos va a dar la paz?

Cerca de nosotros una especie de claque, compuesta en su mayoría por oficiales, animaba a los abogados de la neutralidad. Constantemente estaban gritando: "¡Janjunov! ¡Janjunov!" y silbaban en forma injuriosa cuando quería hablar un bolchevique.

De pronto, los delegados de los comités y los oficiales entablaron, arriba del automóvil, una discusión animada acompañada de gestos vivos. Un soldado, a quien uno de los oficiales intentaba retener, se soltó con fuerza y levantó la mano.

—¡Camaradas -exclamó-, el camarada Krylenko está aquí y quiere hablarnos!

Esto produjo un desencadenamiento de aplausos, silbidos y gritos:

—¡Que hable! ¡Que siga! ¡Que lo echen!

A todo esto, el comisario del pueblo en el Ministerio de la Guerra trepó sobre el automóvil, ayudado por muchas manos que tiraban de él y lo empujaban de atrás a delante. Permaneció inmóvil un momento; después avanzando hacia el radiador y con las manos sobre las caderas, lanzó una mirada sonriente a su alrededor: rechoncho, de piernas cortas, descubierto, no lucía insignia alguna en su uniforme.

La claque, al lado nuestro, vociferaba sin cesar:

—¡Janjunov! ¡Es a Janjunov a quien queremos! ¡Que lo echen! ¡Callaos! ¡Abajó el traidor!

Entonces, la multitud se convirtió en una masa tumultuosa y comenzó a moverse, deslizándose lentamente en nuestra dirección cual un alud. Hombres corpulentos de gestos ceñudos se abrieron camino hasta nosotros.

—¿Quién es el que está interrumpiendo nuestra reunión? -gritaron-. ¿Quién es el que silba aquí?

La claque, dispersada sin suavidad, huyó y ya no volvió a rehacerse.

"Camaradas soldados -comenzó a decir Krylenko, con voz ronca por la fatiga-: No me encuentro en condiciones de hablar; lo siento, pero hace cuatro noches que no he dormido. No tengo necesidad de deciros que soy un soldado. No tengo necesidad de deciros que quiero la paz. Lo que tengo que deciros es que el partido bolchevique, que ha hecho triunfar la revolución de los obreros y soldados con vuestra ayuda y la de todos los valientes camaradas que han derrocado para siempre el poder de la burguesía sanguinaria, ha prometido ofrecer la paz a todos los pueblos y que lo ha hecho ya, hoy mismo. (Tumulto de aplausos.) Se os pide que permanezcáis neutrales cuando los junkers y los Batallones de la Muerte, que jamás son neutrales, nos fusilan en las calles y traen otra vez a Petrogrado a Kerenski, o quizá a algún otro de su banda. Kaledin está en marcha, procedente del Don. Kerenski llega del frente. Kornilov concentra sus íekinsty para renovar la tentativa de agosto. Todos esos mencheviques y socialrevolucionarios que os piden que evitéis la guerra civil, ¿cómo se han mantenido ellos en el poder sino por la guerra civil, que dura sin tregua desde el mes de julio, y en la cual ellos han estado constantemente del lado de la burguesía, como lo están todavía ahora?

"¿Cómo puedo persuadiros yo, si ya habéis tomado una decisión? La cuestión es sencilla. De un lado están Kerenski, Kaledin, Kornilov, los mencheviques, los socialrevolu-

cionarios, los kadetes, la Duma, los oficiales. .. Nos dicen que sus intenciones son buenas. Del otro lado están los obreros, los soldados y los marinos, los campesinos pobres. El gobierno está en vuestras manos. Vosotros sois los dueños. La gran Rusia os pertenece. ¿La vais a entregar vosotros?"

Se veía que se mantenía de pie por un esfuerzo de voluntad y la profunda sinceridad del sentimiento que inspiraba sus palabras estallaban en su voz fatigada. Al final se tambaleó, cayendo casi; un centenar de brazos se alargó para ayudarle a bajar y los grandes espacios sombríos del local devolvieron los ecos de una ovación inmensa.,

Janjunov trató de hacer uso de la palabra, pero como por todas partes se gritaba: "¡A votar, a votar!" cedió y leyó una resolución proponiendo que se retirara al representante de los broneviks en el Comité Militar Revolucionario y se declarara la neutralidad de éstos en la guerra civil. Los que estuvieran en favor de la moción debían pasar a la derecha; los que estuvieran en contra, a la izquierda. Hubo un momento de vacilación, de espera muda; luego se inició un movimiento hacia la izquierda, que se fue haciendo más rápido gradualmente; cientos de soldados vigorosos, tropezando los unos con los otros, avanzaron en masa compacta sobre el piso sucio, en la penumbra. . . Cerca de nosotros, un centenar de hombres, dispersos, abandonados por la oleada, se obstinaron en favor de la resolución: cuando el techo se estremeció por los hurras de la victoria, dieron media vuelta y se apresuraron a salir de la escuela de equitación, y al mismo tiempo de la revolución.

Hay que imaginarse una lucha semejante que se desarrolló en todos los cuarteles de la ciudad, en todos los distritos, en todo el frente, en toda Rusia. Hay que imaginarse en los regimientos a los Krylenkos aporreados de cansancio, corriendo de un lugar a otro, discutiendo, amenazando, suplicando. Hay que imaginarse, finalmente, las mismas escenas en todos los locales de los sindicatos, en las fábricas, en los pueblos, en todos los navios dispersos de la flota; hay que imaginarse a cientos de miles de rusos por todo el país, las miradas fijas en los oradores, obreros, y campesinos, marinos, trabajando intensamente por comprender y decidir, pensando con todas sus fuerzas -y tomando, finalmente, de manera tan unánime, su decisión. Así fue la revolución rusa.

En el Smolny, el nuevo Consejo de Comisarios del Pueblo no permanecía ocioso. El primer decreto ya estaba en las prensas: esa misma tarde fueron distribuidos millares de ejemplares en las calles de la ciudad y cada tren transportaba paquetes hacia el Sur y el Este:

En nombre del Gobierno de la República rusa, elegido por el Consejo de Diputados obreros y soldados de toda Rusia, con participación de los diputados campesinos, el Consejo de Comisarios del Pueblo decreta:

1º Las elecciones de la Asamblea Constituyente se llevarán a cabo en la fecha señalada, es decir, el 12 de noviembre.

2º Todas las comisiones electorales, los órganos municipales locales, -los Soviets de Diputados obreros, soldados y campesinos y las organizaciones de soldados del frente harán todos los esfuerzos para asegurar la libertad y regularidad del voto en la fecha señalada.

En nombre del Gobierno de la República rusa, El presidente del Consejo de los Comisarios del Pueblo, Vladimir Ulianov-Lenin

La Duma municipal se mantenía constantemente en plena actividad. Cuando llegamos, estaba hablando un miembro del Consejo de la República. El Consejo, dijo, no se consideraba disuelto; solamente estimaba que no podía continuar sus trabajos hasta que no contara con un nuevo lugar de reunión. Mientras tanto, su comité director había decidido entrar en masa en el Comité de Salvación. Y añadiré, de paso, que es la última vez que la historia menciona al Consejo de la República rusa.

Luego se llevó a cabo el desfile ordinario de delegados de ministerios, del Vikjel, del Sindicato de Correos y Telégrafos, reiterando por centésima vez su determinación de no trabajar para los usurpadores bolcheviques. Un junker que había estado en el Palacio de Invierno pintó con colores brillantes su heroísmo y el de sus camaradas, así como la conducta vergonzosa de las guardias rojas, presentando un cuadro vigoroso al cual todo el mundo dio su asentimiento devoto. Alguien dio lectura a un artículo del periódico socialrevolucionario Volia Naroda, que establecía que los daños causados al Palacio de Invierno se elevaban a 500 millones de rublos, y describía con gran lujo de detalles las escenas de saqueo y robos con fractura que se habían desarrollado.

De cuando en cuando, el teléfono traía noticias. Los cuatro ministros socialistas habían sido puestos en libertad. Krylenko se había dirigido a la fortaleza de Pedro y Pablo para anunciar al almirante Verdsrevski que el ministerio de Marina estaba vacante y rogarle en nombre de Rusia, que asumiera el cargo bajo el control de los comisarias del pueblo. El viejo marino había consentido. Kerenski avanzaba, las guarniciones de los bolcheviques retrocedían ante él. El Smolny había promulgado otro decreto ampliando los poderes de la Duma municipal relativos a los aprovisionamientos en víveres.

Esta última "insolencia" provocó un desencadenamiento de furor. Este Lenin, este usurpador, este tirano, cuyos comisarios se habían incautado del garaje municipal, se permitían entrar en los almacenes municipales e inmiscuirse en las operaciones del Comité de Abastecimientos y en el reparto de víveres, ¡este Lenin pretendía definir los límites del poder de una municipalidad libre, independiente y autónoma! Un diputado, con el puño alzado, propuso cortar los víveres a la ciudad si los bolcheviques se permitían intervenir en el funcionamiento del Comité de Abastecimientos...

Otro, representante del Comité especial de Abastecimientos, señaló que la situación alimenticia era muy grave y pidió el envío de delegados para acelerar la llegada de los trenes de víveres.

Dedonenko anunció dramáticamente que la guarnición vacilaba: el regimiento Semenov había resuelto ya ponerse a las órdenes del partido socialrevolucionario; las tripulaciones de los torpederos del Neva estaban indecisas. Inmediatamente se nombraron siete delegados para continuar la propaganda entre las tropas. Luego subió a la tribuna el viejo alcalde:

—¡Camaradas y ciudadanos! Acabo de saber que los prisioneros de la fortaleza de Pedro y Pablo se encuentran en peligro. Catorce junkers de la escuela Pablo han sido desnudados y torturados por los guardianes bolcheviques. Uno de ellos se ha vuelto loco. ¡Están amenazando con linchar a los ministros!

Se produjo un torbellino de indignación y horror, cuya violencia aumentó cuando una mujer vestida de gris, baja y rechoncha, pidió la palabra y alzó su voz dura y metálica. Era Vera Slutskaya, veterana revolucionaria y miembro bolchevique de la Duma.

—¡Eso es una mentira y una provocación! -dijo, impasible bajo el diluvio de injurias-. El Gobierno obrero y campesino que ha abolido la pena de muerte no puede permitir tales actos. Pedimos que se abra una investigación inmediata, y si hay algo de verdad en los hechos de que se informa, el gobierno tomará enérgicas medidas.

Inmediatamente se nombró una comisión integrada por representantes de todos los partidos y que se dirigió a la fortaleza de Pedro y Pablo para investigar. Nosotros salimos con ella, mientras la Duma nombraba otra comisión encargada de ir al encuentro de Kerenski con el fin de tratar de que no hubiera efusión de sangre a su entrada en la capital. . .

Era más de medianoche cuando pasamos delante de los centinelas de la fortaleza. A la débil luz de las escasas lámparas eléctricas, avanzamos a lo largo de la iglesia, donde reposan los zares, bajo la esbelta espira dorada con su carillón que continuó tocando durante meses, todos los días al mediodía, el Boje tsaria Jrani ("Dios proteja a nuestro zar"). El lugar estaba desierto, la mayor parte de las ventanas ni siquiera estaba iluminada. De cuando en cuando, nos topábamos con una masa que andaba a tientas en la sombra y que respondía a nuestras preguntas con el acostumbrado *Ia nie snayu* ("No sé").

A nuestra izquierda, se alzaba la silueta sombría del bastión Trubetskoi, esa tumba viviente donde tantos mártires de la libertad dejaron la vida o la razón en la época del zar, y donde, a su vez, el Gobierno provisional había encarcelado a los ministros del zar y los bolcheviques a los del Gobierno provisional.

Un amable marino nos condujo a la oficina del comandante, en una casita cerca de la Casa de la Moneda. Una media docena de guardias rojas, marinos y soldados estaban sentados en una habitación caliente, llena de humo, en la que un samovar humeaba alegremente. Nos acogieron con cordialidad y nos ofrecieron té. El comandante había salido. Acompañaba, nos dijeron, a una comisión de sabotajnis (saboteadores) de la Duma municipal que insistía en que se estaba matando a todos los junkers. Esto pareció divertirles muchísimo. En un extremo de la habitación se hallaba sentado un hombrecillo calvo que tenía todo el aspecto de ser un viejo verde; vestido con levita y una pelliza lujosa, mordisqueaba su bigote y lanzaba a su alrededor miradas de rata acosada. Acababa de ser detenido. Alguien dijo, mirando con displicencia hacia donde estaba el hombre, que se trataba de un ministro o cosa parecida. El hombrecillo no pareció oir; estaba evidentemente aterrado, no obstante que los ocupantes de la habitación no mostraban animosidad alguna hacia él.

Me encaminé hacia él y le dirigí la palabra en francés.

—Conde Tolstoi -respondió, haciendo su presentación, mientras se inclinaba con rigidez-. No comprendo por qué he sido detenido. Cruzaba el puente Trotzki para ir a mi casa, cuando dos de estos… de estos individuos me detuvieron. Yo fui comisario del Gobierno provisional adjunto al Estado Mayor, pero de ninguna manera miembro del gobierno.

—Vamos a dejarlo marchar -propuso un marino-. Es inofensivo.

—¡No! -respondió el soldado que lo había conducido-. Debemos preguntarle al comandante.

—¡El comandante! -rió burlón el marino-. ¿Es que hemos hecho la revolución para continuar obedeciendo a los oficiales?

Un praportchik (aspirante) del regimiento de Pablo nos refirió cómo había comenzado la insurrección:

—El regimiento se encontraba de servicio en el Estado Mayor General la noche del 6. Algunos de mis camaradas y yo estábamos de guardia. Iván Pavlovitch y otro -no recuerdo su nombre- se hallaban escondidos detrás de las cortinas de la ventana, en la habitación donde estaba reunido en sesión el Estado Mayor. Escucharon toda clase de cosas, entre otras la orden de hacer venir durante la noche a Petrogrado a los junkers de Gatchina, y la de advertir a los cosacos que estuvieran preparados para el día siguiente por la mañana. Los puntos principales de la ciudad debían ocuparse antes del amanecer; se decidió igualmente abrir los puentes. Pero cuando se comenzó a tratar de cercar el Smolny, Iván Pavlovitch no pudo aguantar más tiempo. Precisamente en aquel momento había muchas idas y venidas de las cuales se aprovechó para deslizarse fuera de su escondite y bajar a la sala de guardia, mientras su camarada continuaba escuchando. Yo comencé a sospechar que se preparaba algo. A cada momento llegaban automóviles llenos de oficiales; todos los ministros se encontraban allí. Iván Pavlovitch me contó lo que había escuchado. Eran las dos y media de la mañana. El secretario del comité del regimiento estaba presente; le referimos la cosa y solicitamos su consejo. "Hay que detener a todos los que entren o salgan -respondió-. Es lo que hicimos. Al cabo de una hora habíamos agarrado a varios oficiales y dos ministros a los que enviamos derechos al Smolny. Pero el Comité Militar Revolucionario no estaba preparado; allí no supieron qué hacer y poco después recibimos la orden de dejar circular libremente y no detener a nadie. Entonces nos fuimos corriendo al Smolny y necesitamos una hora larga para hacerles comprender que era la guerra. Eran las cinco cuando regresamos al Estado Mayor y casi todo el mundo se había marchado. De todos modos, detuvimos a algunos, y la guarnición, finalmente, estaba alerta."

Un guardia rojo de la isla Vassili nos describió con gran abundancia de detálles lo que había ocurrido en su distrito el gran día de la insurrección:

—No teníamos ametralladoras allí -dijo riendo-, y no podíamos recibirlas del Smolny. El camarada Zalkind, miembro de la Duma de la barriada, recordó de repente que en la sala de sesiones de la alcaldía se encontraba una ametralladora tomada a los alemanes. Acompañados por otro camarada nos fuimos allí. Los mencheviques y los socialrevolucionarios estaban precisamente reunidos en sesión. Abrimos la puerta y nos dirigimos hacia ellos; eran doce o quince los que estaban sentados alrededor de la mesa, y nosotros éramos tres. Al vernos, dejaron de hablar y nos contemplaban con asombro. Cruzamos la habitación, desmontamos la ametralladora; el camarada Zalkind agarró una parte y yo la otra. Nos la echamos a las espaldas y salimos. Nadie nos dijo una palabra.

—¿Sabes tú cómo se tomó el Palacio de Invierno? -preguntó un tercero, un marino-. Hacia las once nos percatamos que no había junkers por el lado del Neva. Entonces forzamos las puertas y comenzamos a introducirnos por diferentes escaleras, uno por uno o

en grupos pequeños. Cuando llegamos arriba fuimos detenidos por los junkers, que nos desarmaron. Pero como continuaron llegando compañeros nuestros, pronto estuvimos en mayoría. Entonces nos tocó a nosotros el turno de quitarles las armas a los junkers…

En este momento entró el comandante, un joven suboficial de aspecto jovial, con el brazo en cabestrillo y sombrías ojeras producidas por la falta de sueño. Su mirada se posó primero sobre el detenido, que inmediatamente se puso a explicar su situación.

—¡Ah! Perfectamente -le interrumpió el otro-. Entonces usted formaba parte de ese comité que se negó a entregar el Estado Mayor el miércoles por la tarde. ¡Oh! Ya no le necesitamos a usted, ciudadano. Lo siento.

Abrió la puerta y, con un gesto, le indicó al conde Tolstoi que se podía marchar. Hubo algunos murmullos de protesta, sobre todo por parte de las guardias rojas, y el marino exclamó triunfalmente: ¿Qué tal? ¿No os lo había dicho yo?

Dos soldados se dirigieron inmediatamente al comandante. Habían sido delegados por la guarnición de la fortaleza para presentar una protesta. Los prisioneros, dijeron, recibían la misma alimentación que los guardianes, cuando apenas si había lo suficiente para no morirse de hambre. ¿Por qué se trataba tan bien a los contrarrevolucionarios?

—Nosotros somos revolucionarios, camaradas, no bandidos -repuso el comandante.

Después se volvió hacia nosotros. Le explicamos que corría el rumor de que se torturaba a los junkers y que la vida de los ministros corría peligro. ¿No nos sería posible ver a los prisioneros a fin de demostrar al mundo...?

—No -respondió nerviosamente el joven militar-. No voy a molestar una vez más a los prisioneros. Ahora mismo acabo de verme obligado a despertarlos. Seguramente que han creído que íbamos a verlos para matarlos. La mayor parte de los junkers ha sido puesta en libertad y el resto saldrá mañana.

Dio media vuelta bruscamente.

—¿Podríamos hablar a la comisión de la Duma? El comandante, que estaba sirviéndose un vaso de té, hizo una señal afirmativa.

—Todavía están en el vestíbulo -dijo negligentemente.

En efecto, se encontraban al otro lado de la puerta, agrupados alrededor del alcalde y discutiendo con animación a la débil luz de una lámpara de petróleo.

—Señor alcalde -le dije-, nosotros somos corresponsales norteamericanos. ¿Quisiera usted hacer el favor de comunicarnos oficialmente el resultado de su investigación?

Volvió hacia nosotros su rostro digno y venerable.

—Las acusaciones no contienen la menor sombra de verdad -expuso hablando con lentitud-. Aparte de los incidentes que se produjeron al ser conducidos aquí, los ministros han sido tratados con todos los miramientos. En cuanto a los junkers, ni uno solo ha tenido que padecer la más leve molestia.

A lo largo de la Nevski, a través de las sombras de la ciudad desierta, una columna interminable de soldados avanzaba en silencio al encuentro de Kerenski. En las callejuelas oscuras, los automóviles circulaban con los faros apagados. Una actividad furtiva reina-

ba en Fontanka No. 6, cuartel general del Soviet de los campesinos, así como en cierto local de un gran edificio de la Nevski y en la Escuela de Ingenieros. La Duma estaba iluminada.

En el Smolny, las oficinas del Comité Militar Revolucionario parecían lanzar chispas, como una dinamo que estuviera trabajando a demasiada potencia…

CAPÍTULO VII

EL FRENTE REVOLUCIONARIO

Sábado 10 de noviembre.

¡Ciudadanos!

El Comité Militar Revolucionario declara que no tolerará ninguna violación del orden revolucionario. Los robos, los actos de pillaje, los ataques a mano armada y las tentativas de pogromos serán castigados severamente. Siguiendo el ejemplo de la Comuna de París, el Comité aplastará sin piedad a los saqueadores y a los instigadores del desorden.

La ciudad permanecía tranquila. Ni una sola persona asaltada, ni un robo, ni siquiera una camorra entre beodos. Patrullas armadas recorrían las calles silenciosas durante la noche; en las plazuelas, los soldados y las guardias rojas, sentados en cuclillas alrededor de pequeñas hogueras, reían y cantaban. Durante el día, multitudes de gentes se agrupaban en las aceras para escuchar las interminables y acaloradas discusiones entre estudiantes, soldados, hombres de negocios y obreros.

Los ciudadanos se detenían uno a otro en la calle preguntándose:

-¿Llegan los cosacos?

-No...

-¿Cuáles son las últimas noticias?

-No sé nada. ¿Dónde está Kerenski?

-Se dice que no está a más de ocho kilómetros de Petrogrado. ¿Es cierto que los bolcheviques han buscado refugio en el crucero Aurora?

-Eso dicen.

Los muros, unos cuantos periódicos, gritaban las noticias: mentís, llamamientos, decretos...

Un inmenso cartel reproducía el manifiesto histérico del Comité Ejecutivo de los Diputados campesinos:

Ellos [los bolcheviques] se atreven a decir que tienen el apoyo de los Soviets de los Diputados campesinos

Es preciso que toda la Rusia revolucionaria sepa que es mentira y que los campesinos todos, por boca del Comité Ejecutivo del Soviet de los Diputados campesinos de toda Rusia, rechazan con indignación toda participación de los campesinos organizados en esta violación criminal de la voluntad de todos los trabajadores.

Otro anuncio emanaba de la sección de soldados del partido socialrevolucionario:

La loca tentativa de los bolcheviques está en vísperas de estrellarse. La guarnición se halla dividida. Los ministerios están en huelga, el pan escasea. Todos los partidos, con excepción de los bolcheviques, han abandonado el Congreso. Los bolcheviques están solos. Hacemos un llamamiento a todos los elementos sanos para que se agrupen alrededor del Comité para la Salvación del país y la revolución y para que se preparen seriamente a responder al primer llamamiento del Comité Central.

El Consejo de la República, en una hoja especial, enumeraba sus desdichas:

Cediendo a la fuerza de las bayonetas, el Consejo se ha visto obligado a disolverse el 7 de noviembre, y a suspender provisionalmente sus trabajos. Los usurpadores del poder, que no apean de los labios las palabras libertad y socialismo, han encarcelado en una prisión zarista a los miembros del Gobierno provisional, incluidos los ministros socialistas. Han suprimido los periódicos, se han incautado de las imprentas. Un gobierno semejante debe ser considerado como enemigo del pueblo y de la revolución; hay que luchar contra él y derrocarlo. El Consejo de la República, en espera de la reanudación de sus trabajos, invita a los ciudadanos a agruparse estrechamente en torno a las secciones locales del Comité para la Salvación del país y la revolución, que trabajan para el derrocamiento de los bolcheviques y la formación de un gobierno capaz de llevar al país martirizado hasta la Asamblea Constituyente.

El Dielo Naroda escribía:

Una revolución es un levantamiento de todo el pueblo. ¿Quién ha reconocido la "segunda revolución" de los señores Lenin, Trotzki y sus acólitos? Un pequeño número de obreros, soldados y marinos, a quienes han conseguido engañar, y nadie más.

Y el Narodnoye Slovo ("La Palabra del Pueblo", órgano socialista-popular):

¿Un gobierno obrero y campesino? ¡Qué ilusión! Nadie, ni en Rusia, ni en los países aliados, reconocerá a este gobierno. Ni los mismos países enemigos lo reconocerán.

La prensa burguesa había desaparecido, por el momento...

El Pravda publicó un relato de la primera reunión del nuevo Tsik, el Parlamento de la República soviética rusa. Miliutin, comisario de Agricultura, hizo notar, en esta sesión, que el Comité Ejecutivo de los Soviets campesinos había convocado un congreso campesino de toda Rusia para el 13 de diciembre. -Pero -dijo- nosotros no podemos aguardar. Precisamos el apoyo de los campesinos. Propongo, por lo tanto, que tomemos la iniciativa de este congreso y lo convoquemos inmediatamente.

Los socialrevohácionarios de izquierda asintieron. Inmediatamente se redactó un llamamiento a los campesinos de Rusia y se eligió un comité de cinco miembros para que pusieran el proyecto en ejecución.

La cuestión de los planes del reparto de la tierra y la del control obrero de la industria fueron aplazadas hasta que los peritos acabaron sus informes.

Se leyeron y aprobaron tres decretos,[74] un reglamento general de la prensa, preparado por Lenin, ordenando la supresión de todos los periódicos que instigaban a la resistencia y desobediencia al nuevo gobierno, incitaran a cometer actos criminales o bien deformaran deliberadamente las noticias; decreto sobre la moratoria de los alquileres; decreto implantando la milicia obrera. Además, se adoptaron dos medidas: una confiriendo a la Duma municipal el poder de requisar los apartamientos y locales vacíos; la otra, prescribiendo la descarga de los vagones en las terminales, a fin de activar la distribución de los géneros alimenticios de primera necesidad y de liberar el precioso material rodante...

Dos horas más tarde, el Comité Ejecutivo de los Soviets campesinos lanzaba a toda Rusia el siguiente telegrama:

La organización irregular bolchevique, nombrada Buró organizador del congreso campesino de toda Rusia, invita telegráficamente a todos los Soviets campesinos a enviar sus delegados a un congreso en Petrogrado. El Comité Ejecutivo del Soviet de los Diputados campesinos de toda Rusia declara que no ha dejado de considerar que sería peligroso en este momento alejar de las provincias las fuerzas necesarias para prepa-

---

[74] **Dos decretos: Decreto sobre la prensa** *"En la hora decisiva de la revolución, y en los días que van a venir, el Comité provisional revolucionario se ve obligado a adoptar una serie de medidas con relación a la prensa contrarrevolucionaria de todos los matices. "En todas partes se grita que, al proceder así, el nuevo poder socialista viola los principios esenciales de su programa y atenta contra la libertad de prensa. "El Gobierno obrero y campesino llama la atención de la población hacia el hecho de que, en nuestro país, esta pantalla protectora de la libertad encubre la posibilidad de las clases ricas de quedarse con la parte más importante de la prensa, de envenenar así la opinión pública y de sembrar la confusión en la conciencia de las masas. "Todo el mundo sabe que la prensa burguesa es una de las armas más poderosa de la burguesía. En este momento particularmente crítico, en que el nuevo poder obrero y campesino está consolidándose, no es posible dejar en manos del enemigo esta arma, no menos peligrosa que las bombas y las ametralladoras. Por todo ello, se han tomado medidas extraordinarias y provisionales para poner coto a la oleada de inmundicias y calumnias bajo la que la prensa amarilla y la prensa verde desearían ahogar la joven victoria del pueblo. Una vez consolidado el nuevo orden, se dejarán en suspenso todas las medidas administrativas contra la prensa; se concederá a ésta plena libertad dentro de los límites de la responsabilidad legal y de acuerdo con las reglamentaciones más amplias y avanzadas. Teniendo en cuenta que las restricciones a la libertad de prensa, incluso en los períodos críticos, sólo son admisibles en la medida en que sean necesarias, el Consejo de Comisarios del Pueblo decreta: 1º Se podrá decretar la suspensión de los periódicos: "a) que inciten a la resistencia abierta o a la desobediencia hacia el Gobierno obrero y campesino; "b) que siembren la confusión en los espíritus mediante noticias manifiesta y voluntariamente falaces; "c) que inciten a actos de carácter criminal castigados por la ley. "2º La suspensión temporal o definitiva de los órganos de prensa sólo podrá ser acordada por decreto del Consejo de Comisarios del Pueblo. "3º El presente decreto tiene carácter provisional y será revocado por una orden, especial, tan pronto se hayan restablecido las condiciones de vida normales." El presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo, VLADIMIR ULIANOV (LENIN)*

Decreto sobre la milicia obrera

"1º Todos los Soviets de Diputados obreros y soldados constituirán una Milicia obrera. "2º La Milicia obrera se hallará entera y exclusivamente a las órdenes de los Soviets de Diputados obreros y soldados. "3° Las autoridades militares y civiles prestarán todo su concurso para el armamento y equipo de los obreros, pudiendo llegar a requisar, a este efecto, las armas que pertenezcan al departamento de Guerra. "4º El presente decreto será puesto en vigor por la vía telegráfica.

"Petrogrado, 10 de noviembre de 1917."

El comisario del pueblo para el Interior, A. I. RYKOV

Este decreto estimuló en toda Rusia la formación de destacamentos de guardias rojas que habrían de ser el arma más valiosa del Gobierno soviético en el curso de la guerra civil.

rar las elecciones a la Asamblea Constituyente, que es la única salvación de los campesinos y de todo el país. Confirmamos que la apertura del congreso campesino está fijada para el 13 de diciembre.

En la Duma reinaba gran agitación: los oficiales iban y venían, el alcalde conferenciaba con los jefes del Comité de Salvación. Un consejero llegó corriendo con un ejemplar de la proclama de Kerenski que un aeroplano, volando a poca altura, acababa de dejar caer a centenares sobre la perspectiva Nevski; en ella se amenazaba con una venganza horrible a quienes no se sometiesen y ordenaba a los soldados que depusiesen las armas y se concentrasen inmediatamente en el Campo de Marte.

El primer ministro había tomado Tsárskoye Selo, nos dijeron, y se encontraba en la campiña de Petrogrado, a ocho kilómetros solamente de la ciudad. Haría su entrada al día siguiente por la mañana, es decir, dentro de unas pocas horas. Las tropas soviéticas en contacto con los cosacos se habían pasado al Gobierno provisional. Tchernov se encontraba en alguna parte entre los dos adversarios, tratando de integrar una fuerza "neutral" destinada a impedir la guerra civil.

En la capital, los regimientos de la guarnición, se seguía diciendo, habían retirado su apoyo a los bolcheviques. El Smolny ya estaba abandonado. Toda la máquina gubernamental había dejado de funcionar. Los empleados del Banco del Estado se habían negado a trabajar bajo las órdenes de los comisarios del Smolny y a entregarles el dinero. Todos los bancos privados habían cerrado sus ventanillas. Los ministerios estaban en huelga. Un comité especial de la Duma estaba haciendo un recorrido por las casas de comercio a fin de reunir los fondos necesarios para pagar a los huelguistas.[75]

Trotzki, que se había trasladado al ministerio de Negocios Extranjeros para hacer traducir el decreto sobre la paz a los principales idiomas extranjeros, recibió en su cara la dimisión que le lanzaron seiscientos empleados. Chliapnikov, comisario de Trabajo, había ordenado a todos los empleados de su ministerio que se reintegraran a sus puestos en un plazo de veinticuatro horas, bajo pena de perder sus empleos y sus derechos a la jubilación; sólo los ujieres habían obedecido. Algunas secciones del Comité especial de Suministros suspendieron su actividad antes que someterse a los bolcheviques. A pesar de las tentadoras promesas de salarios elevados y de mejoras a su situación, los empleados de la central telefónica se negaban a dar comunicación alguna al cuartel general soviético. El partido socialrevolucionario había votado la expulsión de aquellos de sus miembros que habían permanecido en el Congreso de los Soviets o que estaban participando en la insurrección.

En cuanto a la provincia, Mohilev se había declarado contra los bolcheviques. En Kiev, los cosacos habían expulsado a los Soviets y detenido a los jefes insurgentes. El Soviet y la guarnición de Luga habían afirmado su fidelidad al Gobierno provisional e invitado

[75] **Los fondos de huelga** Los fondos destinados a los funcionarios y empleados de bancos huelguistas fueron aportados por los bancos y las casas comerciales de Petrogrado y otras ciudades y por empresas extranjeras establecidas en Rusia. Cuantos accedían a declararse en huelga contra los bolcheviques recibían su sueldo íntegro, y en algunas ocasiones incluso aumentado. Cuando los financiadores de los fondos de huelga comprendieron que los bolcheviques se hallaban afianzados, se negaron a seguir, pagando a los huelguistas, con lo que las huelgas cesaron.

a toda Rusia a que los imitara. Kaledin había dispersado a todos los Soviets y sindicatos de la cuenca del Donets y sus fuerzas estaban en marcha hacia el Norte.

Un representante de los ferroviarios dijo:

—Ayer enviamos un telegrama a toda Rusia para pedir el cese inmediato de la guerra entre los partidos políticos, y reclamamos la formación de un gobierno de coalición socialista. Si no obtenemos satisfacción mañana lanzaremos un llamamiento a la huelga. Mañana por la mañana se reunirán todos los grupos para examinar la cuestión. Los bolcheviques parecen desear vivamente un arreglo.

—¡Si es que viven hasta entonces! -exclamó riendo el ingeniero jefe de la ciudad, hombre corpulento y coloradote.

Al irnos aproximando al Smolny —que no sólo no estaba abandonado, sino más activo que nunca, con sus continuas idas y venidas de obreros y soldados, con guardias dobles por todas partes—, encontramos a los periodistas de los diarios burgueses y socialistas "moderados".

—¡Nos han echado! —exclamó el de la Valia Narada. Bontch-Bruevitch ha bajado a la oficina de la prensa y nos ha dicho que saliésemos. ¡Dice que somos espías!

Y todos se pusieron a gritar a la vez:

—¡Insulto! ¡Ofensa! ¡Libertad de prensa!

En el vestíbulo se apilaban en grandes mesas llamamientos, proclamas y órdenes del Comité Militar Revolucionario. Los obreros y soldados los llevaban por paquetes enormes a los automóviles que esperaban afuera.

Uno de estos manifiestos decía:

¡A la picota! En el momento trágico que atraviesan las masas rusas, los mencheviques conciliadores, así como los socialrevolucionarios de derecha han traicionado a la clase obrera. Se han enrolado en las filas de Kornilov, de Kerenski y de Savinkov. Imprimen las órdenes del traidor Kerenski y crean el pánico en la ciudad difundiendo los rumores más ridículos acerca de supuestas victorias de estos renegados. ¡Ciudadanos! No deis crédito a esos falsos rumores. Ninguna fuerza puede vencer al pueblo insurrecto. El castigo merecido espera al primer ministro Kerenski y sus secuaces. Nosotros los ponemos en la picota. Los entregamos al desprecio de los obreros, soldados, marinos y campesinos, a quienes ellos quieren volver a encadenar. Jamás podrán borrar de sus rostros la mancha de la indignación y el desprecio populares. ¡Vergüenza y maldición a los traidores al pueblo!

El Comité Militar Revolucionario se había trasladado a locales más amplios, la sala 17, en el piso superior. En la puerta habían sido apostados varios guardias rojas. En el interior, en un espacio estrecho, aislado por una barrera, se apretujaba una multitud de gentes bien vestidas, de aspecto exterior respetable, pero interiormente devoradas por el odio y los setimientos de venganza, burgueses que querían un permiso para sus automóviles o un pasaporte para salir de la ciudad; entre ellos había muchos extranjeros. Bill Chaíov y Peters estaban de servicio. Suspendieron todas sus ocupaciones para leernos los últimos boletines.

El 1797 regimiento de reserva se había pronunciado en favor del apoyo. Cinco mil trabajadores de los muelles Putilov saludaban al nuevo gobierno. Apoyo entusiasta igualmente del Comité Central de los sindicatos. La guarnición y la escuadra de Revel habían elegido comités militares revolucionarios y enviaban tropas. Los comités militares revolucionarios eran dueños de la situación en Pskov y Minsk. Saludos de los Soviets de Tsaritsin, Rostov del Don, Piatigorsk, Sebastopol... La división de Finlandia, los nuevos comités de los ejércitos 59 y 65, juraban fidelidad .

Las noticias de Moscú eran inciertas. Las posiciones estratégicas de la ciudad estaban ocupadas por las tropas del Comité Militar Revolucionario; dos compañías de servicio en el Kremlin se habían pasado a los Soviets, pero el arsenal se hallaba en manos del coronel Riabtsev y sus juitiers. El Comité Militar Revolucionario había pedido armas para los obreros y Riabtsev había tenido conversaciones con él hasta la mañana, pero bruscamente había enviado un ultimátum al Comité, ordenando a las tropas soviéticas que se rindieran y al Comité que se disolviera. Se habían producido combates.

En Petrogrado, el Estado Mayor se sometió inmediatamente a los comisarios del Smolny. El Tsentroflot, que se obstinó, fue ocupado por Dybenko, a la cabeza de una compañía de marinos de Cronstadt, y se formó un nuevo Tsentróflot con el apoyo de las naves del Báltico y el Mar Negro.

Pero bajo esta alegre seguridad se percibía un vivo sentimiento de inquietud. Los cosacos de Kerenski avanzaban; disponían de artillería. Skripnik, secretario de los comités de fábrica, amarillento y enflaquecido, me aseguró que formaban un cuerpo de ejército, pero añadió con ardor: -No nos agarrarán vivos.

Petrovski tuvo una sonrisa cansada: -Mañana quizá podamos dormir… para mucho tiempo.

Losovski, con su cara demacrada y su barba roja, dijo: -¿Qué posibilidades tenemos? Estamos solos. ¡Somos una turbamulta impotente contra tropas adiestradas!

En el Sur, en el sudoeste, los Soviets habían huido ante Kerenski. Las guarniciones de Gatchina, de Pavlosk y de Tsárskoye Selo estaba divididas: una parte estaba en favor de la neutralidad; el resto, sin oficiales, afluía sobre la capital en el mayor desorden. En las salas se estaba colocando el siguiente comunicado:

Krasnoye Selo, 10 de noviembre, 6 de la mañana.

Para transmitir al Gran Cuartel General, al comandante en jefe y a los comandantes de ejército del frente Norte, y a todos, todos, todos.

El ex ministro Kerenski ha tratado, por medio de un telegrama falso enviado a todos, de hacer creer que las tropas revolucionarias de Petrogrado han rendido las armas y se han unido a las fuerzas del antiguo gobierno, del gobierno de los traidores, y que el Comité Militar Revolucionario les ha dado la orden de replegarse. Las tropas de un pueblo libre no se repliegan ni se rinden. Nuestras tropas han abandonado Gatchina en buen orden a fin de evitar una efusión de sangre entre ellas y sus hermanos cosacos, que se han dejado engañar, y para ocupar una posición más favorable. Su posición es ahora tan fuerte que no hay motivo para inquietarse, incluso en el caso de que Kerenski y sus compañeros de armas dispusieran de fuerzas diez veces superiores a las que tie-

nen actualmente. La moral de nuestras tropas es excelente. La calma reina en Petrogrado.

El jefe de la defensa de Petrogrado y del distrito de Petrogrado, Teniente coronel Muraviov

En el momento en que salíamos del Comité Militar "Revolucionario entraba Antonov, pálido como un cadáver, con un papel en la mano.

-Expedid esto -dijo.

A los Soviets de distrito de Diputados obreros y a los Comités de fábrica

Orden

Las bandas kornilovistas de Kerenski amenazan las entradas a la capital. Se han dado las órdenes necesarias para aplastar sin piedad esta tentativa contrarrevolucionaria dirigida contra el pueblo y sus conquistas. El ejército y las guardias rojas necesitan el apoyo inmediato de los obreros. Ordenamos a los Soviets de distrito y a los comités de fábrica:

1º. Enviar el mayor número posible de obreros para abrir trincheras, levantar barricadas y tender alambradas.

2º Interrumpir inmediatamente, si es preciso, el trabajo en las fábricas.

3º Recoger todo el alambre sencillo o de púas disponible, así como las herramientas necesarias para abrir trincheras y levantar barricadas.

4º Proveerse de todas las armas disponibles.

5º Observar la más estricta disciplina y mantenerse preparados para sostener por todos los medios al ejército de la revolución. El presidente del Soviet de los D.O.S., comisario del pueblo, León Trotzki.

El presidente del Comité Militar Revolucionario, Comandante en jefe del distrito, N. Podvoiski.

Cuando estuvimos fuera, en la semioscuridad de este día sombrío y triste, escuchamos por todos los puntos del horizonte el ulular de las sirenas de las fábricas. Su sonido ronco y entrecortado estaba cargado de presagios. Los obreros, por decenas de millares, hombres y mujeres, se desparramaban por las calles; los cuchitriles zumbantes vomitaban por decenas de millares su población de rostros terrosos y famélicos. ¡La ciudad roja estaba en peligro! ¡Los cosacos! Hacia el Sur y el sudoeste, por las viejas calles que conducen a la Puerta de Moscú, la marejada se ensanchaba, hombres, mujeres y niños, armados de fusiles, de picos, de palas, de carretes de alambre, las cartucheras sujetas sobre sus propias ropas de trabajo . .. Jamás se vio un éxodo espontáneo semejante de toda una inmensa ciudad. Se desplazaban como un torrente, arrastrando a su paso compañías de soldados, cañones, camiones, automóviles, carretas: ¡el proletariado revolucionario iba a ofrecer sus pechos para proteger la capital de la república obrera y campesina!

Delante de la puerta del Smolny estaba detenido un automóvil. Un hombre delgado, con gafas gruesas que agrandaban sus ojos orlados de rojo, hablaba con esfuerzo, apoyado contra un guardabarro, las manos enfundadas en su gabán raído. Cerca de él un marino

corpulento, de clara mirada juvenil, iba y venía nerviosamente, jugando descuidadamente con un revólver enorme de acero pavonado, que no abandonaba jamás su mano. Eran Antonov y Dybenko.

Algunos soldados estaban tratando de sujetar dos bicicletas sobre el estribo del automóvil. El chofer protestó furiosamente. ¡Eso iba a estropear el esmalte! Desde luego él era bolchevique y sabía muy bien que el automóvil procedía de un burgués y que las bicicletas estaban destinadas a los agentes de enlace; pero su orgullo profesional de chofer se rebelaba. Se dejaron las bicicletas.

Los comisarios del pueblo de Guerra y Marina iban a dirigirse en viaje de inspección al frente revolucionario. ¿Podríamos acompañarles? Imposible, claro; el automóvil no tenía más que cinco plazas; los dos comisarios, los dos ordenanzas y el conductor. Sin embargo, un ruso conocido mío, a quien llamaré Trucichka, se instaló tranquilamente en el coche y no hubo ningún argumento que lo hiciera desalojar.

Yo no tengo razón alguna para dudar de la verdad del relato que me hizo Trucichka de esta jornada. Al tiempo que seguían la perspectiva Suvorovsky, alguno de ellos planteó la cuestión de la comida. Podían permanecer en camino tres o cuatro días en una región que estaba bastante mal de provisiones. Detuvieron el coche. ¿Y dinero? El comisario de Guerra se registró los bolsillos. Ni un kopec. El comisario de Marina no tenía un céntimo con él y el chofer tampoco. Fue Trucichka quien tuvo que hacer las compras.

Al dar la vuelta a la Nevski se reventó un neumático.

—¿Qué vamos a hacer? -preguntó Antonov.

—Requisar otro automóvil -sugirió Dybenko, blandiendo su revólver. Antonov se plantó en medio de la calle y detuvo un coche conducido por un soldado.

—Necesito tu automóvil -le dijo Antonov.

—Pues no lo tendrás -le contestó el soldado.

—¿Sabes quién soy? - replicó Antonov al tiempo que le presentaba un documento certificando que había sido nombrado comandante en jefe de todos los ejércitos de la República rusa, y que a este título se le debía obedecer sin discusión.

—Aunque fuese el diablo en persona - le dijo el soldado acaloradamente - no tendrías este coche; pertenece al primer regimiento de ametralladoras y transporta municiones.

La dificultad fue resuelta por la llegada de un viejo taxi que lucía la bandera italiana (durante los períodos de disturbios los automóviles privados eran registrados por sus propietarios bajo el nombre de consulados extranjeros, para salvarlos de la requisa). Se desalojó al grueso personaje que se arrellanaba enfundado en una lujosa pelliza y la expedición continuó.

Al llegar a la barrera de Narva, a una decena de millas del Smolny, Antonov preguntó por el comandante de la guardia roja. Le condujeron al extremo del pueblo, donde algunos cientos de obreros habían abierto trincheras y esperaban a los cosacos.

— ¿Todo va bien, camarada? - preguntó Antonov.

— Todo está perfecto, camarada -respondió el comandante-. La moral de las tropas es excelente. Sólo que ... no tenemos municiones.

— En el Smolny hay dos mil cargadores -le dijo Antonov-. Voy a darle una orden. -Buscó en sus bolsillos.

— ¿Tiene alguien un pedazo de papel?

Ni Dybenko, ni los agentes de enlace lo tenían. Trucichka ofreció su carnet.

— ¡Demonios! No tengo lápiz -exclamó Antonov-. ¿Quién tiene un lápiz?

Naturalmente, sólo Trucichka poseía un lápiz.

Como nosotros habíamos quedado abandonados a nuestros medios nos dirigimos a la estación del ferrocarril de Tsárskoye Selo. Al subir por la Nevski nos encontramos con guardias rojas que desfilaban armados, algunos con bayonetas, otros sin ellas. El crepúsculo del invierno caía rápidamente. Erguida la cabeza, en columna de cuatro en fondo, más o menos regular, chapoteaban en el barro helado, sin música, sin tambores. Encima de ellos ondeaba una bandera roja con una inscripción en letras torpemente trazadas: "¡Paz! o ¡Tierra!" Eran muy jóvenes. La expresión de sus rostros era la de hombres que saben que van a morir. Con aire a la vez dolorido y desdeñoso, las gentes, en las aceras, los veían pasar en medio un silencio rencoroso.

En la estación nadie sabía con exactitud dónde se encontraba Kerenski, ni dónde estaba el frente. Los trenes no pasaban de Tsárskoye.

Nuestro vagón estaba lleno de campesinos que regresaban a sus hogares cargados de paquetes y de periódicos de la tarde. Las conversaciones giraban únicamente en torno a la revolución bolchevique; de no ser por esto, hubiera resultado imposible creer que la potente Rusia estaba desgarrada en dos por la guerra civil y que nuestro tren se dirigía hacia la zona de combate. A través de la ventanilla podíamos distinguir, en la oscuridad que se hacía más y más densa, masas de soldados avanzando hacia la ciudad sobre el camino lodoso y blandiendo sus armas al tiempo que discutían. Un tren de mercancías, atestado de tropas e iluminado por inmensas fogatas, estaba detenido en un apartadero. Eso era todo. Detrás de nosotros, en el horizonte, el resplandor de la capital se fundía poco a poco en la noche. Un tranvía se arrastraba a través de un suburbio alejado.

En Tsárskoye Selo la estación estaba en calma, pero aquí y allá grupos de soldados conversaban en voz baja, lanzando miradas inquietas sobre la vía desierta en dirección de Gatchina. Les pregunté a qué partido pertenecían.

— Ahí está la cosa -respondió uno de ellos-, que nosotros no sabemos qué pensar exactamente. No hay duda que Kerenski es un provocador; por otra parte, no podemos admitir que los rusos disparen contra sus hermanos.

La oficina del comisario de la estación estaba ocupada por un simple soldado, grueso y jovial y barbudo, con el brazalete rojo de un comité de regimiento. Los documentos que recibimos en el Smolny surtieron un efecto inmediato. Estaba claramente en favor de los Soviets, pero muy desorientado.

— Las guardias rojas estuvieron aquí hace dos horas, pero se volvieron a marchar. Esta mañana vino un comisario, pero a la llegada de los cosacos regresó a Petrogrado.

— ¿Entonces están aquí los cosacos? Bajó la cabeza tristemente.

— Hemos tenido un encuentro. Los cosacos llegaron por la mañana a primera hora. Hicieron prisioneros a doscientos o trescientos de los nuestros y mataron unos veinticinco.

— ¿Y dónde están los cosacos ahora?

— Oh, no han debido de ir muy lejos. No sé exactamente dónde están. Se fueron para allá. -Hizo un gesto vago en dirección del Oeste.

Comimos -una comida excelente, mejor y más barata que en Petrogrado- en el restaurante de la estación. Al lado de nosotros estaba un oficial francés que acababa de llegar a pie procedente de Gatchina. Allá -nos dijo- todo estaba tranquilo. Kerenski era dueño de la ciudad.

— ¡Ah, estos rusos -añadió-, qué tipos! ¡Vaya una guerra civil! ¡Están dispuestos a todo, con tal de no combatir!

Nos fuimos hacia la ciudad. En la puerta de la estación estaban de guardia dos soldados, con bayoneta calada, a los que un centenar de comerciantes, funcionarios y estudiantes acribillaban a invectivas y apostrofaban con violencia. Se sentían a disgusto y humillados, como chiquillos injustamente regañados. Un joven fuerte, de aspecto soberbio, que llevaba el uniforme de estudiante, dirigía el ataque.

— Supongo que comprendéis -les dijo, en tono insolente- que al tomar las armas contra vuestros hermanos os convertís en instrumentos de asesinos y traidores.

— No es así, hermano -le respondió el soldado con seriedad-, tú no lo entiendes. Hay dos clases, el proletariado y la burguesía. Nosotros…

— ¡Oh, ya conozco esa monserga! -le interrumpió el estudiante-. A vosotros, los campesinos ignorantes, os basta escuchar berrear algunas frases ya hechas. Inmediatamente, sin haber comprendido nada, os ponéis a repetirlas como los loros.

Las gentes estallaron en carcajadas.

— Yo soy un estudiante marxista. Y yo os digo que no es por el socialismo por lo que combatís, sino por la anarquía, ¡en beneficio de Alemania!

— Sí, ya sé -replicó el soldado, goleándole el sudor por la frente- que usted es un hombre instruido, eso se ve; yo no soy más que un ignorante. Pero me parece…

— ¿Tú crees sin duda -le preguntó el otro con desprecio- que Lenin es un verdadero amigo del proletariado?

— Sí, lo creo -respondió el soldado, visiblemente martirizado.

— Bien, amigo, ¿sabes que Lenin ha atravesado Alemania en un vagón precintado? ¿Sabes que Lenin recibió dinero de los alemanes?

— Yo no sé gran cosa de todo eso -repuso el soldado con terquedad- pero encuentro que lo que él dice es justamente lo que yo tengo necesidad de escuchar, y conmigo todas las gentes sencillas como yo. Mire: hay dos clases, la burguesía y el proletariado ...

— ¡Tú estás loco, mi amigo! Yo me pasé dos años en Schüsselburg por mi actividad revolucionaria, mientras que vosotros, en esa época, disparabais contra los revolucionarios y cantabais "Dios proteja al zar". Yo me llamo Vassili Georgievitch Panin. ¿No has oído hablar nunca de mí?

— Lo siento, jamás -dijo el soldado con humildad-. Pero yo no soy más que un ignorante. Probablemente usted es un gran héroe.

— Desde luego -afirmó el estudiante con convicción-, y combato a los bolcheviques que están destruyendo a nuestra Rusia, a nuestra revolución libre. ¿Cómo te explicas tú eso?

El soldado se rascó la cabeza.

— Yo no sé cómo se explica eso -dijo, haciendo una mueca por el esfuerzo impuesto a su cerebro-. A mí todo me parece muy claro, bien es cierto que soy un ignorante. Me parece que no hay más que dos clases, el proletariado y la burguesía ...

— ¡Vuelta otra vez con tu estúpida fórmula! -exclamó el estudiante.

— …dos clases -continuó el soldado empecinándose-, y el que no está con la una está con la otra.

Echamos a andar calle arriba; las luces eran raras y muy espaciadas y se veían pocos peatones. Un silencio amenazador flotaba sobre la ciudad; se sentía uno en una especie de purgatorio, entre el cielo y el infierno. Solamente las barberías estaban brillantemente iluminadas y rebosaban de público. A la puerta del establecimiento de baños se formaba una cola; en efecto, era sábado, día en que toda Rusia se baña y se perfuma. No dudé un instante de que tropas soviéticas y cosacas estuviesen mezcladas en los lugares donde se llevaban a cabo estas ceremonias.

A medida que nos aproximábamos al parque imperial las calles se encontraban más desiertas. Un sacerdote aterrado nos señaló el cuartel del Soviet y emprendió la huida. El Soviet estaba instalado en un ala del palacio del gran duque, de cara al parque. Las ventanas estaban a oscuras, la puerta cerrada. Un soldado que se paseaba con las manos en el cinturón nos observó con una mirada terriblemente sospechosa.

— El Soviet se fue hace dos días -dijo.

— ¿Dónde?

Un encogimiento de hombros.

— No sé nada.

Un poco más lejos, en un amplio edificio totalmente iluminado, se escuchaba el ruido de unos martillazos. Mientras estábamos dudando, llegaron un soldado y un marino agarrados del brazo. Les presenté mi salvoconducto del Smolny.

— ¿Vosotros sois partidarios de los Soviets? - les pregunté. Sin contestar, se cruzaron miradas inquietas.

— ¿Qué es lo que pasa ahí adentro? - inquirió el marino señalando el edificio.

— No lo sé.

El soldado alargó el brazo tímidamente y entreabrió la puerta. Vimos un amplio salón, tapizado de paño y adornado con plantas verdes, con hileras de sillas y un escenario en construcción.

Una mujer robusta avanzó, martillo en mano y la boca llena de clavos.

— ¿Qué es lo que quieren ustedes? - preguntó.

— ¿Va a haber función aquí esta noche? - preguntó el marino, medrosamente.

— Habrá una representación de aficionados el domingo por la noche - respondió la mujer con severidad - . Marchaos.

Tratamos de entablar conversación con el soldado y el marino, pero contestaban en un tono desconfiado y molesto a la vez, y pronto desaparecieron en la oscuridad.

Proseguimos nuestro camino hacia el palacio imperial, marchando por el gran parque sombrío, con sus pabellones fantasmagóricos, sus puentes japoneses, vagamente visibles en la noche, y el ligero chapoteo del agua en las fuentes. Cuando llegamos cerca de una gruta artificial, donde un cómico cisne de hierro vomitaba su eterno chorro de agua, tuvimos súbitamente la impresión de que nos estaban espiando. Al levantar los ojos encontramos las miradas recelosas y poco atractivas de una media docena de gigantes armados que nos escrutaban desde una terraza cubierta de césped. Trepé hacia ellos.

— ¿Quiénes sois? - les pregunté.

— Somos la guardia - respondió uno de ellos.

Todos tenían un aire profundamente deprimido, lo cual no era de extrañar, después de semanas de discusiones y debates que se prolongaban día y noche.

— ¿Pertenecéis a las tropas de Kerenski, o a las de los Soviets? Se callaron unos instantes; después, cruzaron entre sí miradas perplejas.

— Somos neutrales - declararon.

Pasando bajo la arcada del enorme palacio de Catalina penetramos en el patio interior y preguntamos por el cuartel general. Un centinela, apostado a la entrada de un pabellón blanco en forma de semicírculo, nos indicó que el comandante estaba dentro.

En una elegante sala blanca de estilo Jorge III, dividida en dos partes desiguales por una chimenea doble, un grupo de oficiales cambiaba palabras inquietas. Estaban pálidos, muy agitados, y se veía que habían pasado la noche en vela. Presentamos nuestros documentos bolcheviques a uno de ellos, que nos señalaron como el coronel. Era un hombre de edad avanzada, barba blanca, con la guerrera totalmente esmaltada de condecoraciones. Pareció sorprendido.

— ¿Cómo han podido llegar aquí sin que los mataran? -nos preguntó cortésmente-. Las calles son muy peligrosas. Las pasiones políticas están muy excitadas en Tsárskoye Selo. Se combatió esta mañana y se volverá a combatir otra vez mañana por la mañana. Kerenski debe entrar en la ciudad a las ocho.

— ¿Dónde están los cosacos?

— A mil quinientos metros en esta dirección. Hizo un gesto con el brazo.

— ¿Y se preparan ustedes a defender la ciudad contra ellos?

— ¡Oh, no! -respondió con una sonrisa-. Nosotros estamos guardando la ciudad para entregarla a Kerenski.

Nos creímos perdidos, pues nuestros documentos nos presentaban como revolucionarios fogueados. El coronel carraspeó.

— Con los salvoconductos que les dieron -prosiguió-, sus vidas peligran si los capturan. Así, pues, si desean presenciar la batalla, les voy a extender una orden para que les den habitaciones en el hotel de los oficiales, y si quieren volver a pasar por aquí mañana a las siete, les extenderé nuevos documentos.

— ¿Entonces, usted es partidario de Kerenski?

— En fin, no exactamente de Kerenski. El coronel vaciló.

—La mayor parte de los soldados de la guarnición son bolcheviques. Esta mañana, después de la batalla, todos se fueron en dirección de Petrogrado, llevándose con ellos la artillería. A decir verdad, ningún soldado está con Kerenski, pero es que algunos no quieren combatir dt ningún modo. Casi todos los oficiales se han pasado a las fuerzas de Kerenski, o simplemente han desaparecido. Nuestra posición, como usted puede ver, es muy delicada.

De todo aquello sacamos la conclusión de que no habría batalla. El coronel, cortésmente, hizo que su ordenanza nos volviera a acompañar a la estación. Era un muchacho del Sur, hijo de padres franceses, emigrados en Besarabia. "Yo no temo al peligro ni a la fatiga -repetía sin cesar-, pero lo que sí es duro es que va ya para tres años que no he visto a mi madre."

Mientras el tren rodaba hacia Petrogrado en medio de la noche glacial, percibí por la ventanilla grupos de soldados gesticulando a la luz de las fogatas, autos blindados, estorbándose unos a otros en los cruces de las carreteras y cuyos conductores asomaban la cabeza fuera de las torretas para interpelarse.

Durante toda esta noche tan agitada, bandas de soldados y de guardias rojas erraron sin jefes por la llanura inhóspita, en confusión y desconcierto, en tanto que los comisarios del Comité Militar Revolucionario corrían de un grupo a otro, esforzándose por organizar la defensa.

De regreso a la ciudad, encontramos una multitud exaltada que batía como el mar las casas de la avenida Nevski. Algo flotaba en el ambiente. Desde la estación de Varsovia se escuchaba el rumor del cañoneo lejano. En las escuelas de junkers reinaba una actividad febril. Los miembros de la Duma iban de cuartel en cuartel, arguyendo, alegando espantosos ejemplos de la brutalidad bolchevique: matanza de los junkers en el Palacio de Invierno, violación de mujeres-soldados, ejecución de una muchacha joven delante de la Duma, asesinato del príncipe Tumanov... En la sala Alejandro, en la Duma, el Comité de Salvación estaba reunido en sesión extraordinaria; los comisarios corrían en todas direcciones. Todos los periodistas expulsados del Smolny se encontraban allí plenos de entusiasmo. No querían creer nuestro relato sobre la situación en Tsárskoye. ¡Cómo era eso! ¿Acaso no sabían todos que Tsárskoye estaba en manos de Kerenski y

que los cosacos se encontraban ya en Pulkovo? Incluso se estaba eligiendo un comité que iría a recibir a Kerenski a la estación al día siguiente por la mañana ...

Uno de ellos me confío, en el más estricto secreto, que la contrarrevolución comenzaría a medianoche. Me mostró dos proclamas: una firmada por Gotz y Polkovnikov, ordenando la movilización en pie de guerra, a las órdenes del Comité de Salvación, de las escuelas de junkers, de los soldados en convalecencia en los hospitales y de los Caballeros de San Jorge; la otra procedía del propio Comité de Saltación; su texto decía lo siguiente:

A la población de Petrogrado: ¡Camaradas obreros, soldados y ciudadanos del Petrogrado revolucionario! Los bolcheviques, al mismo tiempo que piden la paz en el frente, incitan a una guerra civil en la retaguardia. ¡No escuchéis sus llamamientos provocadores! ¡No cavéis trincheras! ¡Abajo las armas! ¡Abajo las barricadas traidoras! ¡Soldados, regresad a vuestros cuarteles! Las matanzas de Petrogrado serían la muerte de la revolución. ¡En nombre de la libertad, la tierra y la paz, cerrad filas en torno al Comité para la Salvación del país y la revolución!

Cuando abandonábamos la Duma, un destacamento de guardias rojas, con rostros duros de gentes que han llegado al límite, descendía por la calle, sombría y desierta, custodiando a una docena de prisioneros, miembros de la sección local del Consejo de los cosacos, sorprendidos en flagrante delito de complot contrarrevolucionario en su cuartel general.

Un soldado, acompañado de un muchacho joven que llevaba una cubeta de cola, pegaba grandes y llamativos pasquines:

Por él presente decreto, la ciudad de Petrogrado y los suburbios son declarados en estado de sitio. Todas las asambleas y reuniones al aire libre quedan prohibidas hasta nueva orden.

N. Podvoiski, Presidente del Comité Militar Revolucionario.

El ambiente estaba cargado de sonidos confusos, bocinas de automóviles, gritos, disparos lejanos. La ciudad velaba, inquieta, nerviosa.

En las primeras horas de la madrugada, un destacamento de junkers, disfrazados de soldados del regimiento Semenovski,[76] se presentó en la central telefónica, poco antes de la hora del relevo. Tenían el santo y seña de los bolcheviques y pudieron hacerse cargo del servicio sin despertar sospechas. Minutos más tarde, se presentó allí Antonov en visita de inspección. Lo capturaron y lo encerraron en una pequeña habitación. Cuando llegó el relevo, fue acogido con una andanada de disparos: hubo varios muertos.

La contrarrevolución había comenzado.

---

[76] Antiguo segundo regimiento de la Guardia pasado a la revolución desde febrero de 1917. [Nota de la Editorial]

CAPÍTULO VIII

LA CONTRARREVOLUCIÓN

Al día siguiente, domingo 11 de noviembre, los cosacos entraron en Tsárskoye Selo. Kerenski montaba un caballo blanco. Fueron echadas a vuelo las campanas. Desde la cima de una pequeña colina situada fuera de la población se divisaban las agujas doradas, las cúpulas multicolores y la inmensidad gris de la capital tendida en la llanura monótona, y, al fondo, el golfo de Finlandia, de color de acero.

No hubo batalla. Pero Kerenski cometió una torpeza fatal. A las siete de la mañana envió al 2° regimiento de fusileros de Tsárskoye Selo la orden de deponer las armas. Los soldados respondieron que accedían a permanecer neutrales, pero que no se rendirían. Kerenski les concedió diez minutos para que se sometieran. Esta manera de proceder irritó a los soldados: desde hacía ocho meses habían adquirido el hábito de la autonomía, ejercida a través de los comités, y este ultimátum recordaba demasiado el antiguo régimen. Algunos minutos más tarde la artillería cosaca abrió el fuego contra los cuarteles, matando a ocho hombres. A partir de aquel momento ya no hubo soldados «neutrales» en Tsárskoye Selo.

Petrogrado despertó de su sueño con el tiroteo y el sordo resonar del paso de las tropas. Bajo el cielo alto y sombrío, un viento helado traía olor a nieve. Al amanecer, el hotel Militar y la agencia telegráfica habían sido tomados por importantes fuerzas de junkers, y reconquistados después de un sangriento combate. La central telefónica fue sitiada por los marinos que, atrincherados en medio de la Morskaia detrás de barricadas de toneles, cajas y láminas, o al amparo de la esquina de la Gorojovaya y de la plaza de San Isaac, disparaban contra cuanto se movía. De vez en cuando, aparecía un automóvil con la bandera de la Cruz Roja; los marinos lo dejaban pasar.

Albert Rhys Williams,[77] nuestro colega, que se encontraba en la central telefónica, salió de allí en un automóvil de la Cruz Roja cargado de heridos. Después de circular por la ciudad, el coche se dirigió a la escuela militar Miguel, cuartel general de la contrarrevolución. Un oficial francés, que estaba en el patio, parecía dirigir las operaciones. Así es como se aprovisionaba de municiones y víveres a la central telefónica. Gran número de estas supuestas ambulancias servían únicamente de medio de enlace y aprovisionamiento para los junkers.

---

[77] Trátase de un amigo de John reed, político progresista y publicista norteamericano destacado; autor de varias obras sobre la lucha de los trabajadores de la URSS por el socialismo.[Nota de la Editorial]

Tenían en su poder cinco o seis autos, procedentes de la antigua división británica de carros blindados. Louise Bryant,[78] que atravesaba la plaza de San Isaac, vio llegar uno de los vehículos, procedente del Almirantazgo y que se dirigía a la Central. Al llegar a la esquina de la calle Gogol, el coche se detuvo, justo a la altura de ella. Algunos marinos, emboscados detrás de unas pilas de madera, empezaron a disparar. La ametralladora de la torreta giró y lanzó una andanada de balas al azar sobre el montón de leña y la gente. Siete personas, de ellas dos niños, resultaron muertas bajo el pasaje abovedado donde se encontraba miss Bryant. Entonces, los marinos, lanzando un gran grito, salieron de un salto de su atrincheramiento y se precipitaron hacia adelante bajo las balas; cuando rodearon al monstruo hundieron sus bayonetas en varias ocasiones a través de las aspilleras, con terribles alaridos. . . El conductor, diciéndose herido, fue dejado en libertad; inmediatamente corrió a la Duma a llevar esta nueva prueba de las atrocidades bolcheviques... Entre los muertos se encontró a un oficial británico.

Más tarde, los periódicos hablaron de un oficial francés, capturado en un automóvil blindado y enviado a la fortaleza de Pedro y Pablo. La embajada de Francia se apresuró a publicar un mentís, pero uno de los consejeros municipales me refirió que fue él mismo quien hizo que se pusiera en libertad al detenido.

Cualquiera que fuese la actitud oficial de las embajadas aliadas, es indudable que oficiales franceses y británicos participaron individualmente en las operaciones, asistiendo incluso a las sesiones del Comité de Salvación y dando consejos.

Durante todo el día hubo escaramuzas en los diversos distritos entre los junkers y las guardias rojas, y encuentros entre automóviles blindados. Por todas partes, cerca o lejos, se escuchaban las descargas y los disparos aislados o el tabletear de las ametralladoras. Los cierres metálicos de las tiendas estaban bajados, pero tras ellos continuaban los negocios. Las salas de cinematógrafo, sin iluminación en el exterior, se hallaban atestadas de público. Los tranvías funcionaban. El teléfono daba servicio y, cuando se llamaba a la Central, se escuchaba claramente el tiroteo. .. El Smolny estaba cortado de la red telefónica, pero la Duma y el Comité de Salvación permanecieron en confunicación constante con todas las escuelas de junkers y con Kerenski en Tsárskoye Selo. A las siete de la mañana, la escuela Vladimir recibió la visita de una patrulla de soldados, marinos y guardias rojas, quienes dieron a los junkers un plazo de veinte minutos para que entregaran las armas. El ultimátum fue rechazado. Una hora más tarde, los junkers trataron de hacer una salida, pero fueron rechazados por un violento tiroteo que venía de la esquina de la Grebetskaya y la Gran Perspectiva. Las tropas soviéticas rodearon el edificio y abrieron fuego, mientras automóviles blindados iban y venían, barriéndolo sin cesar con sus ametralladoras. Los junkers pidieron socorros por teléfono. Los cosacos contestaron que no se atrevían a salir porque una fuerza numerosa de marinos, con dos cañones, vigilaba su cuartel. La escuela del emperador Pablo estaba cerrada. La mayor parte de los junkers de la escuela Miguel combatía ya en las calles.

A las once y media llegaron tres piezas de campaña. Los junkers respondieron a un nuevo ultimátum matando a dos parlamentarios soviéticos que avanzaban con bandera blanca. Entonces comenzó un verdadero bombardeo. En los muros de la escuela se

---

[78] Escritora norteamericana, esposa y compañera de John reed (1890-1936).[Nota de la Editorial]

abrieron grandes brechas. Los junkers se defendieron desesperadamente; las oleadas ululantes de guardias rojas lanzadas al asalto fueron diezmadas por la metralla. Kerenski telefoneó desde Tsárskoye Selo para prohibir cualquier intento de parlamentar con el Comité Militar Revolucionario.

Exasperadas por el fracaso y por el número de sus muertos, las tropas soviéticas desencadenaron un verdadero huracán de llamas y acero contra el edificio. Sus propios oficiales fueron impotentes para detener el terrible bombardeo. Un comisario del Smolny, llamado Kirilov, trató de que cesara. Lo amenazaron con lincharlo. La sangre de las guardias rojas hervía.

A las dos y media, los junkers izaron la bandera blanca; aceptaban rendirse si se les garantizaba que se respetarían sus vidas, a lo que los sitiadores accedieron. Miles de soldados y guardias rojas se precipitaron por las ventanas, las puertas y las brechas abiertas en los muros. Antes de que fuese posible intervenir, cinco junkers fueron atravesados a bayonetazos. Los otros, doscientos aproximadamente, fueron conducidos bajo escolta a la fortaleza de Pedro y Pablo, en pequeños grupos, para no llamar la atención. Por el camino, la multitud atacó a un grupo y mató a otros ocho prisioneros. Más de cien guardias rojas y soldados habían caído.

Dos horas más tarde, la Duma recibió un mensaje telefónico anunciando que los vencedores marchaban sobre el Ingenierny Zamok, la escuela de ingenieros. Una docena de diputados partió inmediatamente a su encuentro, cargados de paquetes con la última proclama del Comité de Salvación. Varios de ellos no regresaron nunca. Todas las otras escuelas se habían rendido sin resistencia y sus ocupantes fueron conducidos sanos y salvos a la fortaleza de Pedro y Pablo y a Cronstadt.

La central telefónica resistió hasta la tarde. Pero los marinos acabaron por apoderarse del lugar, bajo la protección de un auto blindado bolchevique. Las telefonistas, espantadas, corrían en todas direcciones, lanzando chillidos estridentes. Los junkers, para que no se les identificara, se arrancaron las insignias y uno de ellos le ofreció a Williams darle todo lo que quisiera a cambio de que le prestara su abrigo para disfrazarse. «¡Nos asesinarán, nos asesinarán!», gritaban, pues muchos de entre ellos habían prometido, por su honor en el Palacio de Invierno, que no volverían a tomar las armas contra el pueblo. Williams ofreció su mediación a condición que se dejara en libertad a Antonov. Inmediatamente se accedió a ello. Antonov y Williams arengaron a los marinos victoriosos, exasperados por sus pérdidas, y, una vez más, los junkers pudieron retirarse en libertad. De todos modos, algunos de ellos, descubiertos cuando, presas de pánico, trataban de huir por las ventanas o de ocultarse en el ático, fueron arrojados a la calle.

Cansados, cubiertos de sangre, pero victoriosos, los marinos y los obreros irrumpieron en la sala de aparatos. A la vista de todas aquellas lindas muchachas apiñadas, se detuvieron confusos, torpes, con los pies clavados al suelo. Ni una sola telefonista fue molestada, ofendida o maltratada. Poseídas por el miedo, se acurrucaban primero en los rincones; después, al ver que no les sucedía nada, dieron rienda suelta a sus sentimientos. «¡Uff! ¡Gentes sucias! ¡Animales idiotas!» Los marinos y las guardias rojas estaban perplejos. «¡Brutos! ¡Cerdos!», les lanzaron con voz chillona las muchachas, ya envalentonadas, al tiempo que se ponían furiosas sus chaquetas y sus sombreros. ¡Cuánto más romántico era entregar cartuchos o curar heridas a los jóvenes y brillantes jutikcrs,

muchos de los cuales eran de familia noble, y que combatían por entregar el trono a su bienamado zar! Estos individuos, ¿qué eran? Obreros vulgares, campesinos, plebe inculta.

El comisario del Comité Militar Revolucionario, el pequeño Vishniak, quiso persuadir a las muchachas de que se quedaran en sus puestos. Empleó todos los recursos de la persuasión.

—Hasta ahora —les dijo— se os trataba mal. El servicio de teléfonos depende de la Duma municipal. Por sesenta rublos al mes tenéis que trabajar diez o más horas. De ahora en adelante, todo va a cambiar. El gobierno se propone poner los teléfonos bajo el control del ministerio de Correos y Telégrafos. Vuestros salarios serán elevados inmediatamente a ciento cincuenta rublos y se reducirá el número de horas de trabajo. Como miembros del pueblo trabajador tenéis derecho a ser felices.

¡El pueblo trabajador! ¡Bonita cosa! ¿Quería dar a entender que había algo de común entre estos... salvajes y nosotras? ¿Quedarse? ¡Ni por mil rublos! ... Y, altivas y llenas de desprecio, las muchachas telefonistas abandonaron el lugar.

Los empleados, los hombres de las líneas y los peones, se quedaron. Pero era preciso ocuparse de las centralillas: el teléfono era una cuestión vital. Sólo había sido posible retener a una media docena de telefonistas profesionales. Hubo necesidad de llamar voluntarios: se presentó un centenar, soldados, marinos, obreros. Las seis muchachas corrían a izquierda y derecha, daban indicaciones, ayudaban, rezongaban... A duras penas se logró reanudar el trabajo; los hilos comenzaron a zumbar. Lo más urgente era enlazar al Smolny con los cuarteles y las fábricas; luego, había que cortar la comunicación telefónica con la Duma y las escuelas de junkers. En las últimas horas de la tarde, habiéndose corrido por la ciudad la noticia de lo que se había hecho, centenares de burgueses exteriorizaban sin recato su mal humor: «¡Imbéciles! ¡Canallas! ¡Cuánto tiempo pensáis que vais a durar? ¡Esperad a que lleguen los cosacos!»

Caía el crepúsculo. Un viento áspero barría la perspectiva Nevski casi desierta; ante la catedral de Kazan se había congregado una multitud para reanudar la interminable discusión: obreros, soldados, y sobre todo comerciantes y empleados.

— Pero Lenin no conseguirá que Alemania haga la paz —comentó alguien.

Un soldado joven replicó, con violencia:

— ¿Y de quién es la culpa? ¡De vuestro condenado Kerenski, ese cochino burgués! ¡Que se vaya al diablo Kerenski! ¡No lo queremos! ¡Es Lenim el que nos hace falta!

Delante de la Duma, un oficial que llevaba un brazalete blanco arrancaba los anuncios pegados a la pared jurando en voz alta. Uno de los anuncios decía:

Los consejeros municipales bolcheviques a la población de Petrogrado: En esta hora peligrosa en que la Duma municipal debiera dedicar todos sus esfuerzos a calmar a la población, a asegurarle el pan y lo indispensable, los socialrevolucionarios de derecha y los kadetes, olvidándose de su deber, han convertido la Duma en una asamblea contrarrevolucionaria y tratan de amotinar a una parte de la población contra otra, a fin de fáciltar la victoria de Kornilov-Kerenski. En lugar de desempeñar sus deberes más elementales, los socialrevolucionarios de derecha y los kadetes han hecho de la Duma

una palestra de lucha política contra los Soviets de los Diputados obreros y soldados, contra el Gobierno revolucionario de la paz, el pan y la libertad.

Ciudadanos de Petrogrado: nosotros, los consejeros municipales bolcheviques, elegidos por vosotros, queremos que sepáis que los socialrevolucionarios de derecha y los kadetes se han entregado a la acción contrarrevolucionaria, han dejado de cumplir con su deber y empujan a la población al hambre y la guerra civil. Nosotros, elegidos por ciento ochenta y tres mil votos, consideramos nuestro deber llamar la atención de nuestros electores acerca de lo que pasa en la Duma y declaramos que declinamos toda responsabilidad en cuanto a las inevitables y lamentables consecuencias de su conducta.

A lo lejos resonaban todavía algunos disparos aislados, pero la ciudad volvía a estar tranquila, serena e impasible, como agotada por los espasmos violentos que la habían estremecido.

La sesión de la Duma en la sala Nicolás tocaba a su fin. Incluso esta turbulenta Duma parecía un poco aturdida. Los comisarios acudían constantemente con noticias: la toma de la central telefónica, los combates en las calles, la toma de la escuela Vladimir...

—La Duma —declaró Trupp— sostiene a la democracia en su lucha contra la tiranía y la violencia; pero, cualquiera que sea el vencedor, jamás aceptaría la justicia sumaria y la tortura.

A lo que Konovski, un kadete, anciano de gran estatura y expresión cruel, respondió:

—Cuando las tropas del gobierno legal entren en Petrogrado, fusilarán a los insurgentes, y eso no será justicia sumaria.

Toda la sala, incluso su propio partido, protestó.

Reinaban la duda y la depresión. La contrarrevolución perdía pie. El Comité Central del partido socialrevolucionario había emitido un voto de desconfianza contra sus propios representantes, comenzaba a imponerse el ala izquierda; Avxentiev había presentado su dimisión. Un mensajero anunció que la delegación enviada a la estación para recibir a Kerenski había sido detenida. En las calles se oía el sordo retumbar del cañoneo lejano hacia el Oeste y el sudoeste. Kerenski no acababa de llegar.

Solamente aparecieron tres periódicos, Pravda, Dielo Naroda y Novaia Jizn. Los tres dedicaban mucho espacio al nuevo gobierno de coalición. El órgano socialrevolucionario pedía un gabinete sin kadetes ni bolcheviques. Gorki manifestábase optimista: el Smolny había hecho concesiones: era el anuncio de un gobierno puramente socialista que incluiría a todos los elementos, salvo a la burguesía. En cuanto a Pravda se mostraba acerbo:

Mueve a risa hablar de una coalición entre partidos politicos integrados en gran parte por pequeñas camarillas de periodistas que no tienen detrás de sí más que simpatías burguesas y un pasado sospechoso, y que se resisten a seguir en adelante a los obreros y a los campesinos. Nuestra coalición es la que hemos formado nosotros mismos, la coalición del partido revolucionario del proletariado con el ejército revolucionario y los campesinos pobres.

Un anuncio pretencioso del Vikjel amenazaba con la huelga si no se llegaba a una fórmula de transacción:

Los verdaderos vencedores de estas luchas, los salvadores de lo que quede de nuestra patria, no serán ni los bolcheviques ni el Comité de Salvación, ni las tropas de Kerenski; seremos nosotros, el Sindicato de Ferroviarios… Las guardias rojas no se encuentran en situación de asegurar un servicio tan complejo como el de los ferrocarriles; en cuanto al Gobierno provisional, se ha revelado totalmente incapaz de ejercer el poder... Negamos nuestros servicios a todo partido, cualquiera que sea, cuyo poder no se ejerza por medio de un gobierno que cuente con la confianza de toda la democracia.

El Smolny trepidaba de vida, de inagotable energía humana.

En la sede de los sindicatos, Losovski me presentó a un delegado de los ferroviarios de la línea Nicolás, quien nos dijo que sus hombres, en asambleas inmensas, condenaban la acción de los jefes.

—¡Todo el poder a los Soviets! —exclamó descargando un golpe sobre la mesa—. Los entreguistas del Comité Central le hacen el juego a Kornilov. Han querido enviar una misión al Estado Mayor General del ejército, pero nosotros la hemos detenido en Minsk. Nuestra sección ha decidido una conferencia de toda Rusia, pero ellos se niegan a convocarla...

Era la misma situación que en los Soviets y los comités del ejército. Una tras otra, en toda Rusia, las organizaciones democráticas se resquebrajaban y se transformaban. Las cooperativas se hallaban desgarradas por luchas intestinas. Las sesiones del Comité Ejecutivo de los Diputados campesinos tuvieron que interrumpirse sin que se obtuvieran resultados, en medio de disputas borrascosas. Incluso entre los cosacos cundía la agitación.

En el último piso del Smolny, el Comité Militar Revolucionario trabajaba a todo vapor, sin un instante de reposo. Las gentes llegaban allí frescas y llenas de energía; luego, día y noche, noche y día, la terrible máquina absorbía las energías, y salían derrengadas, fatigadas, ciegas, con la voz ronca, sucias, para desplomarse sobre el suelo y dormir. El Comité de Salvación había sido puesto fuera de la ley. Altas pilas de nuevas proclamas[79] cubrían el piso.

---

[79] **Llamamientos del Comité Militar Revolucionario***:*

"El Congreso de los Soviets de toda Rusia decreta: "Queda abolida la pena de muerte en el ejército, restablecida por Kerenski. "Se restablece enteramente la libertad de propaganda en el frente. Todos los soldados y oficiales revolucionarios detenidos por supuestos delitos 'políticas' serán puestos inmediatamente en libertad."

A toda la población:

"El ex primer ministro Kerenski, derrocado por el pueblo, se niega a someterse al Congreso de los Soviets y trata de luchar contra el gobierno legal elegido por el Congreso de toda Rusia, que es el Consejo de Comisarios del Pueblo. El frente ha negado su ayuda a Kerenski. Moscú se ha adherido al nuevo gobierno. En numerosas poblaciones (Minsk, Moguiley, Jarkov), el poder está en manos de los Soviets. Ningún destacamento de infantería accede a marchar contra el gobierno de los obreros y campesinos, que, ejecutando la firme voluntad del ejército y el pueblo, ha iniciado las negociaciones de paz y ha entregado la tierra a los campesinos.

"Hacemos la solemne advertencia de que, si los cosacos no detienen a Kerenski, quien los ha engañado y quiere lanzarlos sobre Petrogrado, las fuerzas revolucionarias se alzarán con todo su ímpetu para defender las sagradas conquistas de la revolución, la paz y la tierra.

"¡Ciudadanos de Petrogrado! Kerenski ha huido de la capital, dejando el poder en manos de Kichkin, quien se disponía a entregar la ciudad a los alemanes; de Rutenberg, el de las Centurias Negras, saboteador del aprovisionamiento de la (*continúa en la página siguiente*)

Los conspiradores, que no cuentan con partidarios en la guarnición, ni en la clase obrera, especulaban solamente con un ataque descargado por sorpresa. Su plan fue descubierto a tiempo por el aspirante Blagonravov, comisario de la fortaleza de Pedro y Pablo, gracias a la vigilancia revolucionaria de un guardia rojo cuyo nombre será indagado. El alma del complot era el Comité de Salvación. El coronel Polkovnikov había recibido el mando de las tropas y las órdenes estaban firmadas por Gotz, antiguo miembro del Tsík, puesto en libertad bajo palabra de honor. El Comité Militar Revolucionario pone estos hechos en conocimiento de la población de Petrogrado y ordena la detención de las personas envueltas en el complot y su enjuiciamiento ante el Consejo de Guerra revolucionario.

De Moscú llegó la noticia de que los junkers y los cosacos habían cercado el Kremlin e invitado a las tropas soviéticas a capitular. Estas habían aceptado, pero en el momento de abandonar el Kremlin habían sido asaltadas y aniquiladas a tiros. Fuerzas bolcheviques menos importantes fueron expulsadas de las centrales telefónicas y telegráficas; los junkers eran dueños ahora del centro de la ciudad. Pero, alrededor de ellos, las tropas soviéticas se reorganizaban. Se combatía en las calles; todas las tentativas de llegar a una fórmula conciliatoria habían fracasado. Los Soviets contaban con diez mil soldados de la guarnición y algunas guardias rojas; el gobierno disponía de seis mil junkers, dos mil quinientos cosacos y dos mil guardias blancas.

El Soviet de Petrogrado estaba en sesión, y en la habitación vecina se hallaba reunido el nuevo Tsík, que examinaba los decretos y las órdenes[80] que le llegaban ininterrumpida-

---

ciudad, y de Paltchinski, hombre odiado por toda la democracia. Kerenski ha huido, abandonándoos a los alemanes, al hambre, a las matanzas sangrientas. El pueblo en armas ha detenido a los ministros de Kerenski, y habéis podido comprobar cómo inmediatamente mejoraron el orden y el abastecimiento. Kerenski, a instancias de los propietarios aristócratas, de los capitalistas, de los especuladores, marcha contra vos-otrcs para entregar la tierra a los señores rurales y para llevar adelante la guerra.

"¡Ciudadanos de Petrogrado! Sabemos que la inmensa mayoría de vosotros estáis con el poder revolucionario del pueblo, contra los kornilovistas maridados por Kerenski. No os dejéis engañar por las afirmaciones embusteras de los impotentes conspiradores burgueses, que serán aplastados sin piedad.

"¡Obreros, soldados, campesinos! Hacemos un llamamiento a vuestra fidelidad y vuestra disciplina revolucionaria. "Millones de campesinos y soldados están con nosotros. "¡La victoria de la revolución del pueblo está asegurada!"

"Petrogrado, 10 de noviembre de 1917." El Comité Militar Revolucionario del Soviet de Diputados obreros y soldados de Petrogrado.

[80] **Decretos del Consejo de Comisarios del Pueblo:** En este libro sólo recojo los decretos que, a mi juicio, son parte integrante de la conquista del poder por los bolcheviques. Los otros, los que se refieren a la organización del Estado soviético, no tienen cabida aquí. Se reproducirán y estudiarán en el segundo volumen, actualmente en preparación, titulado De Kornilov a Brest-Litovsk.

Sobre la entrega de viviendas a la disposición de los municipios:

1º Las municipalidades autónomas tendrán derecho a requisar todas las viviendas desocupadas o deshabitadas. 2º Las municipalidades podrán, de acuerdo con las leyes y reglamentos promulgados por ellas, instalar en todos los alojamientos disponibles a los ciudadanos que carezcan de domicilio o que vivan en los locales-congestionados o malsanos. 3º Las municipalidades podrán organizar la inspección de los alojamientos, cuyo funcionamiento organizarán, reglamentando las facultades de los inspectores. 4º Las municipalidades podrán decretar la creación de comités de inmuebles, definir la organización y poderes de estos comités y conferirles autoridad jurídica. 5º Las municipalidades podrán crear tribunales de alojamiento y definir sus poderes y derechos. 6º El siguiente decreto se pondrá en vigor por vía telegráfica. El comisario del pueblo para el Interior, A. I. RYKOV

Comunicación del gobierno sobre el Seguro Social: El proletariado de Rusia ha incluido entre sus reivindicaciones la consigna de un sistema completo de seguros sociales para los asalariados de la ciudad y el campo. El gobierno del zar, los grandes terratenientes, los capitalistas, y tras ellos el gobierno de coalición y componenda, han defraudado las aspiraciones de los trabajadores en lo tocante al seguro social. El gobierno de los obreros y campesinos, confiando en el apoyo de los Soviets de Diputados obreros, soldados y campesinos, anuncia a la clase trabajadora rusa y a los pobres de las ciudades y del campo que prccedwá a preparar sin demora una legislación del seguro social, basada en (*continúa en la página siguiente*)

los siguientes principios, propuestos por las organizaciones del trabajo: 1º Seguro para todos los asalariados sin excepción, así como para los pobres de la ciudad y el campo. 2º El seguro se hará extensivo a todas las categorías de incapacidad para el trabajo: enfermedad, dolencias crónicas, ancianidad, parto, viudedad, orfandad y paro forzoso. 3º Todos los gastos del seguro correrán a cargo del patrono. 4ºIndemnizaciones iguales por lo menos al salario completo para toda incapacidad de trabajo o desempleo. 5º Control absoluto de los trabajadores sobre las instituciones del seguro. En nombre del Gobierno de la República rusa El comisario del pueblo para el Trabajo, ALEJANDRO CHLIAPNIKOV

La educación popular: ¡Ciudadanos de Rusia! Mediante la insurrección del 7 de noviembre, las masas trabajadoras han conquistado auténticamente el poder por primera vez en la historia. El Congreso de los Soviets de toda Rusia ha transmitido temporalmente este podtr a su Comité Ejecutivo y al Congreso de Comisarios del Pueblo. Por voluntad del pueblo revolucionario he sido designado comisario del pueblo para la Instrucción Pública. La dirección general de los asuntos relacionados con la instrucción pública, en la medida en que concierne al poder central, se confía, entre tanto se reúne la Asamblea Constituyente, a una Comisión de Estado para la Instrucción Pública cuyo presidente y órgano ejecutivo es el comisario del pueblo. ¿En qué principies fundamentales se inspirará esta Comisión de Estado? ¿Cómo se delimitará su órbita de competencia?

Orientación general de la actividad educativa: En materia de educación, todo poder auténticamente democrático, en un país donde reinan el analfabetismo y la ignorancia, debe trazarse como primer objetivo la lucha contra estas dos plagas. Debe, dentro de los plazos más perentorios, acabar enteramente con el analfabetismo organizando una red de escuelas que responda a las exigencias de la pedagogía moderna e implantando la enseñanza general obligatoria y gratuita; debe, al mismo tiempo, crear toda una serie de escuelas normales y establecimientos que puedan, a la mayor brevedad, formar el poderoso ejército de maestros necesarios para instruir a toda la población de la inmensa Rusia...

Enseñanza y educación: Es preciso señalar la diferencia entre enseñanza y educación. Enseñanza es la transmisión de conocimientos ya definidos por el maestro al alumno. La educación es un proceso creador. Durante toda la vida la personalidad del hombre se "educa", se extiende, se enriquece, se afirma y se perfecciona. Las masas populares trabajadoras -obreros, soldados, campesinos- arden en deseos de aprender a leer y escribir, de iniciarse en todas las ciencias. Pero aspiran igualmente a la educación, que no les puede ser dada ni por el Estado, ni por los intelectuales, por nada ni por nadie más que por ellos mismos. A este respecto, la escuela, el libro, el teatro, el museo, etc., sólo pueden ser una ayuda. Las masas populares han de fijar por sí mismas su cultura, consciente o inconscientemente. Ellas tienen sus ideas, fruto de su situación social, muy diferente de la que disfrutan las clases dominantes y los intelectuales que hasta ahora han sido los creadores de la cultura, tienen sus ideas, sus sentimientos, su manera de abordar todas las tareas del individuo y la sociedad. Cada uno a su manera, el obrero de la ciudad y el trabajador del campo edificarán su propia concepción luminosa del mundo, impregnada del pensamiento de la clase trabajadora. Será éste el fenómeno más grandioso y más bello que tendrá por testigos y por actores las generaciones venideras: el de la edificación, por las colectividades de trabajadores, de su alma colectiva, rica y libre. La enseñanza será, en esta obra, un elemento importante, pero no decisivo. En este punto son más importantes la crítica y la creación de las propias masas, ya que la ciencia y el arte sólo en algunas de sus partes encierran un valor general para la humanidad: en realidad, sufren profundos cambios con cada revolución de clase verdaderamente profunda… Por todas partes en Rusia, en particular entre los obreros de las ciudades, pero también entre los campesinos, crece la marea del movimiento de educación cultural; las organizaciones de este género se multiplican hasta el infinito entre los obreros y los soldados; ponerse a la cabeza de ellas, prestarles el máximo apoyo, facilitarles su tarea es un deber primordial para el gobierno revolucionario y popular en et campo de la instrucción pública.

Descentralización: La Comisión de Estado para la Instrucción Pública no es en modo alguno un órgano central de dirección de los establecimientos de enseñanza y educación. Al contrario, toda la actividad escolar debe confiarse a los organismos de administración local. El trabajo propio de las organizaciones de obreros, soldados y campesinos, de las organizaciones creadas para la educación cultural, deberá gozar de plena y total autonomía tanto con relación al poder central como a las municipalidades. La misión de la Comisión de Estado es de enlace y apoyo; deberá organizar, en escala nacional, las fuentes del apoyo material, ideológico y moral a las instituciones de enseñanza municipales y privadas, y especialmente a las instituciones de la clase trabajadora. El Comité de Estado para la Instrucción Pública.-Numerosos y valiosos proyectos de leyes han sido elaborados desde los inicios de la revolución por el Comité de Estado para la Instrucción Pública, bastante democrático por su composición y en el que abundan los especialistas experimentados. La Comisión de Estado desea sinceramente colaborar de manera regular con este Comité. Esta Comisión se dirigirá al Buró del Comité solicitando de él que convoque inmediatamente una sesión extraordinaria del Comité para poner en práctica el siguiente programa: 1. Revisión de las normas de representación en el Comité para llevar a él una democratización todavía más amplia. 2. Revisión de las facultades del Comité con vistas a su ampliación y a la transformación del Comité en una institución fundamental del Estado encargada de elaborar los proyectos de ley que permitan una reorganización total de la enseñanza y la educación públicas de Rusia,"Sobre bases democráticas. 3. Revisión, en común con la nueva Comisión de Estado, de los proyectos de ley ya redactados por el Comité, la que es necesaria, ya que en su elaboración el Comité se ha guiado por el espíritu burgués de los ministerios anteriores, que, por otra parte, entorpecieron la ejecución de estos proyectos, incluso bajo su forma limitada. Después de esta revisión los proyectos de ley entrarán en vigor y serán aplicados sin ningún papeleo burocrático ajustándose al orden de la democracia.

El magisterio y la sociedad: La Comisión de Estado saluda al cuerpo del magisterio en su noble y brillante trabajo de educación del pueblo ahora dueño del país. Ningún órgano del poder deberá tomar medida alguna en el campo de la instrucción pública sin un previo y cuidadoso estudio de la opinión de los representantes del magisterio. Por otra (*continúa en la página siguiente*)

mente del piso superior, enviadas por el Consejo de Comisarios del Pueblo. Entre estos decretos había uno sobre la ratificación y la promulgación de las leyes, otro sobre la jornada de ocho horas y el «Proyecto de un sistema de educación popular», de Lunacharski. Solamente algunos centenares de delegados asistieron a estas dos asambleas, la mayor parte de ellos armados. El Smolny se hallaba casi desierto; apenas se veían en sus salas más que los guardias ocupados en instalar en los vanos de las ventanas las ametralladoras que dominaban los flancos del edificio.

En el Tsík estaba hablando un delegado del Vikjel:

—Nos negamos a transportar a las tropas de ningún partido, cualquiera que él sea. Hemos enviado una delegación a Kerenski para decirle que si continúa su marcha sobre Petrogrado le cortaremos las líneas de comunicación.

Terminó con el habitual llamamiento en favor de una conferencia de todos los partidos socialistas para constituir el nuevo gobierno.

---

parte, tampoco deberá tomar decisiones por sí y ante sí, en manera alguna, ninguna corporación de especialistas. Esto es igualmente aplicable a las reformas de los establecimientos de enseñanza general. La meta que perseguirá la Comisión tanto en su propia órbita como en el seno del Comité de Estado y en todas sus actividades es la colaboración entre el cuerpo del magisterio y las fuerzas sociales. La Comisión considera como su tarea principal el mejoramiento de la situación de los profesores, y en primer lugar de los que, siendo los más desheredados, son tal vez los trabajadores más importantes en el campo cultural: los maestros de las escuelas primarias. Sus justas reivindicaciones deben ser satisfechas a toda costa y sin demora. El proletariado de la enseñanza ha pedido, sin ser escuchado, que su salario se aumentara a 100 rublos por mes. Sería una vergüenza mantener durante más tiempo en la miseria a los maestros de la abrumadora mayoría de los niños rusos.

La Asamblea Constituyente: La Asamblea Constituyente comenzará sin duda sus trabajos próximamente. Solamente ella establecerá de manera permanente las modalidades de la vida social y política de nuestro país, incluyendo entre ellas el carácter general de, la organización de la instrucción pública. Hoy, en que el poder ha pasado a los Soviets, el carácter verdaderamente popular de la Asamblea Constituyente está asegurado. No creemos que la orientación seguida por la Comisión de Estado con el apoyo del Comité de Estado pueda llegar a ser modificada de un modo esencial por la voluntad de la Asamblea Constituyente. Sin prejuzgar sus decisiones, el nuevo gobierno popular se considera asistido del derecho a aplicar, también en este campo, cierto número de medidas encaminadas a enriquecer y elevar lo más rápidamente posible la vida espiritual del país.

El Ministerio: Los asuntos en curso deberán seguir siendo resueltos por el ministerio de Instrucción Pública. La Comisión de Estado elegida por el Comité Ejecutivo de los Soviets y el Comité de Estado tomarán a su cargo cuantas modificaciones se hagan necesarias de modo inmediato en su composición y estructura. Las modalidades definitivas de la dirección del Estado en el campo de la instrucción pública será, naturalmente, la Asamblea Constituyente quien las establezca. Entre tanto, el ministerio deberá cumplir las funciones de organismo ejecutivo cerca de la Comisión de Estado para la Instrucción Pública y del Comité de Estado para la enseñanza. … La seguridad de la salvación del país está en la colaboración de todas sus fuerzas vivas auténticamente democráticas. Estamos seguros de que el esfuerzo unánime de los trabajadores y los intelectuales esclarecidos y honrados sacará al país de esta crisis dolorosa y lo conducirá, gracias a la democracia total, al reino del socialismo y de la fraternidad de los pueblos. El comisario del pueblo para la Instrucción Pública, A. V. LUNACHARSKI Petrogrado, 11 de noviembre de 1917.

Régimen de ratificación y promulgación de las leyes: 1º Entre tanto se reúne la Asamblea Constituyente, la promulgación de lasrleyes se ajustará al procedimiento fijado por el Gobierno provisional obrero y campesino, elegido por el Congreso de Diputados obreros, soldados y campesinos de toda Rusia. 2º Todo proyecto de ley será sometido al examen del gobierno por el ministerio respectivo, avalado por la firma del comisario del pueblo o presentado por la sección legislativa del gobierno, con la firma del jefe de esta sección. 3º Una vez ratificado por el gobierno, el texto de ley, en su forma definitiva, será firmado, en nombre de la República rusa, por el presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo o, por delegación suya, por el comisario que lo haya presentado. A continuación será publicado. 4° La fecha de la publicación en el Diario Oficial del Gobierno provisional obrero y campesino será la fecha de entrada en vigor. 5° La entrada en vigor podrá, sin embargo, transferirse en el texto publicado para una fecha que difiera de la de publicación. El texto podrá también ponerse en vigor por la vía telegráfica; en este caso, tendrá fuerza de ley en cada localidad desde el momento en que el telegrama se haga público. 6º Queda abolida la promulgación con fuerza de ley de decretos del Gobierno por parte del Senado. La sección legislativa adjunta al Consejo de Comisarios del Pueblo editará periódicamente volúmenes recopilando los decretos y disposiciones del gobierno con fuerza de ley. 7º El Comité Ejecutivo Central de los Soviets de Diputados obreros, soldados y campesinos podrá en todo momento anular, modificar o derogar cualquier decreto del gobierno. En nombre de la República rusa, El presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo, VLADIMIR ULIANOV

Keménev respondió con prudencia. Los bolcheviques tendrían mucho gusto en asistir a tal conferencia. Pero el meollo del problema —dijo— no estaba en la composición de un gobierno de ese género, sino en la aceptación por él del programa del Congreso de los Soviets. El Tsík había deliberado acerca de la declaración de los socialrevolucionarios de izquierda y los socialdemócratas internacionalistas y aceptado una proposición de representación proporcional en la conferencia, incluso con los delegados de los comités del ejército y los Soviets campesinos.

En el gran salón, Trotzki pasaba revista a los acontecimientos de la jornada:

—Propusimos a los junkers de Vladimir que se rindieran —dijo—. Quisimos evitar el derramamiento de sangre. Pero ahora que la sangre ha corrido, no hay más que un camino: la lucha sin cuartel. Sería pueril pensar que podemos vencer de otro modo. Ha llegado el momento decisivo. Todo el mundo debe cooperar con el Comité Militar Revolucionario, informar dónde se hallan los almacenes de alambre de púas, de gasolina, de armas... Hemos tomado el poder; ahora, tenemos que conservarlo.

El menchevique Joffé quiso leer una declaración de su partido, pero Trotzki se negó a abrir «un debate sobre principios».

—Nuestros debates se zanjan ahora en las calles —declaró—. El paso decisivo está dado. Todos nosotros, y yo en particular, aceptamos la responsabilidad de lo que suceda...

Los soldados llegados del frente y de Gatchina expresaron sus sentimientos. Uno de ellos, del batallón de choque de la 481ª división de artillería, dijo:

—Cuando en las trincheras se enteren de esto, no habrá más que una sola voz: «¡Aquí está nuestro gobierno!»

Un junker de Peterhov manifestó que él y dos de sus camaradas se habían negado a marchar contra los Soviets; cuando sus camaradas regresaron de la defensa del Palacio de Invierno le habían nombrado su comisario y enviado al Smolny a ofrecer sus servicios a la «verdadera» revolución.

Luego se levantó Trotzki otra vez, fogoso, infatigable, dando órdenes, contestando las preguntas.

—La pequeña burguesía, con tal de aplastar a los obreros, los soldados y los campesinos, ¡se aliaría con el demonio! —dijo. En el curso de los dos últimos días se habían observado numerosos casos de embriaguez—. ¡No bebáis, camaradas! Nadie debe permanecer en la calle después de las ocho de la noche, excepto las patrullas. Se harán registros en los lugares sospechosos y el alcohol que se encuentre será destruido.[81] *No habrá piedad para los traficantes de alcohol…*[82]

---

[81] *Orden del Comité Militar Revolucionario* 1º Queda prohibida hasta nueva orden la fabricación de alcohol y de toda clase de bebidas alcohólicas. 2º Se ordena a todos los poseedores de vinos y espirituosos, a los fabricantes dg alcohol y bebidas alcohólicas, antes del 27 del corriente a más tardar, den a conocer el lugar exacto de sus almacenes. 3º Los contraventores de esta orden serán puestos a disposición del Tribunal Militar Revolucionario. Comité Militar Revolucionario

[82] Orden n° 2 del comité del regimiento de reserva finlandés de la Guardia a todos los comités de inmuebles y a los ciudadanos del barrio de Vassilli-Ostrow: La burguesía ha echado mano de un medio infame de lucha contra el proletariado: en varios distritos de la ciudad ha establecido enormes depósitos de bebidas espirituosas, hacia los cuales (*continúa en la página siguiente*)

En este momento, el Comité Militar Revolucionario mandó llamar a la delegación de la sección de Vyborg, y luego a la de los obreros de Putilov. Acudieron inmediatamente.

—Por cada revolucionario muerto —añadió aún Trotzki—, nosotros mataremos ¡cinco contrarrevolucionarios!

Regresamos a la ciudad. La Duma se veía brillantemente iluminada; una multitud enorme estaba entrando. En el salón de abajo resonaban los gemidos y los gritos de dolor; el gentío se empujaba ante el gran tablero de los comunicados, en el cual estaba puesta la lista de los junkers muertos durante la jornada —o a los que al menos se les suponía muertos, ya que la mayor parte de ellos reapareció en perfecta salud—. Arriba, en la sala Alejandro, el Comité seguía en sesión. Destacaba la presencia de oficiales con charreteras rojas y oro, rostros conocidos de intelectuales mencheviques y socialrevolucionarios, de diplomáticos y banqueros de mirada dura y magnífica apariencia rolliza, de funcionarios del antiguo régimen, de mujeres bien vestidas.

Las muchachas telefonistas vinieron a declarar. Las pobres muchachas subieron una tras otra a la tribuna, vestidas con rebuscamiento que trataba de imitar la elegancia, con caras cansadas y zapatos agujereados. Una tras otra, ruborizándose de placer ante los aplausos del gran mundo de Petrogrado, de los oficiales, las gentes ricas, los grandes nombres de la política, describieron los sufrimientos que el proletariado les había hecho padecer y proclamaron su fidelidad a todo lo que era el antiguo régimen, el orden establecido...

La Duma se hallaba de nuevo en sesión en la sala Nicolás. El alcalde declaró, con optimismo, que los regimientos de Petrogrado estaban ya avergonzados de su actitud; la propaganda hacía progresos. Emisarios iban y venían, informando de los horribles actos perpetrados por los bolcheviques, y partían de allí para interceder en favor de los junkers o entregarse a activas investigaciones.

—Es la fuerza moral la que dará cuenta de los bolcheviques —dijo Trupp—, y no las bayonetas.

Mientras tanto, la situación en el frente revolucionario no era brillante. El enemigo había llevado trenes blindados armados con cañones. Las fuerzas soviéticas, compuestas en su mayoría por guardias rojas sin experiencia, carecían de oficiales y de planes definidos. Solamente se les había podido agregar cinco mil soldados regulares; el resto de la guarnición estaba ocupado en reprimir la revuelta de los junkers, en custodiar la ciudad, o bien no se decidía aún a tomar partido. Á las diez de la noche, Lenin tomó la palabra en un mitin de delegados de los regimientos de la ciudad, quienes, por una mayoría aplastante, se pronunciaron en favor de la lucha. Fue elegido un comité de cinco soldados, que se convirtió en el estado mayor, y al amanecer los regimientos abandonaron

---

atrae a los soldados, esforzándose por romper mediante el alcohol la unión del ejército revolucionario. Se ordena a todos los comités de inmuebles que declaren directa y secretamente al presidente del comité del regimiento finlandés de la Guardia, en el plazo de tres horas a contar desde la fijación de la presente orden, los depósitos de bebidas espirituosas que se encuentren en sus edificios. Los contraventores de esta orden serán detenidos y entregados a la justicia más implacable; sus bienes serán confiscados y los depósitos de bebidas espirituosas serán DESTRUIDOS CON DINAMITA EN UN PLAZO DE DOS HORAS, ya que la experiencia ha demostrado la ineficacia de otras medidas menos radicales. No se harán nuevas advertencias previas antes de las voladuras. El Comité del regimiento finlandés de la Guardia.

sus cuarteles con todo su atuendo bélico. Al regresar a mi casa los vi desfilar con el paso regular de los veteranos, las bayonetas perfectamente alineadas, por las calles desiertas de la capital conquistada.

Al mismo tiempo, en el cuartel general del Vikjel, en la Sadovaya, la conferencia de todos los partidos socialistas trabajaba por formar un nuevo gobierno. Abramovitch declaró, en nombre de los mencheviques centristas, que no debía haber ni vencedores ni vencidos, que era preciso olvidar el pasado. Todos los grupos de izquierda asintieron. Dan, en nombre de la derecha menchevique, propuso a los bolcheviques una tregua en las condiciones seguientes: desarme de la guardia roja, poner a la guarnición de Petrogrado bajo las órdenes de la Duma, prohibición a las tropas de Kerenski de disparar un solo tiro o de proceder a una sola detención, formación de un ministerio que incluyera a todos los partidos socialistas con exclusión de los bolcheviques. Riazánov y Kaménev contestaron en nombre del Smolny que la idea de un gobierno de coalición de todos los partidos era aceptable, pero protestaron contra las proposiciones de Dan. Los socialrevoluciona'rios estaban divididos, pero el Comité Ejecutivo de los Soviets campesinos y los socialistas populares se opusieron totalmente a la admisión de los bolcheviques. Después de una discusión encarnizada se encargó a una comisión que redactara un plan viable.

La comisión estuvo discutiendo durante toda la noche, al día siguiente e incluso la noche siguiente. Ya el 9 de noviembre se había realizado por Martov y Gorki un esfuerzo semejante de conciliación; pero en razón de la proximidad de Kerenski, el ala derecha menchevique, los socialrevolucionarios y los socialistas populares se retiraron. Esta vez, el aplastamiento de la revuelta de los junkers les espantó.

El lunes 12 fue un día de espera. Rusia entera tenía la mirada fija en la llanura gris que se extiende a las puertas de Petrogrado, donde todas las fuerzas disponibles del antiguo régimen se enfrentaban a la potencia aún sin organizar del nuevo, el desconocido. En Moscú se había concertado una tregua; los dos adversarios parlamentaban, esperando el resultado de la partida empeñada en la capital. Los delegados al Congreso de los Soviets se abalanzaban a los trenes rápidos que habían de trasladarlos hasta los confines de Asia, dirigiéndose a sus provincias, llevando la antorcha de la Revolución. La noticia del milagro se propagaba mediante ondas cada vez más amplias sobre toda la superficie del país; las ciudades, las aldeas y los pueblecillos lejanos empezaron a agitarse y a sublevarse; por doquier los Soviets y comités revolucionarios se alzaban contra las Dumas, zemstvos y comisariados gubernamentales, las guardias rojas contra las blancas; se combatía en las calles, se discutía con pasión... El resultado dependía de Petrogrado.

El Smolny estaba casi vacío, pero la Duma se hallaba atestada de gente y de ruido. El viejo alcalde, siempre con el mismo aire digno, protestó contra el manifiesto de los consejeros municipales bolcheviques.

«La Duma no es un centro de la contrarrevolución —dijo con calor—. *La Duma no toma parte en estas luchas entre partidos. En el momento en que el país carece de poder legal, la sede única del orden es el gobierno municipal autónomo. La población pacífica lo acata; las embajadas extranjeras no reconocen más documentos que los firmados por el alcalde de la ciudad. La mentalidad europea no admite otra situación, ya que el gobierno municipal autónomo es el único órgano capaz de proteger a los ciu-*

dadanos. La ciudad tiene el deber de mostrarse hospitalaria con todas las organizaciones que deseen gozar de su hospitalidad. En consecuencia, la Duma no puede prohibir la distribución de ningún periódico en el interior del edificio de la misma. El campo de nuestra actividad se amplía y nosotros tenemos necesidad de entera libertad de acción; nuestros derechos deben ser respetados por los dos bandos... «¡Nosotros somos rigurosamente neutrales! Cuando la central telefónica fue ocupada por los junkers, el coronel Polkovnikov ordenó cortar las comunicaciones con el Smolny, pero, ante mis protestas, el teléfono siguió funcionando...»

En los bancos de los bolcheviques surgieron risas irónicas y de la derecha partieron imprecaciones.

—*Y, sin embargo,* —prosiguió Schreider, el alcalde—, *nos consideran contrarrevolucionarios y nos denuncian como tales a la población. Nos privan de nuestros medios de transporte y nos quitan nuestros automóviles. Si la ciudad es presa del hambre, no será por culpa nuestra. Nuestras protestas son vanas...*

Kobozev, miembro bolchevique del Consejo municipal, puso en duda la requisa de automóviles por el Comité Militar Revolucionario; pero aun admitiendo el hecho, no se trataba posiblemente más que de casos aislados y para contingencias urgentes.

—*El alcalde* —continuó— *nos dice que no debemos convertir las sesiones de la Duma en mítines políticos. Pero los mencheviques y los socialrevolucionarios no hacen aquí más que agitación de partido, y en la puerta distribuyen sus hojas ilegales, la Iskra («La Chispa»), el Soldatski Golas («La Voz del Soldado») y la Rabotchaya Gazeta («Gaceta Obrera»), que incitan al levantamiento. ¿Qué pasaría si nosotros, los bolcheviques, nos pusiéramos igualmente a distribuir aquí nuestros periódicos? Pero no lo haremos, porque tenemos respeto a la Duma... No hemos atacado al gobierno municipal autónomo, ni lo atacaremos. Sólo que usted ha dirigido un llamamiento a la población, y nosotros tenemos derecho a hacer otro tanto...*

Le siguió en el uso de la palabra el kadete Chingariov, declarando que no era posible mantener ninguna discusión con gentes que debían comparecer como acusados, y ser juzgados por traición. . . Y propuso que todos, los miembros bolcheviques fuesen expulsados de la Duma. Pero esla proposición fue rechazada, pues no se podía presentar ningún cargo personal contra los consejeros bolcheviques, que ocupaban funciones en la administración municipal.

Entonces, dos mencheviques internacionalistas declararon que el manifiesto de los consejeros bolcheviques era una provocación directa a la matanza.

—Si se califica de contrarrevolucionario todo acto dirigido contra los bolcheviques»— dijo Pinkievitch—, entonces yo no veo diferencia entre revolución y anarquía... Los bolcheviques cuentan con el desencadenamiento de las pasiones en las masas; nosotros no contamos más que con nuestra fuerza moral. Protestaremos contra toda violencia, venga de donde viniere, ya que nuestra tarea es encontrar una solución pacífica.

—El anuncio pegado en las calles bajo el título «A la picota», que incita al pueblo a exterminar a los mencheviques y los social-revolucionarios —declaró Nazariev—, es un crimen que vosotros, los bolcheviques, no conseguiréis borrar jamás. Los horrores de ayer no son más que preludio de los que preparáis con semejante proclama... Yo siem-

pre he tratado de reconciliaros con los demás partidos, ¡pero en este momento no siento por vosotros más que desprecio!

Los consejeros bolcheviques se levantaron ante el insulto, respondiendo con violencia el asalto de voces roncas y rencorosas y a los gestos de amenaza...

Al salir del sillón, encontré al menchevique Gomberg, ingeniero jefe de la ciudad, y a tres o cuatro periodistas. Todos ellos estaban muy animados.

—¡Mírelo! —me dijeron—. Los cobardes nos tienen miedo. ¡No se atreven a detener a la Duma! Su Comité Militar Revolucionario no osa enviar aquí a un comisario. Hoy, en la esquina de la Sadovaya, vi a un guardia rojo tratar de impedir que un chiquillo vendiera el Soldatski Golas. El chiquillo se contentó con reírsele en sus narices y la gente quiso linchar al bandido. Sólo es cuestión de horas. Incluso en el caso de que Kerenski no llegara, no tienen con qué formar un gobierno. ¡Gentes absurdas! ¡Se dice que están peleando entre ellos en el Smolny!

Un amigo mío, socialrevolucionario, me llevó aparte.

—Yo sé dónde se esconde el Comité de Salvación —me confió—. ¿Quieres hablarles?

Estaba anocheciendo. La ciudad había recobrado su aspecto normal; los escaparates de los almacenes estaban abiertos, lucían los faroles y un público numeroso se paseaba discutiendo en las calles.

En el número 86 de la avenida Nevski nos internamos por un pasillo que nos condujo al patio de un inmenso edificio de apartamientos. En el señalado con el número 29, mi amigo llamó de una manera convenida. Se escuchó un ruido de pasos, luego el golpe de una puerta interior; después, se entreabrió la puerta de entrada y apareció el rostro de una mujer. Luego de habernos examinado durante un minuto nos hizo pasar. Era una señora de aspecto plácido y edad madura, la cual exclamó: «¡Kiril, podéis quedaros!» En el comedor humeaba el samovar encima de una mesa donde había preparados varios platos con rebanadas de pan y pescado ahumado. Un hombre vestido de uniforme salió de detrás de la cortina de la ventana, y otro, vestido con ropas de obrero, de una habitación pequeña. Tenían mucho gusto en conocer a un periodista norteamericano. No sin cierto orgullo me declararon que si los bolcheviques les encontraban aquí serían fusilados sin ningún género de duda. No me quisieron dar sus nombres, pero me afirmaron que los dos eran socialrevolucionarios.

—¿Por qué —les pregunté— publican ustedes tales mentiras en sus periódicos?

Sin considerarse ofendido en manera alguna, el oficial me contestó:

—Sí, es cierto, ¿pero qué podemos hacer? —se alzó de hombros—. Usted admitirá que necesitamos crear un cierto estado de ánimo en el pueblo...

El otro le interrumpió:

—Esto es pura y simplemente, por parte de los bolcheviques, una aventura. Carecen de intelectuales. Los ministerios no les ayudarán. Y, por otra parte, Rusia no es una ciudad, es todo un país. Seguros de que no podrán sostenerse más que unos cuantos días, hemos decidido dar nuestro apoyo al más fuerte de sus adversarios, Kerenski, y colaborar en la restauración del orden.

—Está bien —repuse—, pero entonces ¿por qué se alian ustedes a los kadetes?

El seudoobrero sonrió con franqueza.

—A decir verdad, las masas en este momento están con los bolcheviques. Nosotros no contamos actualmente con partidarios. Nos sería imposible incluso reunir un puñado de soldados. No tenemos armas. Los bolcheviques tienen razón, en cierta medida. Ahora no hay en Rusía más que dos partidos fuertes: los bolcheviques y los reaccionarios, que se esconden detrás de los faldones de los kadetes. Éstos piensan que se están sirviendo de nosotros, cuando en realidad somos nosotros los que nos servimos de ellos. Cuando hayamos derrocado a los bolcheviques, nos volveremos contra los kadetes.

—¿Serán admitidos los bolcheviques en el nuevo gobierno? Se rascó la cabeza.

—El problema es importante —dijo—. Evidentemente, si no se les admite es probable que vuelvan a las andadas. En todo caso, en la Asamblea Constituyente pudieran convertirse en los arbitros de la situación, a tondición, naturalmente, de que haya una Asamblea Constituyente

—Esta cuestión, por otra parte —intervino el oficial—, lleva aparejada la de la admisión de los kadetes en el nuevo gobierno, por idénticas razones. Usted sabe que los kadetes no quieren la Asamblea Constituyente, sobre todo si es posible aplastar a los bolcheviques ahora.

Meneó la cabeza.

—La política no es cosa fácil para nosotros, los rusos. Ustedes, los norteamericanos, son políticos natos; durante toda su vida han conocido la política. Nosotros apenas si hace un año que sabemos lo que es.

—¿Qué piensan ustedes de Kerenski? —pregunté.

—¡Oh!, Kerenski es el responsable de las culpas del Gobierno provisional —respondió el otro—. Es el propio Kerenski quien nos ha obligado a aceptar la coalición con la burguesía. Si hubiera dimitido, como amenazó con hacerlo, se hubiera producido una crisis ministerial dieciséis semanas antes de la Asamblea Constituyente, y eso es lo que quisimos evitar.

—Pero, de todos los modos, ¿no es eso lo que sucedió a la postre?

—Sí, ¿pero cómo podíamos nosotros adivinarlo? Los Kerenski y los Avxentiev nos engañaron. Gotz es un poco más radical. Yo soy partidario de Tchernov, que es un verdadero revolucionario. El propio Lenin ha hecho saber hoy que no pondría objeción alguna a la entrada de Tchernov en el gobierno.

«También queríamos desembarazarnos del gobierno de Kerenski, pero pensamos que sería mejor esperar a la Constituyente. Al principio, yo estaba con los bolcheviques, pero como quiera que el Comité Central de mi partido votó contra ellos por unanimidad, ¿qué podía yo hacer? Era una cuestión de política de partido.

«Dentro de una semana el gobierno bolchevique se hundirá; en consecuencia, si los socialrevolucionarios se pueden mantener al margen y aguardar, el poder se les vendrá a las manos sin ningún esfuerzo. Nada más con que esperemos una semana, el país estará desorganizado a tal grado que los imperialistas alemanes triunfarán. Esa es la razón por

la que comenzamos nuestro movimiento contando nada más con la promesa de apoyo de dos regimientos, que por otro lado se volvieron también contra nosotros. Entonces ya no quedaban más que los junkers...»

—¿Y los cosacos? El oficial suspiró.

—Ni se movieron. Primero, dijeron que se lanzarían si eran apoyados por la infantería. Añadieron que, por otra parte, como un grupo de ellos estaba con Kerenski hacían causa común con ellos.

Dijeron también que se les acusaba constantemente de ser los enemigos hereditarios de la democracia. Y luego, finalmente, nos declararon: «Los bolcheviques nos han prometido que no se apoderarán de nuestras tierras. Así, pues, no tenemos nada que temer; en consecuencia, permaneceremos neutrales.»

Mientras charlábamos entraban y salían gentes continuamente, en su mayoría oficiales, que se habían arrancado las insignias. Alcanzábamos a verlos en el vestíbulo y les oíamos hablar en voz baja con gran animación. De vez en cuando, una cortina corrida a medias permitía que nuestras miradas alcanzaran hasta el cuarto de baño, donde, sentado sobre el lavado, un hombre corpulento, vestido con el uniforme de coronel, escribía apoyándose en las rodillas. Reconocí al coronel Polkovnikov, antiguo comandante de la plaza de Petrogrado, por la detención del cual el Comité Militar hubiese dado una fortuna.

—¿Nuestro programa? —dijo el oficial—. ¡Aquí está! Entrega de la tierra a los comités agrarios, plena representación de los obreros en la dirección de las industrias, un programa enérgico de paz, pero no un ultimátum lanzado al mundo entero como el de los bolcheviques. Estos son incapaces de cumplir las promesas que hacen a las masas. Nosotros no les dejaremos hacer. Nos han robado nuestro programa, con el fin de ganarse el apoyo de los campesinos. Esto es indecoroso. Si hubieran esperado a la Asamblea Constituyente…

—Lo que importa no es la Asamblea Constituyente —le interrumpió el otro—. Si los bolcheviques quieren instaurar aquí un Estado socialista, nosotros no podemos, en ningún caso, colaborar con ellos. Kerenski cometió un gran error. Dejó ver a los bolcheviques cuáles eran sus intenciones al anunciar al Consejo de la República que había ordenado su detención.

—Pero ustedes, ¿qué es lo que se proponen hacer ahora? —inquirí.

Los dos hombres se miraron.

—Dentro de algunos días lo verá usted. Si contamos con tropas suficientes del frente a nuestro favor, no transigiremos con los bolcheviques. De lo contrario, puede que nos veamos obligados...

Cuando estuvimos de nuevo en la calle saltamos al estribo de un tranvía atestado de gente, cuya plataforma, cediendo bajo el peso, rozaba contra el suelo y que, con una lentitud mortal, nos condujo hasta el Smolny.

Meshkovski, un hombrecillo atildado, de aspecto frágil, cruzaba el vestíbulo con aire preocupado. Las huelgas de los ministerios, nos dijo, comenzaban a surtir su efecto. El Consejo de Comisarios del Pueblo había prometido publicar los tratados secretos, pero

Neratov, el funcionario que los tenía, había desaparecido con los documentos. Se suponía que los había ocultado en la Embajada británica. La huelga de los bancos era particularmente grave.

—Sin dinero —admitió Menjinski—, somos impotentes. Hay que pagar los sueldos a los ferroviarios y a los empleados de Correos y Telégrafos. Los bancos están cerrados, incluso el del Estado, clave de la situación. Todos los empleados bancarios de Rusia han sido sobornados.

—¡Pero Lenin acaba de ordenar que se vuele con dinamita la puerta del sótano del Banco del Estado, y un decreto, que acaba de aparecer, ordena a los bancos privados que abran sus ventanillas mañana por la mañana; de lo contrario, las abriremos nosotros mismos!

El Soviet de Petrogrado desarrollaba una actividad febril; en el salón, lleno a reventar, casi todo el mundo aparecía armado. Trotzki estaba hablando:

«Los cosacos están abandonando Tsárskoye Selo. (La sala, trepidante, aplaudió.) Pero la batalla no hace más que comenzar. En Pulkovo se está combatiendo enconadamente. Hay que enviar todas las fuerzas disponibles...

»Las noticias que se reciben de Moscú son malas. El Kremlin está en manos de los junkers y los obreros tienen pocas armas. El resultado depende de Petrogrado. Los decretos sobre la paz y la tierra provocan un gran entusiasmo en el frente. Kerenski inunda las trincheras con telegramas anunciando que Petrogrado está en llamas y ensangrentado, que los bolcheviques asesinan a mujeres y niños. Pero nadie lo cree. Los cruceros Oleg, Aurora y República han anclado en el Neva, y sus cañones apuntan a los accesos a la ciudad.»

—¿Por qué no estás tú en el frente con las guardias rojas? —le espetó una voz ruda.

—Ahora mismo me voy —replicó Trotzki, y abandonó la tribuna. Con el rostro un poco más pálido que de costumbre, pasó a lo largo de la salón rodeado de amigos solícitos, y se dirigió rápidamente hacia el automóvil que le aguardaba.

Kaménev tomó la palabra en seguida para dar cuenta de los trabajos de la conferencia de conciliación de los partidos. Las concesiones propuestas por los mencheviques, dijo, habían sido rechazadas con desdén. Incluso las secciones del Sindicato de Ferroviarios habían votado en contra.

—Ahora que hemos conquistado el poder y que nuestra acción se está extendiendo a toda Rusia, todo lo que ellos nos piden no son más que tres pequeñas condiciones: 1º, entregar el poder; 2º, persuadir a los soldados que continúen la guerra; 3º, hacer que los campesinos no hablen más de la tierra ...

Lenin aparecíó un instante para responder a las acusaciones de los socialrevolucionarios:

—Nos acusan de que les hemos robado su programa agrario. Si es así, les presentamos nuestros cumplimientos. Este programa nos sirve muy bien.

La sesión prosiguió dentro del mismo ambiente. Unos tras otros vinieron los dirigentes a dar explicaciones, a exhortar, a refutar. Soldados y obreros desfilaron por la tribuna, exponiendo cada uno con sinceridad sus ideas y sus sentimientos.

El auditorio cambiaba y se renovaba sin cesar. De vez en cuando se llamaba desde la tribuna a los miembros de tal o cual destacamento que debía reintegrarse al frente. Otros, que habían sido relevados, o evacuados como heridos, o que habían venido a buscar armas al Smolny, los reemplazaban. Eran cerca de las tres de la mañana cuando, después de haber salido de la sala, nos encontramos a Holtzmann, del Comité Militar Revolucionario, que llegaba corriendo, con el rostro transfigurado.

— ¡Todo marcha bien! —exclamó, agarrándome las manos—. ¡Un telegrama del frente! ¡Kerenski ha sido aplastado! ¡Mira!

Nos tendió una hoja de papel, garabateada apresuradamente a lápiz, y, viendo que no la podíamos descifrar, la leyó en voz alta:

Pulkovo, Estado Mayor, 2 horas 10 minutos de la mañana. La noche del 12 al 13 de noviembre pasará a la historia. La tentativa de Kerenski de lanzar las tropas contrarrevolucionarias contra la capital de la revolución ha sido definitivamente rechazada. Kerenski retrocede, nosotros avanzamos. Soldados, marinos y obreros han demostrado que son capaces y que tienen la voluntad de consolidar con las armas en la mano la autoridad de la democracia. La burguesía ha tratado de aislar al ejército revolucionario. Kerenski ha intentado destrozarlo, valiéndose de los cosacos. Los dos planes han fracasado ignominiosamente.

La gran idea del poder de la democracia obrera y campesina ha aglutinado las filas del ejército y templado su voluntad. De ahora en adelante, todo el país se convencerá de que el poder soviético no es un fenómeno efímero: el poder de los obreros, soldados y campesinos es un hecho indestructible. La derrota de Kerenski es la derrota de los terratenientes, de la burguesía y los kornilovistas. La derrota de Kerenski es la confirmación del derecho del pueblo a una vida de paz y de libertad, a la tierra, al pan y al poder. El destacamento de Pulkovo, con su heroísmo, ha vigorizado la causa de la revolución obrera y campesina. Ya no es posible volver al pasado. Nos esperan luchas, obstáculos y sacrificios. Pero el camino está abierto y la victoria es segura.

La Rusia revolucionaria y el poder soviético pueden sentirse orgullosos de su destacamento de Pulkovo, mandado por el coronel Walden. ¡Gloria eterna a los caídos! ¡Gloria a los combatientes de la revolución, a los soldados y oficiales que fueron fieles al pueblo! ¡Viva la Rusia revolucionaria, popular y socialista! En nombre del Consejo, el comisario del pueblo, L. Trotzki.

Al cruzar la plaza Snamenskaya, vimos una aglomeración desacostumbrada delante de la estación Nicolás. Una multitud de varios miles de marinos, -erizada de fusiles, se congregaba en masa delante del edificio.

De pie sobre las escaleras, un miembro del Vikjel parlamentaba con ellos:

—Camaradas, no podemos transportaros a Moscú. Nosotros somos neutrales, no transportamos las tropas de ningún partido. No podemos conduciros a Moscú, donde hace ya estragos una terrible guerra civil.

Un rugido inmenso le respondió; los marinos comenzaron a avanzar. De pronto, una puerta se abrió de par en par; aparecieron dos o tres guardafrenos, un maquinista y algunos otros ferroviarios.

— ¡Por aquí, camaradas! —exclamó uno de ellos—. ¡Nosotros os llevaremos a Moscú! ¡A Vladivostok si queréis! ¡Viva la revolución!

Capítulo IX

LA VICTORIA

Orden No 1:

A LAS TROPAS DEL DESTACAMENTO DE PULKOVO. 13 de noviembre de 1917, 9 horas 38 minutos.

Después de una lucha encarnizada, las tropas del destacamento de Pulkovo han derrotado totalmente a las fuerzas contrarrevolucionarias que, abandonando sus posiciones en desorden, se han retirado detrás de Tsárskoye Selo en dirección de Pavlovsk y de Gatchina.

Nuestros elementos avanzados ocuparon la extremidad nordeste de Tsárskoye Selo y la estación Alejandro. El destacamento de Kolpino se hallaba a nuestra izquierda; el de Krásnoye Selo, a nuestra derecha. He ordenado a las fuerzas de Polkovo que ocupen Tsárskoye Selo y que fortifiquen los accesos, particularmente por el lado de Gatchina. He ordenado igualmente ocupar Pavlovsk, fortificarlo por el Sur y apoderarse de la vía férrea hasta Dno. Las tropas tomarán todas las medidas necesarias para fortificar las posiciones ocupadas por ellas mediante trincheras y otras obras defensivas. Se mantendrán en estrecho contacto con los destacamentos de Kolpino y Krásnoye Selo, así como con el estado mayor del comandante en jefe de la defensa de Petrogrado.

El comandante en jefe de todas las fuerzas en lucha contra las tropas contrarrevolucionarias de Kerenski, Teniente coronel Muraviov.

Martes por la mañana. ¿Cómo es posible esto? Hace solamente dos días la campiña de Petrogrado estaba llena de bandas sin jefes, sin víveres, sin artillería, que erraban a la ventura sin rumbo ni meta. ¿Qué es lo que ha aglutinado a estas masas desorganizadas, indisciplinadas, de guardias rojas, de soldados sin oficiales, convirtiéndolas en un ejército disciplinado y obediente a los jefes elegidos por ellas mismas, templadas para recibir el choque de la artillería y destrozar el asalto de la caballería cosaca? [83]

---

[83] **Comunicados del Comité Militar Revolucionario**

Comunicado n° 2

El 12 de noviembre al atardecer, Kerenski envió una proposición a las tropas revolucionarias para que depusieran las armas. La artillería de Kerenski abrió el fuego; la nuestra respondió y redujo al silencio al enemigo. Los cosacos atacaron; el fuego mortífero de los marinos, las guardias rojas y los soldados los obligó a batirse en retirada. Nuestros automóviles blindados penetraron en seguida en las filas enemigas. El enemigo está en fuga, nuestras tropas lo acosan y persiguen. Se han dado órdenes de detener a Kerenski. Tsárskoye Selo ha sido tomado por las tropas revolucionarias.

(*continúa en la página siguiente*)

Los pueblos en rebelión echan por tierra todos los conceptos del arte militar. Recordemos a los ejércitos desharrapados de la Revolución francesa, en Valmy, en Wissembourg.[84] Las tropas soviéticas se enfrentan al bloque de los junkers, los cosacos, los terratenientes, la nobleza y las Centurias Negras, a la perspectiva del retorno del zar, a la de la Ojrana y las minas siberianas, y por último a la terrible amenaza del imperialismo alemán. La victoria significaba, para decirlo con las palabras de Carlyle, apotheosis and millennium without end! El domingo por la noche, mientras los comisarios del Comité Militar Revolucionario regresaban desesperados del campo de batalla, la guarnición de Petrogrado elegía su Comité de los Cinco, su estado mayor de combate, tres soldados y dos oficiales, todos ellos enemigos jurados de la contrarrevolución. El coronel Muraviov, antiguo patriota, hombre de paz, pero a quien había que vigilar de cerca, se hizo cargo del mando.[85] En Kolpino, en Obujovo, en Pulkovo y en Krásnoye Selo se formaron destacamentos provisionales, cuyos efectivos se engrosaron con los elementos extraviados que llegaban dispersos de todos los lugares; estos destacamentos comprendían

---

Los fusileros letones.-El Comité Militar Revolucionario ha sido advertido por una información segura que los valientes fusileros letones han llegado del frente y ocupado posiciones en la retaguardia de las bandas de Kerenski.

Comunicado del Estado Mayor del Comité Militar Revolucionario

La toma de Gatchina y Tsárskoye Selo por las tropas de Kerenski se explica por la ausencia total de artillería y ametralladoras en dichos lugares, en tanto que la caballería de Kerenski contó con la artillería desde el principio. Las dos últimas jornadas han sido aprovechadas por nuestro Estado Mayor para suministrar a las tropas revolucionarias cañones, ametralladoras, teléfonos de campaña, etc. Una vez realizado este trabajo -con la enérgica ayuda de los Soviets de distritos y de las fábricas (Putilov, Obujovo y otras)-, el resultado del esperado choque no ofrecía duda: las tropas revolucionarias no solo contaban con superioridad numérica y la de una poderosa base corno Petrográdo, sino tíimbién con una enorme ventaja moral. Todos los regimientos de Petrogrado marcharon a ocupar sus posiciones con un entusiasmo delirante. La asamblea de la guarnición ha elegido una comisión de control de cinco soldados, destinada a asegurar la más completa unidad entre el comandante en jefe y la guarnición. La asamblea acordó por unanimidad emprender la acción decisiva.

Hacia las tres de la tarde del 12 de noviembre el fuego de artillería alcanzó una intensidad extraordinaria. Los cosacos se hallaban totalmente desmoralizados. Enviaron al Estado Mayor de Krásnoye Selo un parlamentario que amenazó, si no cesaba el bombardeo, con una respuesta enérgica. Se le contestó que la artillería dejaría de disparar cuando Kerenski rindiese las armas.

En la batalla que se produjo a continuación, todas las tropas -marinos, soldados y guardias rojas- dieron pruebas de gran arrojo. Los marinos prosiguieron su avance hasta el último cartucho. Aún no se conoce el número de muertos, pero es superior del lado de las tropas contrarrevolucionarias, a las que infligió fuertes pérdidas uno de nuestros automóviles blindados.

El Estado Mayor de Kerenski, temiendo verse cercado, ordenó la retirada, que degeneró rápidamente en desbandada. Entre las once y las doce de la noche, Tsárskoye Selo, incluida la estación de T.S.H., fue totalmente ocupada por las tropas de los Soviets. Los cosacos se retiraron hacia Gatchina y Kolpino.

La moral de las tropas está por encima de todo encomio. Se han dado órdenes de perseguir a los cosacos en retirada. Inmediatamente, se expidió un paPosteriormente, se comunicarán otros detalles.

[84] Alusión a la batalla de Valmy (20 de septiembre de 1792), en la cual los destacamentos de voluntarios del ejército revolucionario francés derrotaron a los prusianos que avanzaban sobre París y los obligaron a retroceder. En la batalla de Wissembourg, en 1794, las tropas revolucionarias francesas, bajo el mando efectivo de Saint-Just, vencieron al ejército austríaco y lo rechazaron más allá de las fronteras de Francia.[Nota de la Editorial

[85] Muraviov no tenía convicciones políticas firmes. Antes de ponerse del lado de los Soviets era partidario de la consigna «La guerra hasta la victoria final». Durante el levantamiento kornilovista se pasó a los socialrevolucionarios de izquierda. Más tarde traicionó al poder de los Soviets.[Nota de la Editorial]

marinos, soldados, guardias rojas, grupos de regimientos de infantería, caballería y artillería revueltos, y algunos automóviles blindados.

Al amanecer, se estableció contacto con las patrullas cosacas de Kerenski: cada encuentro se resolvía con algunos disparos y la orden de rendirse. En el aire frío e inmóvil, el estrépito de la batalla se propagaba por la llanura helada e iba a dar a los oídos de las bandas errantes que se reunían en torno a pequeñas fogatas, esperando…

¡Esto quiere decir que la cosa ha comenzado!, se dijeron. Y en seguida se pusieron a caminar hacia el lugar de la batalla, y por los caminos rectos los obreros avivaron el paso. Así convergieron automáticamente sobre todos los puntos de ataque enjambres de hombres exasperados. Los recibieron los comisarios indicándoles las posiciones que debían ocupar o los trabajos que debían ejecutar. Esta vez era una guerra en la que luchaban por su mundo; sus jefes los habían elegido ellos mismos. Las voluntades múltiples e inconexas de la masa se habían soldado en una voluntad única. Los combatientes de estas jornadas han descrito cómo los marinos quemaron hasta su último cartucho y después se lanzaron al asalto; cómo los obreros sin instrucción militar recibieron a pie firme la carga de los cosacos y los arrancaron de sus monturas; cómo el pueblo anónimo, que durante la noche se había agrupado alrededor del combate, se alzó como una marea que anegó al enemigo. El lunes, antes de la medianoche, los cosacos fueron dispersados y puestos en fuga, abandonando su artillería, y el ejército del proletariado, avanzando a todo lo largo del frente, entró en Tsárskoye Selo, antes de que el enemigo pudiese destruir la gran estación inalámbrica, desde la que los comisarios del Smolny lanzaron en seguida al mundo un himno de triunfo.

A todos los Soviets de Diputados obreros y soldados: El 12 de noviembre, en un combate encarnizado librado cerca de Tsárskoye Selo, el ejército revolucionario ha derrotado en toda la línea a las tropas contrarrevolucionarias de Kerenski y Kornilov. En nombre del Gobierno revolucionario, ordeno a todos los regimientos que prosigan la lucha contra los enemigos de la democracia revolucionaria y tomen todas las medidas necesarias para detener a Kerenski e impedir que se repitan semejantes aventuras, que amenazan las conquistas de la revolución y el triunfo del proletariado. ¡Viva el ejército revolucionario! El comandante en jefe de las tropas que operan contra Kerenski, Muraviov.

Noticias de las provincias.

En Sebastopol, el Soviet local había tomado el poder; en un mitin inmenso las tripulaciones de los acorazados que se encontraban en el puerto obligaron a sus oficiales a que juraran obediencia al nuevo gobierno. En Nijni Novgorod, el Soviet se había adueñado igualmente del poder. Las noticias de Kazan anunciaban combates librados en las calles entre los junkers y una brigada de artillería, de una parte, y de otra, la guarnición bolchevique.

En Moscú se había desencadenado nuevamente una lucha desesperada. Los junkers y las guardias blancas que dominaban el Kremlin y el centro de la ciudad veíanse atacados por todas partes por las tropas del Comité Militar Revolucionario. La artillería municipal, la prefectura de policía y el hotel Metropol. Los combatientes habían arrancado los

adoquines de la Tverskaya y la Ñikistskaya para abrir trincheras y levantar barricadas. Una granizada de balas de ametralladora barría los distritos de los grandes bancos y casas comerciales. No había luz, ni comunicaciones telefónicas; la población burguesa vivía recluida en los sótanos. El último boletín decía que el Comité Militar Revolucionario había dirigido un ultimátum al Comité de Salvación Pública,[86] exigiendo la rendición inmediata del Kremlin, bajo amenaza de bombardeo.

— ¡Bombardear el Kremlin! —exclamaban—. ¡No se atreverán a eso!

Desde Vologda a Tchita, en el otro extremo de Siberia, desde Pskov a Sebastopol, en el Mar Negro, en las grandes ciudades al igual que en las aldeas, ascendían las llamas de la guerra civil. De mil fábricas, de mil poblados campesinos, de regimientos y ejércitos, de los barcos que se encontraban navegando, afluían a Petrogrado los saludos de bienvenida al gobierno del pueblo.

El gobierno cosaco de Novotcherkask telegrafió a Kerenski: El gobierno de las tropas cosacas invita al Gobierno provisional y a los miembros del Consejo de la República a que vengan, si es posible, a Novotcherkask, donde podremos organizar en común la lucha contra los bolcheviques.

También Finlandia comenzaba a agitarse. El Soviet de Helsingfors y el Tsentrobadt (Comité Central de la Flota del Báltico) proclamaron el estado de sitio y declararon que todo intento de obstruir la acción de las fuerzas bolcheviques o toda resistencia armada a las órdenes del Consejo de Comisarios del Pueblo serían severamente reprimidas. Al mismo tiempo, la Unión de Ferroviarios de Finlandia declaró la huelga general en todo el país, a fin de lograr la aplicación de las leyes votadas por la Dieta socialista de junio de 1917, disuelta por Kerenski.

A la mañana siguiente me dirigí a primera hora al Smolny. Cuando avanzaba por la pasarela de madera que conducía de la verja exterior al edificio, cayeron del cielo gris los primeros copos de nieve, tenues y vacilantes.

— ¡La nieve! —exclamó el soldado de guardia, con un gesto de placer—. ¡No hay nada mejor para la salud!

En el interior, los largos corredores sombríos y las salas tristes parecían abandonados. En el enorme edificio no se movía un alma. Un rumor sordo, extraño, llegó a mis oídos, y al mirar a mi alrededor vi por todo el suelo, a lo largo de los muros, hombres que dormían. Seres toscos, obreros y soldados, verdaderos paquetes de lodo, tendidos aisladamente o apelotonados en las actitudes despreocupadas de la muerte. Algunos de ellos llevaban vendajes desgarrados y manchados de sangre. Fusiles y cartucheras yacían en el suelo... ¡Ante mí tenía al ejército victorioso del proletariado!

En el restaurante del primer piso se encontraban tan juntos uno del otro, que apenas había sitio para pasar. El aire estaba viciado. Una luz pálida se filtraba a través de los vidrios opacos por la suciedad. Encima del mostrador, cerca de un samovar abollado, completamente frío, entre vasos sucios, divisé, colocado al revés un número del último boletín del Comité Militar Revolucionario, cuya última página aparecía totalmente cu-

---

[86] El comité de Salvación Pública era el centro principal de la contrarevolución en Moscú durante las jornadas de octubre de 1917.[Nota de la Editorial

bierta de torpes garabatos. Era el recuerdo elocuente que dirigía uno de los soldados a sus camaradas caídos en la lucha contra Kerenski, en el momento en que el sueño lo abatió. Sobre el papel parecían haber resbalado las lágrimas.

Alexis Vinogradov, D. Moskvin , S. Stolbikov, A. Voskressenski , D. Leonski, D. Preobrajenski, V. Laidanski, M. Bertchikov…

Estos hombres fueron llamados al ejército el 15 de noviembre de 1916. Solamente tres de ellos viven todavía: Miguel Bertchikov, Alexis Voskressenski, Dimitri Leonski.

¡Dormid, águilas de las batallas! Que vuestras almas reposen en paz, pues habéis merecido, hermanos, gloria y descanso eternos...

El Comité Militar Revolucionario era el único que no dormía, entregado a un trabajo sin descanso. Skripnik salió de la habitación del fondo y anunció que Gotz había sido detenido, pero que había negado categóricamente haber firmado, como Avxéntiev, la proclama del Comité de Salvación. El Comité de Salvación, por su parte, había repudiado el llamamiento a la guarnición. Skripnik añadió que todavía había resistencia entre los regimientos de la ciudad; así, el regimiento Volynski se había negado a marchar contra Kerenski.

Varios destacamentos de tropas «neutrales», capitaneados por Tchernov, se encontraban en Gatchina, donde trataban de persuadir a Kerenski de que renunciara a marchar sobre Petrogrado. Skripnik soltó la risa.

—Ahora, ya no puede haber neutrales —comentó—. ¡La victoria es nuestra!

Una exaltación casi religiosa iluminaba su rostro barbudo, de facciones acusadas.

—Más de sesenta delegados han llegado del frente para traernos la seguridad de la colaboración de todos los ejércitos, con excepción del frente rumano, del que no sabemos nada. Los comités del ejército detienen todas las noticias en Petrogrado, pero hemos organizado un servicio regular de correos. .

En el entresuelo encontramos a Kaménev, que acababa de llegar: estaba extenuado por la sesión nocturna de la «Conferencia para la formación de un nuevo gobierno», pero feliz.

—Los socialrevolucionarios se muestran ya inclinados a admitirnos en el nuevo gobierno —dijo—. *Los grupos de derecha están aterrados por los tribunales revolucionarios, y reclaman con una especie de pánico y de espanto que los disolvamos en seguida. Hemos aceptado la proposición del Vikjel de formar un ministerio socialista homogéneo; ésa es la cuestión de que se están ocupando ahora. Todo esto, como ves, son los frutos de nuestra victoria. Cuando éramos los más débiles no nos querían a ningún precio; ahora, todo el mundo es partidario de llegar a un acuerdo con los Soviets. Pero lo que necesitamos es una victoria verdaderamente decisiva. Kerenski quiere un armisticio, pero será preciso que capitule.*[87]

---

[87] *Los acontecimientos del 13 de noviembre en Petrogrado*

Tres regimientos de la guarnición de Petrogrado se negaron a intervenir en la lucha contra Kerenski. En la mañana del 13 de noviembre convocaron una conferencia de 60 delegados del frente, con el fin de encontrar el medio de atajar la guerra civil. La conferencia nombró un comité encargado de convencer a las (*continúa en la página siguiente*)

Tal era el estado de ánimo de los jefes bolcheviques. A un periodista extranjero que le pidió una declaración, Trotzki le respondió: «La única declaración posible en estos momentos es la que estamos emitiendo por las bocas de nuestros cañones.»

Pero bajo este espíritu de victoria se ocultaba una verdadera ansiedad causada por la cuestión financiera. En vez de abrir los bancos, acatando la orden del Comité Militar Revolucionario, el Sindicato de Empleados de Bancos había celebrado un mitin y se había declarado en huelga. El Smolny había pedido 35 millones de rublos aproximadamente al Banco del Estado, pero el cajero había cerrado las arcas y no consentía hacer pagos más que a los representantes del Gobierno provisional. Los reaccionarios se servían del banco como arma política; así, cuando el Vikjel solicitó dinero para pagar sus salarios a los empleados de los ferrocarriles del Estado le respondieron que lo pidiera al Smolny.

---

tropas de Kerenski de que degjisiesen las armas. Este comité debía formular a los soldados del Gobierno provisional las preguntas siguientes:

1º ¿Aceptan los soldados y cosacos reconocer al Túk como depositario de la autoridad gubernamental, responsable ante el Congreso de los Soviets?

2º ¿Aceptan los soldados y cosacos los decretos del segundo Congreso de los Soviets?

3º ¿Aceptan los decretos referentes a la tierra y la paz?

4º ¿Consienten en cesar las hostilidades y unirse a sus unidades?

5º ¿Están dispuestos a aceptar la detención de Kerenski, Krasnov y Savinkov?

Zinoviev declaró en la sesión del Soviet de Petrogrado:

"Al adversario sólo se le puede destruir por la fuerza. El peligro consiste en dejarse adormecer por la ilusión de que la lucha ha terminado. Sería un crimen renunciar a intentar, al menos en términos generales, que los cosacos se inclinen hacia nosotros. Se harán todos los esfuerzos en este sentido, pero también sería un crimen adormecer la vigilancia de las guardias rojas y los soldados con la idea de que las delegaciones se encargarán de todo. Si la ciudad estaba tranquila ayer, fue debido a la victoria militar, el aplastamiento de la rebelión de los junkers...

"La noticia de la concertación de un armisticio es inexacta.

"El estado mayor de la revolución estará presto para concertar el armisticio cuando los enemigos no se hallen ya en condición de hacer daño. Hoy, bajo la impresión de la victoria de las tropas revolucionarias, se formulan condiciones distintas de las de ayer, cuando Dan nos proponía el desarme y la entrada de Kerenski en la ciudad. En nombre del Comité Central socialrevolucionario, el magnánimo Rakitnikov ha accedido a la entrada en el gobierno de ciertos bolcheviques^ (los que a él le plazcan). Esto es el eco de las victorias de la noche. Hay grupos que esperan a ver quién triunfará, si Kerenski o la revolución, y que oscilan hacia uno u otro lado, según sople el viento. Estos grupos vacilarán todo el tiempo que se tarde en saberse que Kerenski ha sido aplastado."

En la Duma municipal, la atención estaba concentrada por entero en la formación del nuevo gobierno.

El kadete Chingariov declaró que la municipalidad no debía participar en ningún acuerdo con los bolcheviques... "No puede haber acuerdo con estos dementes entre tanto no depongan las armas y reconozcan la autoridad de las instituciones judiciales independientes..."

En nombre del grupo Iedinstvo, Lartsev declaró que un acuerdo con los bolcheviques equivaldría a la victoria de éstos.

Hablando en nombre de los socialrevolucionarios, el alcalde Schreider se manifestó contrario a un acuerdo con los bolcheviques... "En lo que toca al gobierno, debe tener como base la voluntad popular, y, como la voluntad popular ya se expresó en las elecciones municipales, toda la voluntad del pueblo capaz de crear un gobierno está actualmente concentrada en la Duma municipal."

Después de haber escuchado a otros varios oradores, entre los cuáles sólo los representantes de los mencheviques-intemacionalistas consintieron en examinar la cuestión de la entrada de los bolcheviques en el nuevo gobierno, la Duma decidió seguir representada en la conferencia del Vikjel, pero insistiendo antes que nada en la restauración de la autoridad del Gobierno provisional y en la eliminación de los bolcheviques del nuevo gobierno.

Yo me dirigí al Banco del Estado para ver al nuevo comisario, un bolchevique ucraniano de cabellos rojizos, llamado Petrovitch.

Trataba de hacer renacer el orden en el caos en que los huelguistas habían dejado los asuntos. En todas las oficinas del inmenso establecimiento los voluntarios, obreros, soldados, marinos, con aire de desconcierto y la boca abierta, sudando la gota gorda, palidecían sobre los libros mayores.

El edificio de la Duma rebosaba de gente. Todavía se escuchaban desafíos aislados al nuevo gobierno, pero estos casos se hacían cada vez más raros. El Comité Agrario Central había lanzado un llamamiento a los campesinos para ordenarles que no reconocieran el decreto sobre la tierra dado por el Congreso de los Soviets, so pretexto de que provocaría el desorden y la guerra civil. El alcalde Schreider anunció que en razón de la insurrección bolchevique sería preciso aplazar hasta una fecha indeterminada las elecciones a la Asamblea Constituyente.

Dos preocupaciones parecían dominar los espíritus, indignados por la ferocidad de la guerra civil: poner fin a la efusión de sangre[88] y crear un nuevo gobierno. Ya no se trataba de «aplastar a los bolcheviques», e incluso se hablaba muy poco de eliminarlos del gobierno, salvo en los medios socialistas populares y en los Soviets campesinos. El Comité Central del ejército, el enemigo más acérrimo del Smolny, telefoneó desde Moguilev: «Si para constituir el nuevo ministerio es preciso llegar a un acuerdo con los bolcheviques, accedemos a que se les admita en minoría dentro del gabinete.»

La Pravda llamó irónicamente la atención de sus lectores hacia los «sentimientos humanitarios» de Kerenski, publicando el mensaje de éste al Comité de Salvación.

De acuerdo con las proposiciones del Comité de Salvación y de todas las organizaciones democráticas agrupadas a su alrededor, he suspendido toda acción militar contra los rebeldes y he delegado al comisario adjunto, al comandante en jefe Staakievich, para que entable negociaciones. Tomad las medidas para evitar derramamientos inútiles de sangre.

El Vikjel expidió el siguiente telegrama a toda Rusia:

La conferencia celebrada entre el Sindicato de Ferroviarios y los representantes de los partidos y organizaciones en lucha, que reconocen la necesidad de llegar a un acuerdo, desaprueba categóricamente el empleo del terrorismo político en la guerra civil, particularmente entre los grupos de la democracia revolucionaria, y declara que el terrorismo, bajo la forma que sea, se halla, en los momentos actuales, en contradicción con el sentido y el objetivo de las negociaciones en curso para la formación de un nuevo gobierno...

---

[88] Respuesta de Krasnov al Comité de Salvación de la patria y de la revolución

"En respuesta a vuestro telegrama proponiendo un armisticio inmediato, el jefe supremo, deseoso de que cese el inútil derramamiento de sangre, accede a entrar en negociaciones y establecer relaciones entre los ejércitos del gobierno y los insurrectos. Propone el estado mayor de los insurrectos que llame a sus regimientos a Petrogrado, declarar neutral la línea Ligovo-Pullvovo-Kolpino y dejar a los elementos avanzados de la caballería gubernamental entrasen Tsárskoye Selo para restablecer el orden. La respuesta a estas propuestas deberá entregarse a nuestros emisarios mañana antes de las ocho de la mañana." General KRASNOV,comandante del tercer cuerpo de caballería.

La conferencia[89] envió delegaciones al frente, a Gatchina. En la propia conferencia, la solución definitiva parecía cercana. Incluso había decidido elegir un consejo provisional del pueblo, formado por 400 miembros aproximadamente, 75 en representación del Smolny, 75 del antiguo Tsík, y el resto repartido entre la Duma municipal, los sindicatos, los comités agrarios y los partidos políticos. Tchernov fue nombrado presidente del consejo; decíase que Lenin y Trotzki serían eliminados.

Hacia el mediodía, me encontraba yo delante del Smolny conversando con el chofer de una ambulancia que partía para el frente revolucionario. Le pregunté si me permitía acompañarle, y aceptó. Era un voluntario, estudiante de la Universidad. Mientras rodaba la ambulancia, me hablaba por encima del hombro en un alemán execrable:» A/so, gut! Wir nach die Kasernen zu essen gehen. Adiviné que comeríamos en algún cuartel, sin duda alguna.

Cuando llegamos a Kirotchnaya, penetramos en un patio inmenso, rodeada de construcciones militares, y por una escalera oscura subimos hasta una habitación de techo bajo, sin más luz que la de una ventana. Sentados ante una larga mesa de madera, unos veinte soldados estaban comiendo sopa de coles con cucharas de madera, servida en un perol de hojalata, al tiempo que charlaban y reían con gran animación.

— ¡Salud al Comité del 6º batallón de reserva de zapadores! —exclamó mi acompañante, y me presentó como un socialista norteamericano. Todos se pusieron en pie para estrecharme la mano: un viejo soldado me abrazó calurosamente. Me dieron una cuchara de madera y me senté a la mesa. Trajeron otro perol lleno de hacha, un enorme pan negro y las inevitables teteras. Y en seguida se pusieron todos a hacerme preguntas sobre Norteamérica. ¿Era cierto que las gentes, en ese país de la libertad, vendían su voto? Entonces, ¿cómo conseguían lo que querían? ¿Y Tammany Hall?[90] ¿Era verdad que en un país libre un pequeño grupo de gentes podía controlar toda una ciudad y explotarla en beneficio propio? ¿Por qué el pueblo toleraba eso? En Rusia, incluso bajo el zar, eran imposibles semejantes cosas; claro que siempre había existido corrupción, ¡pero comprar y vender toda una ciudad! ¡Con sus habitantes! ¡Es un país libre! ¿El pueblo no tenía, pues, allí ningún sentido revolucionario?

Yo traté de explicarles que, en mi país, el pueblo trata de realizar las reformas per medio de leyes.

—Muy bien —repuso un sargento llamado Baklanov, que hablaba francés!—, pero con el poder que posee en el país de ustedes la clase capitalista, necesariamente tiene que ejercer su control sobre la legislación y la justicia; ¿cómo, en esas condiciones, puede obtener reformas el pueblo? Yo bien quiero dejarme convencer, puesto que no conozco el país, pero eso me parece increíble.

Les dije que iba a Tsárskoye Selo.

---

[89] Se trata de la “conferencia de conciliación”.[Nota de la Editorial]

[90] Tammany o Tammany Hall: sede de la dirección del partido demócrata en Nueva York, nombre que se había convertido en sinónimo de todas las prevaricaciones y de todos los crímenes como consecuencia de la revelaciones de numerosos casos de participación en estos actos reprensibles de dirigentes demócratas de Nueva York.[Nota de la Editorial]

—Yo también —anunció súbitamente Baklanov.

—Yo también..., yo también...

Toda la sala decidió sobre la marcha dirigirse a Tsárskoye Selo.

En aquel momento, alguien llamó a la puerta. Se abrió ésta y apareció la silueta del coronel. Nadie se puso en pie, sino que lo acogieron con exclamaciones de bienvenida.

— ¿Se puede entrar? —preguntó el coronel.

— ¡Claro que sí, entre! —le respondieron con cordialidad. Alto, de aire distinguido, con su gorro de piel bordado en oro, el coronel entró, sonriendo.

—Decíais, me parece, camaradas, que queríais ir a Tsárskoye Selo. ¿Os puedo acompañar? Baklanov se quedó pensativo.

—No creo que haya nada que hacer hoy aquí —respondió—. Sí, camarada, tendremos mucho gusto en que vengas con nosotros.

El coronel dio las gracias y, sentándose, se sirvió un vaso de té.

A media voz, para no herir el amor propio del coronel, Baklanov me explicó:

—Yo soy el presidente del comité; a nosotros nos corresponde la dirección total del batallón, salvo en cuanto a las operaciones, para las que delegamos el mando en el coronel. Entonces, todos deben obedecer sus órdenes, pero él es responsable ante nosotros. En el cuartel, no puede hacer nada sin consultarnos... En cierto modo, es nuestro agente ejecutivo...

Nos distribuyeron armas, revólveres y fusiles —podíamos encontrar a los cosacos—, y después nos amontonamos en el coche ambulancia al lado de tres paquetes enormes de periódicos, destinados al frente. Nos fuimos directamente por la Liteiny, y luego por la Zagorodny. Yo iba sentado al lado de un joven que llevaba insignias de teniente y quien parecía conocer todos los idiomas de Europa. Formaba parte del comité del batallón.

—No soy bolchevique —me afirmó con energía—. Mi familia es de nobleza muy antigua. Por mis ideas políticas se me podría clasificar como kadete.

— ¿Entonces, cómo es que...? —le interrumpí, sorprendido.

— Es muy claro; soy miembro del comité. No oculto mis opiniones políticas, pero a los otros no les importa, pues saben que no soy de los que creen que hay que oponerse a la voluntad de la mayoría. Me negué a tomar parte en la actual guerra civil, porque no creo conveniente empuñar las armas contra mis hermanos rusos.

—¡Provocador! ¡Kornilovista! —le gritaron otros, bromeando y dándole palmadas en la espalda.

Después de haber franqueado el arco de triunfo de la Puerta de Moscú, colosal monumento de piedra gris, adornado con jeroglíficos de oro, enormes águilas imperiales y nombres de zares, tomamos por la larga carretera completamente recta, blanqueada por la primera nevada. Estaba llena de guardias rojos a pie. Los unos, cantando y gritando, se dirigían al frente revolucionario; los otros, de regreso, venían cubiertos de barro y con el rostro terroso. La mayor parte tenía cara de niños. También se veían mujeres, con palas, algunas con fusiles y cartucheras en bandolera, otras con los brazaletes de la Cruz

Roja, mujeres de barrios miserables, encorvadas y agotadas por el trabajo. Y grupos de soldados, que se cuidaban poco de marchar al paso y bromeaban cordialmente con los guardias rojos. También se veían marinos de rostro severo, niños que llevaban la comida a sus padres, todos ellos chapoteando en el lodo blanquecino, de varios centímetros de espesor, que cubría el camino. Rebasamos a la artillería que iba rumbo al sur con gran estrépito; nos cruzábamos con camiones, erizados de hombres armados. Ambulancias cargadas de heridos regresaban del campo de batalla. Vimos la carreta de un campesino que avanzaba lentamente chirriando y sobre la cual iba también gimiendo de dolor un muchacho joven, herido en el vientre, doblado por la cintura. En los campos, a ambos lados de la carretera, mujeres y ancianos abrían trincheras y tendían redes de alambre de púas.

Las nubes corrían dramáticamente hacia el norte. Bruscamente, apareció un sol lívido. Petrogrado cabrilleaba al otro extremo de la llanura pantanosa; a la derecha, resplandecían las cúpulas en forma de bulbo y las agujas blancas, doradas, multicolores; a la izquierda, las altas chimeneas vomitaban su humo negro, y al fondo un cielo plomizo pendía; sobre Finlandia Iglesias y monasterios desfilaban a ambos lados del camino. A veces, distinguíamos un monje que pulsaba en silencio la marcha, del ejército proletario.

En Pulkonovo, la carretera se bifurcaba; hicimos alto en medio de una multitud, donde tres corrientes humanas se fundían. Amigos se encontraban, dichosos, se felicitaban, se describían mutuamente la batalla. Algunas casas que se alzaban en el cruce de los caminos mostraban las huellas de las balas y la tierra se veía pisoteada en una legua a la redonda. El combate había sido furioso aquí. A alguna distancia, corrían caballos cosacos en círculos, sin jinetes, en busca de pienso, pues la hierba de la llanura había desaparecido hacía largo tiempo. Justamente delante de nosotros un guardia rojo trataba de cabalgar sobre uno, pero caía una y otra vez, con gran diversión de un millar de aquellos niños grandes.

El camino de la izquierda, por el cual se habían batido en retirada los supervivientes cosacos, conducía, remontando una pequeña colina, a un pueblecillo desde donde se alcanzaba una vista grandiosa de la inmensa llanura, gris como un mar sin viento y dominada por el amontonamiento tumultuoso de las nubes, y de la ciudad imperial, que esparcía sus millares de seres humanos por todas las carreteras. Al fondo, hacia la izquierda, se encontraban la pequeña colina de Krásnoye Selo, el campo por el que en otros días desfilaban los soldados del campamento de verano de la Guardia y donde se extendía la granja imperial. Nada rompía la monotonía de la llanura, aparte de algunos monasterios y conventos cercados de murallas, unas cuantas fábricas aisladas y algunas construcciones grandes rodeadas de terrenos baldíos, destinadas a asilos y orfelinatos.

—Aquí —indicó el chofer, al tiempo que subimos una colina desnuda— mataron a Vera Slutskaya. Sí, la diputada bolchevique de la Duma. Fue por la mañana, temprano. Iba en automóvil con Zalkind y algún otro. Se había pactado una tregua, y se dirigían al frente. Charlaban y reían cuando, de repente, del tren blindado en que se encontraba el propio Kerenski, alguien, al divisar el automóvil, disparó un tiro. El proyectil alcanzó a Vera Slutskaya, matándola.

Llegamos a Tsárskoye, que bullía con la agitación turbulenta de los héroes del ejército proletario. El palacio donde estaba instalado el Soviets era centro de gran actividad.

Guardias rojas y marinos ocupaban el patio, los centinelas guardaban las puertas y una fila ininterrumpida de correos y comisarios entraba y salía. En el salón del Soviet, alrededor de un samovar, una cincuentena de obreros, soldados, marinos y oficiales, discutían ruidosamente mientras bebían té. En un rincón, dos obreros trataban torpemente de manejar una multicopista. En la mesa del centro, el inmenso Dy-benko estaba inclinado sobre un mapa, marcando con lápices rojos y azules las posiciones que había que ocupar. Su mano libre apretaba, como siempre, su enorme revólver pavonado. De pronto, se sentó delante de una máquina de escribir y se puso a teclear con un solo dedo: de vez en cuando se detenía, agarraba su revólver y hacía girar amorosamente el tambor.

Sobre una colchoneta arrimada a la pared, estaba acostado un obrero joven. Dos guardias rojos se inclinaban sobre él, pero nadie más le prestaba atención. Tenía el pecho perforado; a cada latido del corazón brotaba la sangre, empapando las ropas. Tenía los ojos cerrados y su joven rostro barbudo presentaba un color verdoso Todavía respiraba débilmente, con lentitud, repitiendo con cada respiración en un suspiro: «¡Viene la paz! ¡Viene la paz!»

Dybenko alzó los ojos cuando entramos.

— ¡Ah! —exclamó dirigiéndose a Baklanov—. Camarada, vas a ir a la oficina del comandante y vas a tomar el mando. Espera, te voy a dar una orden de servicio. Se fue a la máquina y se puso a teclear torpemente, buscando las letras.

Me encaminé al palacio de Catalina, acompañado del nuevo comandante de Tsárskoye Selo. Baklanov estaba muy emocionado y profundamente penetrado de su importancia. En el elegante salón blanco, que ya me era conocido, algunos guardias rojos examinaban los lugares, husmeándolo todo con curiosidad. Mi viejo amigo, el coronel, de pie cerca de la ventana, mordisqueaba su bigote. Me acogió como a un hermano hallado al fin. El francés de Besarabia estaba sentado ante una mesa, cerca de la puerta. Los bolcheviques le habían dado la orden de que se quedara y continuara su labor.

— ¿Qué podría hacer yo? —cuchicheó—. Las gentes como yo no pueden combatir ni en un bando ni en otro en una guerra como ésta, cualquiera que sea la repulsión instintiva que sintamos por la dictadura de la masa... Lo único que lamento es estar tan lejos de mi madre y de Besarabia.

El coronel tuvo que hacer entrega del mando oficialmente a Baklanov.

—Aquí están —dijo nerviosamente— las llaves de la oficina. Un guardia rojo le interrumpió.

— ¿Dónde está el dinero? —preguntó brutalmente. El coronel pareció sorprendido.

— ¿El dinero? ¿Qué dinero? ¡Ah! ¿Tú te refieres a la caja fuerte? Aquí está, tal como la encontré cuando me hice cargo, hace tres días

– ¿Las llaves ...?

El coronel alzó los hombros.

—Yo no tengo llaves.

El guardia rojo dejó escapar una risita burlona llena de malicia.

—Eso es muy cómodo —contestó.

—La vamos a abrir —dijo Baklanov—. Vete a buscar un hacha. El camarada norteamericano, aquí presente, se encargará de hacer saltar la tapa y asentará lo que encuentre.

Blandí el hacha... La caja estaba vacía.

—Hay que detenerlo —exclamó el guardia rojo, rencorosamente—. Es un kerenkista. Ha robado el dinero y se lo ha mandado a Kerenski.

Pero Baklanov no compartía este criterio.

—No, no —dijo—, fue el kornilovista que estuvo aquí antes que él. Él no es culpable.

—¡Pero, por Cristo bendito! —replicó el guardia rojo—, yo te digo que es kerenkista. Si tú no lo quieres detener, nosotros nos encargaremos y lo conduciremos a la fortaleza de Pedro y Pablo. ¡Aquél es su lugar!

Los otros guardias hicieron oir un murmullo de asentimiento, y el coronel, que lanzaba hacia nosotros miradas lastimosas, fue conducido.

Ante el palacio del Soviet un camión automóvil se preparaba a salir para el frente. Una media docena de guardias rojos, algunos marinos, uno o dos soldados, mandados por un obrero con talla de gigante, treparon y me gritaron que subiera con ellos. Guardias rojos que salían del cuartel general con brazadas de bombas pequeñas cargadas de una materia explosiva, según decían ellos, diez veces más potente y cinco veces más sensible que la dinamita, arrojaron sus artefactos en el camión. Después, un cañón de tres pulgadas, cargado, fue sujeto a la parte posterior del vehículo, con cuerdas y alambres.

En medio de exclamaciones, arrancamos a toda velocidad. El pesado camión se balanceaba de un lado a otro, el cañón danzaba sobre sus ruecas y las peligrosas bombas rodaban a nuestros pies, yendo a chocar con estrépito contra las paredes del camión.

El gigantesco guardia rojo, cuyo nombre era Vladimir Nikolaievitch, me atosigó a preguntas sobre los Estados Unidos. ¿Por qué los Estados Unidos no han entrado en la guerra? ¿Los obreros norteamericanos estaban preparados para derrocar a los capitalistas? ¿En qué estado se encontraba el proceso Mooney? [91] ¿Entregarían a Berkman[92] a los de San Francisco? Y cien preguntas más de este tipo, muy embarazosas, gritadas a pleno pulmón para dominar el estruendo del camión, mientras nos manteníamos agarrados unos a otros, danzando en medto de las carambolas de granadas de mano. Algunas veces, nos quiso detener una patrulla. Los soldados se lanzaban a través de la carretera y gritaban: ¡Alto!, enarbolando sus fusiles. Nosotros no les hacíamos caso.

—¡Id al diablo! —respondían los guardias rojos—. ¡Nosotros no nos detenemos por nadie! ¡Somos guardias rojos!

---

[91] Tom Mooney: militante activo del movimiento obrero de los Estados Unidos; fundidor. Fue condenado a muerte bajo la falsa acusación de haber lanzado una bomba durante el desfile celebrado en San Francisco el 22 de julio de 1916. Bajo la presión de la inmensa indignación que se apoderó de los trabajadores, el presidente Wilson se vio obligado a intervenir, y la pena a muerte fue canmutada por la de cadena perpetua. A pesar de haber demostrado su inocencia, Mooney permaneció más de veinte años en la cárcel y sólo fue puesto en libertad bajo la presidencia de Roosevelt.[Nota de la Editorial]

[92] Berkman: uno de los militantes encartados en el proceso de Mooney.[Nota de la Editorial]

Y proseguíamos orgullosamente nuestro camino, mientras Vladimir Nikolaievitch me vociferaba al oído alguna consideración acerca de La Internacionalización del Canal de Panamá y otras cosas por el estilo.. .

A ocho kilómetros aproximadamente de Tsárskoye, al cruzarnos con un escuadrón de marinos que regresaba, hicimos alto.

—¿Dónde está ef frente, hermano?

El que marchaba en cabeza se detuvo y se rascó dubitativo:

—Esta mañana —me dijo— estaba a quinientos metros de aquí. Ahora, ese demonio de cosa no está en ninguna parte. Hemos caminado, caminado y caminado, ¡no hay manera de encontrarlo!

Subieron con nosotros y de nuevo nos pusimos en marcha. Al cabo de una milla, Vladimir Nikolaievitch aguzó el oído y le gritó al chofer que se detuviera.

—Hay tiros —dijo—. ¿No oís?

Durante algunos instantes, reinó un silencio de muerte. Después, un poco hacia adelante y sobre la izquierda, resonaron tres detonaciones, una tras otra. Un bosque espeso bordeaba la carretera a ambos lados. Con todos nuestros sentidos alerta reanudamos lentamente la marcha, hablando en voz baja. A la altura del lugar donde se había disparado, echamos pie a tierra; luego, desplegándonos, avanzamos con precaución al interior del bosque.

Dos camaradas, mientras tanto, soltaban el cañón y lo emplazaban; no dejaron, naturalmente, de apuntarlo directamente sobre nosotros.

En el bosque reinaba el silencio. Habían caído las hojas y los troncos tenían tonalidades amarillentas bajo el débil y oblicuo sol de otoño. Nada se movía. Sólo el hielo de los pequeños charcos crujía bajo nuestros pasos. ¿Habíamos caído en una emboscada?

Avanzamos sin encontrar nada hasta que los árboles comenzaron a clarear; después, hicimos alto. A alguna distancia, en un pequeño claro, tres soldados, con aire perfectamente despreocupado, estaban sentados alrededor de una hoguera.

Vladimir Nicolaievitch avanzó hacia ellos.

—¡Buenos días, camaradas! —les gritó, con la seguridad que daban un cañón, veinte fusiles y un cargamento de granadas de mano, listo todo para entrar en acción.

Los soldados se pusieron en pie de un salto.

¿Qué fueron esos disparos de fusil aquí, hace un momento? Uno de los soldados, tranquilizado, respondió:

—Fuimos nosotros, camarada, que disparamos a un par de conejos.

El camión partió otra vez en dirección de Romanovo. En el primer cruce de carreteras, dos soldados se plantaron corriendo delante de nosotros, agitando sus fusiles. Redujimos la marcha y después nos detuvimos.

—¿Vuestro permiso de circulación, camaradas? Los guardias rojos pusieron el grito en el cielo.

—Somos guardias rojos. No tenemos necesidad de permiso de circulación... ¡Adelante! ¡No hacen más que fastidiarnos! Pero un marino observó:

—¡Hacemos mal, camaradas! Hay que respetar la disciplina revolucionaria. Suponed que llegan contrarrevolucionarios en un camión y dicen: «Nosotros no tenemos necesidad de permiso de circulación.» Los camaradas no nos conocen.

Se entabló una discusión. Uno por uno, sin embargo, marinos y soldados, se sumaron a la opinión del primero. Rezongando, sacaron los documentos grasientos. Todos eran semejantes, salvo el mío, extendido por el Estado Mayor Revolucionario del Smolny. Los centinelas me indicaron que les siguiera. Los guardias rojos protestaron con energía, pero el marino que había tomado la palabra anteriormente declaró:

—Nosotros sabernos perfectamente que éste es un verdadero camarada. Pero hay órdenes del Comité, a las cuales hay que obedecer. Es la disciplina revolucionaria.

Para no crear dificultades, descendí. Vi el camión alejarse por la carretera; todo el grupo me hacía señales, diciéndome adiós. Los soldados deliberaron un instante en voz baja; luego, me condujeron hacia un muro contra el cual me colocaron. De repente, comprendí, iban a fusilarme.

No se divisaba por allí un solo ser humano. El único indicio de vida era una cortina de humo que se elevaba de una casita de madera situada como a un cuarto de milla de la carretera. Los dos soldados se dirigieron hacia la carretera. Me lancé a su alcance desesperadamente.

—¡Pero camaradas, fijaos bien! Aquí está el sello del Comité Militar Revolucionario.

Sus miradas se clavaron estúpidamente en mi permiso de circulación, y después se miraron uno a otro.

—No es como los otros —sentenció uno de ellos, con terquedad—. Nosotros no sabemos leer, hermano. Le agarré por el brazo.

—Vamos —les sugerí— hasta aquella casa; seguramente habrá allí alguien que sepa leer. Vacilaron.

—No —resolvió uno.

El otro me recorrió con la vista de arriba abajo.

—¿Por qué no?—refunfuñó—. A fin de cuentas es un gran crimen matar a un inocente.

Fuimos, pues, hasta la puerta de la casa y llamamos. Una mujer baja, rolliza, vino a abrir y reculó inmediatamente, espantada.

—Yo no sé nada, no los he visto —empezó a balbucear. Uno de los centinelas le tendió mi documento. La mujer lanzó un grito.

—Solamente queremos que nos leas esto, camarada —La mujer, vacilante, tomó el papel y leyó con rapidez:

«El portador de este salvoconducto, John Reed, es representante de la socialdemocracia norteamericana, internacionalista...»

De nuevo sobre la carretera los dos soldados volvieron a deliberar.

—Tiene que venir con nosotros al comité del regimiento —decidieron.

En el crepúsculo, que se iba haciendo más denso rápidamente, nos pusimos otra vez a chapotear sobre el fango de la carretera. De vez en cuando nos encontrábamos con grupos de soldados; se detenían, me rodeaban, me miraban amenazadoramente, hacían circular entre ellos el documento, y discutían si me debían fusilar o no.

Ya era de noche cuando llegamos a los cuarteles del 2º regimiento de fusileros de Tsárskoye Selo, hilera de construcciones bajas que bordeaban la carretera general. Los soldados que estaban de plantón a la entrada se pusieron a formular preguntas ávidamente. ¿Un espía? ¿Un provocador? Subimos una escalera de caracol y salimos a un gran salón desnudo. Una enorme estufa ocupaba el centro, y sobre las colchonetas tendidas en el suelo un millar de soldados jugaba a la cartas, charlaba, cantaba o dormía. Los cañones de Kerenski habían abierto una gran brecha en el techo.

Me detuve en la puerta: súbitamente, se hizo el silencio en los grupos, y todos volvieron sus miradas hacia mí. De pronto, se pusieron en movimiento, al principio con lentitud, después corriendo con el ruido del trueno, los rostros cargados de odio.

— ¡Camaradas! ¡Camaradas! —gritó uno de mis guardianes—. ¡Comité! ¡Comité!

Se detuvieron, apiñados a mi alrededor y murmurando. Un joven que llevaba un brazalete rojo se abrió camino.

— ¿Quién es éste? —preguntó con rudeza. Los centinelas le explicaron.

— Enséñame tu salvoconducto.

Habiéndolo leído atentamente, mientras me lanzaba rápidas ojeadas, sonrió y me alargó el documento.

—Camaradas, es un camarada norteamericano. Yo soy el presidente del comité y le doy la bienvenida a nuestro regimiento...

Se elevó un suspiro de alivio que en seguida se convirtió en un clamor de bienvenida. Todos se apretujaban para estrecharme la mano.

— ¿No ha cenado? Nosotros ya hemos comido. Vamos a llevarlo al comedor de los oficiales; hay algunos que conocen su idioma.

Me condujo a través del patio hasta la puerta de otro edificio. Justamente entonces entraba un joven de aspecto aristocrático, que lucía las insignias de teniente. El presidente me presentó y, después de un apretón de manos, se alejó.

—Mi nombre es Stepan Georgevitch Morovski. Estoy a su entera disposición —me dijo el teniente, en excelente francés.

Del vestíbulo, ricamente decorado, una suntuosa escalera iluminada por candelabros de cristal deslumbrantes conducía al segundo piso, donde salas de billar, salas de juego y una biblioteca daban al descansillo. Penetramos en el comedor; en el centro, alrededor de una mesa larga, había tomado asiento una veintena de oficiales; estaban vestidos de gala, con sus espadas de empuñadura de oro y plata y las cintas y cruces de las órdenes imperiales. Todos se levantaron con cortesía a mi entrada y me hicieron sitio al lado del coronel, un hombre de estatura y aspecto imponentes, de barba entrecana. Ordenanzas

bien adiestrados, servían la cena. La atmósfera era la de todos los comedores de oficiales de Europa. ¿Dónde estaba, pues, la revolución?

— ¿Usted no es bolchevique? —le pregunté a Morovski. Una sonrisa corrió alrededor de la mesa, pero sorprendí una o dos miradas furtivas hacia los ordenanzas.

—No —respondió mi amigo—. En el regimiento no hay más que un oficial bolchevique. Está en Petrogrado, esta noche. El coronel es menchevique; el capitán Kerlov, que está ahí abajo, es kadete. Yo mismo soy socialrevolucionario de derecha... Creo que la mayor parte de los oficiales del ejército no son bolcheviques, pero son, como yo, demócratas; piensan que deben seguir a la masa de los soldados.

Después de la cena, trajeron algunos mapas, que el coronel desplegó sobre la mesa. Todo el mundo se agrupó a su alrededor.

—Mirad —dijo el coronel indicando las marcas de lápiz— dónde se encontraban nuestras posiciones esta mañana. Vladimir Kyrilovitch, ¿dónde está su compañía?

El capitán Jerlov puso un dedo sobre el mapa.

—De acuerdo con las órdenes, nos hemos situado a lo largo de esta carretera, Karíavin me ha relevado a las cinco.

En este momento, se abrió la puerta y entró el presidente del comité del regimiento, seguido de otro soldado. Se unieron al grupo que rodeaba al coronel y siguieron sobre el mapa lo que se decía.

—Magnífico —dijo el coronel—. Los cosacos han retrocedido diez kilómetros, en nuestro sector. No creo que sea necesario ocupar posiciones avanzadas. Por lo tanto, señores, conservad esta noche la línea actual, reforzando las posiciones mediante...

—Permítame —Le interrumpió el presidente del comité—. Las órdenes prescriben que hay que avanzar con la mayor rapidez y prepararse para entablar la batalla con los cosacos al norte de Gatchina, mañana por la mañana. Es indispensable una victoria aplastante. Se le ruega que tome las disposiciones necesarias.

Siguió un breve silencio. El coronel volvió sobre el mapa.

—Muy bien —dijo en tono diferente—. Stepan Georgevitch, hazme el favor...

Trazando nuevas líneas con el lápiz, dio sus órdenes, en tanto que un sargento tomaba notas taquigráficamente. Luego salió el sargento y regresó al cabo de diez minutos con una copia mecanografiada de las órdenes y una copia al carbón.

El presidente tomó una de las copias y se puso a estudiar el mapa.

—Perfecto —dijo poniéndose en pie. Dobló la hoja y se la metió en el bolsillo. Luego, tras de haber firmado la otra y puesto un sello redondo que llevaba con él, se la devolvió al coronel...

¡Ahora reconocía yo de nuevo a la revolución!

Regresé a Tsárskoye Selo, al palacio del Soviet, en el automóvil del estado mayor del regimiento. Me encontré de nuevo con la misma muchedumbre de obreros, soldados y marinos que entraban y salían, con la misma aglomeración de camiones, autos blindados y cañones delante de la entrada; por todas partes reinaba la alegría desbordante de la

victoria, durante tanto tiempo esperada. Una media docena de guardias rojos, encuadrando a un religioso, se abrió camino. Era el padre Iván, quien, al decir de ellos, había bendecido a los cosacos a su entrada en la población. Posteriormente, me enteré de que lo habían fusilado...[93]

Salió Dybenko, dando órdenes rápidas a derecha e izquierda. En la mano llevaba su gran revólver. Un automóvil esperaba al borde de la acera, con el motor en marcha. Se instaló completamente solo en el asiento de atrás. Iba a Gatchina, a derrotar a Kerenski.

A la caída de la noche, llegó a los aledaños de la ciudad y siguió su camino a pie. Lo que Dybenko dijo a los cosacos nadie lo sabe, pero lo cierto es que el general Krasnov y su estado mayor, así como varios miles de cosacos, se rindieron y aconsejaron a Kerenski que hiciese otro tanto.[94]

Por lo que se refiere a Kerenski, reproduciré aquí la declaración hecha por el general Krasnov la mañana del 14 de noviembre:

Gatchina, 14 de noviembre de 1917. Hoy, hacia las tres de la madrugada, fui citado por el comandante supremo Kerenski. Se hallaba muy agitado y nervioso.

—General —me dijo—, ¡me ha traicionado usted! Sus cosacos hablan de detenerme y entregarme a los marinos.

—Sí —contesté—, se habla de eso, en efecto, y yo le digo a usted que no cuenta con simpatías en ninguna parte.

—Pero los oficiales dicen lo mismo.

---

[93] *Los acontecimientos de Tsárskoye Selo:*

La tarde del día en que las tropas de Kerenski se retiraron de Tsárskoye Selo, algunos sacerdotes organizaron una procesión en las calles de la ciudad, dirigiendo sermones a los ciudadanos e invitando al pueblo a apoyar al poder legal, es decir, al Gobierno provisional. Después de la retirada de los cosacos y la aparición de las primeras guardias rojas en la población, los sacerdotes, según relatos de los testigos, trataron de incitar a la población en contra de los Soviets y acudieron a orar en la tumba de Rasputín, situado detrás del palacio imperial. Uno de los sacerdotes, el padre Iván Kutchurov, fue detenido y fusilado por las guardias rojas encolerizadas... Cuando llegaron los rojos, alguien cortó la electricidad y las calles quedaron sumidas en la oscuridad. El director de la fábrica de electricidad, Liubovitch, fue detenido por las tropas soviéticas e interrogado sobre los motivos por los que se había cortado la luz. Un poco más tarde, fue encontrado en la habitación donde había sido encerrado con un tiro en la sien y un revólver en la mano.

[94] Llamamiento del Gobierno soviético

"Las tropas de Gatchina, engañadas por Kerenski, han rendido las armas y acordado detenerlo. El jefe de la lucha contrarrevolucionaria ha huido. El ejército, por enorme mayoría, se ha pronunciado a favor del II Congreso de los Soviets de toda Rusia y del gobierno formado por él. Los delegados del frente han acudida en masa a Petrogrado para patentizar al Gobierno soviético la fidelidad del ejército. Ni el falseamiento de los hechos ni las calumnias contra los obreros, los soldados y los campesinos revolucionarios han logrado abatir al pueblo. La revolución de los obreros y soldados ha triunfado...

"El Tsik hace un llamamiento a las tropas que aún se hallan bajo el estandarte de la contrarrevolución, y las invita a deponer inmediatamente las armas y a no continuar derramando la sangre de sus hermanos en interés de un puñado de terratenientes y capitalistas. Cada nueva gota de sangre popular caerá sobre vosotros. La Rusia de los obreros, soldados y campesinos maldecirá a los que permanezcan, aunque sólo sea por un instante, al servicio de los enemigos del pueblo...

"¡Cosacos! ¡Unios al pueblo victorioso! ¡Ferroviarios, carteros, telegrafistas, todos, venid a ofrecer vuestro apoyo al gobierno del pueblo!"

—Sí, los oficiales están particularmente descontentos de usted.

—¿Qué haré? No tengo más remedio que suicidarme.

—Si es usted un hombre de bien, debe dirigirse inmediatamente a Petrogrado con una bandera blanca y presentarse al Comité Militar Revolucionario para parlamentar con él en calidad de jefe del gobierno.

—Está bien. Así lo haré, general.

—Yo le proporcionaré una escolta y pediré que le acompañe un marino.

—No, no, sobre todo nada de marinos. ¿Sabe usted que Dybenko está aquí?

—No sé quién es Dybenko.

—Mi enemigo.

—Eso no puede ser un obstáculo. Puesto que lo que ha empeñado usted en la partida es mucho, debe saber cómo afrontar sus responsabilidades.

—Desde luego. Partiré esta noche.

—¿Por qué? Así dará usted la impresión de huir. Vaya tranquila y abiertamente, a fin de que todo el mundo vea que no huye.

—Bueno, está bien. Pero es preciso que usted me proporcione una escolta segura.

—Entendido.

Salí, llamé al cosaco Russakov, del 10° regimiento del Don, y le ordené que designara ocho cosacos para escoltar al comandante supremo. Al cabo de media hora, los cosacos vinieron a anunciarme que no encontraban a Kerenski y que éste había huido. Di la alarma y ordené que se le buscara, suponiendo que no había tenido tiempo de huir de Gatchina y que debía estar oculto en alguna parte de aquí. Pero no se le pudo encontrar.

Así fue como huyó Kerenski, completamente solo, disfrazado de marino, perdiendo la poca popularidad que había podido conservar entre las masas rusas...

Volví a Petrogrado, en el asiento delantero de un camión conducido por un obrero y cargado de guardias rojos. Como no teníamos petróleo, fuimos con las luces apagadas. La carretera estaba obstruida por las unidades del ejército proletario que iban a descansar y las reservas que venían a relevarlas. Camiones enormes, columnas de artillería, carretas, sin luces al igual que nosotros, surgían en la noche. Sin embargo, íbamos a una velocidad endiablada, desviándonos a derecha e izquierda, esquivando choques que parecían inevitables, rozando las ruedas de los otros vehículos, seguidos por las injurias de los peatones.

En el horizonte centelleaban las luces de la capital, incomparablemente más bella de noche que de día, semejante a un dique de pedrería que se alzaba al borde de la llanura desnuda.

El viejo obrero sujetaba el volante con una mano, y con la otra señaló en un gesto de alegría la capital que brillaba a lo lejos.

—¡Eres mío! —exclamó, con el rostro radiante—. ¡Ahora sí! ¡Mi Petrogrado!

CAPÍTULO X

M O S C Ú

El Comité Militar Revolucionario prosiguió su victoria con una voluntad encarnizada.

14 de noviembre.

A todos los comités de ejército, de cuerpo, de división y regimiento, a todos los Soviets de Diputados obreros, soldados y campesinos.

Con sujeción al acuerdo a que se ha llegado entre los cosacos, los junkers, los soldados, los marinos y los obreros, se ha decidido entregar a Alejandro Feodorovitch Kerenski a la justicia del pueblo. Se os invita, en consecuencia, a presentar a Kerenski ante los tribunales del pueblo. ¡Detened a Kerenski y exigid, en nombre de las organizaciones anteriormente citadas, que se presente sin demora en Petrogrado, para ser entregado al tribunal!

Firmado: Los cosacos de la 1a. división de caballería de Ussuri, los cosacos del Don; el Comité de junkers del destacamento de guerrilleros de la región de Petrogrado; el delegado del 5° ejército. El comisario del pueblo, Dybenko.

El Comité de Salvación, la Duma, el Comité Central del partido socialrevolucionario, quienes orgullosamente reivindicaban a Kerenski como uno de los suyos, protestaron con pasión, declarando que sólo se le podía hacer responder ante la Asamblea Constituyente.

La noche del 16 de noviembre vi desfilar por la perspectiva Zagorodny a dos mil guardias rojos precedidos de una banda de música militar que iba tocando La Marsellesa, ¡Y qué bien elegido estaba este himno, con los estandartes rojosangre ondeando sobre las filas oscuras de los trabajadores, para saludar el regreso de los hermanos que acababan de defender la capital roja! Avanzaban en medio del frío de la noche, hombres y mujeres, con sus largas bayonetas balanceándose al extremo de los fusiles, por las calles lodosas y resbaladizas, escasamente iluminadas, en medio de una multitud silenciosa de burgueses, despectivos, pero medrosos...

Todos estaban en contra de ellos: los hombres de negocios, los especuladores, los rentistas, los terratenientes, los oficiales, los políticos, los profesores, los estudiantes, los hombres de profesiones liberales, los comerciantes, los empleados... Los otros partidos socialistas abrigaban contra los bolcheviques un odio implacable. Para ellos, los Soviets no contaban más que con los simples obreros, los marinos, los soldados que aún no estaban desmoralizados, los campesinos sin tierra y unos cuantos intelectuales.

De los rincones más alejados de esta gran Rusia, sobre la cual rompía el oleaje desencadenado de los combates callejeros, llegaba la noticia de la derrota de Kerenski, resonando como un eco formidable de la victoria proletaria: de Kazan, de Saratov, de Novgorod, de Vinnitsa, donde la sangre había corrido a raudales en las calles; de Moscú, donde los bolcheviques habían dirigido su artillería, contra la última fortaleza de la burguesía, el Kremlin.

-¡Están bombardeando el Kremlin! -La noticia corrió de boca en boca por las calles de Petrogrado, provocando una especie de terror. Los viajeros que llegaban de Moscú, la "madrecita", de Moscú la Blanca con sus cúpulas doradas, hacían relatos espantosos: los muertos se contaban por miles, la calle Tverskaya y la del puente Kuznetsky estaban en llamas, la iglesia de Basilio el Bienaventurado no era más que una ruina humeante, la catedral Uspensky estaba desplomándose, la Puerta del Salvador en el Kremlin se tambaleaba, la Duma había sido arrasada por el fuego.[95] Nada de cuanto los bolcheviques habían hecho hasta ahora podía compararse con este espantoso sacrilegio perpetrado en el mismo corazón de la santa Rusia. Los fieles se imaginaban escuchar el estruendo de los cañones que escupían a la cara de la Santa Iglesia Ortodoxa, reduciendo a polvo el santuario de la nación rusa.

El 15 de noviembre, en la sesión del Consejo de Comisarios del Pueblo, Lunacharski, comisario de Instrucción Pública, estalló en lágrimas bruscamente y salió precipitadamente de la sala, exclamando:

-¡Es más fuerte que yo! No puedo soportar esta destrucción monstruosa de la belleza y la tradición.

El mismo día, apareció en los periódicos su carta de dimisión:

Acabo de saber por testigos oculares lo que ha ocurrido en Moscú. La iglesia de Basilio el Bienaventurado y la catedral Uspensky están a punto de ser destruidas. Están cañoneando el Kremlin, donde se guardan los tesoros artísticos más preciados de Petrogrado y Moscú. Hay miles de víctimas. La lucha alcanza el último grado de salvajismo. ¿Hasta dónde llegará? ¿Qué más puede suceder todavía? Yo no puedo soportar todo esto. La medida ha sido colmada, me siento impotente para detener estos horrores. Me es imposible trabajar, atormentado por pensamientos que me vuelven loco. Por eso

---

[95] *Los daños causados al Kremlin:* He podido darme cuenta personalmente de los daños causados al Kremlin, que visité inmediatamente después del bombardeo. El pequeño palacio Nicolás, edificio sin especial interés, que servía de vez en cuando para las recepciones de una de las grandes duquesas, había sido utilizado como cuartel por los junkers. Además de bombardeado, fue saqueado casi por completo; afortunadamente, no encerraba nada de valor histórico.

La catedral Uspenski presentaba un agujero causado por un proyectil en una de sus cúpulas, pero, con excepción ds algunos trozos de mosaico en el techo, había quedado intacta. Los frescos del pórtico de la catedral de la Anunciación sufrieron daños por una granada. Uno de estos proyectiles alcanzó también el ángulo del campanario de Iván el Grande. El monasterio Tchudov recibió treinta impactos, pero solamente un proyectil penetró al interior por una ventana; los otros solamente rompieron las molduras de ladrillos de las ventanas y las cornisas del techo. Fue destrozado el raloj que se encontraba encima de la Puerta del Salvador. La Puerta de la Trinidad sufrió daños, pero fácilmente reparables. Una de las torres inferiores perdió su espira de ladrillos.

La catedral de Basilio el Bienaventurado aparecía intacta, lo mismo que el Gran Palacio, que guardaba en sus sótanos todos los tesoros de Moscú y Petrogrado y las joyas de la corona. Nadie llegó a entrar en estos lugares.

me retiro del Consejo de Comisarios del Pueblo. Reconozco toda la gravedad de mi decisión, pero no puedo resistir más. [96]

El mismo día se rindieron las guardias blancas y los junkers del Kremlin y fueron autorizados a retirarse libremente. Se concertó el siguiente pacto:

1º El Comité de Seguridad Pública cesa de existir.

2° La guardia blanca rinde sus armas y se disuelve. Los oficiales conservan su espada. Las escuelas no guardarán otras armas que las necesarias para la instrucción; todas las otras armas que se hallen en poder de los junkers serán entregadas. El Comité Militar Revolucionario garantiza a todos la libertad y la inviolabilidad de sus personas.

3º La ejecución del desarme previsto en el párrafo 2° será reglamentada por una comisión compuesta por delegados del Comité Militar Revolucionario, oficiales y las organizaciones que hayan participado en las negociaciones.

4º A partir de la firma del presente acto de paz, los dos bandos darán inmediatamente la orden de que cesen las hostilidades y tomarán todas las medidas necesarias para la rigurosa ejecución de esta orden.

5º Al firmarse el pacto, serán puestos en libertad inmediatamente todos los prisioneros.

Hacía dos días que los bolcheviques eran dueños de la ciudad. Los ciudadanos, aterrados, salían arrastrándose de los sótanos para buscar sus muertos; se desmontaban las barricadas. Sin embargo, en lugar de disminuir, el número de versiones sobre la destrucción de Moscú aumentaba. Los horribles relatos escuchados por nosotros nos decidierorLa ver las cosas por nuestros propios ojos.

Petrogrado, después de todo, a pesar de su pasado de dos siglos como sede del gobierno, sigue siendo una ciudad artificial. Moscú es la verdadera Rusia, la Rusia que fue y la Rusia que será. En Moscú conoceríamos los verdaderos sentimientos del pueblo ruso respecto a la revolución. La vida era allí más intensa.

Durante toda la semana precedente, el Comité Militar Revolucionario, que tomara posesión de la línea Niicolás gracias a la ayuda de los simples ferroviarios, había expedido hacia el sudoeste un tren tras otro, atestados de marinos y de guardias rojos. Recibimos del Smolny los permisos de circulación sin los cuales nadie podía salir de la capital.

---

[96] La declaración de Lunacharski :

¡Camaradas! Sois los jóvenes dueños del país, y aunque en los momentos actuales tengáis muchas cosas de que preocuparos, sí que sabréis defender también vuestra riqueza artística y científica. ¡Camaradas! Una desgracia aterradora, irreparable, se ha abatido sobre Moscú. La guerra civil ha provocado el bombardeo de numerosos distritos de la ciudad. Han estallado incendios. Se han producido destrucciones. Resulta especialmente espantoso desempeñar el Comisariado de Instrucción Pública en estos días de guerra salvaje, implacable y destructora y de ciega aniquilación. La esperanza en la victoria del socialismo, fuente de una cultura nueva, es, en estos tremendos días, el único consuelo. Pero sobre mi pesa la responsabilidad de proteger la riqueza artística del pueblo. No es posible permanecer en un cargo donde uno se siente impotente. Por ello, he presentado mi dimisión. Pero, os suplico, Camaradas, que me apoyéis, que me ayudéis. Preservad, para vosotros mismos y para vuestros descendientes, las bellezas de nuestro país. Sed los guardianes de los bienes del pueblo. Pronto hasta los más incultos, aquellos a quienes la opresión ha tenido durante tanto tiempo sumidos en la ignorancia, se educarán y sabrán comprender qué fuente de gozo, de fuerza y sabiduría son las obras de arte. ¡Trabajadores rusos, sed dueños atentos y diligentes! Vosotros todos, ciudadanos, preservad nuestra riqueza común.

Desde el momento en que el tren entró en la estación, una multitud de soldados, miserablemente vestidos, cargados de enormes sacos de víveres, tomó por asalto las portezuelas, rompiendo los vidrios, invadiendo compartimientos y pasillos, trepando hasta los techos. Tres de nosotros logramos introducirnos en un compartimiento, pero veinte soldados lo invadieron casi inmediatamente. No había más que cuatro lugares; discutimos, protestamos; el inspector quiso tomar nuestra defensa, pero los soldados estallaron en carcajadas. Sí que se iban a preocupar porque molestaran a algunos *bourjoui*. Entonces, sacamos nuestros documentos extendidos por el Smolny; en seguida, cambiaron de actitud.

-¡Alto ahí, camaradas! -exclamó uno de ellos-. Estos son camaradas norteamericanos. Han viajado treinta mil kilómetros para ver nuestra revolución; naturalmente, están fatigados.

Después, excusándose cortés y amigablemente, abandonaron nuestro compartimiento. Poco más tarde, los escuchamos introducirse con estrépito en un compartimiento ocupado por dos rusos corpulentos y bien vestidos que habían sobornado al inspector y cerrado la puerta con llave.

Hacia las siete de la tarde, salimos de la estación. Nuestro tren, interminable, era arrastrado por una locomotora pequeña que consumía leña y avanzaba lentamente, a trancas y barrancas, haciendo frecuentes paradas. Los soldados que viajaban en el techo golpeaban con los tacones al tiempo que entonaban melancólicas canciones campesinas. En el pasillo, por donde era imposible circular, se prolongaron durante toda la noche encarnizadas discusiones políticas. De vez en cuando pasaba el revisor, por rutina, para pedir los billetes. Con excepción nuestra, nadie los llevaba y, al cabo de media hora de vanos esfuerzos, alzó los brazos al cielo y se batió en retirada. El aire era irrespirable, cargado de humo y malos olores; si no se hubieran podido romper los vidrios, sin duda hubiéramos perecido asfixiados durante la noche.

Al despuntar el día, con varias horas de retraso, no percibimos en el exterior otra cosa que la inmensidad nevada. Hacía un frío crudísimo. Hacia el mediodía, se presentó una campesina con un cesto lleno de trozos de pan y un recipiente grande de seudocafé tibio. Luego, hasta el atardecer, no hubo nada más de nuevo que nuestro tren atestado, tambaleante, deteniéndose, y la visión de algunas estaciones, donde una multitud voraz se abatía sobre un restaurante de estación escasamente abastecido, dejándolo limpio en un abrir y cerrar de ojos. En uno de estos altos me encontré con Noguin y Rykov, los comisarios disidentes que regresaban a Moscú para presentar sus quejas a su propio Soviet, y un poco más lejos, con Bujarin, hombre de poca estatura, barba roja y ojos de fanático, "más izquierdista que Lenin", según decían de él. Cada vez que oíamos las tres campanadas, nos precipitábamos al tren, abriéndonos camino a través de los pasillos ruidosos y llenos de gente. El buen carácter de aquella gente soportaba la incomodidad con paciencia y alegría; discutían interminablemente acerca de todos los temas, desde la situación en Petrogrado hasta el sistema de los sindicatos británicos, disputando acaloradamente con los pocos bourjoui embarcados con ellos. Antes de la llegada a Moscú, cada vagón había organizado su comité para el suministro y distribución de víveres, y estos comités estaban divididos en grupos políticos, que luchaban entre sí sobre los principios fundamentales.

La estación de Moscú aparecía desierta. Nos encaminamos a la oficina del comisario, para arreglar la cuestión de los billetes de vuelta. El comisario era un hombre joven de aspecto hosco que lucía insignias de teniente. Cuando vio los permisos de circulación del Smolny, se puso furioso y nos declaró que él no era bolchevique, que representaba al Comité de Salvación Pública. Hecho característico: en la confusión general que había acompañado a la conquista de la ciudad, habían olvidado los vencedores la estación principal.

No se veía un coche de alquiler. A cierta distancia de la estación logramos despertar a un izvoztchik grotescamente acolchado y que dormía tieso como un huso en el asiento de su pequeño trineo.

-¿Cuánto hasta el centro de la ciudad? Se rascó la cabeza.

-Los señores no podrán encontrar habitación en un hotel -respondió-. Pero si me dan cien rublos, yo les llevaré.

Antes de la revolución, el viaje costaba dos rublos. Protestamos, pero él se limitó a encogerse de hombros.

-Es que hoy hace falta valor para conducir un trineo -dijo.

No hubo manera de hacer que rebajara a menos de cincuenta rublos. Mientras nos deslizábamos sobre la nieve por las calles silenciosas y mal alumbradas, nos contó sus aventuras en el curso de las seis jornadas de combates.

-Yo iba conduciendo, o esperaba al cliente en la esquina de una calle. De repente, ¡pum!, una granada; ¡pum!, otra más, ¡tac-tac-tac!, la ametralladora... Salí al galope; estos demonios disparaban por todas partes. Por fin, llegué a una callejuela tranquila, comenzaba a quedarme dormido y. . . ¡pum!, un proyectil; ¡tac tac-tac! Y que vuelvan a comenzar... ¡Ah, los demonios! ¡Los demonios! ¡Brr!

En el centro de la ciudad, las calles, tapizadas de nieve, reposaban en la quietud de la convalecencia. Sólo estaban encendidos algunos faroles; los raros viandantes caminaban con prisa por las aceras. De la llanura soplaba un viento helado que calaba los huesos; entramos en el primer hotel que encontramos; la oficina estaba alumbrada por dos velas.

-Tenemos algunas habitaciones muy cómodas, pero todos los cristales han sido rotos por las balas. Si el señor no teme el aire fresco…

A todo lo largo de la Tverskaya, los escaparates de los almacenes estaban hechos añicos; la calzada, sembrada de trozos de proyectiles, aparecía cubierta de adoquines arrancados. Fuimos de hotel en hotel; todos estaban llenos, o bien los propietarios se hallaban todavía tan aterrados que no sabían responder otra cosa que: "¡No, no, no hay habitaciones!" En las arterias principales, donde se encontraban los grandes bancos y las casas comerciales importantes, la artillería de los bolcheviques había hecho blanco sin establecer distinciones. -Cuando no sabíamos dónde se encontraban los junkers y los guardias blancos -me refirió más tarde un funcionario soviético-, bombardeamos sus talonarios de cheques.

Por fin, fuimos acogidos en el vasto hotel Nacional, en vista de que éramos extranjeros y el Comité Militar Revolucionario había prometido proteger los alojamientos de éstos. El director nos hizo ver en el piso superior varias ventanas destrozadas por las granadas.

-¡Qué brutos! -exclamó, amenazando con el puño a bolcheviques imaginarios-. ¡Pero aguarde, aguarde! Ya les llegará su hora: dentro de algunos días caerá su ridículo gobierno, ¡y entonces pagarán esto!

Después de haber cenado en un restaurante vegetariano, cuyo anuncio seductor ploclamaba: "¡Yo no me como a nadie!", y cuyas paredes estaban adornadas con un retrato de Tolstoi, nos lanzamos a explorar.

El cuartel general del Soviet de Moscú se hallaba instalado en el antiguo palacio del general gobernador, edificio imponente de fachada blanca, sobre la plaza Skobelev. En la puerta había guardias rojos de servicio. Al llegar a lo alto de la amplia y majestuosa escalinata, cuyos muros estaban cubiertos de anuncios de mítines y de manifiestos de partidos políticos, atravesamos una serie de antecámaras con los techos agujereados, decoradas con pinturas de marcos de oro cubiertas de lienzo rojo, para arribar por fin al espléndido salón de ceremonias con sus magníficas arañas de cristal y sus cornisas doradas. Un zumbido de voces, acompañado del sordo ronroneo de unas veinte máquinas de coser, llenaba el aposento. Piezas enormes de tela de algodón rojo y negro estaban extendidas sobre el piso y las mesas, y unas cincuenta mujeres estaban ocupadas cortando y cosiendo banderas y estandartes para los funerales de los muertos por la revolución. Los rostros de estas mujeres se veían endurecidos y marcados por el sufrimiento; trabajaban gravemente, muchas tenían los ojos enrojecidos por el llanto. Las pérdidas del ejército rojo habían sido cuantiosas.

Rogov, hombre de rostro inteligente, barbudo, de lentes, vestido con blusa negra de obrero, estaba sentado ante una mesa de despacho en un rincón. Nos invitó a reunimos, al día siguiente por la mañana, con el Comité Central ejecutivo, para asistir al cortejo fúnebre.

—Es inútil tratar de enseñar nada a los socialrevolucionarios y a los mencheviques, declaró. Las "componendas" se han convertido para ellos en una segunda naturaleza. Fíjese, ¡pues no nos han propuesto que celebremos los funerales en común con los junkers!

Cruzó la habitación un hombre con el capote desgarrado y tocado con la chapka, cuyo rostro me pareció familiar. Era Melnitchanski, a quien había conocido cuando era relojero de Georges Melchor en Bayonne (Nueva Jersey), durante la huelga de la Standard Oil. Ahora, me dijo,era secretario del Sindicato de Metalúrgicos de Moscú, y durante los combates había sido uno de los comisarios del Comité Militar Revolucionario.

-¡Ya me ves! -exclamó, señalando su aspecto lamentable-. Yo estaba en el Kremlin con los muchachos, cuando los junkers se apoderaron por primera vez del palacio. Me encerraron en el sótano, me quitaron mi abrigo, mi dinero, mi reloj, incluso la sortija que llevaba en el dedo. Lo que traigo puesto es todo lo que tengo.

Me refirió numerosos detalles acerca de la sangrienta batalla de seis días que había dividido a Moscú en dos bandos. A diferencia de Petrogrado, la Duma municipal de Moscú había tomado el partido de los junkers y las guardias blancas. Rudnev y el alcalde Minor, el presidente de la Duma, fueron quienes dirigieron las operaciones del Comité de Seguridad Pública y de las tropas. Riabtsev, comandante de la plaza, de tendencias democráticas, vaciló en resistir al Comité Militar Revolucionario, pero tuvo que ceder a la

voluntad de la Duma. Fue el alcalde quien insistió en que fuera ocupado el Kremlin. "Cuando estéis allí, ellos no se atreverán jamás a disparar contra nosotros", había dicho.

Un regimiento de la guarnición, muy desmoralizado por su larga inactividad y solicitado por los dos partidos, celebró una reunión para decidir sobre su actitud. Resolvió mantenerse neutral y continuar en su nueva actividad, que consistía en vender en las calles botas de hule y semillas de girasol.

—Lo más terrible -prosiguió Melnitchanski- es que tuvimos que organizarnos en plena lucha. Nuestro adversario sabía exactamente lo que quería. Entre nosotros, los soldados tenían sus Soviets, los obreros los suyos... Hubo una lucha terrible por saber quién asumiría la jefatura. Algunos regimientos se pasaron discutiendo días enteros antes de decidirse a actuar; y cuando, de repente, nos abandonaron los oficiales, nos quedamos sin estado mayor que dirigiera las operaciones.

Me describió estampas llenas de vida. Un día frío y gris se encontraba él en una esquina de la Nikitskaya, barrida por ráfagas de ametralladora. Una banda de chicuelos, de esos náufragos de la calle que tanto se veían vendiendo periódicos, estaba reunida allá. Lanzando gritos agudos, como si estuvieran disfrutando un nuevo juego, esperaban que el tiroteo se calmara y después trataban de cruzar la calle corriendo. Varios cayeron muertos, pero los otros no dejaron por eso de seguir corriendo y atravesando la calle, riendo, retándose los unos a los otros.

En las últimas horas de la tarde, me trasladé al Dvorianskpie Sobrañe o club de la Nobleza, donde los bolcheviques moscovitas debían reunirse para escuchar a Noguin, Rykov y los demás comisarios disidentes. La sesión se llevó a cabo en la sala de espectáculos, destinada bajo el antiguo régimen a los grupos de aficionados que presentaban la última obra parisiense a un público de oficiales y herniosas damas cargadas de joyas. Primero llegaron los intelectuales, los que vivían en el centro. Noguin tomó la palabra, y la mayor parte de los oyentes le aprobó por entero. Sólo muy tarde comenzaron a aparecer los obreros. Las barriadas proletarias se encontraban en las afueras de la ciudad y los tranvías no funcionaban. Hacia medianoche, resonó un estrépito de pisadas en las escaleras y entraron por grupos de diez a veinte aquellos hombrones de rostros toscos, burdamente vestidos, que apenas acababan de salir de la batalla, en la que habían luchado como posesos durante una semana, viendo caer a sus camaradas en torno suyo.

Desde el momento en que se abrió oficialmente la sesión, Noguin fue asaltado por una tempestad de sarcasmos y gritos de cólera. En vano trató de explicarse; no lo escuchaban. ¡Había abandonado el Consejo de Cornisarios del Pueblo, desertado de su puesto en plena batalla! En Moscú no había prensa burguesa, la Duma municipal había sido disuelta. Bujarin se levantó, furioso, y habló con su lógica imperturbable, asestando golpe tras golpe. El público le escuchó con los ojos brillantes. Por una aplastante mayoría se aprobó una resolución adhiriéndose a la acción del Consejo de Comisarios del Pueblo. Así era como hablaba Moscú.[97]

---

[97] *Cuestionario para la burguesía*: Por orden del Comité Militar de Moscú, los artículos confiscados a la burguesía pasaban a un fondo destinado a repartirse entre los obreros y soldados más pobres

(*continúa en la página siguiente*)

Ya tarde, en la noche, recorrimos las calles desiertas y, atravesando la puerta de Iberia, desembocamos en la inmensa Plaza Roja, delante del Kremlin. La iglesia de Basilio el Bienaventurado elevaba fantásticamente en la noche los trenzados y las conchas de sus cúpulas de reflejos brillantes. Nada parecía haber sufrido daños. A lo largo de la plaza, se alzaba la sombría masa de las torres y los muros del Kremlin. Encima de la alta muralla temblaba un reflejo rojizo de fuegos invisibles, y a través de la inmensa plaza llegaban hasta nosotros los sonidos de voces y los ruidos de palas y picos. Cruzamos. Al pie de los muros se elevaba un montón de piedras y tierra. Nos encaramamos a él y desde lo alto divisamos dos enormes fosas, de tres a cinco metros de profundidad y unos cincuenta de longitud, que cientos de obreros y soldados estaban cavando a la luz de grandes fogatas.

Un joven estudiante nos dijo, en alemán:

-Es la fosa común. Mañana, enterraremos aquí a quinientos proletarios muertos por la revolución.

Medidas revolucionarias de carácter financiero: Orden: "En virtud de los poderes que me han sido conferidos por el Comité Militarrflevolucionario del Soviet de Diputados obreros y soldados de Moscú, decreto:

"1º Todos los bancos y sus sucursales, la Caja de Ahorro del Estado y sus sucursales, así como las cajas de Ahorro de las oficinas de Correos permanecerán abiertas al público a partir del 22 de noviembre, y hasta nueva orden, desde las once de la mañana hasta la una de la tarde.

"2° Los pagos efectuados por los establecimientos arriba mencionados sobre las cuentas corrientes y las libretas de caja de ahorro no deberán exceder de 150 rublos por depositario a la semana.

"3° Los pagos ¿le más de 150 rublos sobre las cuentas corrientes y las libretas de caja de ahorro, y los pagos por saldo de otras cuentas de todas clases serán autorizados los días 22, 23 y 24 de noviembre en los casos siguientes:

"a) sobre las cuentas de organizaciones militares para sus propias necesidades;

"b) para el pago de salarios de los empleados y obreros mediante presentación de nóminas de salarios, certificadas por los comités de fábrica o los Soviets de empleados, y avaladas por los comisarios o los representantes del Comité Militar Revolucionario y por los comités militares revolucionarios de distrito.

"4º No se pagarán más de 150 rublos sobre giros; las sumas restantes se llevarán en cuenta corriente y no se podrán utilizar sino de conformidad con las normas del presente decreto.

"5º Quedan prohibidas todas las operaciones bancarias, durante estos tres días.

"6° Quedan autorizados sin limitación los ingresos en dinero en todas las cuentas corrientes.

"7º Las certificaciones previstas en el artículo 3° se podrán obtener de los representantes del Consejo de Finanzas en la Bolsa, calle Ilynka, desde las diez de la mañana hasta las dos de la tarde.

"8º Los bancos y cajas de ahorro remitirán diariamente, antes de las cinco de la tarde, el estado de sus operaciones al Comité Militar Revolucionario, Consejo de Finanzas, en la sede del Soviet, plaza Skobelev.

"9º Todos los empleados y directores de establecimientos de crédito que se nieguen a someterse a las normas de este decreto se hallarán sujetos a las sanciones de los tribunales revolucionarios como enemigos de la masa de la población. Sus nombres se harán públicos.

"10° Para el control de las operaciones de las sucursales de cajas de ahorro y bancos a que se refiere este decreto, los comités militares revolucionarios de los distritos elegirán tres representantes y les asignarán un local."

El comisario delegado con plenos poderes del Comité Militar Revolucionario, S. CHEVERDIN MAXIMENKO

Nos hizo descender a la fosa. Los picos y las palas trabajaban con premura febril y la montaña de tierra iba creciendo. Nadie hablaba. En el cielo, miríadas de estrellas perforaban la noche, y el antiguo Kremlin de los zares levantaba su muralla formidable.

-En este lugar sagrado -dijo el estudiante-, el más sagrado de toda Rusia, enterraremos lo que tenemos de más sagrado. Aquí, donde duermen los zares, reposará nuestro zar, el Pueblo. ..

Llevaba el brazo en cabestrillo a causa de un balazo que había recibido durante la batalla. Con los ojos clavados en su herida, prosiguió:

-Ustedes, los extranjeros, nos desprecian porque hemos soportado durante tanto tiempo una monarquía medieval. Pero ahora se ha visto claramente que el zar no era el único tirano en el mundo, que el capitalismo era peor y que en todos los países del globo reinaba el capitalismo. . . La táctica de la Revolución rusa ha abierto el verdadero camino.

En el momento en que partíamos, los trabajadores, agotados y bañados en sudor a pesar del frío, comenzaban a trepar trabajosamente fuera de la fosa. Llegaba otro equipo, cruzando la plaza. Sin decir palabra, descendieron a su vez y las herramientas volvieron a hacer su labor...

Los voluntarios del pueblo se relevaron durante toda la noche, sin tregua, y cuando la fría luz del alba se esparció sobre la gran plaza cubierta de nieve, la fosa común, con sus negras fauces, estaba terminada.

Nos levantamos antes de la salida del sol, y por las calles todavía a oscuras nos encaminamos a la playa Skobelev. No se veía un alma en la inmensa ciudad, pero se percibía un murmullo vago de agitación, tan pronto lejano como más próximo, parecido al ruido del viento que se levanta. Ante el cuartel general del Soviet, a la pálida luz de la mañana, se encontraba reunido un pequeño grupo de hombres y mujeres que llevaba un haz de estandartes rojos con letras de oro: era el Comité Ejecutivo Central del Soviet de Moscú. Clareó el día. El débil murmullo fue creciendo, dilatándose en un bajo continuo y potente. La ciudad despertaba. Bajamos por la Tverskaya, banderas al viento. Las pequeñas capillas que encontrábamos a nuestro paso estaban cerradas y sombrías. Entre otras, la de la Virgen de Iberia, que cada nuevo zar visitaba antes de la coronación; abierta noche y día y llena de gente, estaba iluminada a todas horas por los cirios de los fieles que arrancaban destellos al oro, a la plata y pedrería de los iconos. Era, nos dijeron, la primera vez, desde los tiempos de Napoleón, que los cirios estaban apagados.

La Santa Iglesia Ortodoxa le había vuelto la espalda a Moscú, aquel nido de víboras sacrilegas que habían bombardeado el Kremlin. Las iglesias, desaparecidos los sacerdotes, permanecían oscuras, silenciosas y frías. Nada de popes para los funerales rojos, nada de sacramentos para los muertos; nadie rezaría oraciones sobre la tumba de los blasfemos. Tijón, el prelado ortodoxo de Moscú, no tardaría en excomulgar a los Soviets. . .

También las tiendas permanecían cerradas, y las gentes de las clases pudientes se encerraban en sus casas, pero por otros motivos. Aquel día era el día del pueblo, y el clamor de su llegada se asemejaba al rugido del oleaje embravecido...

Bajo la puerta de Iberia, fluía ya un río humano, y la inmensa Plaza Roja se cubría de puntos negros. Comprobé que, al pasar por delante de la capilla de Iberia, donde antes las gentes jamás cejaban de santiguarse, ahora ni siquiera volvían la vista.

Abriéndonos camino a través de la compacta muchedumbre hacia los muros del Kremlin, trepamos sobre los montones de tierra. Algunas personas se encontraban ya allí, entre ellas Muralov, el soldado que había sido elegido comandante de Moscú, un hombre corpulento y barbudo, de rostro benévolo y aire sencillo.

Riadas de gentes desembocaban por todas las calles hacia la Plaza Roja, millares y millares de seres con las huellas de la miseria y las penalidades. Una banda militar llegó tocando La Internacional y, espontáneamente, el canto se apoderó de la multitud, propagándose como las ondas sobre el agua, majestuoso y solemne. De la muralla del Kremlin colgaban hasta el suelo gigantescos pendones rojos con grandes inscripciones en oro y blanco que decían: "A los primeros mártires de la Revolución socialista mundial" y "¡Viva la fraternidad de los trabajadores del mundo!"

Un viento frío barría la plaza y agitaba los pendones. De los barrios más lejanos llegaban ahora los obreros de las fábricas con sus muertos. Los vimos pasar bajo la Puerta con sus estandartes brillantes y sus féretros rojo oscuro, color de sangre. Los toscos ataúdes de madera sin cepillar, embadurnados de rojo, descansaban sobre los hombros de estos seres rudos, cuyo rostro estaba bañado en lágrimas. Detrás de ellos las mujeres, que sollozaban o gemían, o bien marchaban rígidas, pálidas como cadáveres. Algunos féretros estaban abiertos y la tapa seguía detrás; otros iban cubiertos con un paño bordado en oro o plata; sobre algunos se veía una gorra de soldado. Había muchas coronas espantosas de flores artificiales.

El cortejo avanzó lentamente hacia nosotros, a través del gentío que se habría y cerraba inmediatamente derás de él. Bajo la Puerta, desfilaba ahora un mar interminable de banderas de todos los matices del rojo, con inscripciones en letras de plata y oro y crespones negros en el asta; se veían también algunas banderas anarquistas, negras, con letras blancas. La música tocaba la marcha fúnebre revolucionaria, y entre el coro inmenso de las masas, un mar de cabezas descubiertas, se distinguían las voces roncas y ahogadas por los sollozos de los portadores.

Mezcladas con los obreros de las fábricas, marchaban las compañías de soldados, también con sus ataúdes; después venían los escuadrones de caballería a paso de desfile, las baterías de artillería, con sus piezas cubiertas de lienzo rojo y negro En sus pendones se leía: "¡Viva la III Internacional!", o bien: "Queremos una paz honrada, general, democrática".

Los portadores llegaron por fin cerca de la tumba y, escalando con sus cargas los montones, de tierra, descendieron a las fosas; entre ellos había muchas mujeres, esas mujeres del pueblo, rechonchas y robustas. Detrás de los muertos venían otras mujeres, mujeres jóvenes y rotas, mujeres viejas y arrugadas que lanzaban gritos de animales heridos, que querían seguir a la tumba a sus hijos o sus maridos y que forcejeaban cuando manos piadosas pugnaban por sujetarlas. Es la manera de amarse de los pobres.

Todo el día, llegando por la Puerta de Iberia y abandonando la plaza por la Nikolskaya, estuvo desfilando el cortejo fúnebre, río de banderas rojas que llevaban palabras de es-

peranza y fraternidad y audaces profecías a través de una muchedumbre de cincuenta mil almas, bajo las miradas de los obreros del mundo entero y de toda su posteridad.

Uno por uno, fueron depositados los quinientos féretros en las fosas. Cayó el crepúsculo, y las banderas seguían flotando al viento, la música no había cesado de tocar la marcha fúnebre ni la masa enorme de hacer sonar sus cantos. Las coronas fueron colgadas de las ramas desnudas de los árboles, como extrañas flores multicolores. Doscientos hombres empuñaban las palas y se percibió, acompañando los cantos, el ruido sordo de la tierra al caer sobre los ataúdes.

Se encendieron las luces. Vinieron los últimos estandartes y las últimas mujeres sollozantes, lanzando hacia atrás una última mirada de aterradora intensidad. Lentamente, la marea proletaria se retiró de la vasta plaza.

De pronto, comprendí que el religioso pueblo ruso no necesitaba ya de sacerdotes que le abrieran las puertas del paraíso. Estaba edificando sobre la tierra un reino más esplendoroso que el de los cielos, un reino por el cual era glorioso morir.

CAPÍTULO XI

EL AFIANZAMIENTO DEL PODER [98]

Declaración de derechos de los pueblos de Rusia [99]

...El primer Congreso de los Soviets ha proclamado, en el mes de junio de este año, el derecho de los pueblos de Rusia a su autonomía.

El segundo Congreso de los Soviets, en noviembre, ha corroborado y precisado definitivamente este derecho inalienable de los pueblos de Rusia.

---

[98] Objeto del presente capítulo: Este capítulo abarca un período de dos meses, aproximadamente. 338 Comprende la época de las negociaciones con los Aliados, las negociaciones y el armisticio con los alemanes, y el comienzo de las negociaciones de paz de Brest-Litovsk, a la vez que el período durante el cual se sentaron los fundamentos del Estado soviético. Pero no era mi propósito en este volumen exponer e interpretar estos acontecimientos históricos tan importantes: para ello, se requeriría más espacio y he reservado este trabajo para otro libro: De Kornilov a Brest-Litovsk.

En este capítulo, pues, me he limitado a los esfuerzos del Gobierno soviético encaminados a consolidar su poder político en el interior y he bosquejado las victorias sucesivas logradas por él sobre los elementos hostiles del interior de Rusia, labor que se ha visto momentáneamente interrumpida por la desastrosa paz de Brest-Litovsk.

[99] Preámbulo de la Declaración de Derechos de los Pueblos de Rusia:

"La Revolución de Octubre de los obreros y campesinos se inició bajo la bandera común de la liberación.

"Los campesinos están siendo liberados del poder de los terratenientes mediante la abolición del derecho de propiedad de los señores de la tierra. Los soldados y marinos están siendo liberados del poder de los generales autócratas, ya que desde ahora los generales serán elegidos y revocables. Los obreros están siendo librados de los caprichos y las arbitrariedades de los capitalistas, pues de ahora en adelante los obreros tendrán el control sobre las industrias y las fábricas. Todo lo que vive y es vital está siendo liberado de las odiosas cadenas.

"Quedan solamente, por tanto, las nacionalidades de Rusia, que han sufrido y siguen sufriendo continuamente la opresión y la arbitrariedad, y cuya emancipación se debe abordar sin demora, concediéndoles la libertad resueltamente y de manera definitiva.

"Bajo el zarismo, se incitaba sistemáticamente a unos pueblos contra otros. Los resultados de esta política son harto conocidos: de un lado, asesinatos y matanzas; de otro lado, la esclavitud de los pueblos.

"No se puede ni se debe retornar a esta política vergonzosa. Hay que sustituirla por una política de la unión voluntaria y leal de los pueblos de Rusia.

"En la época del imperialismo, después de la revolución de febrero, cuando el poder pasó a manos de los burgueses kadetes, la política de incitación descarada dejó sitio a una política de medrosa desconfianza hacia los pueblos de Rusia, política mezquinamente recelosa y provocadora, bajo las apariencias hipócritas de la libertad y la igualdad de los pueblos. Los resultados de esta política son conocidos; son el desarrollo de la enemistad, la destrucción de la confianza mutua.

"Es preciso acabar para siempre con esta política de falacia y desconfianza, de recelo y provocación. Hay que sustituirla por una política franca y honrada que establezca la confianza mutua y sin reservas entre los pueblos de Rusia. Sólo esta confianza puede forjar una unión sincera y perdurable. Sólo esta unión puede unir a los obreros y campesinos de los pueblos de Rusia en un bloque revolucionario, capaz de hacer frente a todas las tentativas de la burguesía imperialista y anexionista."

En consonancia con la voluntad de estos congresos, el Consejo de Comisarios del Pueblo ha decidido establecer como base de su acción en la cuestión de las nacionalidades los siguientes principios:

1. Igualdad y soberanía de los pueblos de Rusia.

2. Derecho de los pueblos de Rusia a la libre determinación, incluyendo el derecho a separarse totalmente y constituirse en Estado independiente.

3. Supresión de todos los privilegios y restricciones de carácter nacional o religioso.

4. Libre desarrollo de las minorías nacionales y los grupos étnicos que pueblan el territorio de Rusia.

Los decretos dando ejecución a estas normas serán redactados inmediatamente después que se constituya la Comisión de Nacionalidades.

En nombre de la República rusa: El comisario de las nacionalidades, Yussov Djugashvili-Stalin. El presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo, V. Ulianov (Lenin).

14 de noviembre de 1917

La Rada central de Kiev proclamó inmediatamente república independiente a Ucrania, y el gobierno finlandés hizo que el Senado votara análoga medida en Helsingfors. En Siberia y el Cáucaso surgieron gobiernos independientes. En Polonia, el comité superior de guerra se apresuró a llamar del ejército ruso a todas las tropas polacas, y suprimió sus comités al mismo tiempo que establecía una férrea disciplina.

Todos estos «gobiernos» y «movimientos» tenían dos características comunes: estaban dirigidos por las clases poseedoras y temían y detestaban al bolchevismo.

Entre el caos de estas conmociones, el Consejo de Comisarios del Pueblo trabajaba con firmeza en la edificación del orden socialista. Uno tras otro, promulgó los derechos sobre los seguros sociales y el control obrero, sobre los comités agrarios cantonales, sobre la abolición de títulos y categorías, sobre la supresión de los antiguos tribunales y la creación de los tribunales populares.[100]

---

[100] **Decretos:**

Sobre la nacionalización de los banco: En interés de la organización racional de la economía nacional, de la extirpación definitiva de la especulación bancaria y de la emancipación total de la explotación de los obreros, campesinos y toda la población trabajadora por el capital bancario, con el fin de fundar un Banco Nacional único de la República rusa que sirva los auténticos intereses del pueblo y de las clases menesterosas, el Comité Ejecutivo Central (Tsik) decide:

1º Las operaciones de banca se declaran monopolio del Estado.

2º Todas las sociedades anónimas y oficinas privadas de banca se fundirán en el Banco del Estado.

3º El activo y el pasivo de estos establecimientos pasarán al Banco del Estado.

4º Un decreto especial fijará las modalidades de la fusión de los bancos privados en el Banco del Estado.

5º De la administración provisional de los negocios de los bancos privados se hará cargo la dirección del Banco del Estado.

6º Serán salvaguardados los intereses de los pequeños depositarios.

Sobre la igualdad de derecho de todos los militares

(*continúa en la página siguiente*)

En cumplimiento de la voluntad del pueblo revolucionario con respecto a la rápida y total abolición de cuantos vestigios de la antigua desigualdad quedan en el seno del ejército, el Consejo de Comisarios del Pueblo decreta:

1º Quedan abolidos todos los grados y distinciones dentro del ejército, desde el de cabo hasta el de general. El ejército de la República de Rusia se compone desde ahora de ciudadanos libres e iguales, que llevan el título glorioso de soldados del ejército revolucionario.

2º Quedan abolidos todos los privilegios inherentes a los grados y distinciones anteriores, así como sus signos distintivos externos.

3º Queda abolido el empleo de títulos en las relaciones orales.

4º Se declaran abolidas todas las condecoraciones.

5º A la vez que el grado de oficial quedan abolidas todas las organizaciones especiales de la oficialidad.

6º Se suprime dentro del ejército activo la institución de asistentes y ordenanzas.

Nota. Los asistentes subsistirán únicamente en las oficinas de regimiento, de comité y otras organizaciones de tropas.

El presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo, V. ULIANOV (LENIN) El comisario del pueblo de Guerra y Marina, N. KRYLENKO El comisario del pueblo de Guerra, N. PODVOISKY, Los comisarios del pueblo adjuntos al departamento de Guerra: KEDROV, SKLIANSKI, LEGRAN, MEJANOCHIN. El secretario del Consejo, N. GORBUNOV

Sobre el principio electivo y la organización de la autoridad dentro del ejército

1° El ejército, puesto al servicio de la voluntad del pueblo trabajador, se halla subordinado al organismo supremo representante de esta voluntad: el Consejo de Comisarios del Pueblo.

2° Dentro de cada unidad o cuerpo de tropa, la autoridad plena corresponde a los comités y Soviets respectivos de soldados.

3º Las manifestaciones de la vida y actividad de las tropas colocadas bajo la gestión de los comités deben ponerse desde ahora bajo su dirección inmediata. Para las ramas de actividad cuya responsabilidad no puedan asumir los comités, se instituye un control de los comités o los Soviets.

4° Se instituye el régimen de elegibilidad de los cuadros de mando y de administración. Los suboficiales y oficiales, hasta el mando de regimiento inclusive, serán elegidos mediante sufragio universal, por sus escuadras, secciones, compañías, escuadrones, baterías, grup% de baterías y regimientos. Los oficiales superiores al mando de regimiento, hasta el comandante supremo inclusive, serán elegidos en los congresos o conferencias de los diferentes comités. Nota. Se entiende por conferencia una reunión común del comité correspondiente y de los delegados de los comités del escalón inmediatamente inferior.

5º La elección de los oficiales superiores al de comandante de regimiento será ratificada por el comité supremo más próximo. Nota. Caso de que el comité supremo se niegue razonadamente a ratificar la elección de un suboficial, el suboficial elegido por segunda vez por el comité inferior correspondiente será ratificado obligatoriamente.

6° Los comandantes de ejército serán elegidos por los congresos de ejército; los comandantes de frente, por los congresos del frente respectivo.

7° Las funciones de carácter técnico que exijan una instrucción especial, conocimientos especiales o una formación práctica, tales como médicos, ingenieros, técnicos, telegrafistas, radiotelegrafistas, aviadores, automovilistas, etc., se encomendarán por los comités correspondientes de las unidades especiales solamente a aquellas personas que posean los conocimientos necesarios.

8° Los jefes de estado mayor serán elegidos por los congresos entre las personas que poseen una formación especial.

9° Todos los demás miembros del estado mayor serán nombrados por los jefes del estado mayor correspondiente y su nombramiento deberá ser ratificado por los correspondientes congresos. Nota. Todas las personas que posean una formación especial deben figurar en una lista separada.

10º Podrán retirarse del ejército los oficiales en activo que pertenezcan a las clases no movilizables y que no hayan sido elegidos para una u otra función y se encuentren así con la categoría de simples soldados.

11º Todos los demás cargos que no lleven aparejadas funciones de mando, salvo los puestos de servicios de intendencia, se proveerán por nombramiento de los comandantes elegidos.

12º Se publicarán por separado instrucciones detalladas referentes a la elección de los cuadros de mando.

(*continúa en la página siguiente*)

Se sucedían las diputaciones de las fuerzas de mar y tierra, llevando sus «felicitaciones entusiastas al nuevo gobierno del pueblo».

Un día fui testigo, delante del Smolny, de la llegada de un regimiento en andrajos procedente de las trincheras. Los soldados, flacos y demacrados, desplegados ante la amplia entrada, contemplaron el edificio como si dentro de él se encontrara Dios en persona. Algunos de ellos apuntaban con risas hacia las águilas imperiales que campeaban encima de la puerta. Las guardias llegaron a hacer el relevo. Todos los soldados se volvieron hacia ella con curiosidad, como se vuelve uno a mirar una cosa de la que ha oído hablar, pero que jamás ha visto. Y con risas bonachonas rompieron filas para ir a dar palmadas en la espalda de los guardias rojos, y dirigirles algunas palabras, mitad burlonas, mitad admirativas.

El Gobierno provisional ya no existía. El 15 de noviembre, los sacerdotes dejaron de orar por él en todas las iglesias de la capital. Pero, como dijo el propio Lenin en el Tsík, todavía no se había pasado «del principio de la conquista del poder». Privada de armas, la oposición, que seguía dominando la vida económica del país, se puso a organizar la desorganización, y, con todo el genio que poseen los rusos para la acción en común, multiplicó los obstáculos interpuestos ante los Soviets para dominarlos y desacreditarlos.

El presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo, V. ULIANOV (LENIN), El comisario del pueblo de Guerra y Marina, N. KRYLENKO, El comisario del pueblo de Guerra, N. PODVOISKY. Los comisarios del pueblo adjuntos al departamento de Guerra: KEDROV, SKLIANSKI, LEGRAN, MEJANOCHIN. El secretario del Consejo, N. GORBUNOV

Sobre la abolición de las categorías y los grados civiles

Artículo 1º Quedan abolidas todas las categorías estamentales y divisiones de este tipo existentes hasta esta fecha en Rusia, los privilegios y las restricciones a ellas inherentes, las organizaciones e instituciones de clases y todos los grados civiles.

Artículo 2º Se declaran abolidas todas las denominaciones de clases (noble, comerciante, burgués, campesino, etc.), los títulos (príncipe, conde, etc.), y los nombres de grados civiles (consejeros privados, de Estado, etcétera), y se instituye una sola denominación para toda la población de Rusia: ciudadanos de la República rusa.

Artículo 3º Los bienes de las instituciones de clase de la nobleza serán transferidos inmediatamente a las autoridades rurales autónomas respectivas.

Artículo 4° Los bienes de las asociaciones de comerciantes y de burgueses serán puestos inmediatamente a disposición de las administraciones municipales autónomas de su jurisdicción.

Artículo 5° Todas las instituciones de clases, así como sus bienes y sus archivos, serán entregados inmediatamente a las administraciones autónomas de las ciudades y los campos.

Artículo 6° Quedan derogados todos los artículos correspondientes de leyes anteriormente en vigor.

Artículo 7º El presente decreto entrará en vigor el día de su publicación y será puesto en ejecución inmediatamente por los Soviets locales de Diputados obreros, soldados y campesinos.

El presente decreto ha sido notificado por el Comité Ejecutivo Central de los Soviets de Diputados obreros y soldados, en su sesión del 23 de noviembre de 1917.

El presidente del Tsik, SVERDLOV, El presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo, V. ULIANOV (LENIN), El jefe de los servicios administrativos del Consejo de Comisarios del Pueblo, V. BONTCH-BRUEVITCH, El secretario del Consejo, N. GORBUNOV

El 3 de diciembre, el Consejo de Comisarios del Pueblo acordó "reducir los salarios de los funcionarios y empleados de todas las instituciones y servicios gubernamentales, sin excepción". Comenzó por fijar el salario del Comisario del Pueblo en 500 rublos por mes, con un plus de 100 rublos por cada persona inútil para el trabajo que viviera a su cargo. Era el salario de funcionario más elevado.

La huelga de funcionarios, bien organizada, fue sostenida financieramente por los bancos y los establecimientos comerciales. Todas las tentativas de los bolcheviques para apoderarse del aparato gubernamental tropezaron con viva resistencia.

Trotzki fue enviado al ministerio de Negocios Extranjeros. Los funcionarios se negaron a reconocerlo y permanecieron encerrados en sus despachos: cuando vieron que forzaban sus puertas, presentaron la dimisión. Las nuevas autoridades reclamaron las llaves de los archivos; pero fue necesario que llegaran los obreros encargados de hacer saltar las cerraduras para que quienes las tenían las entregaran. Entonces, se descubrió que Neratov, antiguo ayudante del ministro, había desaparecido, llevándose con él los tratados secretos.

Sliapnikov trató de tomar posesión del ministerio del Trabajo. Hacía mucho frío y no había nadie en el edificio para encender la calefacción. Entre los cientos de personas presentes, nadie quiso indicarle dónde se encontraba el despacho del ministro.

Alejandra Kollontai, nombrada comisaria de Asistencia Pública el 13 de noviembre, fue acogida por una huelga general de los funcionarios del ministerio, a la que sólo unas cuarenta personas se negaron a sumarse. Los pobres de las grandes ciudades, los pensionados de los asilos, se encontraron sumidos en una indigencia espantosa. Delegaciones de enfermos muriéndose de hambre, huérfanos de rostros amoratados y escuálidos, sitiaban el edificio. Con lágrimas en los ojos, Kollontai mandó encarcelar a los huelguistas hasta que entregaran las llaves de los despachos y las cajas fuertes. Cuando tuvo en su poder las llaves, se dio cuenta de que la anterior ministro, la condesa Pánina, había partido llevándose los fondos, que se negaba a restituir a menos que la Asamblea Constituyente le ordenara hacerlo.[101]

Incidentes parecidos a éstos se produjeron en los ministerios de Agricultura, Abastecimientos y Hacienda. Los funcionarios, colocados ante la disyuntiva de reintegrarse a sus puestos o de perderlos junto con sus derechos a la jubilación, no respondían, o bien reanudaban sus labores tan sólo para sabotear el trabajo. Como casi toda la intelligentzia era antibolchevique, el Gobierno soviético tropezaba con dificultades insuperables para reclutar nuevos funcionarios.

Los bancos privados permanecían obstinadamente cerrados, y sólo los especuladores tenían acceso a ellos por una puerta reservada. Cuando se presentaban los comisarios, los funcionarios desaparecían, escondiendo los libros y llevándose los fondos. Todo el personal del Banco del Estado se declaró en huelga, con excepción de los encargados del tesoro y de la impresión de billetes, quienes se negaban a satisfacer petición alguna que emanara del Smolny, pero entregaban por debajo de cuerda sumas enormes al Comité de Salvación y a la Duma municipal.

Un comisario se presentó en dos ocasiones con una compañía de guardias rojos para exigirle el pago de sumas importantes, necesarias para hacer frente a los gastos del gobierno. La primera vez, se encontraban presentes un número imponente de miembros de la Duma municipal y los jefes de los partidos menchevique y social-revolucionario,

[101] La condesa Pánina fue detenida y juzgada por el tribunal supremo revolucionario. El relato del proceso figura en el capítulo "Justicia revolucionaria" de mi obra siguiente: De Kornilov a Brest-Litovsk. La acusada fue condenada a "restituir la plata y a una amonestación". En otras palabras, se la puso en libertad.

quienes hicieron al comisario consideraciones tan graves acerca de las consecuencias de aquello, que éste se asustó. La segunda vez se presentó con una orden, a la que dio lectura con todas las formalidades de rigor, pero alguien le hizo observar que la orden no tenía fecha, ni sello, y el respeto tradicional de los rusos por los documentos oficiales le obligó una vez más a retirarse...

Los funcionarios de las oficinas del Crédito público destruyeron sus libros, con lo que desapareció todo vestigio de las relaciones financieras de Rusia con los otros países.

Los comités de suministros y las administraciones de los servicios municipales no funcionaban o se dedicaban al sabotaje. Y cuando los bolcheviques, ante el apremio de las necesidades de la población, trataban de tomar cartas en el asunto o hacerse cargo de los servicios, los empleados se declararon en huelga y la Duma inundó Rusia de telegramas protestando contra la «violación de la autonomía municipal» por los bolcheviques.

En los estados, mayores y en las oficinas de los ministerios de Guerra y Marina, donde los viejos funcionarios habían accedido a trabajar, los comités del ejército y el alto mando ponían todos los obstáculos posibles a la acción de los Soviets, aun a riesgo de comprometer la situación de las tropas en el frente. El Vikjel era hostil y se negaba a transportar las tropas soviéticas; había que apoderarse de los trenes por la fuerza y detener en cada ocasión a los funcionarios de los ferrocarriles, con las consiguientes amenazas de huelga general por parte del Vikjel para que se les pusiera en libertad.

El Smolny se hallaba reducido a la impotencia. Los periódicos decían que todas las fábricas de Petrogrado tendrían que cerrar sus puertas en término de tres semanas por falta de combustible. El Vikjel anunció, que los trenes dejarían de funcionar el primero de diciembre. Petrogrado sólo tenía víveres para tres días y no llegaban mercancías de fuera. En el frente, el ejército se moría de hambre. El Comité de Salvación y los diferentes comités centrales expidieron avisos a todo el país exhortando a la población a que hiciera caso omiso de los decretos del gobierno. Las embajadas aliadas mostraban una fría indiferencia o una franca y abierta hostilidad.

Los periódicos de la oposición, que reaparecieron bajo otros nombres al día siguiente de decretarse su prohibición, se explayaban en violentos ataques y sarcasmos contra el nuevo régimen.[102] El Novaia Jizn lo definía como «una alianza de la demagogia y la

---

[102] Extracto del Drug Narada ("El Amigo del Pueblo", publicación menchevique), del 18 de noviembre:

"La historia de la 'paz inmediata' de los bolcheviques nos hace pensar en una película cómica. Neratov se fuga - Trotzki le persigue; Neratov escala un muro - Trotzki hace lo mismo; Neratov se zambulle de cabeza - Trotzki se tira detrás de él; Neratov trepa sobre un tejado - Trotzki le va a los alcances; Neratov se esconde debajo de una cama - ahí tenemos a Trotzki que lo agarra. ¡Ya lo tiene! Naturalmente, la paz se firma en el mismo punto y hora...

"Vacío y silencio en el ministerio de Negocios Extranjeros. Los correos son respetuosos, pero en sus rostros se dibuja una expresión cáustica...

"¿Qué tal si se detuviera a un embajador y se firmara con él un armisticio o un tratado de paz? Pero estos embajadores son unos tipos raros. Ni se mueven, como si no hubiesen escuchado ni media palabra. ¡Hola, hols, Inglaterra, Francia y Alemania! ¡Hemos firmado con vosotros! ¿Es posible que no sepáis nada? Pues la noticia se ha publicado en todos los periódicos y se ha fijado en todos los muros. Palabra de honor de bolchevique que se ha firmado la paz. No pedimos gran cosa, no tenéis que hacer más que escribir un par de palabras...

(*continúa en la página siguiente*)

impotencia». Día tras día —escribía este periódico—, "el gobierno de los comisarios del pueblo se hunde más y más en las malditas necesidades cotidianas. Los bolcheviques se hicieron dueños del poder fácilmente, pero son incapaces de ejercerlo. Son impotentes para dirigir la máquina de gobierno existente, pero lo son también para crear un órgano nuevo, cuyo funcionamiento fácil y libre satisfaga las necesidades de sus experiencias socialistas. En efecto, ya de por sí escasos de gente para la labor de su partido, cuando sólo se trataba de manejar la lengua o la pluma, ¿dónde van a encontrar los bolcheviques el personal necesario para acometer los trabajos especiales tan variados y complejos de la vida del Estado? El nuevo gobierno se agita y hace ruido, inunda el país de decretos, cada uno de ellos más «radical» y más «socialista» que el anterior. Pero en este socialismo de papel, que constituirá sobre todo el asombro de nuestros nietos, no se ven ni el deseo ni la capacidad de resolver los problemas más urgentes".

Mientras tanto, la conferencia reunida por el Vikjel para la formación de un nuevo gobierno seguía reunida, en sesión permanente, día y noche. Las dos partes habían llegado ya a un acuerdo de principio sobre lo que debería ser la base del nuevo gobierno. La composición del Consejo del Pueblo estaba en vías de discusión y se habían concertado ya las voluntades en torno a un gabinete de ensayo, con Tchernov como primer ministro. Se admitía una importante minoría bolchevique, pero dejando a un lado a Lenin y Trotzki. Los comités centrales de los partidos menchevique y socialrevolucionario y el Comité Ejecutivo de los Soviets campesinos resolvieron, sin dejar de manifestarse inquebrantablemente hostiles a la «política criminal de los bolcheviques», no oponer obstáculos a su entrada en el Consejo del Pueblo, «para poner término al fratricida derramamiento de sangre».

Pero la fuga de Kerenski y las asombrosas victorias alcanzadas en todas partes por los Soviets, modificaron la situación. El 16, en una reunión del Tsík, los socialrevoluciona-

---

"Los embajadores guardan silencio. Las potencias guardan silencio. Vacío y silencio en el ministerio de Negocios Extranjeros.

"-Escucha -le dice Robespierre-Trotzki a su segundo Marat-Urinski-, ¡vete corriendo a la Embajada británica y dile al embajador que proponemos la paz!

"-Vete tú mismo -le responde Marat-Urinski-. No recibe.

"-Entonces, háblale por teléfono.

"-Ya lo he intentado. Tiene descolgado el aparato.

"-Mándale un telegrama.

"-Ya lo he hecho.

"-Bien, ¿y cuál ha sido el resultado?

"Sin responder, Marat-Urinski lanza un suspiro. Robespierre-Trotzki escupe con rabia en un rincón.

"-Escucha, Marat -prosigue Trotzki, al cabo de un momento-. Hay que demostrar como sea que mantenemos una política exterior activa. ¿Cómo lo hacemos?

"-Lanza otro decreto para hacer que detengan a Neratov -responde Uritski con aire absorto

"-Marat, ¡eres un estúpido! -le grita Trotzki. Y, bruscamente, se pone en pie, terrible y majestuoso, de verdad parecido a Robespierre.

"-¡Uritski, escribe! -ordena con severidad-. Escribe una carta al embajador británico, una carta certificada, con acuse de recibo. ¡Escribe! Yo también voy a escribir. ¡Los pueblos esperan una paz inmediata!

"En el inmenso y vacío ministerio de Negocios Extranjeros no se percibe otro ruido que el de las dos máquinas de escribir. Trotzki está haciendo la política exterior activa de su puño y letra..."

rios de izquierda insistieron en que los bolcheviques formasen un gobierno de coalición que incluyera a los otros partidos socialistas; de lo contrario, se retirarían del Comité Militar Revolucionario del Tsík. Malkin dijo:

—Las noticias de Moscú, donde nuestros camaradas caen a ambos lados de las barricadas, nos obligan una vez más a plantear la cuestión de la organización del poder, y al hacerlo así no sólo ejercemos un derecho, sino que cumplimos, además, con un deber. Hemos conquistado el derecho de sentarnos aquí con los bolcheviques, en el recinto del Smolny, y de hablar desde esta tribuna. Después de la lucha en el seno del partido nos veremos obligados, si no queréis la conciliación, a pasar de la lucha abierta fuera del Smolny. Debemos proponer a la democracia una fórmula de transacción aceptable.

Después de una suspensión concedida para examinar este ultimátum, los bolcheviques volvieron a la sala de sesiones con la siguiente resolución, a la que dio lectura Kaménev:

El Comité Ejecutivo Central considera conveniente la entrada en el gobierno de representantes de todos los partidos socialistas que componen los Soviets de Diputados obreros, soldados y campesinos que reconocen las conquistas de la revolución del 7 de noviembre, es decir, el poder soviético, los decretos sobre la tierra, la paz, el control obrero y el armamento de las masas obreras.

El Comité Ejecutivo Central decide, en consecuencia, proseguir con todos los partidos socialistas las negociaciones entabladas acerca de la constitución del poder, e insiste en que el acuerdo deberá establecerse sobre las siguientes bases:

El gobierno es responsable ante el Tsík, que será ampliado a 150 miembros. A estos 150 delegados de los Soviets de Diputados obreros y soldados se agregarán 75 delegados de los Soviets campesinos provinciales, 80 delegados del ejército y la flota, 40 de los sindicatos (a saber, 25 de las diferentes uniones de los sindicatos de toda Rusia, en proporción al número de sus miembros, 10 del Vikjel y 5 del sindicato de correos), y finalmente 50 delegados de los grupos socialistas de la Duma municipal de Petrogrado. No menos de la mitad de las carteras en el gobierno corresponderá al partido bolchevique, entre ellas, necesariamente, las de Negocios Extranjeros, Interior y Trabajo. Ejercerán el mando de las tropas, en los distritos de Petrogrado y Moscú, los delegados de los Soviets de los Diputados obreros y soldados de Petrogrado y Moscú. El gobierno organizará sistemáticamente el armamento de las masas obreras de Rusia. Se estima indispensable la participación en el gobierno de Lenin y Trotzki.

Después, Kaménev explicó:

—El llamado «Consejo del Pueblo» propuesto por la Conferencia habría de constar de 240 miembros aproximadamente: 150 bolcheviques, delegados del antiguo Tsík contrarrevolucionario, 100 miembros elegidos por las Dumas municipales y todos kornilovistas, 100 delegados de los Soviets campesinos escogidos a gusto de Avxentiev y 80 de los antiguos comités del ejército, que han dejado de representar a la masa de los soldados. Nosotros nos negamos a sdmitir al antiguo Tsík y a los representantes de la Duma municipal.

Los delegados de los Soviets campesinos deben ser elegidos por el congreso de campesinos, convocado por nosotros y que, al mismo tiempo, se encargará de elegir a un nuevo comité ejecutivo. La proposición de descantar a Lenin y a Trotzki tiende a decapitar a nuestro partido; no podemos aceptarla. Finalmente, no vemos en absoluto la necesidad de tal Consejo del Pueblo; los Soviets están abiertos a todos los partidos socialistas y el Tsík los representa proporcionalmente a la importancia real que tienen entre las masas.

Karelin declaró, en nombre de la izquierda socialrevolucionaria, que su partido votaría en favor de la resolución bolchevique, si bien se reservaba el derecho a modificar ciertos detalles, tales como la representación de los campesinos, y pedía que la cartera de Agricultura fuese concedida a los socialrevolucionarios de izquierda. Estas condiciones fueron aceptadas.

Más tarde, en una reunión del Soviet de Petrogrado, Trotzki dio la siguiente respuesta a una pregunta formulada acerca de la composición del nuevo gobierno:

—Y no sé nada de todo eso. No tomo parte en las negociaciones... Pero no creo que puedan tener una gran importancia.

Durante la noche, reinó un gran malestar en la Conferencia. Los delegados de la Duma municipal se retiraron.

En el mismo Smolny, en las filas del partido bolchevique, la política de Lenin tropezaba con una fuerte oposición. La noche del 17 de noviembre la gran sala de sesiones estaba rebosante y la sesión del Tsík se abrió en medio de una atmósfera muy tensa.

El bolchevique Larin declaró que se acercaba la fecha de las elecciones a la Asamblea Constituyente y que ya era hora de terminar con el terrorismo político:

—Las medidas adoptadas contra la libertad de prensa deben ser rectificadas. Tuvieron su razón de ser durante la lucha. Ahora, nada las justifica. La prensa debe ser libre, salvo en los casos de incitación al desorden y la insurrección.

En medio de una tempestad de silbidos y abucheos que se elevaba de las filas de su propio partido, Larin propuso la siguiente resolución:

Queda derogado el decreto del Consejo de Comisarios del Pueblo sobre la prensa. Sólo se podrán aplicar medidas de represión política por decisión de un tribunal especial elegido por el Tsík (proporcionalmente a la importancia de los partidos en él representados).[103] *Este tribunal tendrá derecho de revisión en lo que concierne a todas las medidas de represión anteriores.*

Este texto fue acogido con atronadores aplausos por parte de la izquierda socialrevolucionaria e incluso de una parte de los bolcheviques.

Avanessov propuso, en nombre del grupo de Lenin, aplazar la cuestión de la prensa hasta que se llegara a un acuerdo entre los partidos socialistas, propuesta que fue rechazada por una mayoría aplastante.

[103] Las palabras puestas entre paréntesis no figuran en los protocolos del Tsík.[Nota de la Editorial]

—La revolución en curso —prosiguió Avanessov— no ha dudado en atacar a la propiedad privada; el problema de la prensa debe ser considerado justamente como una cuestión de propiedad privada. ..

Luego, dio lectura a la resolución oficial del grupo bolchevique:

La prohibición de los periódicos burgueses no ha sido solamente un medio de combate en el curso de la insurrección y durante el aplastamiento de las tentativas contrarrevolucionarias; ha sido también una medida transitoria indispensable para el establecimiento del nuevo régimen de prensa, régimen bajo el cual los capitalistas, poseedores de las imprentas y del papel, no pueden seguir siendo los fabricantes todopoderosos de la opinión pública.

Debemos ahora proseguir la obra iniciada, procediendo a la confiscación de las imprentas privadas y los depósitos de papel, y entregándolas al poder soviético, en la capital y en las provincias, con el fin de que los partidos y los grupos tengan a su disposición los medios técnicos, en consonancia con la importancia real de las ideas que representan, es decir, con el número de los afiliados a sus partidos.

El restablecimiento de la pretendida «libertad de prensa», es decir, la restitución pura y simple de las imprentas y depósitos de papel a los capitalistas, envenenadores de la conciencia pública, representaría una capitulación inadmisible ante la voluntad del capital, el abandono de una de las posiciones más importantes de la Revolución obrera y campesina; en una palabra, una medida indiscutiblemente contrarrevolucionaria.

El C.C. de nuestro partido propone, por lo tanto, a la fracción bolchevique del Tsík que debe rechazar categóricamente toda proposición encaminada al restablecimiento del antiguo régimen de la prensa y que se preste un apoyo sin restricciones al Consejo de Comisarios del Pueblo en su política contra la pretensión y las exigencias dictadas por prejuicios pequeñoburgueses o por el sometimiento liso y llano a los intereses de la burguesía contrarrevolucionaria.

La lectura de esta resolución fue interrumpida por las exclamaciones irónicas de los socialrevolucionarios de izquierda y las protestas indignadas de los bolcheviques refractarios. Karelin se puso en pie de un salto:

—Hace tres semanas, los bolcheviques eran los más ardientes defensores de la libertad de prensa. Los argumentos de esta resolución recuerdan singularmente el punto de vista de las Centurias Negras y de los censores del régimen zarista: ¡también ellos hablaban de los envenadores de la conciencia pública!

Trotzki defendió extensamente la resolución. Distinguió entre lo que es la prensa durante la guerra civil y lo que es después de la victoria:

—Durante la guerra civil, el derecho a emplear la violencia sólo compete a los oprimidos. (Gritos: ¿Dónde están ahora los oprimidos?) La victoria sobre nuestros adversarios no es todavía completa y los periódicos para nosotros constituyen un arma. En estas condiciones, la prohibición de los periódicos dañinos en una medida de legítima defensa.

Luego, pagando a la cuestión de la prensa después de la victoria: «La posición de los socialistas ante el problema de la libertad de prensa debe reflejar exactamente su posi-

ción ante el problema de la libertad de comercio. El poder democrático hoy organizado en Rusia exige la abolición total de la dominación privada de la prensa, lo mismo que la de la industria. El poder soviético debe confiscar todas las imprentas. (Gritos: ¡Confiscad la imprenta de la Pravda!)

«El monopolio de la burguesía sobre la prensa debe ser abolido; de lo contrario, la toma del poder carecerá de sentido. Todo grupo de ciudadanos debe poder disponer de las imprentas y el papel. El derecho de propiedad sobre las imprentas y el papel pertenece actualmente, en primer lugar, a los obreros y los campesinos, y sólo en segundo lugar a la burguesía, que representa una minoría... El paso del poder a manos de los Soviets llevará aparejada una radical transformación de todas las condiciones de vida, transformación que necesariamente deberá manifestarse también en lo tocante a la prensa ... Si nacionalizamos los bancos, ¿podemos dejar que sigan existiendo los periódicos financieros? Los periódicos del antiguo régimen deben desaparecer. Y es necesario que esto se entienda de una buena vez.»

(Aplausos y furiosas protestas.)

Karelin replicó que el Tsík no tenía derecho a adoptar una decisión sobre un problema tan importante como éste sin someterlo al estudio de una comisión especial, y volvió a abogar acaloradamente por la libertad de prensa.

En este momento, subió a la tribuna Lenin, sereno, impasible, con el ceño fruncido; habló con lentitud, meditando bien sus palabras; cada frase caía como un martillazo.

«La guerra civil aún no ha terminado; todavía tenemos al enemigo frente a nosotros; por eso es imposible derogar las medidas de represión dirigidas contra la prensa. Nosotros, los bolcheviques, siempre hemos dicho que cuando tomáramos el poder suprimiríamos la prensa burguesa. Tolerar la existencia de la prensa burguesa significa renunciar a ser socialistas. Cuando se hace la revolución, no se puede contemporizar; hay que avanzar o retroceder. El que hable de libertad de prensa retrocede y trata de frenar nuestro avance, nuestra marcha hacia el socialismo.

»Hemos sacudido el yugo del capitalismo, del mismo modo que la primera revolución abatió el yugo del zarismo. Y si la primera revolución tuvo razón al suprimir los periódicos monárquicos, nosotros la tenemos al acabar con la prensa burguesa. El problema de la libertad de prensa no puede separarse de los demás problemas de la lucha de clases. Habíamos prometido suprimir estos periódicos y lo hemos hecho. La inmensa mayoría del pueblo aprueba nuestra conducta.

»Ahora que la insurrección ha terminado, no tenemos el menor deseo de suprimir los periódicos de los otros partidos socialistas, salvo en caso de que excitaran a la sublevación del ejército o a la desobediencia hacia el Gobierno soviético.

«Pero no les permitiremos, so pretexto de libertad de prensa socialista, que se adueñen, con la ayuda solapada de la burguesía, del monopolio de las imprentas, las tintas de imprimir y del papel. Estos instrumentos han pasado a ser propiedad del Estado soviético y deben distribuirse, en primer lugar, entre los partidos socialistas, en estricta proporción al número de sus afiliados.»

Se procedió a votar. La resolución de Larin y de los socialrevolucionarios de izquierda salió derrotada por 31 votos contra 22.[104] La moción de Lenin fue aprobada por 34 votos contra 24. Entre la minoría derrotada se encontraban los bolcheviques Riazánov y Losovski, quienes declararon que no podían votar en favor de cualquier medida de restricción de la libertad de prensa.

Después de esta votación, los socialrevolucionarios de izquierda se declararon obligados a desligarse de toda responsabilidad, abandonaron el Comité Militar Revolucionario y dimitieron todos los cargos importantes que ocupaban.

Cinco miembros del Consejo de Comisarios del Pueblo, Noguin, Rykov, Miliutin, Teodorovich y Shlipnikov dimitieron sus cargos, emitiendo la siguiente declaración:

Somos partidarios de un gobierno socialista que incluya a todos los partidos socialistas. Consideramos que sólo un gobierno así formado permitiría consolidar las conquistas logradas por la clase obrera y el ejército revolucionario durante las jornadas heroicas de noviembre. Fuera de esta solución, no vemos más que una posibilidad: el mantenimiento de un gobierno exclusivamente bolchevique por medio del terrorismo político. Este es el camino que sigue el Consejo de Comisarios del Pueblo. Nosotros no podemos ni queremos seguirle por ese camino. Entendemos que por esos derroteros se va a eliminar de la vida política a las grandes organizaciones proletarias, a la instauración de un régimen irresponsable y al aplastamiento de la revolución y del país. Como no podemos aceptar la responsabilidad de semejante política, presentamos al Tsík la dimisión de nuestras funciones como comisarios del pueblo.

Hubo otros comisarios que, aun sin llegar a dimitir, firmaron también esta declaración: Riazánov, Derbychev, comisario de Prensa; Arbuzov, comisario de las Imprentas del Estado; Yureniev, comisario de la Guardia Roja; Feodorov, comisario del Trabajo, y Larin, jefe de la Sección de Trabajos legislativos.

Simultáneamente con esto, se retiraron del Comité Central del partido bolchevique Kamenev, Rykov, Miliutin, Zinoviev y Noguin, haciendo públicos sus motivos:

Estimamos que la formación de un gobierno de este tipo (integrado por todos los partidos socialistas) es indispensable para evitar un nuevo derramamiento de sangre, para conjurar el hambre inminente, evitar el aplastamiento de la revolución por Kaledin y asegurar la reunión de la Asamblea Constituyente en la fecha señalada, así como la ejecución del programa de paz aceptado por el 2º Congreso de los Soviets de Diputados obreros y soldados de toda Rusia.

No podemos solidarizarnos con la desastrosa política del Comité Central, política atentatoria contra la gran mayoría de proletariado y los soldados, que aspiran a que se haga la paz entre los diferentes grupos de la democracia y no quieren que corra más sangre. Por esa razón, renunciamos al título de miembros del Comité Central, con el fin de tener derecho a defender nuestras opiniones ante la masa de obreros y soldados.

Salimos del Comité Central en el momento de la victoria, en el momento de la subida al poder de nuestro partido, porque no podemos seguir viendo por más tiempo cómo la

[104] Las cifras no son del todo exáctas. Dicha resolución fue rechazada por veinticinco votos contra veinte.[Nota de la Editorial]

política de los diligentes del Comité Central nos conduce a la pérdida de los frutos de la victoria y al aplastamiento del proletariado.

Las masas obreras y los soldados de la guarnición, inquietos y agitados, enviaron delegaciones al Smolny y a la Conferencia que deliberada sobre la formación del nuevo gobierno, en la que la escisión producida en lar filas de los bolcheviques causó la más viva alegría.

Pero la respuesta del grupo de Lenin fue pronta e implacable. Shlipnikov y Teodorovitch se plegaron a la disciplina del partido y asumieron nuevamente sus cargos. Kaménev fue destituido de sus funciones de presidente del Tsik y reemplazado por Sverdlov. Zinoviev perdió la presidencia del Soviet de Petrogrado. El día 20 por la mañana, la Pravda publicaba una Inexorable proclama, dirigida al pueblo ruso y redactada por Lenin, de la que se hizo una tirada de cientos de miles de ejemplares pegados en todas las paredes y distribuidos a lo largo de toda Rusia.[105]

El segundo Congreso de los Soviets de toda Rusia ha dado la mayoría al partido bolchevique. Solamente un gobierno formado por este partido puede ser, por lo tanto, un gobierno soviético. Todo el mundo sabe que el Comité Central del partido bolchevique, horas antes de la constitución del nuevo gobierno y antes de presentar la lista de sus miembros al segundo Congreso de los Soviets de toda Rusia, convocó a tres de los miembros más destacados de la izquierda socialrevolucionaria, los camaradas Kamkov, Spiro y Karelin, y los invitó a formar parte del nuevo gobierno. Lamentamos muy de veras la negativa de los camaradas socialrevolucionarios y la consideramos, además, inadmisible por parte de revolucionarios y defensores de la clase obrera. Seguimos dispuestos a admitir en el gobierno a la izquierda socialrevolucionaria, pero declaramos que, como el partido mayoritario del segundo Congreso de los Soviets de toda Rusia, tenemos el derecho y nos sentimos obligados ante el pueblo a formar el gobierno...

¡Camaradas! Varios miembros del Comité Central de nuestro partido y del Consejo de Comisarios del Pueblo, Kaménev, Zinoviev, Noguin, Rykov, Miliutin, y algunos otros, se retiraron ayer, 17 de noviembre, del Comité Central, y los tres últimos del Consejo de Comisarios del Pueblo.

Estos camaradas han obrado como desertores, pues no sólo han abandonado los puestos que les fueron confiados, sino que han infringido, además, las instrucciones del Comité Central de nuestro partido, con arreglo a las cuales estaban obligados, antes de retirarse, a esperar las decisiones que adoptaran las organizaciones del partido de Petrogrado y Moscú.

Condenamos categóricamente esta deserción. Y estamos profundamente convencidos de que todos los obreros, soldados y campesinos conscientes, pertenecientes al partido o simpatizantes, condenan asimismo la conducta de los desertores.

---

[105] El autor se refiere al llamamiento del Comité Central del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (bolchevique 1 que llevaba este encabezamiento: «A todos los miembros del Partido, a todas las clases trabajadoras de Rusia». Este llamamiento fue redactado por Lenin en los días 18 y 19 de noviembre y publicado en la Pravda el 20 de noviembre de 1917.[Nota de la Editorial]

...Recordad, camaradas, que dos de estos desertores, Kaménev y Zinoviev, se habían portado ya como desertores y rompehuelgas antes de la insurrección de Petrogrado, pues no sólo votaron en la sesión decisiva del Comité Central, celebrada el 23 de octubre, contra la insurrección, sino que, incluso después de votada la decisión del Comité Central, prosiguieron su labor de agitación entre los obreros en contra del alzamiento... El poderoso entusiasmo de las masas, el noble heroísmo de millones de trabajadores, soldados y campesinos de Petrogrado y Moscú, del frente, de las trincheras y las aldeas, barrieron entonces a los desertores como un tren barre el serrín de la vía. ¡Ojala sean capaces de avergonzarse de su conducta los hombres de poca fe, los vacilantes, los pusilánimes, los que se dejan intimidar por la burguesía o capitulan ante el griterío de sus cómplices directos o indirectos! En las masas obreras y entre los soldados de Petrogrado, Moscú y de otras partes, no hay ni sombra de vacilación.

...¡No aceptaremos ninguna clase de ultimátum de grupitos de intelectuales que no tienen detrás de sí a las masas, sino absolutamente a los Kornilov, los Savinkov, los junkers, y otros de la misma calaña!...

La nación entera se estremeció como bajo el soplo de la tormenta. En ninguna parte se permitió a los oposicionistas explicarse ante las masas. La dura repulsa popular se abatió sobre el Tsík con la violencia de las olas que se estrellan contra los rompientes. Durante varios días, el Smolny se vio inundado de delegaciones y comités portadores de las voces de indignación del frente, del Volga, de las fábricas de Petrogrado. ¿Por qué se habían permitido salir del gobierno? ¿Estaban acaso subvencionados por la burguesía para apuñalar por la espalda a la revolución? Deben reintegrarse a sus puestos y someterse a las decisiones del Comité Central.

Sólo la guarnición de Petrogrado vacilaba todavía. El 24 de noviembre, se celebró un gran mitin de soldados, en el que representantes de todos los partidos políticos hicieron uso de la palabra. La política de Lenin fue aprobada por gran mayoría y los social-revolucionarios de izquierda invitados a entrar en el gobierno ...[106]

---

[106] *Sobre la cuestión del acuerdo*

¡A la atención de todos los obreros y todos los soldados!

El 24 de noviembre, se celebró en el club del regimiento Preobrashenski una asamblea extraordinaria de los delegados de todas las unidades de guarnición de Petrogrado.

Esta asamblea se reunió a iniciativa de los regimientos Preobra-shenski y Semenovski, con el fin de discutir qué partidos socialistas están en favor del Poder soviético y cuáles contra él, cuáles están en favor del pueblo y cuáles en contra, y finalmente, para estudiar la posibilidad de un acuerdo.

Fueron invitados a la reunión los representantes del Comité Ejecutivo Central de los Soviets, de la Duma municipal, del Soviet campesino de Avxentiev y de todos los partidos políticos, desde los bolcheviques hasta los socialistas populares. Después de un largo debate y de haber escuchado los discursos de todos los partidos y organizaciones, la asamblea, por enorme mayoría, reconoció que sólo los bolcheviques y los socialrevolucionarios de izquierda son partidarios del pueblo y que los demás partidos se esfuerzan sola y únicamente, bajo pretexto de buscar un acuerdo, por despojar al pueblo de las conquistas por él logradas en las jornadas de la gran revolución de obreros y soldados.

He aquí el texto de la resolución votada en el mitin de la guarnición de Petrogrado, por 61 votos contra 1 y 12 abstenciones:

La asamblea de la guarnición de Petrogrado, reunida a iniciativa de los regimientos Preobrashenski y Semenovski, después de haber oído a los representantes de todos los partidos socialistas y de todas las organizaciones colectivas acerca de la cuestión de un acuerdo entre los diversos partidos políticos, hace constar:

1° Los representantes del Comité Ejecutivo Central de los Soviets, del partido bolchevique y de los socialrevolucionarios de izquierda han declarado categóricamente que están en favor del Poder soviético, de los decretos sobre la tierra, sobre la paz y sobre el control de la producción y que, sobre esta base, admiten un acuerdo entre los partidos socialistas.

(*continúa en la página siguiente*)

Los mencheviques presentaron un postrer ultimátum exigiendo que todos los ministros y los junkers fuesen puestos en libertad, que se dejara en entera libertad a todos los periódicos, que la Guardia Roja fuera desarmada y la guarnición puesta bajo las órdenes de la Duma. El Smolny respondió que todos los ministros socialistas, y, salvo raras excepciones, todos los junkers, habían sido puestos ya en libertad, que todos los periódicos, excepción hecha de la prensa burguesa, eran libres y que el Soviet conservaría el mando de las fuerzas militares ... El día 19 la Conferencia constituida para la formación de un nuevo gobierno se dispersó y los miembros de la oposición se trasladaron uno por uno a Moguilev, dónde, bajo la protección del Estado Mayor, siguieron formando gobierno tras gobierno, hasta el fin

Al mismo tiempo, los bolcheviques habían ido minando el poder del Vikjel. Un llamamiento del Soviet de Petrogrado a todos los ferroviarios los exhortaba a obligar al Vikjel a entregar sus poderes. El día 15, el Tsík, aplicando la táctica que había empleado con los campesinos, convocó para el 1 de diciembre un congreso de ferroviarios de toda Rusia; el Vikjel respondió convocando su propio congreso para dos semanas más tarde. El 16 de noviembre, los miembros del Vikjel ocuparon sus asientos en el Tsík. En la noche del 1 al 2 de diciembre, en la sesión de apertura del congreso de ferroviarios de toda Rusia, el Tsík ofreció oficialmente el Comisariado de Vías y Comunicaciones al Vikjel, que aceptó.

Una vez resuelta la cuestión del poder, los bolcheviques abordaron en seguida los problemas prácticos. En primer lugar, era preciso alimentar a la ciudad, al país, al ejército. Equipos de marinos y de guardias rojos recorrieron los almacenes, las estaciones, registraron las barcazas de los canales, desenterraron y confiscaron miles de puds de víveres acaparados por los especuladores. Fueron enviados emisarios a las provincias, donde, con ayuda de los comités agrarios, se incautaron de los almacenes de los grandes traficantes en granos. Se enviaron al Sur y a Siberia expediciones de marinos, fuertemente armados, en destacamentos de 5,000 hombres, con la misión de apoderarse de las poblaciones que aún se hallaban en manos de las guardias blancas, restablecer el orden y encontrar víveres. El tránsito de viajeros por la línea del ferrocarril transiberiano fue suspendido durante dos semanas, y trece trenes, cada uno bajo la dirección de un comisario, fueron expedidos rumbo al Este con cargamentos de piezas de tela y lingotes de hierro, reunidos por los comités de fábrica, para cambiárselos a los campesinos siberianos por trigo y patatas. . .

Como quiera que las minas de carbón de la cuenca del Donetz se hallaban en poder de Kaledin, el problema del combustible fue adquiriendo caracteres de desastre. El Smolny ordenó que se cortara el alumbrado eléctrico de teatros, tiendas y restaurantes, restringió

2° Los representantes de los otros partidos (socialrevolucionarios y mencheviques), o no han contestado o se han declarado resueltamente contra el Poder soviético y los decretos sobre la tierra, la paz y el control.

En consecuencia, la asamblea decide:

1° Censurar severamente a los partidos que, al amparo de un acuerdo, tratan en realidad de aniquilar las conquistas logradas por el pueblo durante la Revolución de Octubre.

2º Expresar su entera confianza al Comité Ejecutivo Central y al Consejo de Comisarios del Pueblo y prometerles el apoyo más completo.

Finalmente, la asamblea estima indispensable que los camaradas socialrevolucionarios de izquierda formen parte del Gobierno del pueblo. La asamblea de delegados de las unidades de la guarnición de Petrogrado.

el tráfico tranviario y confiscó los depósitos de leña que se hallaban en poder de los traficantes privados. Cuando se agotaron las existencias de carbón de las fábricas de Petrogrado y éstas se veían ya expuestas a la amenaza de cierre, los marinos de la Flota del Báltico les suministraron doscientos mil puds de hulla, procedentes de las bodegas de sus barcos.

Hacia fines de noviembre se produjeron los saqueos de bodegas, que comenzaron en las del Palacio de Invierno.[107] Durante varios días, se vieron las calles llenas de soldados borrachos. No era difícil descubrir detrás de esto la mano de los contrarrevolucionarios, que habían distribuido en los regimientos croquis en los que se señalaban los lugares en que había almacenes de licores y bebidas espirituosas. Al principio, los comisarios del Smolny se limitaron a hacer llamamientos a la cordura, pero no se logró con ello poner fin al desorden, que fue en aumento y degeneró en verdaderas batallas cerradas entre soldados y guardias rojos. Por último, el Comité Militar Revolucionario tuvo que enviar compañías de marinos con ametralladoras, con órdenes de disparar sin miramiento contra los saqueadores, muchos de los cuales resultaron muertos. Después, se encargó a destacamentos especiales que fueran a las bogedas armados de hachas y rompieran las botellas o hicieran saltar aquéllas con dinamita . . .

Compañías de guardias rojos, disciplinados y bien pagados, estaban de servicio día y noche en los edificios de los Soviets de distrito, reemplazando a la antigua milicia. En todas las barriadas los obreros y soldados eligieron pequeños tribunales revolucionarios para juzgar los delitos menores...

Los grandes hoteles, donde los especuladores seguían reuniéndose para urdir pingües negocios, fueron cercados por los guardias rojos y los desaprensivos especuladores enviados a la cárcel. . .[108]

---

[107] *Los saqueos de bodega:* Posteriormente, se descubrió que los kadetes mantenían una verdadera organización encargada de provocar desórdenes entre las tropas. Se avisaba por teléfono a los cuarteles que se distribuiría vino en tal o cual barriada y, cuando se presentaban los soldados, un individuo les señalaba el lugar en que se encontraban las bodegas. El Consejo de Comisarios del Pueblo nombró un comisario especial encargado de la lucha contra la embriaguez. Después de haber terminado implacablemente con los saqueos de las bodegas, mandó destruir cientos de miles de botellas de vino y espirituosos. En un principio, las bodegas del Palacio de Invierno, que contenían cosechas raras valoradas en más de cinco millones de dólares, fueron inundadas; después, se transportaron las botellas a Cronstadt, donde fueron destruidas. Los marinos de Cronstadt, "la flor y nada de las fuerzas revolucionarias" como Trotzki las llamó, encargados de la tarea, hicieron gala de una firmeza y disciplina notables...

[108] *Los especuladores*: Transcribimos dos órdenes referentes a ellos:

El Consejo de Comisarios del Pueblo al Comité Militar Revolucionario: La desorganización del abastecimiento causada por la guerra y la mala administración reviste caracteres especialmente agudos debido a los especuladores, los comerciantes y gentes de la misma ralea que operan en los ferrocarriles, en los barcos, en las oficinas de expedición, etc. Aprovechándose de los grandes sufrimientos de la nación, estos expoliadores criminales juegan con la salud y la vida de millones de soldados y obreros para su propio beneficio. Semejante situación no puede ser tolerada ni por un día más. El Consejo de Comisarios del Pueblo invita al Comité Militar Revolucionario a tomar las medidas más enérgicas con el fin de extirpar de raíz la especulación, el sabotaje, la ocultación de víveres, el acaparamiento fraudulento, etc. Toda persona culpable de tales acciones deberá ser detenida por orden especial del Comité Militar Revolucionario y encarcelada en Cronstadt en espera de ser juzgada por el tribunal revolucionario. Se invita a todas las organizaciones a que cooperen en la lucha contra los expoliadores. El presidente del Consejo de Comisario del Pueblo, VLADIMIR ULIANOV (LENIN)

¡A todos los ciudadanos honrados!

El Comité Militar Revolucionario decreta: Se declara enemigos del pueblo a los expoliadores, logreros, especuladores... El Comité Militar Revolucionario invita a todas las organizaciones públicas y a todos los ciudadanos honrados a denunciar ante él inmediatamente todos los casos de especulación, fraude y expoliación que lleguen a su conocimiento. La lucha contra esta plaga es asunto de la incumbencia de toda persona honesta. El Comité Militar Revolucionario confía en que contará con la ayuda de todos aquellos que se consideran obligados a velar por los intereses del pueblo. (*continúa en la página siguiente*)

La clase obrera, constantemente en guardia, organizó un vasto sistema de vigilancia, procurando enterarse, por medio de la servidumbre, de lo que se tramaba en las casas de los burgueses, y transmitiendo todos los informes al Comité Militar Revolucionario, que golpeaba con mano de hierro. Así fue como se descubrió el complot monárquico, organizado por el antiguo miembro de la Duma, Purishkievitch, y un grupo de nobles y oficiales, que preparaban un levantamiento de oficiales y habían escrito a Kaledin llamándolo a Petrogrado.[109] De igual manera fue desenmascarada la conspiración de los kadetes de Petrogrado, quienes enviaban dinero y reclutas a Kaledin ...

Neratov, aterrado por la ira popular que había desencadenado su huida, reapareció con los tratados secretos y se los entregó a Trotzki, quien inmediatamente comenzó a publicarlos en la Pravda, con gran escándalo del mundo entero ...

Las restricciones a la libertad de prensa fueron reforzadas mediante un decreto[110] que declaraba la publicidad monopolio de los órganos oficiales del gobierno. A modo de

---

El Comité Militar Revolucionario perseguirá implacablemente todas las especulaciones y todos los fraudes. El Comité Militar Revolucionario. Petrogrado, 23 de noviembre de 1917.

[109] *Carta de Purichkievich a Kaledin*

"La situación en Petrogrado es desesperada. La ciudad se halla aislada del mundo exterior y enteramente en poder de los bolcheviques. Detienen a las gentes en la calle, las arrojan al Neva, ahogándolas, las encarcelan sin formular contra ellas cargo alguno. El propio Burtsev está encerrado en la fortaleza de Pedro y Pablo, severamente custodiado. "La organización que dirijo trabaja sin descanso para agrupar a todos los oficiales y a lo que queda de los junkers, para armarlos. "La situación sólo podrá salvarse mediante la creación de regimientos de oficiales y junkers. Cuando hayamos alcanzado un primer éxito con estos regimientos, podremos atraernos las tropas de la guarnición; pero sin una victoria inicial será imposible contar con un solo soldado, ya que la mayor parte de los hombres se halla dividida y la tiene aterrada la hez de cada regimiento. La mayoría de los cosacos está contaminada por la propaganda bolchevique, como consecuencia de la extraña actitud del general Dutov, que dejó pasar el momento en que habría podido lograrse un resultado con una acción enérgica. La política de negociaciones y concesiones ha dado sus frutos: todas las gentes respetables perseguidas y la plebe y los delincuentes mandan y gobiernan; para poder hacer algo, hay que empezar por colgarlos y fusilarlos. "Le estamos esperando, mi general. Cuando usted llegue, nos lanzaremos a la lucha con todas nuestras fuerzas. Pero es importante que establezcamos, ante todo, contacto con usted, y que antes de nada aclaremos los puntos siguientes: "1° ¿Sabe usted que, en su nombre, se invita a todos los oficiales susceptibles de tomar parte en la lucha a salir de Petrogrado bajo pretexto de unirse a usted? "2° ¿Hacia qué fecha podemos contar con su llegada? Nos gustaría saberlo, con el fin de ajustar nuestra acción a la suya. "A pesar de la pasividad criminal de los elementos conscientes, gracias a la cual estamos bajo el yugo de los bolcheviques; a pesar de la increíble estupidez de la mayoría de los oficiales, tan difíciles de agrupar; a pesar de todo, creemos que la verdad está de nuestro lado y que acabaremos con las fuerzas malhechoras y criminales que pretenden obrar por amor a la patria y con la intención de salvarla …

Purichkievich, llevado ante los tribunales revolucionarios, sólo fue condenado a una pena leve de encarcelamiento...

[110] *Decreto sobre el monopolio de la publicidad*

1° La inserción de anuncios en los periódicos y libros, su fijación en las paredes, quioscos, oficinas u otros lugares se declara monopolio del Estado.

2° Sólo podrán insertarse anuncios en los órganos del Gobierno provisional obrero y campesino, en Petrogrado, y en los órganos de los Soviets locales. Serán suspendidas las publicaciones que inserten anuncios sin derecho a ello.

3º Los propietarios de periódicos y agencias de publicidad, así como sus empleados, deberán permanecer en sus puestos hasta la transferencia de suí servicios al gobierno... Continuarán asegurando el funcionamiento de los negocios y traspasarán a los Soviets todos los anuncios privados y las sumas recibidas, lo mismo que todas sus cuentas y escrituras.

4° Todos los directores de publicaciones o de negocios interesados en los anuncios de pago, así como sus empleados y obreros, deberán ponerse de acuerdo para reunirse en congreso y unirse a los sindicatos municipales primero, y después a los sindicatos de toda Rusia, con el fin da organizar más perfecta y racionalmente el sistema de anuncios en las publicaciones soviéticas, y de asegurar la mejor adaptación del anuncio a las necesidades del público.

5º Toda persona culpable de haber ocultado documentos o dinero, o de haber violado los preceptos de los artículos 3 y 4, incurrirá en una pena que podrá llegar hasta tres años de cárcel y la confiscación total de sus bienes.

6° Se castigara severamente la inserción pagada de anuncios en las publicaciones privadas y los anuncios disimulados.

(*continúa en la página siguiente*)

protesta, los demás periódicos suspendieron su publicación, o simplemente pasaron por alto el decreto, lo que les valió su prohibición ... Solamente al cabo de tres semanas, cuando vieron que sus esfuerzos eran vanos, se sometieron.

En los ministerios continuaban las huelgas de funcionarios y proseguían el sabotaje y la obstrucción de la vida económica normal. El Smolny sólo contaba con la voluntad de las masas populares, inmensas, pero desorganizadas; gracias a su apoyo, el Consejo de Comisarios del Pueblo pudo dirigir victoriosamente su acción revolucionaria contra el enemigo.[111] En proclamas elocuentes,[112] difundidas por toda Rusia, Lenin explicaba al

---

7° Las agencias de publicidad serán incautadas por el gobierno, los propietarios podrán reclamar una compensación, si ha lugar a ello. A los pequeños propietarios, depositarios y accionistas de los establecimientos confiscados se les reembolsarán las sumas por ellos invertidas.

8º Todos los establecimientos, oficinas y, en general, todas las empresas que se ocupen de anuncios deberán comunicar inmediatamente su dirección al Soviet de Diputados obreros y soldados y proceder a traspasar al Estado su explotación, bajo las penas señaladas en el artículo 5 del presente decreto.

El presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo, V. ULIANOV (LENIN), El comisario del Pueblo de Instrucción Pública, A. V. LUNACHARSKI, El secretario del Consejo, N. GORBUNOV

[111] *Declaración del estado de sitio*

1. La ciudad de Petrogrado es declarada en estado de sitio.
2. Quedan prohibidas las reuniones, mítines y concentraciones en las calles y plazas.
3. Toda tentativa de saqueo de bodegas, depósitos, fábricas, almacenes y tiendas, apartamentos, etc., será reprimida sin advertencia previa, con fuego de ametralladora.
4. Los comités de inmuebles, los porteros y conserjes y la milicia deberán mantener el orden más estricto en las casas, los patios y las calles; las puertas de las casas se cerrarán a las nueve de la noche y se abrirán a las siete de la mañana. Después de las nueve de la noche no podrán salir de la casa más que los inquilinos, bajo la estricta vigilancia de los comités de inmuebles.
5. Las personas culpables de haber distribuido, vendido o comprado vino o licores espirituosos, y las personas culpables de violación de los artículos 2 y 4 del presente bando, serán detenidas inmediatamente e incurrirán en severas penas.

Petrogrado, 6 de diciembre, tres horas de la mañana. El Comité para la lucha contra los desórdenes, adjunto al Comité Ejecutivo del Soviet de Diputados obreros y soldados

[112] *Dos proclamas*

Proclama de Lenin: ¡Camaradas obreros, soldados, campesinos, trabajadores! La revolución obrera y campesina ha triunfado definitivamente en Petrogrado y Moscú. Día tras día y hora tras hora, llegan del frente y del campo nuevas adhesiones y manifestaciones de apoyo al nuevo gobierno... La victoria de la revolución de los obreros y campesinos está asegurada, ya que cuenta con la mayoría del pueblo. Es perfectamente explicable que los grandes terratenientes y los capitalistas, los empleados y funcionarios entregados a la burguesía, en una palabra, todos los ricos y cuantos los sostienen, acojan con hostilidad la nueva revolución, ofrezcan resistencia a su victoria, amenacen con interrumpir las actividades bancarias, saboteen o interrumpan el trabajo de las diferentes administraciones, la obstaculicen de todos los modos posible, la frenen directa o indirectamente. Todo obrero consciente comprende perfectamente que hayamos encontrado de manera inevitable esta resistencia, ya que los altos funcionarios han sido elegidos contra el pueblo y no quieren entregar a éste sus posiciones sin resistencia. Esta resistencia no intimidará en lo más mínimo a las clases trabajadoras. La mayoría del pueblo está con nosotros. La mayoría de los trabajadores y de los oprimidos del mundo entero nos muestra sus simpatías. La justicia está de nuestro lado. Nuestra victoria es segura. La resistencia de los capitalistas y los altos funcionarios será aplastada. No privaremos a nadie de sus bienes sin una ley especial del Estado sobre la nacionalización de los bancos y los consorcios financieros. Esta ley se halla en preparación. Ningún obrero, ningún trabajador, perderá un solo centavo; lejos de ello, se les ayudará. El gobierno, que no implantará por ahora nuevos impuestos, se traza como misión, en primer lugar, el control más riguroso de la cobranza de los impuestos ya establecidos con anterioridad, y todo ello a la luz del día.

¡Camaradas trabajadores! ¡Recordad que desde ahora vosotros mismos dirigís el Estado. Nadie os ayudará si vosotros mismos no os unís y tomáis en vuestras manos los asuntos todos del Estado. Vuestros Soviets son desde ahora los órganos del Poder del Estado: son órganos soberanos en sus decisiones.

Unios alrededor de los Soviets. Reforzadlos. Instituid un orden revolucionario riguroso, reprimid sin piedad las tentativas encaminadas a sembrar la anarquía por parte de los beodos, los pillos, los junkers contrarrevolucionarios, los kornilovistas. Estableced un control riguroso de la producción y un inventario de los productos. Detened y entregad a los tribunales revolucionarios del pueblo a cuantos se atrevan a causar daños a la causa pública, ya sea dañando la producción (deterioro, entorpecimiento de la producción, actos de sabotaje), ya ocultando las reservas de trigo u otros productos, y retardando los transportes de trigo, desorganizando los ferrocarriles, los servicios postales, telegráficos y telefónicos y en general oponiéndose a la gran causa de la paz, a la causa de la entrega de la tierra a los campesinos, al ejercicio del control obrero sobre la producción y el reparto de los productos. ¡Camaradas obreros, soldados, campesinos y trabajadores todos! Poned todo el poder en manos de vuestros Soviets en todas y cada una de las localila-

(*continúa en la página siguiente*)

pueblo, con palabras sencillas, lo que era la revolución; le exhortaba a tomar él mismo el poder, a demoler por la fuerza la resistencia de las clases poseedoras, a hacerce cargo por sí y ante sí de las instituciones gubernamentales. ¡El orden revolucionario! ¡Disciplina revolucionaria! ¡Contabilidad y control riguroso! ¡Nada de huelgas! ¡Nada de holgazanería!

El 20 de noviembre, el Comité Militar Revolucionario publicó el siguiente aviso:

Las clases poseedoras oponen resistencia al nuevo gobierno de los Sóviets, al gobierno de los obreros, soldados y campesinos. Sus partidarios entorpecen la labor de los funcionarios, invitan a los empleados de banco a que se crucen de brazos, tratan de interrumpir las comunicaciones ferroviarias, postales y telegráficas. Les advertimos que están jugando con fuego. El país y el ejército están amenazados por el hambre. Para luchar contra esta amenaza, es necesario que todos los servicios funcionen regularmente. El gobierno de obreros y campesinos está tomando todas las medidas necesarias para asegurar todo lo necesario al país y al ejército. Oponerse a estas medidas es cometer un crimen contra el pueblo. Advertimos a la clases pudientes y sus partidarios que, si el sabotaje no cesa y el aprovisionamiento se ve interrumpido, ellos serán los primeros en sufrir las consecuencias. Las clases poseedoras y sus cómplices serán privados del derecho a obtener víveres. Todas las reservas que se hallen en su poder serán confiscadas. Cumplimos nuestro deber previniendo a los que están jugando con fuego. Estamos convencidos de que si estas enérgicas medidas se hacen necesarias, contaremos con la aprobación sin reservas de todos los obreros, soldados y campesinos.

El 22 de noviembre, los muros de la ciudad fueron cubiertos con un anuncio que se titulaba:

El Consejo de Comisarios del Pueblo ha recibido del Estado Mayor del Frente Norte el siguiente telegrama urgente:

«¡No podemos seguir esperando por más tiempo! ¡No dejéis a los ejércitos morir de hambre! Desde hace algunos días, el ejercito del frente Norte no tiene un pedazo de pan; dentro de dos o tres días, habrá consumido las galletas que actualmente se le dis-

---

des. Gradualmente, con el consentimiento y la aprobación de la mayoría de los campesinos, según las indicaciones de su experiencia práctica y la de los obreros, marcharemos con firmeza y sin vacilación a la victoria del socialismo, que fortalecerán los obreros avanzados de los países más civilizados y que llevará a los pueblos una paz duradera y los libertará de toda esclavitud y de toda explotación.
El presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo, VLADIMIR ULIANOV Petrogrado, 5 de noviembre de 1917.

A todos los obreros de Petrogrado
¡Camaradas! La revolución triunfa, ¡la revolución ha triunfado! Todo el poder ha pasado a nuestros Soviets. Las primeras semanas son las más duras. Hay que aplastar definitivamente a la reacción ya derrotada, hay que asegurar el triunfo completo de nuestras aspiraciones. La clase obrera debe dar, tiene el deber de dar, en estas jornadas, pruebas de la mayor firmeza, tenacidad y perseverancia, para facilitar al nuevo gobierno popular de los Soviets la ejecución de todas sus tareas. En estos días, se van a promulgar las nuevas leyes sobre el trabajo, y entre las primeras figurará la ley sobre el control obrero de la producción y la reglamentación de la industria. Las huelgas y manifestaciones de masas de la clase obrera en Petrogrado sólo pueden causar daños. Os rogamos que pongáis fin inmediatamente a todas las huelgas económicas y políticas, que volváis al trabajo y os entreguéis de lleno a la producción. El nuevo gobierno de los Soviets necesita que funcionen las fábricas y todas las empresas, ya que cualquier desorganización del trabajo no hará más que aumentar sus dificultades, ya de suyo grandes y numerosas. ¡Todo el mundo a su puesto!
La mejor manera de apoyar al Gobierno de los Soviets, en estos momentos, es que cada cual realice concienzudamente las labores que tiene encomendadas.
¡Viva la perseverancia inquebrantable del proletariado! ¡Viva la revolución!
El Soviet de Petrogrado, El Soviet de los sindicatos de Petrogrado, El Soviet de los comités de fábrica.

tribuyen de las reservas que hasta ahora habían permanecido intactas. Los delegados que llegan de los ejércitos declaran que es indispensable retirar metódicamente a la retaguardia a una parte de las tropas, previendo que, en el plazo de algunos días, comenzará una desbandada general de soldados que se mueren de hambre, extenuados por tres años de guerra de trincheras, enfermos, mal vestidos, sin calzado, que pierden la razón como consecuencia de las insoportables privaciones sufridas.»

El Comité Militar Revolucionario pone esta situación en conocimiento de la guarnición y los obreros de Petrogrado. Se imponen sin demora las medidas más enérgicas. Mientras tanto, los altos funcionarios de las instituciones gubernamentales, de los bancos, la tesorería, los ferrocarriles y los correos y telégrafos minan la acción del gobierno, que se esfuerza por aprovisionar al frente.

Cada hora de retraso puede costar la vida de miles de soldados. Los funcionarios contrarrevolucionarios actúan como criminales de la peor especie para con nuestros hermanos que sufren hambre y mueren en el frente.

El Comité Militar Revolucionario dirige a estos criminales una última advertencia. En caso de la menor resistencia u oposición por su parte se tomarán inexorables medidas, cuyo rigor será proporcional a sus crímenes.

La masa de obreros y soldados se estremeció con una sacudida de rabia que conmovió a toda Rusia. En la capital, los funcionarios y empleados bancarios distribuyeron cientos de proclamas y llamamientos,[113] para protestar y defenderse. He aquí uno de ellos:

---

[113] *Manifiestos y contramanifiestos*

Llamamiento de los empleados del Banco del Estado y de los bancos privados a la población de Petrograd: ¡Camaradas obreros y soldados, ciudadanos! El Comité Militar Revolucionario, en una "comunicación extraordinaria", acusa a los trabajadores del Banco del Estado, de los bancos privados y de otros establecimientos, de sabotear las actividades del gobierno, el cual se esfuerza por asegurar el abastecimiento del frente. Camaradas y ciudadanos, no creáis esta calumnia lanzada contra nosotros, que formamos parte del gran ejército del trabajo. A pesar de que es difícil trabajar intensamente bajo la constante amenaza de actos de violencia y por muy angustioso que sea saber que nuestro país y la revolución están al borde de la ruina, todos, desde el primero al ultimo, empleados, miembros de los artels, contadores, tenedores de libros, obreros, mensajeros, etc., seguimos asegurando las funciones de las que depende el aprovisionamiento del frente y del país en víveres y municiones.

Se especula, camaradas obreros y soldados, con vuestra falta de información en los asuntos de la banca y de finanzas, para predisponeros contra trabajadores como vosotros, porque se quiere desviar la responsabilidad por la muerte de nuestros hermanos en el frente de los verdaderos culpables, enderezándola sobre trabajadores inocentes que desempeñan sus labores en medio de la pobreza y el desconcierto generales.

¡Recordad, obreros y soldados! Los empleados han defendido y defenderán siempre los intereses de las masas trabajadoras, de las que forman parte, y jamás han retenido ni retendrán un solo centavo necesario para el frente y para los obreros. Del 6 al 23 del corriente, es decir, en diecisiete días, se han girado al frente 500 millones de rublos y 120 millones a Moscú, sin contar las sumas enviadas a otras ciudades. Los empleados somos guardianes de la riqueza del pueblo, de la que sólo la Asamblea Constituyente, representando a la nación entera, puede disponer, y nos negamos a entregar fondos para usos que nos son desconocidos. ¡No escuchéis a los calumniadores que os empujan a la matanza! El Buró central de la Unión de toda Rusia de los empleados del Banco del Estado. El buró central del Sindicato de toda Rusia de los empleados de establecimientos de crédito.

Llamamiento a la población de Petrogrado

¡Ciudadanos! No creáis las mentiras que gentes irresponsables se esfuerzan en haceros aceptar, al difundir terribles calumnias sobre los empleados del ministerio de Abastos y de otros organismos que trabajan en estas jornadas sombrías por la salvación de Rusia. ¡Ciudadanos! En anuncios fijados en las paredes se os incita a matarnos, acusándonos falsamente de sabotaje y de huelga, haciéndonos responsables del infortunio y las calamidades que sufre el pueblo, cuando la verdad es que siempre nos hemos esforzado, infatigablemente, sin descanso, como seguimos haciéndolo, por salvar al pueblo ruso de los horrores del hambre. A pesar de todo lo que estamos obligados a soportar, como ciudadanos de la desgraciada Rusia, no hemos abandonado ni una sola hora la agobiante e importante tarea del abastecimiento del ejército y la población.

(*continúa en la página siguiente*)

¡A todos los ciudadanos!

El Banco del Estado esta cerrado. ¿Por qué? Porque las violencias ejercidas por los bolcheviques contra el Banco del Estado nos han impedido seguir trabajando. La primera gestión de los comisarios del pueblo fue reclamar diez millones de rublos, y, el 27 de noviembre, exigieron veinticinco millones, sin ofrecer justificación alguna del empleo de estas sumas. . . Nosotros, funcionarios del Banco del Estado, no podemos ser cómplices del saqueo del tesoro nacional. Por eso hemos dejado de trabajar... ¡Ciudadanos! El dinero del Banco del Estado es vuestro dinero, el dinero que habéis ganado con vuestro trabajo, con el sudor de vuestra frente y a costa de vuestra sangre. ¡Ciudadanos! ¡Salvad del saqueo el tesoro de la nación! ¡Protegednos contra las violencias y regresaremos inmediatamente al trabajo. Los empleados del Banco del Estado.

Siguieron luego las declaraciones del ministerio de Abastecimientos, del ministerio de Hacienda, del Comité especial de Suministros, en todas las cuales se protestaba que el Comité Militar Revolucionario hacía imposible el trabajo a los funcionarios y se recelaba la ayuda de la población contra el Smolny. Pero la masa de los obreros y soldados no lo creía; en el ánimo del pueblo había enraizado la certeza de que los funcionarios se

---

Ni por un instante nos olvidamos del ejército que, presa del frío y el hambre, protege nuestras existencias con su sangre y sus sufrimientos,

¡Ciudadanos! Si hemos sobrevivido a las jornadas más negras de la vida y de la historia de nuestro pueblo, si hemos logrado alejar el hambre de Petrogrado, si hemos podido suministrar al sufrido ejército pan y forraje gracias a esfuerzos enormes, casi sobrehumanos, es, porque hemos proseguido honradamente y no cesamos de proseguir nuestro trabajo. A la "última advertencia" de los usurpadores del poder, nosotros contestamos: No sois vosotros, que conducís el país a la ruina, quienes podéis amenazarnos a quienes hacemos todo lo posible por que el país no fenezca. No tememos a las amenazas; tenemos ante nuestros ojos la imagen de la santa Rusia torturada. Continuaremos aprovisionando de pan al ejército hasta el límite de nuestras fuerzas, mientras vosotros no nos impidáis cumplir con nuestro deber para con nuestro país. Cuando esto se haga imposible, el ejército y el país serán entregados a los horrores del hambre, pero la responsabilidad incumbirá a quienes han desencadenado la violencia.

El Comité Ejecutivo de empleados del ministerio de Abastos.

A todos los funcionarios

Por el presente aviso se notifica a todos los funcionarios y personas que han abandonado el servicio del gobierno y las instituciones públicas, o que han sido despedidas por sabotaje o negativa de presentarse a sus trabajo en el día señalado, y que han recibido, por adelantado, un salario por el período durante el cual habían cesado de servir, que tienen la obligación de restituir, antes del 9 de diciembre de 1917, a las instituciones a las cuales servían, las sumas indebidamente percibidas.

Quienes no procedan conforme a este aviso serán considerados culpables de sustracción fraudulenta de sumas pertenecientes al Tesoro y denunciadas al Tribunal Militar Revolucionario.

El Comité Militar Revolucionario, 24 de noviembre de 1917.

Llamamiento del comité especial de abastos

¡Ciudadanos!

Las condiciones de nuestra labor para abastecer a Petrogrado se hacen cada día más difíciles. Continúa la ingerencia, perjudicial para nuestra actividad, de los comisarios del Comité Militar Revolucionario. Sus actos arbitrarios, las anulaciones de órdenes dadas por nosotros, pueden conducir a una catástrofe. Se han colocado sellos en uno de los frigoríficos donde se conservan la carne y la mantequilla destinada a la población, y nos resulta imposible regular la temperatura de suerte que estos artículos no se descompongan. Han sido incautados un vagón de patatas y otro de coles y trasladados, nadie sabe a qué lugar.

Productos no sometidos a la requisa son confiscados por los comisarios, y se ha dado el caso de que cinco cajas de alimentos han sido requisadas por un comisario para su uso personal. No se nos permite disponer de nuestros frigoríficos, pues los comisarios, por sí y ante sí, arrogándose poderes que no tienen, impiden el transporte de los alimentos amenazando a nuestro personal con detenerlo. En provincias, saben lo que pasa en Petrogrado; por eso se niegan a enviar trigo y harina del Don, de Siberia, de Voronesh y de otras regiones. Esta situación no puede seguir. El aprovisionamiento se nos escapa de las manos. Nuestro deber es advertir a la población. Mientras podamos, defenderemos los intereses de la población. Haremos cuanto esté en nuestras manos por evitar el hambre que amenaza, pero, si en las difíciles condiciones actuales nos vemos obligados a cesar en nuestra actividad, que la población sepa que la culpa no es nuestra.

dedicaban a sabotear, hacían padecer hambre al ejército y a la población. En las colas para conseguir pan, que continuaban alargándose en las heladas calles, la gente no echaba pestes contra el gobierno, como ocurría bajo Kerenski, sino contra los tchinoviks, contra los saboteadores; porque el gobierno, ahora, era su gobierno; eran sus Soviets, a los que los funcionarios de los ministerios veían con mil ojos...

El corazón de la oposición era la Duma, con su órgano de combate, el Comité de Salvación, que protestaba contra todos los decretos del Consejo de Comisarios del Pueblo, que se pronunciaba en toda ocasión contra el reconocimiento del Gobierno soviético, que cooperaba abiertamente con todos los seudogobiernos contrarrevolucionarios de Moguilev... El 17 de noviembre, el Comité de Salvación se dirigió a «todos los consejos municipales, zemstvos, organizaciones democráticas y revolucionarias de campesinos, obreros, soldados y demás ciudadanos las siguientes exhortaciones:

1º No reconozcáis al Gobierno bolchevique y luchad contra él.

2º Formad comités locales para la salvación de la patria y la revolución a fin de cooperar, mediante la unión de todas las fuerzas democráticas, con el Comité de Salvación de toda Rusia y manteneos en estrecho contacto unos con otros y con el Comité de toda Rusia.

Entre tanto, en Petrogrado,[114] las elecciones a la Asamblea Constituyente dieron una enorme mayoría a los bolcheviques, hasta el punto de que los propios mencheviques intemacionalistas declararon que se debía elegir una nueva Duma, ya que la antigua había dejado de representar la composición.política de la población de Petrogrado. Las organizaciones obreras, las unidades militares e incluso los campesinos de los alrededores inundaban la Duma con torrentes de resoluciones, declarándola contrarrevolucionaria y komilovhta y exigiéndole que dimitiera. Los últimos días de la Duma transcurrieron en medio de tormentosos debates, provocados por las reclamaciones de los obreros municipales, quienes exigían salarios remuneradores, y por las amenazas de huelga...

---

[114] En Petrogrado se presentaron diecinueve listas de candidatos. Los resultados electorales, publicados el 30 de noviembre fueron los siguientes:

	VOTOS
Socialistas populares	19.109
Kadetes	245.006
Demócratas campesinos	3.707
Bolcheviques	424.027
Socialistas universalistas	158
Socialdemócratas y socialrevolucionarios ucranianos y judíos	4.219
Liga de los derechos de la mujer.	5.310
Socialrevolucionarios (moderados)	4.696
Socialrevolucionarios de izquierda	152.230
Liga para el desarrollo del pueblo	385
Demócratas radicales	413
Parroquias ortodoxas	24.139
Liga femenina para la salvación del país	318
Liga independiente de obreros, soldados y campesinos	4.932
Demócratas cristianos (católicos)	14.382
Socialdemócratas unificados	11.740
Mencheviques	17.427
Grupo "Iedinstvo"	1.823
Liga de las tropas cosacas	6.712

El día 23, el Comité Militar Revolucionario decretó la disolución del Comité de Salvación. El 29, el Consejo de Comisarios del Pueblo ordenó la disolución y la reelección de la Duma municipal de Petrogrado:

Considerando que la Duma municipal de Petrogrado, elegida el 2 de septiembre, antes del golpe de Kornilov, ha perdido manifiesta y definitivamente el derecho de representar a la población de Petrogrado, con cuyo estado de ánimo y aspiraciones se encuentra en completa oposición; considerando que los miembros de la mayoría de la Duma no gozan ya de ninguna confianza política, y continúan sirviéndose de sus prerrogativas para empresas contrarrevolucionarias dirigidas contra la voluntad de los Obreros, soldados y campesinos, y para sabotear la actividad de los poderes públicos, el Consejo de Comisarios del Pueblo estima indispensable hacer un llamamiento a la población de la capital para que se pronuncie sobre la política de la municipalidad autónoma. En consecuencia, el Consejo de Comisarios del Pueblo decreta:

1º La Duma municipal queda disuelta, con fecha 30 de noviembre de 1917.

2º Todos los funcionarios nombrados por la actual Duma permanecerán en sus puestos y continuarán desempeñando sus funciones hasta que la nueva Duma haya elegido a sus sucesores.

3º Todos los funcionarios de la municipalidad continuarán desempeñando sus actividades. Los que abandonen su servicio serán considerados como despedidos.

4º Las nuevas elecciones a la Duma de Petrogrado se celebrarán el 9 de diciembre de 1917 y se realizarán de acuerdo con las disposiciones del «Decreto sobre las elecciones de miembros de la Duma municipal de Petrogrado del 9 de diciembre de 1917», promulgado simultáneamente con el presente decreto.

5º La nueva Duma celebrará su primera sesión el 11 de diciembre, a las dos de la tarde.

6º Los contraventores de las prescripciones del presente decreto o toda persona culpable de haber dañado o destruido deliberadamente las propiedades municipales serán detenidos inmediatamente y conducidos ante el tribunal militar revolucionario.

La Duma se reunió y votó jactanciosos acuerdos, en los que afirmaba que «defendería su posición hasta la última gota de sangre», y exhortó desesperadamente a la población a salvar su «municipalidad libremente elegida». Pero la población permaneció indiferente u hostil. El día 30, el alcalde Schreider y varios consejeros fueron detenidos y sometidos a interrogatorio, y luego puestos en libertad. El mismo día y al siguiente la Duma continuó en sesión, interrumpida frecuentemente par guardias rojos y marinos, quienes venían cortésmente a invitar a la asamblea a que se disolviera. En la sesión del 2 de diciembre, un oficial y algunos marinos penetraron en la sala Nicolás mientras un orador ocupaba la tribuna y ordenaron a los asistentes que salieran, ya que de lo contrario se haría uso de la fuerza. La asamblea obedeció, protestando hasta el fin, «no cediendo sino ante la violencia».

La nueva Duma, elegida diez días más tarde y en cuyas elecciones se negaron a participar «moderados», resultó casi enteramente bolchevique...

Subsistían diversos centros de peligrosa oposición, entre otros las «Repúblicas» de Ucrania y Finlandia, que adoptaban actitudes resueltamente antisoviéticas. Simultáneamente, en Helsingfors y en Kiev, los gobiernos concentraban sus tropas más seguras y se ponían en campaña para aplastar al bolchevismo, al mismo tiempo que desarmaban y expulsaban a las tropas rusas. La Rada ucraniana tomó bajo su mando toda la Rusia del Sur y proporcionó a Kaledin refuerzos y aprovisionamientos. Finlandia y Ucrania entablaron negociaciones secretas con los alemanes y fueron reconocidas prontamente por los gobiernos atíados, que les facilitaron enormes empréstitos, aliándose con las clases poseedoras, para crear cabezas de puente contrarrevolucionarias contra la Rusia soviética. Por último, cuando el bolchevismo hubo vencido en estos países, la burguesía derrotada llamó en su ayuda a los alemanes...

Pero la amenaza más peligrosa que tenía que vencer el Gobierno soviético era la que partía del interior. Esta amenaza era doble: la del movimeinto de Kaledin y la del Gran Estado Mayor de Moguilev, a la cabeza del cual se encontraba el general Dujonin.

Muraviov, que parecía tener el don de la ubicuidad, fue nombrado para el mando de las operaciones contra los cosacos, emprendió el reclutamiento de un ejército rojo entre los obreros de fábricas. Cientos de propagandistas fueron enviados a la cuenca del Don. El Consejo de Comisarios del Pueblo, en una proclama dirigida a los cosacos,[115][19] les

---

[115] *Proclama del Consejo de Comisarios del Pueblo a los trabajadores cosacos*

"¡Hermanos cosacos! "Os están engañando. Os incitan contra el pueblo. Quieren haceros creer que los Soviets de Diputados obreros, soldados y campesinos son vuestros enemigos, que tratan de arrebataros las tierras cosacas y vuestra "libertad" cosaca. ¡No creáis eso, cosacos! Vuestros generales y vuestro" señores rurales os engañan, con el fin de manteneros en la ignorancia y la esclavitud. Aquí está, cosacos, lo que nosotros, el Consejo de Comisarios ciel Pueblo, os decimos. Leed atentamente y juzgad por vosotros mismos cuál es la verdad, y cuál la repugnante mentira.

"La vida y el servicio cosacos siempre fueron esclavitud y penosa servidumbre. Al primer llamamiento de las autoridades, el cosaco siempre ha tenido que ensillar su caballo y partir en campaña. El cosaco siempre ha tenido que pagar con sus propios recursos, duramente ganados, su equipo militar. Mientras el cosaco está en servicio, su granja marcha hacia la ruina más completa. ¿Es justo esto? No; esta situación debe terminar. Los cosacos deben ser liberados de la esclavitud. El nuevo Poder de los Soviets del pueblo está dispuesto para acudir en ayuda de los cosacos trabajadores. Para ello, basta con que los propios cosacos tomen la decisión de acabar con el antiguo estado de cosas, basta con que se nieguen a obedecer a sus negreros, los oficiales, los grandes terratenientes, los ricos, que se sacudan de sus espaldas el yugo maldito. ¡Sublevaos, cosacos! ¡Unios! El Consejo de Comisarios del Pueblo os llama a una vida nueva, más libre y más feliz.

"En noviembre y diciembre se celebraron en Petrogrado congresos de los Soviets de Diputados obreros, soldados y campesinos de toda Rusia. Estos congresos han entregado el poder en todas las localidades en manos de los Soviets, es decir, en manos de los hombres elegidos por el pueblo. De ahora en adelante, no debe haber en Rusia dueños ni funcionarios escogidos desde arriba que manden al pueblo y lo arreen como un rebaño. Es el pueblo mismo quien crea sus órganos de poder. Un general no tiene más derechos que un soldado. Todos son iguales. Juzgad, cosacos, ¿es eso justo o no? Nosotros os invitamos a que os unáis al orden nuevo y a elegir vuestros propios Soviets de Diputados cosacos. Es a estos Soviets a los que debe pertenecer el poder en todas partes. No a los atamanes, con grado de generales, sino a los representantes electos de los trabajadores cosacos, a los hombres escogidos por vosotros mismos y que gocen de vuestra confianza.

"Los Congresos de los Soviets de Diputados obreros, soldados y campesinos de toda Rusia han votado la entrega de todas las tierras señoriales al pueblo trabajador. ¿No es justo esto, cosacos? Los Kornilov, los Kaledin, los Dutov, los Karaulov, los Bardish, defienden con todas sus fuerzas los intereses de los ricos y están dispuetos a ahogar a Rusia en sangre para que las tierras sigan en poder de los grandes terratenientes. Vosotros, los cosacos trabajadores, sufrís pobreza, opresión, carecéis de tierras. ¿Cuántos cosacos poseen más de 4 a 5 desiatines por cabeza? Sin embargo, los grandes terratenientes, los que poseen ya miles de desiatines, quieren apropiarse, además, de las tierras del ejército cosaco. Según las nuevas leyes de los Soviets, las tierras de los señores cosacos deben entregarse sin indemnización a los cosacos trabajadores, a los cosacos pobres. Se os dice que los Soviets quieren arrebataros vuestras tierras. ¿Quién os asusta así? Los cosacos ricos, que saben bien que el Poder soviético desea repartiros las tierras acaparadas por ellos. Elegid, cosacos, con quién queréis estar: si con los Kornilov y los Kaledin, los generales y los ricos, o con los Soviets de Diputados campesinos, soldados y obreros.

"El Consejo de Comisarios del Pueblo, elegido por el Congreso de toda Rusia-, ha propuesto a todas las naciones un armisticio inmediato y tina paz democrática honrada, que no acarree pérdidas ni daños para nadie. Todos los capitalistas, los terratenientes, los generales kornilovistas, se han levantado en contra de la política pacifista de los Soviets. (*continúa en la página siguiente*)

explicó lo que era el Gobierno soviético y cómo las clases poseedoras, funcionarios, propietarios y banqueros, juntamente con sus aliados, los señores terratenientes y los generales cosacos, trataban de aplastar la revolución para que sus riquezas no fueran confiscadas por el pueblo.

El 27 de noviembre, un comité de cosacos se presentó en el Smolny para ver a Trotzki y a Lenin. Preguntaron si era cierto que el Gobierno soviético no tenía la intención de repartir las tierras cosacas entre los campesinos de la Gran Rusia.

—No —respondió Trotzki. Los cosacos deliberaron.

—Bien —dijeron—, ¿pero es que el Gobierno soviético tiene la intención de confiscar las tierras de los grandes propietarios cosacos y repartirlas entre los cosacos trabajadores?

Lenin les contestó:

—Eso es cuestión vuestra. Nosotros apoyaremos a los cosacos trabajadores en todas sus acciones. El mejor método es que comencéis por constituir Soviets cosacos. Entonces, podréis estar representados en el Tsík y el Gobierno soviético se convertirá de esa manera en vuestro gobierno...

La guerra les proporciona a ellos beneficios, poder, honores y ascensos. Pero a vosotros, los cosacos de filas, ¿qué os proporciona? Como vuestros hermanos, los soldados y los marinos, perecéis sin motivo ni razón. Pronto hará tres años y medio que dura esta maldita guerra, guerra premeditada por los capitalistas y los terratenientes de todos los países para servir sus intereses, sus rapiñas mundiales. A los trabajadores cosacos la guerra no les ha traído más que la ruina y la muerte. Ha agotado todos los recursos de la vida campesina cosaca. La única salvación para todo nuestro país, y en particular para los cosacos, consiste en una paz rápida y honrada. El Consejo de Comisarios del Pueblo ha declarado a todos los pueblos: "No queremos quedarnos con lo que pertenece a otros pueblos, pero tampoco queremos entregar lo nuestro a nadie. Queremos una paz sin anexiones, ni indemnizaciones. Cada nación debe decidir su propio destino. Ninguna nación debe oprimir a otra". Esta es la paz democrática, honrada, la paz de los pueblos, que el Consejo de Comisarios del Pueblo propone a todos, aliados y enemigos. Los resultados están a la vista: -en ei frente ruso se ha concertado un armisticio.

"Ha dejado de correr la sangre de los cosacos y los soldados rusos. ¡Decid, cosacos! ¿Queréis que continúe esta matanza espantosa, insensata, criminal? Si lo queréis así, entonces apoyad a los kadetes, a los enemigos del pueblo, apoyad a Chernov, a Tseretelli, a Skobelev, que os lanzaron a la ofensiva del I9 de julio, apoyad a Kornilov, que instauró en el frente la pena de muerte para los soldados y los cosacos. Pero si queréis una paz rápida y honrada, ingresad en las filas de los Soviets y apoyad al Consejo de Comisarios del Pueblo.

"Vuestra suerte, cosacos, está en vuestras propias manos. Nuestros enemigos comunes, los grandes terratenientes, los capitalistas, los oficiales kornilovistas, la prensa burguesa, os engañan y os conducen a la ruina. En Orenburg, Dutov detuvo al Soviet y desarmó a la guarnición. Kaledin amenaza a los Soviets en la provincia del Don. Ha declarado la provincia en estado de guerra y concentra sus tropas. Kara\tlov dispara sobre las tribus del Cáucaso. Los burgueses kadetes les suministran todos los millones necesarios. Su finalidad común es aniquilar a los Soviets del pueblo, aplastar a los obreros y campesinos, restablecer en el ejército la disciplina del látigo y mantener en eterna esclavitud a los trabajadores cosacos.

"Nuestras tropas revolucionarias avanzan hacia el Don y los Urales para poner fin a esta acción criminal dirigida contra el pueblo. Los jefes de las tropas revolucionarias han recibido la orden de no entablar ninguna negociación con los generales rebeldes y de obrar enérgicamente, sin piedad.

"¡Cosacos! De vosotros depende el que deje de correr la sangre de vuestros hermanos. Os tendemos la mano. Unios al pueblo contra sus enemigos. Declarad a Kaledin, Kornilov, Dutov, Karaulov y a todos sus ayudantes y cómplices, enemigos del pueblo, traidores y perjuros. Detenedlos y ponedlos en manos de las autoridades soviéticas, que harán que se les juzgue pública y abiertamente por los tribunales revolucionarios. ¡Cosacos! ¡Formad Soviets de Diputados cosacos! ¡Tomad en vuestras manos rudas de trabajadores la dirección de todos los asuntos cosacos! ¡Apoderaos de las tierras de los ricos! ¡Tomad su trigo, sus aperos y su ganado para cultivar las tierras de los cosacos trabajadores, arruinados por la guerra! "¡Adelante, cosacos, al combate por la causa común del pueblo! "¡Vivan los cosacos trabajadores! "¡Viva la unión de los cosacos, soldados, campesinos y obreros! "¡Viva el poder de los Soviets de Diputados cosacos, soldados, obreros y campesinos! "¡Abajo la guerra! ¡Abajo los grandes terratenientes y los generales kornilovistas! "¡Vivan la paz y la fraternidad de los pueblos!"

El Consejo de Comisarios del Pueblo

Los cosacos regresaron y reflexionaron profundamente acerca de estas declaraciones. Dos semanas más tarde, Kadelin recibía una diputación de sus tropas.

—¿Nos promete usted —le preguntó la delegación— el reparto de los bienes de los señores terratenientes cosacos entre los cosacos trabajadores?

—¡Antes la muerte!—respondió Kaledin.

Un mes más tarde, viendo cómo su ejército se disolvía ante sus ojos, Kaledin se saltó la tapa de los sesos. El peligro cosaco había terminado.[116]

En Moguilev estaban reunidos el antiguo Tsik, los jefes socialistas «moderados» desde Avxentiev a Tchernov, los jefes de los antiguos comités del ejército y los oficiales reaccionarios. El estado mayor se negaba obstinadamente a reconocer al Consejo de Comisarios del Pueblo. Había agrupado en torno suyo a los Batallones de la Muerte, a los Caballeros de San Jorge y a los cosacos del frente, y se mantenía por debajo de cuerda en estrecho contacto con los agregados militares aliados, con el movimiento de Kaledin y con la Rada ucraniana.

Los gobiernos aliados habían dejado sin respuesta el decreto sobre la paz del 8 de noviembre, por el cual el Congreso de los Soviets pedía un armisticio general.

El 20 de noviembre Trotzki dirigió la siguiente nota a los embajadores aliados: [117]

Señor embajador: Tengo el honor de informaros que el Congreso de los Soviets de Diputados obreros y soldados de toda Rusia ha constituido, el 8 de noviembre, un nuevo gobierno de la República rusa: el Consejo de Comisarios del Pueblo. Ostenta la presidencia de este gobierno Vladimir Iliych Lenin, y yo ejerzo en él, en mi calidad de comisario del pueblo para los Asuntos Extranjeros, la dirección de la política exterior.

Al llamar vuestra atención sobre el texto, aprobado por el Congreso de los Soviets de toda Rusia, de nuestra proposición de armisticio y paz democrática sin anexiones ni determinaciones, basada en el derecho de los pueblos a la libre determinación, tengo el honor de rogaros que consideréis ese documento como una proposición oficial de armisticio inmediato en todos los frentes y de apertura inmediata de negociaciones de paz. El gobierno de la República rusa dirige simultáneamente la misma proposición a todos los pueblos beligerantes y a sus gobiernos.

Os ruego aceptéis, señor embajador, la seguridad de la profunda estimación que el Gobierno soviético siente por vuestro pueblo, el cual no puede menos de desear la paz, al igual que todos los otros pueblos desangrados y agotados por esta carnicería sin precedentes.

La misma noche, el Consejo de Comisarios del Pueblo telegrafió al general Dujonin el siguiente texto:

---

[116] En el momento de escribir esto, el autor no conocía el desarrollo ulterior del movimiento contrarevolucionario cosaco.[Nota de la Editorial]

[117] La correspondencia diplomática del Gobierno de los Soviets. Las notas de Trotzki a los aliados y a las potencias neutrales, y las de los agregados militares al general Dujonin, son demasiado extensas para ser reproducidas aquí. Pertenecen, por otra parte, a un período distinto de la historia de la República de los Soviets. Las relaciones del Gobierno soviético con el extranjero serán estudiadas en detalle en el volumen siguiente: De Kornilov a Brest-Litovsk.

El Consejo de Comisarios del Pueblo estima indispensable proponer un armisticio inmediato a todos los pueblos beligerantes, tanto aliados como enemigos. El comisario del pueblo de Asuntos Extranjeros ha dirigido una comuniciación en este sentido a todos los representantes aliados en Petrogrado.

El Consejo de Comisarios del Pueblo os encarga, ciudadano comandante supremo, en ejecución de la decisión del Congreso de los Soviets de Diputados obreros y soldados de toda Rusia, dirigir a las autoridades militares enemigas, a la recepción del presente telegrama, una proposición de cese inmediato de las hostilidades, con el fin de entablar negociaciones de paz.

A la par que os encarga de que entabléis estas conversaciones preliminares, el Consejo de Comisarios del Pueblo os ordena:

1º Tenerle informado continuamente, por hilo directo, de la marcha de vuestras negociaciones con los plenipotenciarios de los ejércitos enemigos.

2º No firmar el acta de armisticio sin la previa aprobación del Consejo de Comisarios del Pueblo.

Los embajadores aliados acogieron la nota de Trotzki con un silencio desdeñoso, acompañado en los periódicos por declaraciones anónimas, llenas de biliosa ironía. La orden dada a Dujonin se calificó abiertamente de traición... En cuanto a Dujonin, no dio señales de vida. La noche del 22 de noviembre se le preguntó telefónicamente si estaba dispuesto a ejecutar la orden recibida. Respondió que sólo podría hacerlo en caso de que la orden emanara de «un gobierno apoyado por el ejército y el país». Sin pérdida de tiempo, fue destituido telegráficamente del cargo de comandante supremo y para sustituirlo se nombró a Krylenko. Fiel a su táctica de apelar directamente a las masas, Lenin comunicó por radio a todos los comités de regimientos, divisiones y cuerpos, a todos los soldados y marinos del ejército y la flota, la negativa de Dujonin y ordenó «a los regimientos del frente que eligieran delegados para entrar en negociaciones con los elementos enemigos del otro lado de las trincheras...»

El día 23, los agregados militares de las naciones aliadas, ajustándose a las instrucciones de sus gobiernos, presentaron una nota a Dujonin, advirtiéndole solemnemente contra «una violación de los tratados concertados entre las potencias de la Entente». La nota decía que, en caso de concertarse un armisticio separado con Alemania, este acto «tendría las más graves consecuencias» para Rusia. Dujonin puso inmediatamente esta nota en conocimiento de los comités de soldados. Al día siguiente, Trotzki envió a las tropas otro llamamiento en el que calificaba la nota de los representantes aliados de intromisión flagrante en los asuntos interiores de Rusia, y de tentativa soberbia para «obligar al ejército y al pueblo rusos, mediante amenazas, a la guerra para cumplir los tratados concertados por el zar». Desde el Smolny se lanzó proclama tras proclama,[118] denunciando

[118] *Llamamiento al frente contra Dujonin*

"...La lucha por la paz ha tropezado con la resistencia de la burguesía y los genefales contrarrevolucionarios... Según los periódicos, los agentes y aliados de la burguesía, Verjovski, Avxentiev, Chernov, Gotz y Tseretelli, se han concentrado en el cuartel general del ex comandante supremo Dujonin. Se disponen, al parecer, a formar un nuevo poder dirigido contra los Soviets. "¡Camaradas soldados! Todos estos personajes han sido ministros. Han obrado de acuerdo con Kerenski y la burguesía. Son responsables de la ofensiva del I9 de julio y de la prolongación de la guerra. Han prometido la tierra a los campesinos, pero han hecho detener a los comités agrarios. Han restablecido la

(*continúa en la página siguiente*)

a Dujonin y a los oficiales contrarrevolucionarios que le rodeaban, desenmascarando a los políticos reaccionarios reunidos en Moguilev, agitando a todo lo largo del frente de más de mil kilómetros a los millones de soldados encolerizados y recelosos. Al mismo tiempo, Krylenko, acompañado por tres destacamentos de marinos fanáticamente leales, se ponía en camino hacia el Gran Estado Mayor, ardiendo en deseo de venganza[119] y siendo acogido en todas partes con ovaciones frenéticas de los soldados: fue una verdadera marcha triunfal. Y cuando el Comité Central del ejército lanzó su declaración en favor de Dujonin, diez mil hombres marcharon inmediatamente sobre Moguilev.

El 2 de diciembre la guarnición de Moguilev, sublevada, se apoderó de la ciudad, apresó a Dujonin y al Comité del ejército, y salió con sus victoriosos estandartes rojos al encuentro del nuevo comandante supremo. Al entrar en Moguilev a la mañana siguiente, Krylenko encontró a una multitud ululante que rodeaba en masa un vagón del ferrocarril en el cual se había encarcelado a Dujonin. Krylenko exhortó a los soldados a no causar daño alguno al prisionero, quien sería conducido a Petrogrado y juzgado por el tribunal revolucionario. Pero una vez que Krylenko terminó de hablar, el propio Dujonin apareció en la ventanilla, como si quisiera arengar a la multitud. Esta, irrumpiendo en el vagón con feroces aullidos, se apoderó del viejo general y lo arrastró por el andén, dándole muerte a golpes...

Así terminó la rebelión del Gran Cuartel General.

Poderosamente fortalecido por la caída del último baluarte de importancia del poder militar en Rusia, el Gobierno soviético se entregó con todas sus fuerzas a la organización del Estado. Muchos antiguos funcionarios vinieron a alinearse bajo su bandera y numerosos miembros de otros partidos entraron al servicio del Estado. Los que abrigaban ambiciones de dinero se vieron decepcionados por el decreto sobre los salarios de los funcionarios, que fijaba un máximo de 500 rublos (325 francos oro, aproximadamente) por mes para los comisarios del pueblo. La huelga de funcionarios, dirigida por la Federación de las Uniones, fracasó cuando dejó de contar con el apoyo de los círculos financieros y comerciales.

Mediante el decreto sobre la nacionalización de los bancos, la creación del Consejo supremo de la Economía nacional, la aplicación efectiva del decreto sobre la tierra, la reorganización democrática del ejército; mediante los cambios radicales operados en todas las ramas del Estado y de la vida, con todas estas medidas que solamente podían ponerse en práctica apoyándose en la voluntad de la masa de obreros, soldados y campesinos,

---

pena de muerte para los soldados. Se hallan a las órdenes de los financieros franceses, ingleses y norteamericanos... "El general Dujonin ha sido destituido de su cargo de comandante supremo, por haberse negado a ejecutar las órdenes del Consejo de Comisarios ael Pueblo... Contesta haciendo circular entre las tropas la nota de los agregados militares de las potencias imperialistas aliadas, y trata de provocar una contrarrevolución... "¡No obedezcáis a Dujonin! ¡No respondáis a sus provocaciones! ¡Vigiladlo estrechamente, a él y a su grupo de generales contrarrevolucionarios...!"

[119] Extracto de la orden N° 2 al Ejército y a la Flota:

"...El general Dujonin, ex comandante supremo, es declarado enemigo del pueblo por haberse negado a ejecutar las órdenes recibidas y haber emprendido una acción criminal susceptible de desencadenar una guerra civil. Todo el que apoye a Dujonin será detenido, sin consideración a su situación social o política ni a su pasado. Estas detenciones serán llevadas a cabo por comisarios provistos de poderes especiales. Encargo al general Manijovski de la ejecución de las anteriores disposiciones..."

se comenzó a forjar lentamente, a través de no pocos errores y tropiezos, la Rusia proletaria.

Los bolcheviques no habían conquistado el poder mediante una transacción de las clases poseedoras o los diversos jefes políticos, ni llegando a una conciliación con el antiguo aparato gubernamental. Tampoco por la violencia organizada de una pequeña camarilla. Si las masas, en toda Rusia, no hubieran estado preparadas para la insurrección, ésta habría fracasado. La única razón de la victoria de los bolcheviques es que comenzaron a dar realidad a las amplias y elementales aspiraciones de las capas más profundas del pueblo, llamándolo a la obra de destruir el pasado y cooperando con él para edificar, sobre sus ruinas, humeantes todavía, un mundo nuevo.

Capítulo XII
EL CONGRESO CAMPESINO

El 18 de noviembre la nieve comenzó a caer. Cuando nos despertamos, vimos que una capa blanca recubría los alféizares de las ventanas, y los copos de nieve caían en remolinos tan espesos, que no se veía a tres metros. El lodo había desaparecido; en un abrir y cerrar de ojos la ciudad antes triste y sombría adquirió una blancura deslumbrante. Los viejos coches, con sus cocheros bien arropados, se habían convertido en rápidos trineos, que saltaban sobre las asperezas de las calles, mientras las barbas de los conductores se endurecían, congelabas por el hielo. A pesar de la revolución, a pesar del salto vertiginoso y terrible en el vacio que había dado toda Rusia, la alegría se adueñó de la ciudad con la llegada de la nieve. Todo el mundo sonreía; las gentes salían a las calles y tendían las manos para atrapar los copos de nieve, suaves como plumón. El tono gris había desaparecido, y solamente el oro y los colores vivos de las espiras resaltaban sobre la blancura de la nieve, lo que realzaba más todavía su esplendor oriental.

Hacia el mediodía, apareció el sol, un sol pálido y deslavazado. Se habían acabado los catarros y los reumatismos de los meses lluviosos. La vida de la ciudad se animó y la misma revolución aceleró su paso.

Un atardecer, me hallaba yo sentado en un traktir, una pequeña taberna, frente a la entrada del Smolny; era un lugar ruidoso, de techo bajo, que se llamaba "La Cabaña del Tío Tom" y que frecuentaban muchos guardias rojos. Se amontonaban en torno a mesitas cubiertas de manteles manchados, ante teteras enormes de barro, llenando la sala con el humo acre de sus cigarrillos, mientras los camareros corrían de un lado a otro gritando: Seichas! Seichas! (¡En seguida! ¡En seguida!)

Sentado en un rincón, un hombre que vestía el uniforme de capitán se esforzaba por hablar a los concurrentes, quienes constantemente le interrumpían.

- ¡Sois unos asesinos! -les gritaba-. ¡Disparáis en las calles contra vuestros hermanos!

-¿Cuándo fue eso? ¿Dónde? -preguntó un obrero.

-El domingo último, cuando los junkers...

-¿Y ellos, acaso no dispararon contra nosotros? -Uno de los hombres mostró su brazo en cabestrillo-. ¡Yo tengo un recuerdo de esos bandidos!

Entonces, el capitán, con toda la fuerza de sus pulmones, gritó:

-¡Deberíais manteneros neutrales! ¡Deberíais manteneros neutrales! ¿Con qué derecho destruís el gobierno legal? ¿Quién es ese Lenin? Un alemán...

-Y tú, un contrarrevolucionario, un provocador -le vociferaron.

Cuando pudo hacerse oír de nuevo, el capitán se puso en pie:

-Está bien -dijo-. Pretendéis ser el pueblo ruso. Pero el pueblo ruso no sois vosotros, son los campesinos. Esperad a que los campesinos...

-Sí, sí -asintieron los otros-, ¡espera a que hablen los campesinos! Nosotros sabemos lo que dirán. ¿Acaso no son trabajadores como nosotros?

Todo, en efecto, dependía en última instancia de los campesinos. A pesar de ser gentes políticamente atrasadas, no dejaban de tener sus ideas propias, y formaban el ochenta por ciento de la población. Los bolcheviques contaban relativamente con pocos partidarios entre ellos, y una dictadura permanente de los obreros industriales sin los campesinos era sencillamente imposible. El partido tradicional de los campesinos era el partido socialrevolucionario; de cuantos partidos apoyaban al Gobierno soviético, la izquierda socialrevolucionaria era la heredera lógica del papel de guía de los campesinos y la que, por hallarse a merced del proletariado organizado de las ciudades, más necesitaba del apoyo de los campesinos.

El Smolny, por su parte, no los había descuidado. Después del decreto sobre la tierra, uno de los primeros actos del nuevo Tsik había consistido en convocar un congreso de campesinos. Días más tarde, apareció el reglamento referente a los comités agrarios cantonales (volott) seguido del llamamiento de Lenin a los campesinos, que explicaba en términos sencillos lo que eran la revolución bolchevique y el nuevo gobierno.[120] El

---

[120] *Respuesta a las preguntas de los campesinos*

En respuesta a numerosas preguntas formuladas por los campesinos se aclara que, de ahora en adelante, todo el Poder del Estado pasa íntegramente a manos de los Soviets de Diputados obreros, soldados y campesinos. Después de haber triunfado en Petrogrado y en Moscú, la revolución obrera va triunfando en los demás centros de Rusia. El Gobierno obrero y campesino asegura la alianza de la masa de los campesinos, de los campesinos más menesterosos, de la mayoría de los campesinos, con los obreros contra los terratenientes, contra los capitalistas.

En consecuencia, los Soviets de Diputados campesinos, en primer lugar los de los distritos y después de ellos los de las provincias, son a partir de ahora, y hasta la convocatoria de la Asamblea Constituyente, los órganos soberanos del Poder del Estado en las diversas localidades.. La propiedad de la tierra ha sido abolida por el Segundo Congreso di Soviets de toda Rusia. El actual Gobierno provisional obrero y campesino ha promulgado un decreto sobre la tierra. De acuerdo con este decreto, todas las tierras de los terratenientes pasan íntegramente a manos de los Soviets de Diputados campesinos. Los comités agrarios cantonales (de folost) deben tomar inmediatamente posesión de todas las tierras de los terratenientes, ejercer sobre ellas un control severo, velar y mantener un orden absoluto, preservar rigurosamente los bienes que antes pertenecieron a los terratenientes, convertidos desde ahora en bienes del pueblo y que, por tanto, deben ser protegidos por él.

Todas las disposícionesae ios comités agrarios cantonales tomadas con el asentimiento de los Soviets de Diputados campesinos de las provincias, en ejecución de los decretos del Poder revolucionario, son completamente legales y deben ser aplicadas inmediatamente y sin restricción.

El Gobierno obrero y campesino, nombrado por el Segundo Congreso de los Soviets de toda Rusia, se denomina Consejo de Comisarios del Pueblo.

El Consejo de Comisarios del Pueblo invita a los campesinos a tomar en sus manos todo el poder en sus localidades.

Los obreros prestarán a los campesinos el apoyo más completo en todos los sentidos, organizarán la producción de máquinas y aperos y pedirán a los campesinos, a cambio de ello, que les ayuden mediante suministros de trigo.

El presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo, VLADIMIR ULIANOV (LENIN) Petrogrado, 18 de noviembre de 1917.

16 de noviembre, Lenin y Miliutin publicaron las "Instrucciones a los emisarios provinciales", enviadas por millares de ejemplares a las aldeas:

1º A su llegada a la provincia a que haya sido destinado, el emisario reunirá al Comité ejecutivo de los Soviets de Diputados obreros, soldados y campesinos, explicará la legislación agraria y pedirá que se convoque una asamblea plenaria de los Soviets de los distritos (uiezd) y de la provincia (gubernaia).

2º Se informará sobre el estado de la cuestión agraria en la provincia:

a) Si han sido confiscadas las tierras señoriales y dónde y en qué distritos.

b) Quién administra las tierras confiscadas, si los comités agrarios o los antiguos propietarios.

c) Qué se ha hecho de la maquinaria agrícola y del ganado.

3º Si ha aumentado la superficie de tierras cultivadas por los campesinos.

4º Qué proporción de rendimiento total previsto alcanza la provincia.

5º El comisario hará comprender, ahora que los campesinos poseen la tierra, la necesidad de intensificar, en la medida de lo posible, el rendimiento y de acelerar el aprovisionamiento en trigo de las ciudades, único medio de conjurar la amenaza del hambre.

6º Qué medidas han sido ya tomadas o se proyectan para llevar a cabo la entrega de las tierras a los comités agrarios de cantones y distritos y a los Soviets de Diputados obreros, soldados y campesinos.

7º Se recomienda poner las propiedades, bien conservadas y equiparadas, a disposición de los Soviets de obreros agrícolas, bajo la dirección de agrónomos competentes.

Por todas partes se hallaban las aldeas en conmoción, como resultado no sólo de la acción galvanizadora del decreto sobre la tierra, sino también del retorno de miles de campesinos soldados que volvían del frente contaminados del espíritu revolucionario... Fueron ellos quienes saludaron con particular entusiasmo la convocatoria del congreso campesino.

Procediendo como lo había hecho el antiguo Tsik con respecto del segundo Congreso de los Soviets de obreros y soldados, el Comité ejecutivo délos Soviets campesinos trató de impedir la reunión del congreso campesino convocado en el Smolny, y cuando se convenció -como se había convencido el antiguo Tsik- de que su tentativa estaba condenada al fracaso, envió a todas partes telegramas furiosos ordenando la elección de delegados de tendencias conservadoras. Entre los campesinos llegó incluso a extenderse el rumor de que la sede del congreso sería Moguilev, lugar al que llegaron a dirigirse efectivamente algunos delegados. De todos modos, para el 23 de noviembre habían llegado a Petrogrado 400 delegados aproximadamente y se habían iniciado las runiones preliminares de los partidos...

La primera sesión se celebró en la sala Alejandro de la Duma. La primera votación producida reveló que más de la mitad de los delegados pertenecía a la izquierda socialrevolucionaria, que la proporción de los bolcheviques era escasamente de una quinta parte, y la de la derecha socialrevolucionaria de una cuarta parte; el resto sólo se hallaba unido por una hostilidad común contra el antiguo Comité Ejecutivo dominado por Avxentiev, Tchaikovski y Piechejonov.

El gran salón aparecía rebosante y vibraba con incesantes clamores. Una rabia profunda y tenaz dividía a los delegados en grupos hostiles. A la derecha brillaban las charreteras de los oficiales y se veían las barbas de los patriarcas cómodados; en el centro había algunos campesinos, suboficiales y algunos soldados; a la izquierda, casi todos los delegados vestían el uniforme de simples soldados; era la joven generación que había servido en el ejército... Las tribunas estaban repletas de obreros, que en Rusia recuerdan siempre su origen campesino...

A diferencia del antiguo Tsik, el nuevo Comité Ejecutivo no-reconoció al congreso, al abrir la sesión, un carácter oficial; eí congreso oficial se abriría el 13 de diciembre. En medio de una tempestad de aplausos y furiosas protestas, el orador del Ejecutivo declaró que aquella asamblea no era más que una "conferencia extraordinaria". Pero la "conferencia extraordinaria" no tardó en hacer gala de los sentimientos que abrigaba con respecto al Comité Ejecutivo al elegir como presidente a María Spiridonova, jefe de los socialrevolucionarios de izquierda.

La primera jornada fue absorbida casi enteramente por un violento debate en torno a la cuestión de si se reconocerían los mandatos de los delegados de distrito (Wolost) o solamente a los de las provincias. Como había ocurrido ya en el congreso de obreros y soldados, una aplastante mayoría se pronunció en favor de otorgar la representación más amplia posible. Ello trajo como consecuencia que el antiguo comité abandonase la sala.

Casi desde el comienzo se hizo patente que la mayor parte de los delegados era hostil al Gobierno de Comisarios del Pueblo. Zinoviev, que trató de hablar en nombre de los bolcheviques, fue abucheado, y cuando bajaba de la tribuna, en medio de las risas, se oyó que alguien comentaba en voz alta: ¡Ahí tenéis a un comisario del pueblo metido en el charco!

-Nosotros, socialrevolucionarios de izquierda -declaró Nasariev, delegado de provincia-, nos negamos a reconocer a ese pretendido gobierno de obreros y campesinos. En el momento actual gobierna solamente la dictadura de los obreros... Insistimos en la formación de un nuevo gobierno, que represente a toda la democracia.

Los delegados reaccionarios se aprovecharon hábilmente de estos sentimientos para declarar, en medio de las protestas de los bolcheviques, que el Consejo de Comisarios del Pueblo se proponía imponer su voluntad al congreso o disolverlo por la fuerza. Esta declaración fue acogida con alaridos de furia.

El tercer día se presentó inesperadamente en la tribuna Lenin; durante diez minutos un soplo de locura parecía haberse apoderado de la asamblea: "¡Que lo echen! -gritaban-. ¡No escucharemos a tus comisarios del pueblo! ¡No reconocemos a tu gobierno!"

Lenin estaba de pie, absolutamente tranquilo, fuertemente agarrado con ambas manos a los bordes de la tribuna, observando atentamente el tumulto con sus ojillos. Al cabo de algún rato, comenzó a apaciguarse la agitación, salvo en la derecha de la sala.

"Yo no vengo aquí como miembro del Consejo de Comisarios del Pueblo -declaró Lenin, haciendo una pausa para dejar que se hiciera el silencio-, sino como miembro del partido bolchevique, delegado de manera regular a este congreso." —Y presentó su mandato, de forma que todos lo pudiesen ver—. *"Pero* -continuó en el mismo tono firme de voz- *nadie negará que el actual Gobierno ruso ha sido constituido por el partido*

bolchevique -de nuevo tuvo que hacer una pausa- *de suerte que, desde el punto de vista práctico, es exactamente lo mismo."*

Estas palabras desencadenaron un clamor ensordecedor en los bancos de la derecha, pero el centro y la izquierda, cuya curiosidad se había despertado, impusieron silencio.

La argumentación de Lenin fue sencilla.

"Decidme francamente, vosotros, campesinos a quienes nosotros hemos entregado las tierras de los pomiechichiks (terratenientes), si ahora queréis impedir que los obreros ejerzan el control de la industria. Se trata de una guerra de clases. Los terratenientes, como es natural, ofrecen resistencia a los campesinos, y los industriales hacen frente a los obreros. ¿Vais a dejar que se dividan las filas del proletariado? ¿En qué bando vais a estar?

"Nosotros, los bolcheviques, somos el partido del proletariado, del proletariado campesino lo mismo que del proletariado industrial.

Nosotros, los bolcheviques, somos defensores de los Soviets, lo mismo de los Soviets campesinos que de los de obreros y soldados. El actual gobierno es un gobierno de los Soviets. No invitamos a participar en el gobierno solamente a los Soviets campesinos; también hemos invitado a los representantes de la izquierda socialrevolucionaria a entrar en el Consejo de Comisarios del Pueblo.

"Los Soviets son la representación más perfecta del pueblo, de los obreros de las fábricas y las minas, de los trabajadores del campo. Quienquiera que trate de aniquilar a los Soviets comete un acto antidemocrático y contrarrevolucionario, y yo os advierto, camaradas socialrevolucionarios de derecha, y a vosotros, señores kadetes, que si la Asamblea Constituyente tratara de acabar con los Soviets, nosotros no se lo permitiríamos."

La tarde del 25 de noviembre, Tchernov llegó apresuradamente de Moguifev, enviado por el Comité ejecutivo. Considerado dos meses antes como revolucionario extremista y muy popular entre los campesinos, se le encomendaba ahora la misión de contener el peligroso deslizamiento del congreso hacia la izquierda. A su llegada, Tchernov fue detenido y conducido al Smolny, donde, después de una breve conversación, se le dejó en libertad.

Sus primeras palabras fueron para reprochar vivamente a los miembros del Comité Ejecutivo que hubiesen abandonado el congreso. Accedieron a reintegrarse a la sala con él y Tchernov hizo su entrada en el salón de sesiones acogido por los aplausos de la mayoría y los abucheos y la rechifla de los bolcheviques.

-*Camaradas, estaba ausente de Petrogrado. Me hallaba participando en la Conferencia del 12º ejército para la convocatoria de un congreso de todos los delegados campesinos de los ejércitos del frente Oeste. Estoy, por lo tanto, poco al corriente de la insurrección que aquí se ha producido.*

Zinoviev, poniéndose en pie de un salto, le espetó:

-*Sí, has estado ausente... ¡durante algunos minutos!* (Violento tumulto. Gritos de ¡Abajo los bolcheviques!) Tchernov reanudó su discurso:

—La acusación de haber conducido un ejército contra Petrogrado carece de fundamento: es totalmente falsa. ¿De dónde parte esta acusación? ¡Dame tus fuentes de información!

Zinoviev:

—Son la Izvestia y el Dielo Naroda, tu propio periódico; ahí tienes las fuentes de información que me pides.

El rostro alargado de Tchernov, con sus ojillos pequeños, su cabellera flotante y su barba entrecana, se tiñó de púrpura, pero se dominó y siguió adelante:

—Repito que no sé casi nada de lo que ha pasado y que no he conducido más ejército que éste (señalando con un gesto a los delegados campesinos), cuya presencia aquí se me puede atribuir en gran parte. (Risas y gritos: ¡Bravo!) A mi regreso visité el Smolny; allí no me hicieron acusación alguna de tal género. Después de celebrar una breve entrevista, salí de allí, y no hubo más. ¡Que venga alguien ahora a repetirme esa acusación!

Se desencadenó un tumulto desenfrenado. Los bolcheviques y algunos socialrevolucionarios de izquierda, de pie, vociferaban y amenazaban con el puño, mientras el resto de la asamblea se esforzaba por acallar a gritos a los otros.

—¡Esto es un escándalo, no es una sesión! -exclamó Tchernov al tiempo que salía del salón. La reunión fue aplazada, a causa del estrépito y el desorden.

Mientras tanto, la cuestión de la situación legal del Comité Ejecutivo agitaba los ánimos. Al declarar al congreso "conferencia extraordinaria", se trataba de impedir la reelección del Comité Ejecutivo, pero esto era un arma de dos filos. La izquierda socialrevolucionaria declaró, en efecto, que si el congreso no tenía poderes sobre el Comité Ejecutivo, tampoco éste podía tenerlos sobre el congreso. El 25 de noviembre la asamblea decidió que los poderes del Comité Ejecutivo serían asumidos por la conferencia extraordinaria y que sólo tomarían parte en la votación los miembros del ejecutivo elegidos regularmente como delegados.

Al día siguiente, a pesar de la violenta oposición de los bolcheviques, se hizo una enmienda a esta resolución, en virtud de la cual todos los miembros del Comité Ejecutivo, delegados o no, votarían en la asamblea.

El 27 se sostuvo el debate sobre la cuestión agraria, en el cual se revelaron las diferencias existentes entre el programa bolchevique y el de los socialrevolucionarios de izquierda.

Katchinski esbozó, en nombre de esta fracción, la historia del problema agrario a lo largo de la revolución. El primer Congreso de los Soviets campesinos, dijo, había votado una resolución escueta en pro de la entrega inmediata de las grandes propiedades a los comités agrarios. Pero los jefes de la revolución y los burgueses del gobierno se habían opuesto a que el problema quedara resuelto antes de la reunión de la Asamblea Constituyente. El segundo período de la revolución, "el período de las componendas", se había caracterizado, según él, por la entrada de Tchernov en el gabinete. Los campesinos creyeron firmemente que se acercaba la solución práctica del problema de la tierra; pero, a pesar del mandato imperativo del primer congreso campesino, los reaccionarios y los

"conciliadores" del Comité Ejecutivo habían impedido toda acción. Esta política provocó una serie de desórdenes en el campo, que fueron la expresión natural de la impaciencia y las aspiraciones reprimidas de los campesinos. Estos, comprendiendo el sentido exacto de la revolución, querían pasar de las palabras a los hechos.

"Los recientes acontecimientos -dijo el orador- no son un simple motín, una "aventura" bolchevique, sino un verdadero levantamiento popular que todo el país ve con simpatía...

"Los bolcheviques, de una manera general, han adoptado la única actitud posible en el problema de la tierra; pero, al recomendar a los campesinos que se incauten de las tierras por la fuerza, han cometido un grave error... Han declarado desde los primeros días que los campesinos debían apoderarse de las tierras por "la acción revolucionaria de masas". Eso es la anarquía; el traspaso de la tierra puede llevarse a cabo con orden. Para los bolcheviques, lo importante era que los problemas de la revolución se resolvieran lo antes posible, pero sin conceder ninguna importancia al modo de resolverlos...

"E1 decreto sobre la tierra del Congreso de los Soviets es idéntico, en el fondo, a las decisiones del primer congreso campesino. ¿Por qué, entonces, no ha seguido el nuevo gobierno la táctica trazada por dicho congreso? Porque el Consejo de Comisarios del Pueblo quiso acelerar la solución del problema a fin de que la Asamblea Constituyente no tuviese ya nada que hacer...

"E1 gobierno comprendió, sin duda, que había que tomar medidas prácticas. Pero, sin reflexionar más, adoptó la reglamentación de los comités agrarios, creando así una situación extraña, pues el Consejo de Comisarios del Pueblo abolió la propiedad privada, siendo así que las normas establecidas por los comités agrarios se basaban precisamente en la propiedad privada... Sin embargo, esto no ha ocasionado daño alguno, ya que los comités agrarios no hacen el menor caso de los decretos soviéticos y sólo aplican sus propias medidas, las cuales descansan en la voluntad de la gran mayoría de los campesinos...

"Estos comités agrarios no tratan de dar al problema ninguna solución legislativa; eso es misión de la Asamblea Constituyente. ¿Pero la Asamblea Constituyente estará animada del deseo de satisfacer la voluntad de los campesinos rusos? No lo podemos afirmar. De lo único que estamos seguros es de que la decisión revolucionaria anima ahora a los campesinos y que la Asamblea Constituyente se verá obligada a resolver el problema de la tierra ajustándose a los deseos de los campesinos. La Asamblea Constituyente no se atreverá a dar de lado a la voluntad del pueblo..."

Después de Katchinski tomó la palabra Lenin, a quien ahora escuchó el auditorio con ávida atención:

"En este momento, tratamos de resolver no solamente el problema de la tierra, sino todo el problema de la revolución social, y no solamente para Rusia, sino para el mundo entero.

"El problema agrario no puede resolverse al margen de los otros problemas de la revolución social. Por ejemplo, la confiscación de las tierras provoca la resistencia, no sólo

de los terratenientes rusos, sino también la del capital extranjero, al que se halla vinculada la gran propiedad de la tierra por medio de los bancos.

"La gran propiedad de la tierra, en Rusia, determina la más espantosa opresión y explotación, y la confiscación de la tierra por los campesinos es uno de los pasos más importantes de nuestra revolución. Pero este paso no puede desligarse de otros actos revolucionarios, como lo revelan bien a las claras las etapas que la revolución ha tenido que recorrer. La primera etapa fue la del aplastamiento de la autocracia y el poder de los capitalistas industriales y los terratenientes, cuyos intereses se hallaban estrechamente vinculados. La segunda etapa condujo al fortalecimiento de los Soviets y a un arreglo político con la burguesía. El error de los socialrevolucionarios de izquierda fue el no haberse opuesto entonces a la política de componendas bajo el pretexto de que consideraban que el desarrollo de la conciencia de las masas no se hallaba aún maduro.

"Si el socialismo no pudiera implantarse hasta que todo el mundo sin excepción haya alcanzado el desarrollo intelectual suficiente, no veriamos el socialismo, probablemente, antes de quinientos años. El partido político de la clase obrera es la vanguardia de esta clase; no debe dejarse detener en su marcha por el bajo nivel de educación de las masas, sino que debe ponerse al frente de ellas, valiéndose de los Soviets como instrumentos de su iniciativa revolucionaria. Pero para ponerse a la cabeza de los vacilantes es preciso que los camaradas socialrevolucionarios de izquierda dejen ellos mismos de vacilar.

"Desde el mes de julio último ha comenzado a producirse una ruptura abierta en las relaciones entre las masas populares y los "conciliadores"; y sin embargo, hoy, en noviembre, la izquierda socialrevolucionaria sigue tendiendo la mano a Avxentiev, quien trata de dar largas al pueblo. Si continúan las componendas, se acabará la revolución. Con la burguesía no hay transacción posible; su poder tiene que ser definitivamente aplastado.

"Los bolcheviques no hemos modificado nuestro programa agrario. No hemos renunciado a abolir la propiedad privada sobre la tierra, ni pensamos hacerlo. Hemos aceptado la reglamentación de los comités agrarios, que no se basa en modo alguno en la propiedad privada, porque nos esforzamos por cumplir la voluntad popular, fieles a los deseos y mandatos del pueblo, con el fin de estrechar más todavía la coalición de todos los elementos que luchan por la revolución socialista.

"Invitamos a los socialrevolucionarios de izquierda a formar parte de esta coalición, pero insistiendo en que dejen de mirar hacia atrás y rompan con los 'conciliadores' de su propio partido.

"En lo que se refiere a la Asamblea Constituyente, es cierto, como decía el orador anterior, que el resultado de sus trabajos dependerá de la presión revolucionaria ejercida por las masas. A esto yo añado: ¡tened confianza en esta presión revolucionaria, pero no olvidéis vuestro fusil!"

A continuación, Lenin dio lectura al proyecto de resolución de los bolcheviques:

El Congreso campesino aprueba por unanimidad e íntegramente el decreto sobre la tierra de 8 de noviembre de 1917, votado por el Congreso de Diputados obreros y sol-

dados de toda Rusia, y promulgado por el Consejo de Comisarios del Pueblo, como Gobierno provisional obrero y campesino de la República rusa.

El Congreso campesino expresa su firme e inquebrantable decisión de apoyar con todas sus fuerzas la aplicación de este decreto; exhorta a los campesinos a que le presten su apoyo unánime y a que ellos mismos lo pongan en ejecución sin demora; los exhorta, asimismo, a elegir para todos los puestos importantes solamente a quienes hayan demostrado con hechos, y no simplemente con palabras, su absoluta fidelidad a los intereses de los trabajadores campesinos explotados y su voluntad y capacidad para defender estos intereses contra toda resistencia por parte de los grandes propietarios, de los capitalistas y de todos sus secuaces y cómplices.

El Congreso campesino se declara, al mismo tiempo, convencido de que la total ejecución de las medidas previstas en el decreto sobre la tierra sólo será posible mediante el triunfo de la Revolución socialista obrera iniciada el 7 de noviembre; de que sólo la Revolución socialista podrá asegurar: 1º la entrega definitiva de la tierra a los campesinos trabajadores (excluyendo toda posibilidad de retorno al orden anterior); 2º la confiscación de las fíncas-modelo y su entrega a las comunidades de campesinos; 3º , la confiscación de la maquinaria agrícola perteneciente a los grandes terratenientes; 4º, la defensa de los intereses de los obreros agrícolas mediante la abolición total de la esclavitud asalariada; 5º , la distribución regular y sistemática de los productos de la agricultura y de la industria entre todas las regiones de Rusia; 6º, la incautación de los bancos (sin la cual sería imposible, después de abolida la propiedad privada, el paso de las tierras a la propiedad de todo el pueblo); 7º, las demás clases de ayuda a los obreros por parte del Estado. Por todas estas razones, el Congreso campesino, que apoya sin reservas la Revolución socialista del 7 de noviembre, expresa su resolución inquebrantable de llevar a cabo, progresivamente pero sin vacilación alguna, las medidas conducentes a la transformación socialista de la República rusa.

Condición indispensable para el triunfo de la Revolución socialista, la única que puede asegurar el éxito perdurable y la total ejecución del decreto sobre la tierra, es la unión estrecha de los trabajadores explotados de los campos con la clase obrera y el proletariado de todos los países avanzados. De ahora en adelante, en la República rusa, toda la organización del Estado, de arriba abajo, deberá descansar sobre esta unión. Sólo ella, aniquilando toda tentativa directa o indirecta, abierta o encubierta, para volver a una política de componendas con la burguesía y con sus dirigentes -política condenada por las experiencias hechas con los ejecutores de la política burguesa-, podrá asegurar el triunfo del socialismo en el mundo.

Los elementos reaccionarios enquistados en el Comité Ejecutivo no se atrevieron ya a manifestarse abiertamente. Chernov, sin embargo, habló varias veces con una imparcialidad revestida de modestia y que ganaba las simpatías. Se le invitó, incluso, a que ocupara un puesto en el presidium... La segunda noche del congreso, el presidente recibió una nota anónima que solicitaba para Chernov la presidencia de honor del congreso. Ustinov leyó la nota en voz alta, pero Zinoviev se puso de pie inmediatamente, gritando que se trataba de un ardid del antiguo Comité Ejecutivo para apoderarse de la dirección del congreso; en un instante la sala, en ambos bandos, se convirtió en un mar encrespado de brazos gesticulantes y de rostros enfurecidos. No obstante, Chernov siguió conservando su popularidad. Durante los turbulentos debates en torno al problema agrario y

a la resolución de Lenin, los bolcheviques estuvieron a punto de abandonar la asamblea en dos ocasiones, pero en ambas fueron contenidos por sus jefes. Yo llegué a tener la impresión de que el congreso se encontraba en un callejón sin salida.

Ninguno de nosotros sabía que en el Smolny estaban celebrándose ya, en aquellos momentos, conversaciones secretas entre la izquierda socialrevolucionaria y los bolcheviques. Al principio, los socialrevolucionarios de izquierda exigían un gobierno que incluyese a todos los partidos socialistas, representados o no en los Soviets, y responsable ante un congreso del pueblo, formado por un número igual de delegados de las organizaciones de obreros y soldados y de las organizaciones campesinas, y completado por delegados de las Dumas municipales y los zemstvos. Lenin y Trotzki serían eliminados, y se procedería a la disolución del Comité Militar Revolucionario y de los otros órganos de represión.

En la mañana del miércoles, 28 de noviembre, después de una lucha enconada que se había prolongado toda la noche, se concertó un acuerdo. El Tsitk, compuesto por 108 miembros, debería ampliarse, incluyendo: 108 miembros elegidos por el congreso campesino a base del sistema de representación proporcional, 100 delegados elegidos por sufragio directo entre el ejército y la marina, y 50 representantes de los sindicatos (35 de los sindicatos de toda Rusia, 10 de los Ferroviarios y 5 de Correos y Telégrafos). Se prescindía de las Dumas y los zemstvos. Lenin y Trotzki continuarían en el gobierno y seguiría funcionando el Comité Militar Revolucionario.

Las sesiones del congreso, entre tanto, se trasladaron a la antigua escuela Imperial de Derecho, en el número 6 de la Fontanka, sede del Comité Ejecutivo de los Soviets campesinos. En la tarde del miércoles, los delegados se reunieron en el amplio anfiteatro. El antiguo Comité Ejecutivo se había retirado y en aquellos mismos momentos deliberaba oficiosamente en otra sala; en la reunión tomaban parte los delegados descontentos y los representantes de los comités del ejército.

Chernov iba de una a otra asamblea, observando atentamente la marcha de los -debates. Sabía que se estaba negociando un acuerdo con los bolcheviques, pero ignoraba que el acuerdo había sido concertado.

Dirigiéndose a la asamblea oficiosa, declaró:

—Ahora que todo el mundo se muestra en favor de un gobierno integrado por todos los socialistas, muchos olvidan al primer ministerio, que no era un gobierno de coalición y que no tenía más que un solo socialista, Kerenski; ese gobierno fue muy popular en sus días. Hoy, se acusa a Kerenski; se olvida que fue llevado al poder, no sólo por los Soviets, sino también por las masas populares.

¿Por qué ha cambiado la opinión pública con relación a Kerenski? Los salvajes adoran a dioses a los que dirigen sus plegarias y a los que castigan cuándo "alguno de sus ruegos no es" escuchado. Eso es, exactamente, lo que ocurre en este momento... Ayer, Kerenski; hoy, Lenin y Trotzki; mañana, algún otro.

"Nosotros habíamos propuesto a ambos, a Kerenski y a los bolcheviques, que abandonaran el poder. Kerenski ha aceptado: hoy, ha hecho saber desde su retiro que presentaba su dimisión como primer ministro. Los bolcheviques se obstinan en conservar el poder, a pesar de que no saben cómo ejercerlo.

"Lo mismo si los bolcheviques triunfan que si fracasan, la suerte de Rusia no cambiará. Los pueblos rusos saben perfectamente lo que quieren; ellos mismos están aplicando sus propias medidas. Es el campo el que, a la postre nos salvará..."

Entre tanto, Ustinov había anunciado en el gran salón el acuerdo concertado entre el congreso campesino y el Smolny, y, al conocerlo, una alegría indescriptible se adueñó de los delegados. De pronto, apareció Chernov y pidió la palabra.

"Tengo entendido -comenzó a decir- *que se va a concertar un acuerdo entre el congreso campesino y el Smolny. Semejante acuerdo sería ilegal, ya que el verdadero Congreso de los Soviets campesinos no se reúne sino hasta la próxima semana...*

"Por otra parte, quiero advertiros que los bolcheviques no aceptarán jamás vuestras exigencias..."

Una inmensa carcajada de mil gargantas lo interrumpió. Dándose cuenta de la situación, abandonó la tribuna y la sala, llevándose con él su popularidad...

Ya avanzada la tarde del jueves 29 de noviembre, el congreso se reunió en sesión extraordinaria. Reinaba un ambiente de fiesta, en todos los rostros se dibujaba una sonrisa... Se liquidaron rápidamente los asuntos que estaban en trámite, y después el viejo Natanson, el decano de barba blanca de la izquierda socialrevolucionaria, con voz trémula y lágrimas en los ojos, dio lectura al "acta de matrimonio" de los Soviets campesinos con los Soviets de obreros y soldados. Cada vez que se repetir la palabra "unión" estallaban frenéticos aplausos... Al final, Ustinov anunció la llegada de una delegación del Smolny, acompañada de representantes del ejército rojo. Se le tributó una ovación entusiasta. Uno tras otro subieron a la tribuna para saludar al congreso, un obrero, un soldado y un marino.

En seguida, Boris Reinstein, delegado del partido obrero socialista norteamericano, tomó la palabra, para decir:

"El día de la unión del congreso de los campesinos con los Sóviets de los Diputados obreros y soldados es uno de los más grandes de la revolución. El eco de esta victoria resonará en el mundo entero, en París, en Londres y al otro lado del océano, en Nueva York. Esta unión llevará la alegría a los corazones de todos los trabajadores.

"Ha triunfado una gran idea. El Occidente y América esperaban de Rusia, del proletariado ruso, algo grandioso... El proletariado del mundo vuelve sus ojos hacia la Revolución rusa, esperando la gran obra que está llevando a cabo..."

Sverdlov, presidente del Tsik, acudió también para saludar al congreso. Luego, a los gritos de "¡Hurra! ¡La guerra civil ha terminado! ¡Viva la democracia unida!", los campesinos fueron saliendo lentamente del edificio.

Había caído la noche y sobre la nieve helada resplandecía la blanca claridad de la luna y las estrellas. Al borde del canal, el regimiento Pablo estaba alineado en uniforme de campaña, con su banda de música, que rompió a tocar "La Marsellesa". Entre las aclamaciones clamorosas de los soldados, los campesinos se formaron en comitiva y desplegaron la gran bandera roja del Comité Ejecutivo del Soviet campesino de toda Rusia, en la que campeaba, recién bordada en letras de oro, la inscripción: "¡Viva la alianza de las masas trabajadoras revolucionarias!" Seguían muchas otras banderas; entre ellas, la

de los Soviets de barriada y la de las fábricas Putilov con esta leyenda: "¡Nos inclinamos ante esta bandera; nuestra meta es la fraternidad de todos los pueblos!

Se encendieron antorchas que taladrando la noche con luces anaranjadas, reflejadas por miríadas en los cristales de hielo, desplegaron sus caudas humeantes sobre el cortejo, que avanzaba cantando a lo largo de la Fontanka, entre multitudes asombradas y mudas.

"¡Viva el ejército revolucionario!" "¡Viva la Guardia Roja!" "¡Vivan los campesinos!"

La formidable manifestación recorrió la ciudad, engrosando sobre la marcha y desplegando constantemente nuevas banderas rojas con letras de oro. Dos viejos campesinos, encorvados por el trabajo, marchaban del brazo, con el rostro iluminado por una felicidad infantil.

-Oye -dijo uno de ellos-, ¡quisiera yo ver si nos quitan la tierra ahora!

Cerca del Smolny, los guardias rojos estaban alineados a los lados de la calle, locos de alegría. El otro viejo campesino le dijo a su camarada:

-No me siento cansado; parece como si hubiese hecho todo el camino por el aire.

En la escalinata del Smolny, un centenar de diputados obreros y soldados, con sus banderas, se destacaba formando una masa sombría contra la luz que brotaba del interior entre las arcadas. Como un alud se precipitaron hacia los campesinos, estrechándolos contra sus pechos y abrazándolos; después, la comitiva, tras de haber franqueado la amplia entrada, subió pesadamente las escaleras, con un ruido de trueno.

En el gran salón blanco aguardaban el Tsik, el Soviet de Petrogrado en pleno y un contingente de espectadores que llegaría al millar, con esa solemnidad que acompaña a los grandes momentos de la historia.

Zinoviev, en medio de la ruidosa aprobación de los asistentes, que se convirtió en tempestad cuando los acordes de la música resonaron en el pasillo y la cabeza de la comitiva penetró en la sala, anunció el acuerdo concertado con el congreso campesino. El presidium se puso en pie para dejar sitio en el estrado al del congreso campesino y se cambiaron abrazos. Detrás de ellos, las dos banderas fueron enlazadas sobre el muro blanco, encima del marco vacío del que se había arrancado el retrato del zar.

Después, se abrió la sesión triunfal. Tras algunas palabras de bienvenida pronunciadas por Sverdlov, subió a la tribuna María Spiridonova, delgada, pálida, con sus gafas y su cabellera lisa, con el aire de una institutriz puritana; era, en aquellos días, la mujer más querida y más poderosa de Rusia.

-Ante los obreros de Rusia se abren ahora horizontes que la historia jamás ha conocido... Todos los movimientos obreros del pasado acabaron con una derrota. El movimiento presente es un movimiento internacional, y por tanto invencible. No hay fuerza en el mundo que pueda extinguir la llama de la revolución. El viejo mundo se hunde, el nuevo comienza a alborear...

Después de ella habló Trotzki, lleno de fuego:

-*¡Os doy la bienvenida, camaradas campesinos! Estáis aquí no como invitados, sino como dueños de esta casa en la que late el corazón de la revolución. La voluntad de millones de obreros está concentrada en esta sala. De ahora en adelante, la tierra de*

Rusia no conoce más que un dueño, la gran alianza de los obreros, soldados y campesinos...

Luego, en tono mordaz y sarcástico, habló de los diplomáticos aliados, que hasta entonces mantenían una actitud desdeñosa hacia la proposición rusa de armisticio, aceptada por las potencias centrales.

-Hoy nace una nueva humanidad. Desde esta sala, juramos a los trabajadores de todos los países mantenernos sin desfallecimiento en nuestro puesto revolucionario. Si sucumbimos, será en defensa de nuestra bandera...

Krylenko expuso la situación en el frente, donde Dujonin preparaba la resistencia contra el Consejo de Comisarios del Pueblo.

-Que Dujonin y sus cómplices sepan que trataremos implacablemente a quienes traten de cerrarnos el camino de la paz.

Dybenko saludó a la asamblea en nombre de la flota, y Kruschinski, miembro del Vikjel, declaró:

—Ahora que la unión de todos los verdaderos socialistas se ha realizado, todo el ejército de los ferroviarios se pone a las órdenes de la democracia revolucionaria.

Luego les tocó al turno a Lunacharski, que habló con lágrimas en los ojos; a Prochian, quien intervino en nombre de la izquierda socialrevolucionaria, y por último a Sajarasvili, que en nombre del grupo de los internacionalistas unificados, formado por miembros de los grupos Martov y Gorki, declaró:

—Habíamos abandonado el Tsik como protesta contra la política intransigente de los bolcheviques y para obligarlos a hacer las necesarias concesiones encaminadas a realizar la unión de toda la democracia revolucionaria. Ahora que esta unión se ha hecho, consideramos como un deber sagrado ocupar otra vez nuestros puestos en el Tsik... Declaramos que todos los que se han retirado del Tsik deben reintegrarse a él.

Staschkov, viejo campesino venerable, miembro del presidium del congreso campesino, haciendo una reverencia hacia los cuatro lados del salón, dijo:

-¡Os saludo, con mis mejores deseos, en ocasión del bautismo de la nueva vida y la nueva libertad rusas!

Desfilaron por la tribuna Gronski, en nombre de los socialdemócratas polacos; Skrypnik, en el de los comités de fábrica; Tifonov, en el de las tropas rusas de Salónica, y muchos más, dejando hablar a sus corazones con la generosa elocuencia de los anhelos cumplidos.

A hora avanzada de la noche se votó por unanimidad la siguiente resolución:

El Comité Central de los Soviets de obreros y soldados de toda Rusia, el Soviets de Petrogrado y el congreso extraordinario de campesinos de toda Rusia ratifican los decretos sobre la tierra y la paz, votados por el segundo Congreso de los Soviets de los Diputados obreros y soldados, y el decreto sobre el control obrero, votado por el Comité Central Ejecutivo de toda Rusia.

Las asambleas conjuntas del Tsik y del congreso campesino panruso expresan su firme convicción de que la alianza de los obreros, soldados y campesinos, la unión fraternal de todos los trabajadores y de todos los explotados, consolidará el poder por ella conquistado y tomará todas las medidas revolucionarias necesarias para acelerar el paso del poder a manos de los trabajadores en los demás países, asegurando así una victoria perdurable a la causa de la paz justa y del socialismo.[121]



[121] El Congreso de los Soviets campesinos, dotado de plenos poderes, se constituyó una semana más tarde, aproximadamente, y estuvo reunido por espacio de varias semanas. Su historia no es más que una repetición, en escala más amplia, de la historia de la "Conferencia extraordinaria". Primero, la gran mayoría de los delegados se mostró hostil al Gobierno de los Soviets y sostuvo el ala reaccionaria. Algunos días después, la asamblea apoyaba con sus votos a Chernov y los moderados. Días más tarde, la inmensa mayoría del Congreso se unía al grupo de María Spiridonova, enviando sus delegados al Tsik, que funcionaba en el Smolny... El ala derecha se retiró, para celebrar aparte su propio Congreso, cuyos efectos se fueron diluyendo día tras día, hasta que, por último, se esfumaron sin dejar rastro...